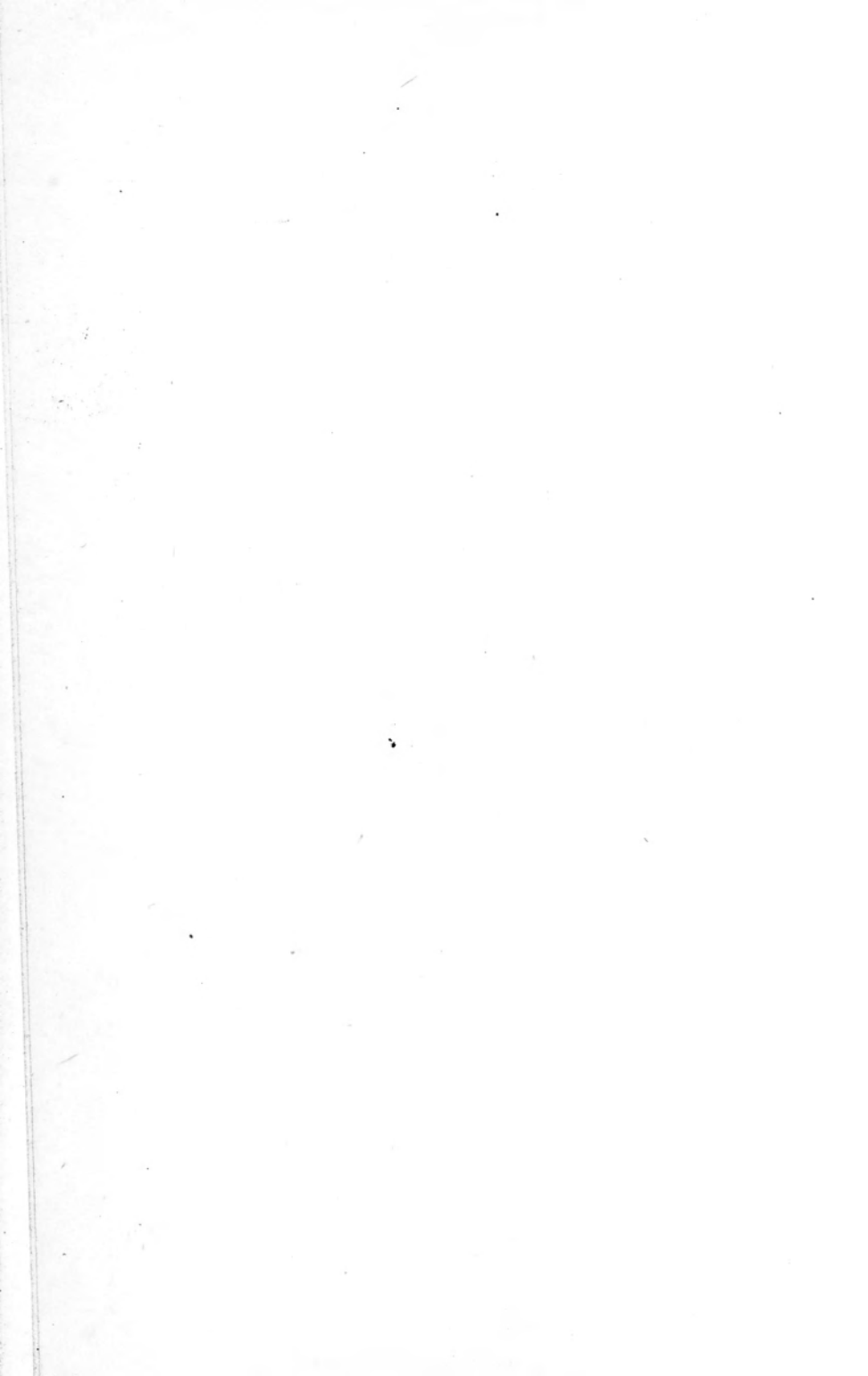


# VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS



“CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS”

---

# VERBUM

---



DIRECTOR  
ANGEL J. BATTISTESSA

SECRETARIO DE REDACCIÓN  
VICENTE GUILLERMO DOMBLIDE

ADMINISTRADOR  
JUAN JOSÉ IZURIETA CRAIG

---

Año XXV - N° 82

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
VIAMONTE 430  
BUENOS AIRES  
1932



# GOETHE

1832 - 1932



“Voilà un homme!”

NAPOLÉON.







“Erhabner Geist, du gabst mir, gabst mir alles,  
Warum ich bat. Du hast mir nicht umsonst  
Dein Angesicht im Feuer zugewendet.  
Gabst mir die herrliche Natur zum Königreich,  
Kraft, sie zu fühlen, zu geniessen. Nicht  
Kalt staunenden Besuch erlaubst du nur,  
Vergönnest mir, in ihre tiefe Brust,  
Wie in den Busen eines Friends, zu schauen.  
Du führst die Reihe der Lebendigen  
Vor mir vorbei und lehrst mich meine Brüder  
Im stillen Busch, in Luft und Wasser kennen.”

(*Faust*, I).

Goethe se encuentra por encima de toda barrera nacionalista; el patrimonio de su sabiduría no consiente exclusivo usufructo por parte de ninguna determinada cofradía espiritual. Parece, sin embargo, que en ningún sitio como aquí, en una Facultad de humanidades, esta circunstancia del centenario debía resultar más inmediata, más casera, más íntima. Así la hemos sentido nosotros, por lo menos. Ningún alarde oficial, ningún empaque académico ha venido a enturbiarnos la pura cordialidad del rito conmemorativo. De puertas para adentro, como en fecha hogareña, ha sido nuestra efusión y nuestro recuerdo.

Si ahora trasciende el eco, ello se debe a la revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras. De los 82 cuadernos que hasta el momento integran su serie bibliográfica, es este, a buen seguro, el más cosmopolita y humanamente significativo. Dedicado a Goethe, hombre esencial y ciudadano del mundo, no podía, no debía ser de otro modo.

Desde Berlín, Roma, París, Munich, etc., a la colaboración porteña ha podido sumarse, en forma de artículos originales, un honroso aporte extranjero. Críticos y catedráticos ilustres allegaron, con generosa diligencia, el saber y la oportunidad de sus escritos. Sólo gracias a la contribución de todos ha sido posible evitar en este volumen — como correspondía, siquiera por esta vez — el siempre accesible trance, tan frecuentado entre nosotros, de una obligada celebración periodística.

"El año de homenaje universal a Goethe — comenta en Berlín el profesor Max Golde — se cierra en estos días, bella y dignamente, con el número conmemorativo de la revista VERBUM de Buenos Aires.



## SALUTACION \*

*Una prestigiosa revista literaria berlinesa acaba de proponer, durante varias semanas, la siguiente encuesta: ¿La actual generación europea mantiene con Goethe una relación todavía viva? ¿Le asiste, en otros términos, el derecho de festejar a este genio máximo? ¿Es digna de él? ¿O, acaso, no sería mejor permanecer silenciosos, sin exaltar — no obstante el centenario — a un héroe del pensamiento de cuya grandeza hemos olvidado la medida y en quien ya hemos perdido hasta la misma fe?*

*No han faltado voces muy difundidas que han prestado adhesión a las dudas del Literarischen Welt, voces que han exhortado a una tácita contricción, no a una conmemoración resonante. ¡Tan pusilánime se ha llegado a ser en el viejo mundo, en la patria del propio Goethe! La sombría encuesta me fué dirigida, y contesté de este modo:*

*“Si somos capaces y dignos, o si nos asiste el derecho incontrovertible de celebrar el centenario de Goethe, es algo que ni siquiera debe ser motivo de preguntas. Estamos obligados a ello. Cada núcleo social atento a las cuestiones culturales europeas — humanas — lo está también. Yo no creo que nadie pueda ser tan íntimamente pobre que se encuentre en la imposibilidad de pagar tributo de honra a un César del reino del espíritu. Audible, visible honor. Por lo demás, tampoco soy de los que creen que la noche en que vivimos podrá abreviarse si ocultamos las pocas luces que todavía arden.”*

*Ahora, cuando tan oportunamente suena para nosotros un llamado venido desde el Nuevo Mundo, cuando amigos y estudiosos de América nos invitan a participar en las fiestas conmemorativas del poeta que nos pertenece a todos por igual, ¡qué confortante, qué grata impresión recibimos!*

*Y no solamente para el pueblo alemán, sino también para*

---

\* Para VERBUM. Munich. Maximilianeum. 22 de marzo de 1932. Traducido del alemán por Angel J. Battistessa.

todos los europeos, para todos los hijos del Viejo Mundo, las festividades goethianas en el Continente Nuevo serán un presagio henchido de esperanza y de consolación, un símbolo que despertará y fortificará en nosotros el sentimiento de una nueva alianza espiritual.

¿Quién sería capaz de sentirse fuera de esa alianza, quién se atrevería, sin empequeñecerse, a permanecer insensible frente al genio que supo encabezar su obra con estas palabras?:

*“Für andre wüchst in mir das edle Gut,  
ich kann und will das Pfund nicht mehr vergraben!  
Warum sucht' ich den Weg so sehnsuchtsvoll,  
wenn ich ihn nicht den Brüdern zeigen soll?”* (1).

¿Hacia dónde conduce ese camino? ¿Cuál es el camino de Goethe? Para responder a esto no hay, en verdad, ninguna respuesta pronta, por lo menos ninguna respuesta de significado exclusivo; una hay, sin embargo, tan expresiva y amistosa como ésta, que es también del poeta:

*“Durch Berg und Täler ist der Weg geleitet,  
hier ist der Blick beschränkt, dort wieder frei,  
und wenn der Pfad sacht in die Büsche gleitet,  
so denket nicht, dass es ein Irrtum sei;  
wir wollen doch, wenn wir genug geklommen,  
zur rechten Zeit dem Ziele näher kommen.  
Doch glaube keiner, dass mit allem Sinnen  
das ganze Lied er je enträtseln werde:  
gar Viele müssen Vieles hier gewinnen,  
gar manche Blüten bringt die Mutter Erde.”* (2).

- (1) “¡Para otros acumulo en mí el noble bien, pero no puedo ni quiero seguir ocultando el tesoro! ¿Para qué he buscado el camino tan ansiosamente, si no es para indicárselo a mis hermanos?”
- (2) “A través de la montaña y de los valles discurre el camino, aquí la mirada está limitada, allí torna a ser nuevamente libre, y cuando la senda se desliza cautamente entre los arbustos, no penséis entonces que va errada; lo que deseamos, después de haber ascendido bastante, es llegar a la meta a buen tiempo. Nadie crea, sin embargo, que por mucho que cavile llegará a descifrar toda la canción: en abundancia muchos deben ganar aquí mucho, en abundancia variadas flores ofrece la Madre Tierra.”

*Hoy percibimos la espléndida modernidad de Goethe precisamente porque si bien su obra no proporciona fórmulas, ni dogmas, ni recetas para el logro de la bienaventuranza humana, ella entraña, no obstante, una luminosa sabiduría del vivir, a un mismo tiempo única y múltiple.*

*Debemos precavernos, en cambio, del malentendido lamentable en que en estos últimos tiempos han incurrido muchos admiradores de Goethe. Me refiero a quienes entienden que Goethe ha incitado a la autoexaltación del yo, al "culte du moi"; a quienes se complacen en verlo reinar como un olímpico, entronizado en una especie de superhumanidad solitaria. Este error de perspectiva puede suscitarse, sin duda, si se contempla la excelsitud y la calma de tan gran espíritu desde lejos y, por decirlo así, desde abajo; desde un estrecho punto de vista. En estos casos, Goethe aparece ante la contemplación azorada como una inmensa montaña inaccesible, con una cima ora arrebozada en nubes, ora fulgurando en una claridad de hielo. ¡Es entonces cuando surgen, cobardes, las dudas de la citada revista!*

*Pensemos, por lo contrario, que el espíritu de Goethe siempre acertó a orientarse hacia lo afirmativo, hacia el entusiasmo vital, hacia la fraternidad humana. Recordemos que lo único que jamás se cansó de negar, de combatir y superar, fué la tristeza y la zozobra, la angustia y el egoísmo.*

*Que nuestros amigos del otro lado del mar obtengan, pues, felicidades y éxitos en sus festividades públicas y en sus devociones privadas en memoria de Goethe. Desde nuestro Viejo Mundo, todavía ensombrecido por los fantasmas de un pasado gravoso, les enviamos la salutación que el mismo Goethe, fresca y jovialmente, dirigió al Nuevo Mundo:*

*Benutzt die Gegenwart mit Glück!  
Und wenn nun Eure Kinder dichten,  
bewahre sie ein gut Geschick  
vor Ritter-Räuber-und Gespenstergeschichten!" (1).*

KARL VOSSLER.

- 
- (1) "¡Disfrutad el presente con felicidad!  
Y cuando a vuestros hijos se les ocurra poetizar,  
librelos un hado favorable  
de fábulas de caballeros, bandidos y fantasmas."



## GOETHE Y FRANCIA \*

¿El centenario de la muerte de Goethe no acaba de demostrar un hecho en el que, poco a poco, ya había reparado el siglo XIX? De todos los genios producidos por la Germania — sin siquiera exceptuar a Leibniz, Kant y Beethoven — Goethe es el más capacitado para servir de árbitro y de enlace entre las dos civilizaciones máximas de Occidente: Latinidad y Germanismo. A la eterna Alemania parecen ligarlo, casi a pesar suyo, procedimientos de intuición y de síntesis (de "magia", como a veces estaríamos tentados de decir), algunas fallas artísticas en su novela de más aliento, una paciente aceptación de la vida cotidiana, cierto malestar cuando se trata de "ponerse en forma" personalmente. Y, sin embargo, la decisiva atracción de Italia, las seducciones femeninas que, casi todas (incluso Cristiana Vulpius, la amante-esposa), sugieren más bien la vivacidad *welche* y no la languidez germánica de la época; en fin, una fidelidad intelectual *casi constante* a la literatura francesa, al arte, a la sociabilidad y hasta a los jardines a la francesa, ofrecen una oposición innegable a las restantes disposiciones del grande hombre.



Una fidelidad intelectual *casi constante*, hemos debido decir. Goethe había descubierto a Francia desde muy temprano: a los diez años, cuando un espíritu receptivo como el suyo puede ya asimilar, y para siempre, precoces adquisiciones. Durante más de dos años, la casa paterna, en Francfort, aloja al conde de Thorane, "lugarteniente del Rey"; y las idas y ve-

---

\* Para VERBUM. Paris, marzo de 1932. Traducido del francés por Angel J. Battistessa.



nidas de todo género, la familiaridad con una compañía teatral, con los entretelones y el repertorio, crean en torno del niño un algo prestigioso cuyo efecto será singularmente perdurable: durante una docena de años, las modas, los versos traviosos, las comedias ligeras, los lindos grabados, la ficción pastoral y mitológica del Antiguo Régimen moribundo siguen interesando, en Leipzig y en Francfort, al joven escritor, que es también un artista y un mundano a su manera.

Después de esto, una viva reacción, al alejarlo de esos atractivos un poco postizos, lo plegará por algún tiempo bajo el imperio de Jean-Jacques Rousseau y de sus partidarios; pero también bajo el de Shakespeare, de Ossian y de Klopstock, estimados entonces excelentes contravenenos para la gomanía de la época. Y como la Revolución Francesa, de la que Goethe temía sobre todo los efectos y el contagio para su propio país, inspira, por su parte, al consejero del Duque de Weimar, una reprobación que se evidencia en todo un aspecto de su obra, será preciso un nuevo descubrimiento, en lo que va de 1800 a 1806, para hacer tornar al autor de *Hermán y Dorotea* hacia puntos de vista conciliadores y hacia una renovada adhesión. En uno de los *Epigramas venecianos* de 1790, el poeta había señalado con sorpresa el resurgimiento que la universalidad de la lengua francesa, comprometida por el derumbe de la "buena sociedad", había conseguido a causa del entusiasmo revolucionario:

"Durante largo tiempo los nobles han hablado la lengua de los franceses, estimando sólo a medias a quienes no acertaban a pronunciarla sueltamente. Ahora todo el pueblo, embelesado, modula el idioma de los francos."

Guardadas las distancias, es una virada del mismo género la que, a principios del siglo XIX, conduce a Goethe (tan orgulloso, en 1792, de ser confundido con un noble francés por un camarero de Cassell) a la aceptación de la Francia revolucionada, a la estimación de las cualidades lúcidas y sociales, humanas y razonables, de una literatura y de una lengua con las que en adelante ya nunca perderá contacto.

Por otra parte, hacia esta fecha, sólo la pequeña novela de 1774, *Werther*, reflejo de la *Nouvelle-Héloïse*, a la vez más intensa y más breve, había tenido en Francia una difusión efectiva. No porque el impetuoso arribo del Romanticismo, retenido durante algún tiempo por la Revolución y el Imperio con su vuelta entusiasta hacia lo antiguo, no hubiese sacado ventajas, ya con anterioridad a 1789, de *Götz y de Stella*. Pero era preciso esperar la inteligente mediación de algunos audaces intermediarios, junto con el desarrollo de tendencias adormecidas, para que el Romanticismo francés pudiese interesarse por las baladas de Goethe, por sus dramas históricos y sobre todo por *Fausto*, cuando ya *Werther* era repetido por continuadores y adversarios. *René* lo reproduce a su modo, *Delphine* se esfuerza por cambiarle de sexo; más que Chateaubriand y que Mme. Staël, que son seres de acción y de iniciativa, un Sénancour, un Charles Nodier, reiteran, en tono menor, la dolencia del héroe melancólico, y preparan, a un mismo tiempo, temas y públicos para la generación lamartiana de 1820.

¡Caprichos del flujo y reflujo intelectuales! De Francia, el "mal del siglo" se volvía hacia el grande hombre de Weimar, multiplicaba homenajes, visitas, entrevistas, precisamente cuando ya el anciano solicitaba a la contemplación científica el apaciguamiento y la serenidad, al helenismo la alegría suprema del espíritu. Si el siglo XVIII había saturado su pensamiento y su arte, si la burla volteriana se había mudado en negación a lo Mefistófeles, y si la poesía fugitiva francesa, la dramaturgia a lo Diderot, el relato de los narradores antiguos y modernos habían dejado huellas en su obra, como crítico sentíase singularmente cómodo, ya en la última etapa de su vida, entre aquellos espíritus flexibles que preparaban en nuestro medio una nueva literatura. Béranger, Mérimée, un poeta popular y un prosista reticente, le atraen de un modo particular; pero es toda la joven generación francesa del *Globe* la que le interesa: y se lo hace saber, verbalmente y por escrito, y sólo teme una cosa — que esa generación se deje arrastrar hacia una "literatura de desesperación".

En realidad, la Francia de 1828-1830, la que restablece un contacto personal con el ilustre anciano, encontrábase en ese

trance de inquietud fáustica, del que Goethe, por cuenta propia, ya se había liberado hacia esa fecha. Y será por su prestigio póstumo que su obra y su personalidad continuarán actuando en nuevas direcciones sobre las siguientes generaciones francesas. Ya sea, en efecto, para aproximar la literatura a la ciencia o para formular las reivindicaciones de "el arte por el arte", ya sea en beneficio de Taine y de Renan, o para goce de Banville y de Flaubert, la lumbré irradiante de este espléndido faro ayudará a la iniciativa vecina en la tarea de buscar sus rutas. Sainte-Beuve declarando que Goethe es "el crítico más grande de nuestro tiempo y, tal vez, de todos los tiempos", el culto del yo, hacia 1880, apoyándose sobre ejemplo tan ilustre, aunque libremente interpretado, he aquí otras tantas deudas sucesivas que la inteligencia francesa se ha complacido siempre en reconocer. En vísperas de la guerra, Maurice Barrès no se cansaba de repetir que el germanismo indiscreto e invasor no tenía nada de común con las supremas lecciones de humanidad que seguían emanando del sabio de Weimar: hoy es la noción de "Europa" que se esfuerza por definirse y verificarse gracias al hombre que hablaba, hace ya un siglo, de la "literatura universal", de sus condiciones y de sus límites. Y Goethe entendía bajo esos términos, no una confusa mezcla de tendencias y de posibilidades de expresión, sino un "humanismo" y hasta un "helenismo" abundantemente alimentados de aportes cosmopolitas, prudentemente refrescados por novedades en las que el mundo entero podía encontrar lugar.



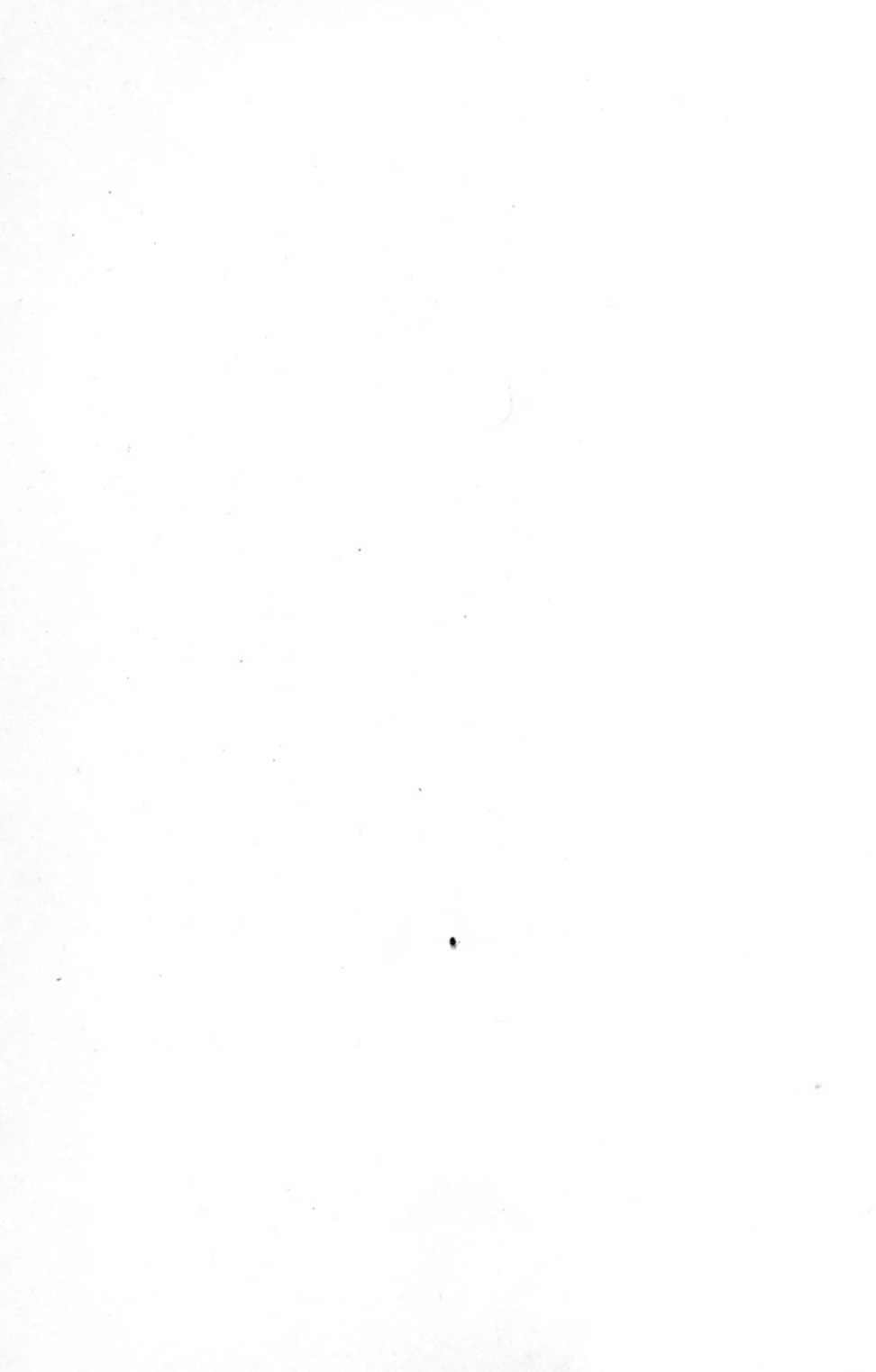
Cuando, como el autor de estas líneas, se ha consagrado varios años y dos volúmenes a determinar la influencia de Goethe sobre Francia, y cuando, por otra parte, ha sido posible hallar en cantidad considerable los testimonios o pruebas de la deferencia goethiana hacia la civilización francesa, en verdad que uno se siente tentado de "situar" esa doble acción fuera del plano ideal de los *esquemas* artísticos, y conferirle su plena razón de ser a la luz de la geografía y de la historia. ¿Si no fuese renano, es decir hijo de esa región dichosa-

mente frontera a la cual por otra parte pertenece Victor Hugo, el autor de *Fausto* hubiese podido alimentar su genio con substancias tan complejas? ¿Estaría tan próximo a Francia por sus predilecciones, si la mezcla de culturas no hubiese multiplicado, en Francfort y en sus alrededores, las supervivencias del refugio hugonote, las presencias italianas y valonas, las sombras elegantes proyectadas por la monarquía francesa, y hasta los episodios extraordinarios como la inquieta permanencia de Voltaire en la Ciudad libre?

Y si, por otra parte, la existencia octogenaria de Goethe no cabalgase sobre dos siglos memorables, el uno por su fin y el otro por su comienzo, ¿un gran burgués ávido de distinción, y en un principio disgustado por el sobresalto popular del movimiento revolucionario, hubiese podido aceptar sucesivamente manifestaciones francesas tan diversas como Maria-Antonieta y Napoleón, el mariscal de Broglie y Talleyrand, el Dorat de los *Baisers* y el Balzac de la *Peau de Chagrin*? Sólo una época tan fecunda en cambios podía forzarlo a matizar una concepción continua de las posibilidades creadoras de Francia.

Y ello explica, asimismo, pero en sentido inverso, esta prolongada maravilla: el mismo hombre y la misma obra manteniéndose capaces de animar, con un ejemplo o con un precedente, la emulación sucesiva de una literatura cambiante y hasta inestable; el nombre de Goethe renovándose, saturándose de sentidos diversos para un Chateaubriand y para un André Gide, para un Lamartine y para un Banville, para un Laprade y para un León Daudet, para una baronesa de Staël y para una condesa de Noailles.

FERNAND BALDENSPERGER.



## LA PASION ROMANA DE GOETHE \*

Goethe, tan enemigo de lamentaciones y suspiros elegíacos, tan capaz de superar penas y dolores en renunciamiento silencioso, tan propenso a cantar serenamente las angustias íntimas, no pudo retener, sin embargo, entonaciones melancólicas, al separarse, en la plenitud de su florecimiento intelectual, de Roma, la patria de su espíritu. Una partida llorada; un sentimiento doloroso, semejante al morir — éstas son sus palabras.

Parecía próxima la desaparición de ese mundo que, después de tanto errar, había contemplado como la representación manifiesta de lo acabadamente bello y sereno. La tristeza del viajero surgía de entre los escombros presentidos. Una vez más aferrábase el poeta a esas figuras, a esos fantasmas que pronto se desvanecerían; una vez más, en aquella noche última, junto al Capitolio, contemplaba las estrellas del cielo romano, próximas a extinguirse. Con el corazón conmovido paseábase solitario bajo las sombras ilustres, cruzaba la Via Sacra, se estremecía frente al Coliseo, proyectaba, en fin, una "summa summarum" de sus días de Italia. Esas últimas impresiones debían grabarse profundamente en esta alma fervorosa. Lloraba su despedida de Roma como se llora la muerte de una amada. Próximo estaba ya el alejamiento, la separación quizá definitiva, la inhumación de lo más caro. Más amargo y más irrevocable que el destierro de Ovidio le parecía el suyo, y sus ojos — siempre serenos — conocieron las lágrimas.

Su amigo Heinrich Meyer, que prolongaba su permanencia en Roma, no supo, sin embargo, nada de lo que Goethe sufrió al partir. Y esta pena tan íntima no se apaciguó nunca. En el umbral de la muerte el poeta se complacía aún en esos

\* Para VERBUM. Roma, marzo de 1932. Traducido del alemán por Ana Luisa Fuchs y Angel J. Battistessa.

recuerdos de la plenitud gozada en el lejano sur; en Roma — aseguraba — había sido feliz por primera vez en su vida. Deseaba no ser turbado en la añoranza de sus anhelos no cumplidos, gustaba no sentirse privado de ese perfume de las nostalgias íntimas. Recordamos la "dulci voluptas quaedam" que también Petrarca gozaba y padecía.

Ininterrumpido fué siempre para Goethe este recuerdo del bello y lejano país. Solitario en un mundo que lo glorificaba, permaneció como ciego frente al encanto de su tierra turingia, a la que tanto amaba, sin embargo. El cielo del septentrión nunca le parecía suficientemente azulado y luminoso: recordaba las brisas del mediodía más acariciadoras — más cálidas, más suaves —; las nubes eternamente dispersas; las fisonomías francas, amables y sonrientes bajo el cielo favorecido; las formas y los contornos de los cuerpos más regulares y tentadores; la naturaleza vivaz y florida, las praderas verdes y frescas, los árboles altos y variados, no tan rígidos y mustios como los del norte. Recibía con acogida simpática a los amigos que llegaban de Italia. Con alborozo compartía su entusiasmo. "Recuerdo lo que sentí entonces", suspira cuatro años antes de su muerte. "Sí, puedo afirmar que sólo en Roma conocí lo que es el hombre en realidad. Nunca más he experimentado en mis sensaciones tal intensidad y tanta dicha". Catorce años antes de su muerte ya había confiado al canciller Müller que después de dejar tras sí el puente Molle no había vivido un solo día de felicidad completa.



En la vida espiritual de Goethe, Italia significa, indudablemente, la etapa más decisiva y poderosa; es en esa fase de su desenvolvimiento donde más tiempo hubiera querido detenerse este suscitador de hombres. Roma es para él como el símbolo de una transformación interior, anhelada primero, conseguida después. Por cierto que su gratitud incontenible le hizo aparecer a la Ciudad eterna bajo una luz demasiado clara y transfiguradora. También en el norte brillaba para el poeta un sol vigorizante, aunque más tornadizo; también allá el

creador recibía el influjo de fuerzas saludables y reconfortantes, que lo salvaban de todo desfallecimiento, empujándolo hacia arriba. Ya antes de que alcanzara en el sur toda su potencia expresiva, Goethe había sabido dar forma a lo difuso y fijar lo incorpóreo. Las Gracias rafaeliticas rodearon su cuna. ¿No eran, acaso, el decoro expresivo y el señorío espiritual, el ánimo bien dispuesto y el ademán afable, dones suyos innatos? En medio del torbellino de las pasiones, azotado por todas las tempestades del intelecto, conturbado por la falange de sus demonios íntimos, arrastrado ya a alturas escarpadas, ya a simas pavorosas, a goces y a sufrimientos, al éxtasis y a la desesperación, arde y se consume en la fiebre de sus héroes, vive las penas de su Werther, se entusiasma ante lo instintivo e indomable de los personajes de Shakespeare, desafía a los dioses, emula a Prometeo; voluptuosamente imagina para sí propio la trágica muerte de su Mahoma, de su César, de su Redentor, de su Judío errante, de su Fausto, sin retroceder ante lo fantástico y sobrenatural. ¿Pero no se impone ya desde entonces moderación y límites, preestableciendo, en cierto modo, el fin luminoso de su carrera turbulenta y laberíntica? En otros términos, ¿no supo suavizar y conciliar desde temprano esa eterna y dramática discordia entre sus dos almas enemigas?

Con motivo del viaje de Goethe a Italia, insensato sería suponer la destrucción del caudal espiritual ya existente y la edificación de un nuevo mundo sobre las ruinas del antiguo en la intimidad de este poeta que ya en su férvida juventud había echado los fundamentos de toda su obra vital, que ya en sus años mozos había diseñado el asunto y la intención de sus escritos más geniales. Aun contradiciendo el juicio del propio poeta, nos inclinamos a asignar a ese pretendido renacimiento un valor puramente metafórico. La verdad es que en el alma de Goethe ya se encontraban los gérmenes de todas las obras que luego modificaría en Italia, dándoles nueva forma. Eran gérmenes que sólo necesitaban tiempo para prosperar y desplegarse. El sol de Italia no haría sino precipitar la sazón. Allí lo iniciado pudo evolucionar rápidamente hacia la perfección, convertirse en fermento libertador lo que al principio había oprimido el pecho, el espíritu turbio iluminarse,



el error trocarse en sabiduría, la angustia transfigurarse en canto.

No hay que olvidar, sin embargo, como antecedente importantísimo, la cadena de impresiones que se extiende desde la más tierna edad del poeta hasta el declive de su vida. La primera representación que tuvo el niño del lejano país de lo bello, los cuadros y las vistas de Roma en las paredes de la casa paterna, un verdadero trozo de Italia en el juguete de un modelo de góndola, la familiaridad con el idioma y con el modo de ser italianos en la época del primer desarrollo, la consiguiente inclinación hacia lo fantástico. Para el joven poeta, todo eso era como una invitación, como un llamado constante. El deseo fué acentuándose con las descripciones del padre, quien, por haber aprovechado adecuadamente las andanzas de su juventud, conservaba recuerdos inolvidables de su viaje a Italia. Taciturno y poco comunicativo por lo común, este hombre digno y serio hacíase conversador expansivo al hablar de las impresiones y aventuras de su viaje. Puso su alma entera en la biblia de recuerdos que, más tarde, en décadas de apacible aislamiento, redactó en lengua italiana. Comunicó al espíritu del hijo su propio amor hacia la tierra de las ensoñaciones gratas, la que se le aparecía, en la lejanía transfiguradora del recuerdo, como exaltada por encima de las penas y amarguras mundanales. ¡Cómo conmueve ver a este hombre, austero y aparentemente insensible, esforzándose por retener el resplandor más luminoso de su juventud desvanecida! Cuidaba cariñosamente las flores, tan frágiles, de su añorado jardín; Italia era el centro de todos sus intereses espirituales; adornaba su casa con el reflejo coloreado de su lejana patria meridional; recomendaba a todas las personas queridas un viaje hasta ella. Amante del arte, pero sin talento creador, supo educarse artísticamente y fué un Mecenas capaz de apoyar y fomentar, en general, las inclinaciones de su hijo. Siempre prescribía una peregrinación a Italia como único remedio para curar los males y heridas del espíritu.

Olvidamos con excesiva ligereza todo lo que debemos a este excelente conocedor de la tierra italiana. Según él, las modalidades septentrionales debían sumergirse, para lograr su entera plenitud, en el flúido vital, más dinámico, del sur. Y era

su propio pensamiento, y era su amor a Italia, y eran, en fin, todos sus anhelos los que su hijo incorporó muy luego a sus aspiraciones más íntimas. La madre del poeta nos refiere cuántas veces éste realizó el viaje en alas de sus devaneos. El sueño, sin embargo, terminó por transformarse en realidad. Y es sorprendente que esto sucediese relativamente tarde, recién al alcanzar el poeta los treinta y siete años de edad. La salvación espiritual ansiada, la liberación de los negocios y trastornos cotidianos no le fué asequible en forma inmediata, a él para quien fueron fáciles tantas cosas. Por momentos, el amor torturante mostrábase más poderoso que el impulso, tan resuelto, hacia el sur libertador; Lili vencía a Italia. Pero por fin, indefectible, sonó la hora; por fin, entre las prisas de su huída — huída de enamorado — la tierra prestigiosa e ilustre abrióse, acogedora, ante el peregrino del espíritu. Soplan aires suaves. Se dispersan las nubes. Hacia un cielo alegre, hacia un sol esplendente marcha el libertado. Se desahoga el pecho y por las venas, tumultuosa y renovada, se precipita la sangre. El poeta se siente rejuvenecido, pleno. Goethe piensa en una determinación del destino, cree en la providencia.



Al cumplirse de este modo su mayor anhelo, Goethe no sufrió, por cierto, decepción alguna. El cuadro amable de la tierra de los ensueños le ayudó a completar la obra interrumpida y casi abandonada. La paz inundaba ahora el pecho antes oprimido del poeta. Confiando en dioses indulgentes, el peregrino se dirige hacia la serenidad azul del mar latino, precisamente cuando ya las mareas de su propia vida empezaban a aquietarse. Las potencias divinas le fueron propicias, a él que ahora sólo deseaba disfrutar libremente, humanamente, de los bienes terrenales. Benigno, el cielo italiano prodigóle sus bendiciones. Aquí todo parece invitar al goce, confiesa el poeta. Y sin descanso habla de alegría, de placer, de rejuvenecimiento feliz. Sólo en Roma se podía alcanzar el ideal, el suyo: vivir en completa armonía consigo mismo, consagrarse al arte. La mujer de Herder, que comprendía el explicable

malestar de su marido en la Ciudad eterna, adivinaba también el entusiasmo de su amigo: "Goethe — dice — prospera mejor en Roma".

¿Pero qué era lo que Goethe, llevado por el alto vuelo de su fantasía, venía a solicitar de la tierra de Italia? Luz en lugar de oscuridad, orden y ley en lugar de arbitrariedad y confusión. Efectivamente, en Italia la mano de Dios debía adivinarse mejor que en cualquier otra parte. No hay aquí contornos borrosos, perfiles desvaídos. Lo caótico se transfigura y cristaliza en cuerpos armónicos. Lo incompleto logra su acabamiento y perfección; más esbelta y proporcionada es la arquitectura corporal; los rostros son más finos y expresivos en esta atmósfera tan clara. Al cuerpo hermoso, danzante, debía corresponder, necesariamente, un alma bella, férvida. Según opinión del poeta, un clima tan favorable tenía que originar hombres con dones corporales y espirituales igualmente extraordinarios. Esta concepción en exceso naturalista de la vida, Goethe la compartía con sus amigos íntimos. ¡Cómo le dolía a Schiller sentirse exilado de esa tierra que era también la de sus deseos! ¡Qué triste le parecía esa eterna privación de los paisajes soñados! Un alma noble — pensaba — debía seguramente desarrollarse mejor en el clima meridional que en el brumoso norte.

Atento siempre a la evolución y al enriquecimiento de su personalidad, Goethe se alegra como un niño por sus progresos éticos, por su enmienda. La madurez comienza. La dueña de su corazón, de la que había huído, comprende el aislamiento en que aparentemente se halla el poeta entre un pueblo tan sensual como el italiano. Pero Goethe, sin timideces, tiende audazmente la mano para apoderarse de esa vida nueva y variada, de esa multiplicidad de sensaciones. Todo es goce en su vida. Y, sin embargo, Goethe lucha por lo supremo, por lo más puro; abraza y comprende todas las cosas, las ve claras y concretas, con límites precisos; cultiva el límpido simbolismo del arte, que reúne y domina las fuerzas vitales hermanándolas.

La cultura artística y la firmeza moral ganadas en Italia le parecían incommensurables. Ahora el peligro, antes siempre posible, de caer en lo confuso, en lo informe, en lo inarmó-

nico, quedaba vencido. El mundo romano de las formas le atraía desde su centro de irradiación, la Ciudad eterna. Al fin se transformaba el ideal soñado en realidad, lo fragmentario y transitorio en acontecimiento perdurable, el juego y el arte en grave problema vital, en filosofía. Lo percibido en la tierra clásica le facilitaba la clara visión de su propio mundo espiritual. No más vaguedades. Nada de tinieblas. Hacia lo moral a través de lo estético. Lo que no era plástico desaparecía del terreno artístico. Lo que no era preciso, clarificado, limpio, no contaba en la actividad intelectual. Y, entre tanto, siempre más penetrante se hacía el ojo del escritor, ejercitado y aguzado por la práctica del dibujo a que entonces se sometía. Aspiraba a llegar de este modo a la intuición suprema de los cuadros reproducidos, y en cuadro tendía a transformarse todo lo que sentía, todo lo que pensaba el poeta.

A ese favorito de los dioses le fué dado llevar a cabo su viaje en completa conformidad con su nueva visión de la vida y del arte. Winckelmann había descubierto para los habitantes del norte este país anhelado. Un torrente de artistas y amantes del arte había invadido, en olas cada vez más pujantes, la ciudad de las ruinas, la Ciudad eterna. Nadie permanecía inactivo. Para todos los sentidos aflúan estímulos, invitando a la contemplación, al goce, a la vida. Pronto aumentó en Italia el círculo de los amigos de Goethe, que ofrecían así al poeta desarraigado la fuente vivificadora capaz de hacerlo prosperar en suelo extranjero. El gran germano, no obstante su encendido entusiasmo por las cosas itálicas, habíase rodeado, en efecto, de calificados compatriotas. La vida debía pulsar vigorosamente en esa atmósfera depurada, pero también en Roma debía gravitar asimismo el mundo casi musical de los sentimientos alemanes. Latinidad y Germanismo. Todos los artistas y hombres de ingenio que acompañaron al poeta por Roma, Nápoles y Sicilia, habían bajado del norte neblinoso. No los nombraremos aquí; son suficientemente conocidos.

En el poeta, ya libre de cuidados e inquietudes, es asombrosa la inclinación cada vez más pronunciada hacia el orden y la regularidad; el deseo de descubrir y desentrañar en los fenómenos fugaces lo invariable y perduradero, de percibir en el instante que se desvanece la palpitación de lo eterno, en el

cambio de las especies y en el tránsito de las formas el fondo estable, incommovible. Si, no sólo la Naturaleza avanza según leyes rígidas, cumpliendo su evolución al parecer preestablecida, también el arte se subtrae a la contingencia y obedece — creación suprema de la Naturaleza — a la severa necesidad. El poeta, en su caza de principios esenciales, arrebatado por la idea de una interpretación natural, trata, precisamente en Roma, de establecer, de formular esa interpretación. Sólo le importaba encontrar en el caos confuso de las apariencias un pensamiento dominante, fijar la unidad de lo múltiple y vario, concebir a Dios, la Naturaleza y el arte como un todo indiviso. Roma le dió la solución de tantos problemas. Lo que antes sólo había sospechado, se transforma ahora en verdad absoluta. Roma, la verdadera patria de Winckelmann, enseñóle asimismo cómo un espíritu nuevo y vivificador puede surgir de un mundo en ruínas. Su evangelio del sano clasicismo frente al morbosos romanticismo fué también una sugestión de origen romano. La tarea más digna en que al hombre le es dado ocuparse era evidentemente el estudio de las modalidades espirituales y corporales, así como la antigüedad lo había comprendido y ejercitado con soberano acierto. La lección de la antigüedad debía, pues, actuar no sólo como poder sugeridor, formador, sino también, y principalmente, como fuerza moral capaz de fortificar y de elevar el alma. A la antigüedad — maestra de la vida y guía de toda liberación interior — Goethe quedó unido, desde sus días de Italia, con todas las fibras de su corazón. La antigüedad serenó su espíritu y, por ende, clarificó su arte. Aportó, o completó por lo menos, la forma bella y clara de sus visiones fantásticas. No es de extrañar entonces que, por contraste, más que por incomprensión, Goethe llegase a ser injusto con otras manifestaciones artísticas, incluso con aquellas que habían suscitado el arrebatos afectivos e intelectuales de sus primeros años. En sus jornadas italianas, el en otro tiempo admirado maestro Erwin, creador de la catedral estrasburguesa, permanece como sepultado en su corazón; ahora se arrepiente Goethe de sus antiguos himnos al arte gótico, ahora adjetiva de "bárbara" a la cultura nórdica. Antes, en la esfera de sus pensamientos, Alemania se había destacado poderosamente; ahora es Italia la

que emerge dominante. Su juicio histórico, bruscamente simplificado, pasa por alto siglos enteros. No da importancia alguna a la Edad Media. Acerca de Giotto y de los primitivos guarda silencio. Para él sólo el Renacimiento aporta luz a aquel mundo sombrío. Ahora, al antiguo titán, al hombre fáustico, lo esbelto lo cautiva más que lo grandioso, lo mesurado más que lo inmenso e indómito. Las figuras colosales creadas por Dante y Miguel Angel son ciertamente admirables, pero infunden sagrado terror, son apenas comprensibles para el ojo humano común. El arte supremo lo intuye Goethe en la gracia rafaélítica. "Las pinturas vaticanas — dice — nos hablan en el lenguaje puro y sublime de las canciones de Homero".



Sólo en las cumbres extremas de su existencia, este corazón azotado por todas las tempestades del espíritu debía hallar su tranquilidad. Tranquilidad, silencio y serena resignación frente a la fuerza del destino: sabiduría. Cordura aprendida en la vida y en el arte griegos. La tierra de los griegos coincidía necesariamente con la de los romanos: toda la antigüedad fué transmitida a Goethe, lo mismo que a Winckelmann, por vía romana. Llena de espíritu helénico debía resultar, en consecuencia, la obra poética que prosperaba bajo cielo italiano. Todo era un alegre sumergirse en las frescas fuentes vitales. Lo estancado parecía disolverse lentamente. Abundan entonces los pensamientos y las visiones agradables. Los demonios interiores habían sido exorcizados y la paz suavizaba, sin suprimirlo, el tumulto de las pasiones. Todo inducía al sosiego y a la conciliación. No más asperezas, no más ademanes bruscos, no más fórmulas rígidas.

Hay quienes hablan de un estilo nuevo, adquirido por Goethe en Italia; quienes separan rigurosamente esta época de producción lúcida y gobernada de otra época anterior, agitada todavía por las luchas, por el esfuerzo hacia el equilibrio íntimo. Esto es injusto: el que acierta a penetrar profundamente en el alma creadora del artista, reconocerá bien pronto que la presunta transformación es sólo una impresión errónea de los

críticos; únicamente percibirá ese decidido coordinar, graduar y pulir que caracteriza, en cuanto al estilo, esta gloriosa etapa de la vida del escritor. Pero el mundo nuevo ya estaba — y en su totalidad — encerrado en el mundo antiguo. Todos los gérmenes habían sido depositados desde temprano; sólo faltaba esperar el tiempo oportuno de la fecundación y, también, la circunstancia feliz que lo abreviase. Así, por ejemplo, Ifigenia fué una silenciosa compañera del poeta en su viaje hacia el sur. Después del arribo, la tranquila meditación frente al paisaje fomenta en él la actividad creadora. "Los magníficos cuadros que me rodean — confiesa — de ninguna manera restringen la fuerza poética; al contrario, junto con el movimiento y el aire libre la despiertan rápidamente". *Egmont, Ifigenia, Tasso*, eran dramas ya acabados en el espíritu de Goethe antes de su viaje a Italia, y sólo para alcanzar su forma armónica y su pleno perfeccionamiento poético necesitaban los cuidados solícitos que les fueron dispensados en la pura atmósfera italiana. En las comarcas nativas, el poeta había presentido, sin duda, ese poder lenitivo y redentor de las campiñas meridionales. Sólo aquí encontraba la plenitud y al mismo tiempo el indispensable sosiego para llevar a buen término la tarea empezada.

Y así era, en efecto. Bajo los árboles de la "Villa Borghese" soñaba el poeta. La musa lo empujaba, como en revuelo místico, hacia esas alturas serenas donde el tumulto pasional de los hombres llega transfigurado, donde lo universalmente humano reluce con grandeza silenciosa y digna sencillez. Allí era posible, desde el fondo de un mundo de apariencias, contemplar el cielo y participar de Dios. Las aspiraciones se realizan, lo iniciado se completa. Hasta la misma prosa, animada también ella por el impulso de la inspiración poética y de la tendencia yámbica, se precipita ahora, empujada por fuerzas no menos íntimas, hacia el armonioso torrente del verso blanco.

Consolidado y fortificado interiormente, dueño como nunca de sus recursos expresivos, para Goethe los días romanos transcurren jubilosos. Libre de toda preocupación, su alegría de vivir desbordaba impetuosa. "¡Qué dichoso me siento!", exclama. Las *Elegías romanas* dan libre curso a este sentimiento

de alegría dionisiaca. A los mismos romanos, este hombre favorecido por los dioses se les ocurría de naturaleza divina. "Compare come un nuovo astro di cielo straniero tra le nostre selve", dicen los arcadios que lo acogieron en su medio. En el norte, dominados por la mujer amada, tan intelectual en el fondo, sus sentidos habían callado durante largo tiempo; ahora en el sur se solazaban libres de toda opresión y de todo lazo, ahora sus sentidos gozaban todo lo bello, y gozaban plenamente — es decir, en íntima e inviolable comunión con el espíritu. Su estado de ánimo mostrábase propicio para repetir en suelo italiano idilios como los de Sesenheim. Pero, esta vez, faltaba Federica.

La lira entonada al modo báquico para glorificar el vino, la mujer y los cantos, muy pronto cambió sus sonos en música de elegía. ¡También esta dicha tenía que ser pasajera! Una vez más, impostergable, sonaba para Goethe la voz del renunciamiento: no poseemos nada, a no ser aquello de que sabemos privarnos voluntariamente. Ejercitado en esta clase de desprendimientos, el poeta de *Pandora* volvíase, pues, a la ermita septentrional. Nuevamente tornaba a encontrarse rodeado de sombras. ¿Dónde habían quedado el sol ardoroso y la clara primavera romana? Como su Tasso, lloraba el esplendor perdido, la dicha anonadada.

A quien tan gozosamente había vivido bajo el cielo romano, nada fácil le resultó adaptarse de nuevo a las costumbres y al paisaje patrios. Así decía Herder: "Creo que ya no sirves para Alemania".

Los amigos que visitaban la Península, siempre le ayudaron a conservar vivos sus recuerdos, a mantener en Weimar un poco de la magia de la ciudad del sol. Cuando alguno de esos amigos estaba de regreso, ¡qué feliz hacía al poeta con el relato de sus experiencias! ¡Cómo se alegraba escuchándolo! Más de doce años después de su viaje, aún conversaba apasionadamente con Fernoro, tan amante y tan buen explorador de Italia: "Cuando hablo con Fernoro, siempre me siento como si recién regresase de Roma y, a pesar mío, me siento mejor allá que en el ambiente nórdico, soportado durante tantos años". Hacia 1790 se había fundado en Weimar un club italiano. Goethe constituía, naturalmente, el corazón de



la empresa. Von Schardt nos informa: "Ce club italien regarde un peu en pitié ceux qui n'ont pas vu ce ciel et cette terre". ¿Podía existir una cultura intelectual y estética sin el tesoro de las experiencias italianas?

Por más que en Weimar las circunstancias y ocupaciones eran tan diversas, Italia y Roma siguieron ocupando un lugar predilecto en el alma de Goethe. El mismo poeta confesó alguna vez que le sería imposible "borrar de su corazón el apasionado recuerdo del mejor tiempo de su vida, pasado en el sur". ¿Cómo hubiese podido, entonces, resistir a la tentación de combinar un segundo viaje a Venecia y una reiterada visita a Roma? Cinco años antes de finalizar el siglo ya deseaba prepararse para ese segundo viaje y, "como si jamás hubiese visto aquella tierra de promisión", según el decir de Erich Schmidt, revolvió cantidad de papeles, proyectó planes para una vasta descripción de Italia, reunió ideas y noticias acerca de la naturaleza, del arte, de los usos y de las costumbres. Deseaba bosquejar un nuevo cuadro, una historia de la cultura "desde los tiempos más antiguos hasta los más modernos", un cuadro que abarcaría también el desarrollo del hombre en su relación con la Naturaleza. Esta obra, que hubiera superado en profundidad a la del más escrupuloso erudito, se ahogó desgraciadamente entre las colecciones documentales acumuladas, que tanto placer proporcionaban al poeta. Asimismo, quería penetrar profundamente en el alma del pueblo italiano y descubrir el devenir, el crecimiento ininterrumpido y lo que se agita y obra invisiblemente en la intimidad de una nación. ¡Qué monumento de amor se presiente en estos proyectos y propósitos frustrados! Pero tampoco faltaron horas de desaliento y malhumor. Horas en las que Italia, "ese país tan trivial", parecía tierra poco deseable. "¡Esta no es más aquella Italia de la que yo partí con tanto dolor!", decía entonces. Sin embargo, lo bello siempre lo reconquistaba de nuevo, siempre ocupaba su fantasía y su corazón con magia y con encanto renovados. Con algún despecho, como se acaricia a veces a una amada un tanto esquiva, así trataba Goethe a Italia en esos momentos. El cuadro viviente que de ella se había formado en su alma tenía para él la cálida, la eterna atracción del Eterno-femenino.

A ese bello cuadro volvía el poeta en sus últimos años, incansablemente, con conmovedora adhesión. De este modo, Goethe, ya entrado en años, serenaba las arrugas de su frente y aligeraba, de igual manera, las pesadumbres interiores. ¡Cuántas veces sacaba de sus cartapacios los dibujos y las reproducciones artísticas coleccionadas en Italia! En alguna oportunidad proyectó una edición ilustrada de su viaje. Esto era una distracción para el glorioso solitario, esto lo hacía feliz por sobre todas las cosas. ¡Y cómo agradecía a Meyer esa "resonancia" personal que tan bien correspondía a su "genuina alegría italiana"! ¡Cómo le gustaba contar a sus amigos los trances y las aventuras de aquellos días cada vez más distantes y siempre presentes!

La proyectada recopilación artística de sus memorias italianas intentaba ser un presente que la nación alemana recibiría junto con su obra completa. Era un intento de crear formas artísticas y de explicar procesos humanos según los principios descubiertos o verificados en Roma. De acuerdo con ellos, lo cotidiano y hasta lo trivial debían lograr un significado excelso en la consideración y explicación de lo universal; pero lo que no podía ser exaltado hasta la esfera de lo simbólico, era algo desdeñable por episódico y transitorio.

Los agradables recuerdos de su segunda estada en Roma vinieron a sumarse a los del viaje inicial y, juntos, unos y otros, acompañaron al poeta hasta su muerte. A Guillermo von Humboldt le entusiasmaban particularmente el relato, la exposición y el comentario de esta segunda experiencia: en ellos demostraba Goethe cómo debe aspirarse a la verdad, cómo debe emplearse "lo más bello y magnífico que el mundo nos ofrece para edificación de nuestro interior ansioso" — "*das Schönste und Herrlichste, was die Welt uns darbot, zur Auferbauung unseres willigen, sehnsüchtigen Inneren*".

Junto con los trozos finales de *Fausto* y de *Wilhelm Meister*, las hojas cuidadosamente reunidas, y hasta retocadas en parte, del viaje hespérico, eran el último legado del universal poeta alemán a la humanidad, su último "mundum".

Esas hojas contenían la suma de sus experiencias del tiempo más apacible y feliz de su vida, contenían también la canción de su anhelo, siempre despierto e imposible de sosegar. En su

ancianidad animosa y fecunda, ya definitivamente retirado en la quietud y soledad de su quinta, infatigable iba ensanchando el sabio, en tarea amorosa y cotidiana, sus preocupaciones poéticas. Allí, en la pradera de Weimar, cerca del río y junto a los sauces, en la perenne guirnalda de sus canciones entretejía el poeta flores de oriente y de occidente, de Persia, de la India, de China, del Brasil y de Finlandia. Todo le interesaba, todo lo comprendía, procuraba amarlo todo. Sus palpitaciones cordiales más vehementes seguían siendo, aun entonces, para el lejano país, tan visto como soñado: Italia, Roma. El recuerdo de la bella tierra, de la cual Mignon — hija grata de su fantasía — se había alejado con el alma destrozada, era, pues, para Goethe como un refugio ideal de sus horas melancólicas. Por esos mismos años, un poco como siguiendo las huellas paternas o como obedeciendo a severo destino, hacia allá habíase encaminado su hijo único, allá había muerto y allá reposaba, precisamente al pie de la misma pirámide a cuya sombra, en otro tiempo, había pensado descansar el propio poeta.

Los dos mundos, el germano y el romano, se concertaban así, pacíficamente, en el pecho acogedor de Goethe. Un combate, una lucha entre esos dos mundos eran inconcebibles. Ambos se correspondían, actuaban en íntima y resuelta fusión, en esa suprema conformidad espiritual, que reina siempre, aunque en diversa medida, por sobre el rencor de los hombres y el odio de los pueblos.

ARTURO FARINELLI.

GOETHE  
FILOSOFO DE LA SABIDURIA DE VIVIR \*

La figura de Goethe es la mayor unidad personal en que se ha corporizado el espíritu alemán. Como genio creador individual no realizó ni sufrió nada que no produjese una imagen original de sí mismo; tampoco dejó ninguna obra en la que no se sienta y manifieste el ritmo de su vida íntima. De esta manera, Goethe es, a la vez, un proceso vivo y una forma determinada. Sus obras son el medio de que dispone el biógrafo para conocerle, su vida es la materia que facilita al esteta la interpretación de sus obras; pero, para el observador de su personalidad espiritual, tanto la vida como la obra son solamente atributos distintos de la misma unidad viva, la que aparece, al propio tiempo, como ritmo único y forma perenne. Es absolutamente imposible investigar la vida de Goethe desligándola de su actividad artística, pues su vida está toda disuelta en su arte. Como artista Goethe vivió en una esfera completamente distinta de la esfera en que se mueve el hombre prosaico. Este conoce tan sólo el mundo de su realidad inmediata, y en ese conocimiento fundamenta su teoría del arte como imitación o adaptación. Pero el arte, en cambio, es esencialmente una forma primaria de la vida que no recibe sus leyes ni de la moral, ni de la religión, ni de la ciencia, ni del Estado, ni de las otras formas preestablecidas de la actividad humana. En nuestro mundo moderno, Goethe es el ejemplo más grande e imperecedero de quien ha sabido abarcar las múltiples manifestaciones de ese mundo mediante la fuerza creadora de un solo hombre, de quien ha transformado en destino todos los azares de su vida, de quien ha concentrado

---

\* Para VERBUM. Berlín, marzo de 1932. Traducido del alemán por Angel J. Battistessa y Curt José Hurvitz.

en vivo núcleo de cultura todos los dotes recibidos de la Naturaleza. Sobre su destino imperaba lo que él mismo denominaba lo demoníaco. Y lo demoníaco era para Goethe lo que la suerte para César o la estrella para Napoleón, es decir, el centro de su potencia personalísima, un modo de ser que no está supeditado a ningún destino, porque en sí mismo ya constituye un destino. Otra modalidad de su naturaleza, la fuerza creadora del grande hombre, no pertenece, en cambio, a Goethe sólo, sino que lo desborda. Por esta razón no puede, pues, separarse la potencia artísticamente creadora de Goethe y el impulso demoníaco que rige su vida. Son los dos lados de una fuerza única que iba transformando paulatinamente todos los entorpecimientos y todo lo caduco de su época, de tal modo que hasta los azares más extraños terminaban por trocarse en destinos goethianos, mientras que todo lo adverso e impuro de la órbita de su actuación cotidiana se transfiguraba, asimismo, en realizaciones e intenciones propias. Sólo los hombres realmente grandes aciertan a crear una obra tan intensamente personal y, por consiguiente, su propio destino. Cuanto más se adentra la fuerza selectiva y transformadora de tales hombres en el caos de su época y de su lugar, tanto más se exponen ellos a realizar su destino, acercándose cada vez más a su arquetipo. Únicamente la coincidencia, en una unidad indivisible, de una fuerza creadora propia con una visión igualmente personal de la vida, hacen al grande hombre. Allí donde las características del ambiente no coinciden con el carácter, la obra con la vida y el proceso íntimo con el genio, allí sólo resta una mera carrera de honores, rendimiento útil y técnica hábil.

Goethe es el alemán que ha alcanzado esa unidad armónica en forma más íntima, y es, por consiguiente, el hombre clásico por excelencia. Para interpretar su vida, no es del todo imprescindible recurrir a sus obras, porque sus obras son también su vida. El mismo advierte a los naturalistas: "No indagéis detrás de los fenómenos, porque precisamente son éstos los que constituyen el saber." Así, antes de arriesgarnos a interpretar cada una de sus obras como manifestaciones de su vida, o antes de utilizar sus poemas a manera de confesiones, es indispensable sentir a Goethe como unidad indivisa. El mismo Goethe

tenía el derecho de estimar cada una de sus obras a manera de confesión, puesto que se manifestaba enteramente en ellas y puesto que sabía aliviarse de la plenitud interior que lo angustiaba exteriorizándola idiomáticamente. Al lector, en cambio, no le es lícito pretender abarcar al poeta en toda su vitalidad con sólo una interpretación abstracta, o con sólo situarlo a su gusto. Únicamente procediendo del modo antes indicado podrá enriquecernos íntimamente, tanto el compenetrarnos en la amplitud universal y en la índole demoníaca de su vida, cuanto el ensimismarnos en lo poético como expresión estilizada de su espíritu. Sólo así podremos aumentar nuestras posibilidades de sentir a Goethe, de sentirlo en toda su verdad pero según las leyes de nuestra propia naturaleza.



Mientras procedente de su propiedad próxima a Düsseldorf realizaba un viaje por el Rin, Jorge Jacobi, el doctísimo poeta filósofo, al encontrar a Goethe por primera vez, en el verano de 1774, dijo a su respecto: "El señor Goethe me había ofendido sensiblemente en varias publicaciones. Pero veo en él a uno de los hombres más extraordinarios, en la plenitud de su genio excepcional, de una imaginación ferviente, de honda sensibilidad, de humor vivaz, cuyo espíritu vigoroso y, a veces, gigantesco, toma un rumbo personalísimo". En la misma oportunidad, el entusiasta y pio profeta suizo Lavater manifestó lo siguiente: "Goethe pudiera ser rey. No sólo posee sabiduría y afabilidad, sino también vigor. Goethe es el hombre más amable, más comunicativo y más cordial, aunque para los seres torpes es un Hércules derribador de toda falsa pretensión. Ningún hombre es más equitativo en sus apreciaciones sobre el prójimo y nadie es más tolerante que él. Yo he visto a ese hombre comprensivo siempre, invariablemente generoso y capaz de compenetrarse con todo". Uno de sus amigos de Weimar, Knebel, en 1780 lo juzgaba de esta manera: "No ignoro que no siempre es igualmente estimable. Tiene sus puntos débiles. Los he conocido bien. Pero el hombre, en conjunto, es infinitamente bueno". Sobre el hombre moral y espiritual, Herder, que en los comienzos había aleccionado a Goethe sin grandes contemplaciones, en 1787 opinaba de este modo: "Posee una clara inteligencia universal, la sentimentalidad más pura y más

intima, el mayor decoro afectivo". El conde Cristián Stolberg decía: "Es un hombre francamente magnífico. Es impetuosamente vivaz, pero aun en medio de ese ímpetu resalta siempre un corazón capaz de tiernas efusiones". Y el poeta turingio Heinse alababa a Goethe, a la sazón joven de veinticinco años, manifestando que era "genio, pujanza y fuerza de pies a cabeza, un corazón rebosante de sentimiento, un espíritu henchido de fuego, con alas de águila que *ruit inmensus ore profundo*. Es un obsesionado. Es preciso estar solo una hora con él para encontrar totalmente irrisoria la pretensión de que piense y actúe de una manera distinta de la que le es propia al pensar y al actuar." Estos son tan sólo algunos juicios de los contemporáneos del joven poeta en cierne.

#### GOETHE, GUÍA DE UNA NUEVA VISIÓN ALEMANA DEL MUNDO

Goethe, a semejanza de Herder, prestaba oído atento al mundo. Ya de niño había escuchado íntimas melodías en el instrumento delicado y superiormente afinado de su alma; provenían esas armonías de experiencias amplias y profundas, cumplidas en el ámbito de su casa. Una intriga amorosa, con el escándalo consiguiente, lo había informado, luego, después de experiencias dolorosas y humillantes, del lado subterráneo y problemático de la vida social, de la que hasta entonces sólo había conocido la grata superficie de la apariencia honorable. Pero el problema ético-estético esencial, que no lo abandonó nunca en medio de todos estos trastornos, fué, desde los comienzos, la libre expresión personal de la vida fervientemente sentida o presentida, el sosiego del corazón, la actividad inspirada por Dios. En todo esto Goethe seguía el instinto de su época, que ya sabía que lo visible y aprehensible de las cosas no es lo último de las mismas, puesto que éstas tienen raíces que yacen en lo oculto y que se muestran al espíritu vidente sólo de una manera insinuada, como verdades celestiales recatadas en la penumbra. Por esa razón Goethe se desentendía de todo lo que fuese someterse fielmente a un dogma cualquiera, de todo lo que fuese una ilustración intelectual asequible mediante un compendio de enseñanza.

Oprimido por la aridez de desierto que imperaba en el

mundo espiritual de la Alemania de entonces, se entregaba con respeto al misticismo estético y religioso. En la época de Federico el Grande y de Voltaire, el mundo oficial cortesano no atenuaba la sed de maravilla y de misterio innata en todo hombre: el muchacho de catorce años que no encontraba satisfacción en las formas espirituales y morales de la estructura burguesa alemana que le rodeaba, ya había intentado mitigar esa sed, del modo más secreto, en el subterfugio místico y mágico de una especie de asociación masónica, o liga de la virtud, la "Sociedad Arcádica". Inspirado por ese mismo anhelo de buscar lo prodigioso en la vida real, también Napoleón había manifestado: "J'ai toujours cherché le merveilleux". Y puesto que bajo aquel régimen de gobierno absolutista cada persona no representaba más que una cifra calculable en sangre e impuestos, Goethe se liberaba consagrándose al misticismo, a las fuerzas secretas que, aunque sólo podían levantarlo hasta una zona del espíritu universal infinitamente grande, le hacían participar, sin embargo, de una soberanía que se burla de las soberanías terrestres, infinitamente pequeñas. El joven Goethe ya se había desentendido de la ineficacia de estas soberanías. El genio debía aspirar, en primer término, a superar todo lo socialmente estatuido en la vida, el arte y la ciencia, para levantarse luego por encima de sus restricciones, caprichos e injusticias. La salvación no estaba en la obediencia a los preceptos de la ley arbitraria, sino más bien en el vuelo espiritual que los supera. La manifestación pura del espíritu divino sólo podía hallarse, o en las más íntimas disposiciones humanas, o en la Naturaleza. Unas veces devoto, otras contemplativo, resonaba por entonces el grito de la juventud más entusiasta y mejor organizada: el grito proferido inicialmente por el estoico sentimental, el ginebrino Rousseau. La Naturaleza y la libertad eran, pues, las estrellas guadoras que debían salvar al hombre de toda afectación, de toda nimiedad. El joven Goethe estaba poseído por la embriaguez de evadirse de los estrechos límites cotidianos, de identificarse con el Universo, como luego lo realizaría Höderlin. De tal manera sentíase Goethe arrastrado por el vuelo de las ideas de esa juventud, que Lerse, el amigo predilecto entre sus compañeros de mesa en Estrasburgo — eternizado en su *Götz* — contaba más tarde, en tono jo-



vial, que en aquel entonces había temido que Goethe se descarrase alocadamente. Era la lucha, la contraposición interna de dos distintas visiones del mundo, que lo transfiguraban, como después de él le ocurría a Nietzsche, en el paladín insustituible de una época. Lo esencial, para Goethe, era que el hombre superior combatiese, enseñase y transformase a la parte válida de la sociedad; que sufriese y pereciese en la tarea, si ello era necesario. Este tema, utilizado por él en su *Prometeo*, nos muestra al propio Goethe como educador y creador, exaltado hasta lo heroico-místico, de existencias propias, personales, independientes del espíritu legalista. En el *Mahoma*, en el *Götz*, en el *César* y, en cierto sentido, también en el final del *Fausto*, Goethe retoma esa idea. En todo esto, el mismo poeta no es más que un hijo de la suerte, capaz de aventajar a sus semejantes de muy diversos modos. Los reproches que suelen dirigirse a este respecto son comprensibles cuando provienen de un espíritu arriscado o de un crítico minucioso, pero resulta indudable que, más allá de toda crítica, Goethe se ha legitimado como el promotor indiscutible de la nueva misión. Según él, el espíritu selecto, primordial, está regido por una ley propia, por la que se armonizan concéntricamente su yo y su mundo, sea éste la ley socialmente sancionada, el Estado, la religión o la cultura. Cuando la personalidad choque con principios extraños a su índole profunda, entonces, o los ajustará a su ley íntima, o se malogrará: hombres como Goethe, Napoleón y hasta el mismo Cristo — encarnación pura, hecha hombre, de una eterna idea primordial, sobre la que no tienen ningún derecho las categorías temporales forjadas con meras aspiraciones cotidianas por nobles que sean —, no son un yo disminuído, fácil de plegar como los otros; son fuerzas universales creadoras.

El profeta francés del retorno al hombre en estado de naturaleza había impulsado a Goethe, a través de las sugerencias de *La nouvelle Héloïse*, a dar a las confesiones de *Werther* la forma de una novela epistolar y lírica, a través de la cual venía desarrollándose desde épocas anteriores aquel típico impulso creador. Voltaire se había burlado de Rousseau manifestando que al leerlo le entraban deseos de andar sobre cuatro patas. Goethe había reconocido, por su parte, los peligros de un entu-

siasmo puramente sentimental por la Naturaleza, y no tardó en atenuarlo en sí mismo. En el tiempo en que ya había logrado triunfar sobre el desborde de la propia sensibilidad, el poeta gustaba reírse de su *Werther* y de *La nouvelle Héloïse* de Rousseau, como ejemplos de novelas sentimentales; sin embargo, aun entonces la sensibilidad vibrante distaba mucho de serle algo totalmente ajeno. Así Fausto, poco después de haber manifestado su fe en términos de poesía purísima, en su respuesta a la pregunta dubitativa de Margarita en lo tocante a sus creencias personales, intenta, sin embargo, en un brusco descenso de lo sentimental a lo sensual, la seducción de la doncella. Lograda ésta, el drama de Margarita se transforma en tragedia. La inquieta frivolidad de la conducta de Goethe en sus primeros años, motivada por la contradicción de su naturaleza superabundante e intensamente vivaz con las formas sociales y culturales tan estrechas en que esa naturaleza procuraba agotarse, no le había permitido ni formarse un concepto propio del valor de las cosas, ni asumir una actitud independiente frente a la sociedad. Esto nos explica que, por contraste, no tardase en acogerse a ese ambiente de renunciamiento y alejamiento del mundo, a ese ascetismo místico que se rige por sí mismo sin ningún contenido dogmático, al entusiasmo religioso, fundado en la contemplación de la Naturaleza. Goethe conciliaba de este modo su ansia secreta hacia las succulentas mesas de la vida con profundas y contenidas ternuras. Tiempo después, mientras el Duque de Sajonia-Weimar era el factor más importante de su destino externo, Carlota von Stein actuaba como la más eficaz transformadora de su intimidad. La consagración afectuosa que ella le dedicaba, facilitábale a Goethe, entre otras cosas, el buen desempeño de sus actividades palaciegas, la postura segura y la confianza en sí mismo, tan necesarias para el cumplimiento de sus obligaciones oficiales. Como ocurre con otras criaturas favorecidas por Júpiter, también alentaba en Goethe, como algo innato, una repugnancia natural hacia todo lo bajo y feo, y el destino, que hasta en esto le favorecía, le ayudaba a vivir, por otra parte, y plenamente, todos los dolores, incluso los más intensos. Por dicha, sin embargo, sus desposorios espirituales con la señora von Stein no tardaron en llevarlo a la consecución de su purifi-

cación íntima: Ifigenia liberaba a su hermano asechado por la locura. Poco tardó en nacer en Goethe esa poesía de entonación mística, originada tanto en su contemplación de la Naturaleza como en su amor por la señora von Stein, que con tan inmediata comprensión sabía acompañarlo en sus vastas actividades. La cascada de Staubbach, en el valle de Lauterbrunn, lo incita a componer el *Canto de los espíritus sobre las aguas*, y la segunda sección de sus *Cartas de Suiza* evidencia el desarrollo de esa contemplación, espiritualísima, de la Naturaleza. En sus poesías ideológicas Goethe quería colmar vivamente la imagen expresiva con el contenido del momento singular. Este momento no es, como ocurre en Schiller, el resultado de una actitud especulativa, y menos aún el de la superabundancia de un estado de ánimo momentáneo, jocundo, del que se burla diciendo:

"Begeisterung ist keine Heringsware.  
Die man einpökelt auf einige Jahre." (1)

sino el resultado de su vida inmediata, caramente pagada y abrazada siempre por toda su alma comprensiva, por toda su razón, con el corazón y los ojos, con sus alegrías y sus dolores.

Esto explica la apasionada fuerza metafórica que las anima y el profundo e íntimo calor que reflejan esas poesías. Sentimos a Goethe inmediatamente presente con su corazón fervoroso; un vínculo personal nos relaciona con él, con sus desazones y sentimientos. El Doctor Fausto, su constante obsesión, le exige a Goethe, ya desde joven, su sangre, su substancia. Al igual que Prometeo y otras figuras, Fausto logra así, con su total significación típica, su verdad vital individual, la elevada verdad íntima en oposición a la mera imitación de la Naturaleza. La obra poética de Goethe, en su contenido más profundo, es un todo luminoso, está dotada de un vigor intenso; su tendencia al simbolismo, también originada en un deseo de liberación, y el propósito de suscitar por lo oculto y reservado ese respeto que incita hacia el temor, el recato y las buenas costumbres, se conservan en feliz equilibrio con la necesidad de una visión inmediata y clara. Cada acontecimiento guarda, por consi-

(1) "El entusiasmo no es mercancía de arenques, que se sala para algunos años."

guiente, su significado independiente en cada uno de sus escritos; pero, aun en los casos en que no concebimos su significado simbólico, sus poemas mueven nuestro sentir y nuestro pensar, en tan alto grado, por ejemplo, como ocurre con la *Rosita de los brezos*, el *Rey de los elfos*, el *Pescador*, o el *Aprendiz de brujo*. Con intención más profunda que la de un Maeterlinck, dice Goethe en sus años de madurez: "Quisiera liberarme por entero de la palabra. Hay en ella algo superfluo, ocioso, presuntuoso. Quisiera hablar como la Naturaleza, solamente en diseños," y exige:

"Bilde, Künstler, rede nicht!  
Nur ein Hauch sei dein Gedicht!" (1)

En él, en efecto, la palabra se transforma en línea y color, imagen y cuerpo, de suerte que pintores y escultores pueden envidiarle por su destreza plástico-imaginativa. De sus composiciones poéticas, él mismo pudo decir que en cada una de ellas se encierra el núcleo de una fruta más o menos considerable. A él no le bastaba la autodeterminación de la forma literaria que surge del interior del asunto, según postula Schiller y a la que tiende, aunque de un modo mucho más aparente, la escuela de los parnasianos. Más allá de todo eso, Goethe aspiraba al logro de lo típico dentro de la apariencia transitoria, a lo que él denominaba la verdad en lo bello. El estilo era para Goethe la capacidad de representar lo característico de las cosas, no a la manera de Schiller mediante teorías abstractas y de índole estética, sino mediante la observación singular y concreta, la que siempre es corroborada por la divinidad que penetra y vivifica a la Naturaleza y al hombre. De este modo, la más excelsa obra de arte transfigurábase en obra de la Naturaleza, en algo necesario y divino. Su convicción más profunda era la de creer que lo bello es Dios, Dios manifiesto en sus apariencias naturales. A Goethe, sin embargo, por temor de ser mal interpretado por la mayoría, no le agradaba mucho emplear esa expresión; con todo, al contemplar las obras maestras del arte griego, el entusiasmo le arrancaba la siguiente confesión: "Estas supremas obras de arte han sido producidas por los

(1) "¡Forma, artista, no hables!  
¡Que tu poesía sea sólo un hálito!"

hombres al mismo tiempo que las supremas obras de la Naturaleza, de acuerdo a leyes veraces y naturales. En ellas hay necesidad, en ellas está Dios." Pensaba Goethe que quien quiere conseguir algo perdurable en el arte o en la ciencia, al adentrarse en la verdad ya se aproxima a Dios. Según su opinión, quien posee ciencia y arte posee, al mismo tiempo, religión, y quien mira lo bello, es decir la forma corporizada de la verdad, se siente abrasado y transportado por su fervor. Lo bello es para él "una manifestación de las leyes recónditas de la Naturaleza, las cuales permanecerían eternamente ocultas para nosotros si ese fervor no nos las descubriese". "Así como en el capullo de la Naturaleza se manifiesta en formas de belleza, así se manifiesta lo bello en la verdad." Para Goethe, asimismo, la obra poética es la levadura sensible de un proceso íntimo, sea éste un acontecimiento cualquiera, un *aperçu*, o una construcción mental determinada. En el propio Goethe el poeta es lo esencial, y lo esencial netamente divino, y el hombre cotidiano, el hombre de negocios y de mundo, lo accidental, lo desordenado y terreno. Por esta razón el mundo se abría frente a él tan clara y armoniosamente, y por la misma razón se posesionaba de su espíritu una profunda calma cuando lograba dominarlo, como poeta, con el ojo de Dios; en cambio se le mostraba contradictorio y desordenado cuando se movía en él como un hijo de los hombres de mirada turbia. Mientras que como tal se agitaba desesperado, inseguro y errabundo, su don de poeta actuaba como una fuerza que sabía encontrar su camino con seguridad soberana. Por eso era Goethe más accesible que cualquier otro a ese renunciamiento místico que exige la visión pura e imperturbable de las cosas. Aunque ese renunciamiento no le proporcionaba un bien inmediato, se lo procuraba sin embargo en sus resultados últimos, tanto en casos aislados como en conjunto. En el fondo, Goethe renunció solamente a lo somero y efímero, a lo aparente, salvando en cambio, con la mayor pulcritud, lo característico de su genio de poeta. Su renunciamiento no fué por ello un ascético renunciamiento del mundo. Al contrario. Así como Dios necesita del mundo para completarse a sí mismo en él y por él, así también el poeta; al poeta el mundo le es, a un mismo tiempo, alimento y tarea. En la armonía y la claridad de las cosas, Goethe veía el mundo

en su verdad. En cuanto lo vivido se transformaba en él en poesía, sólo entonces el mundo se le mostraba según su contenido y conexión interna, sólo entonces en lo pequeño veía lo grande, en lo estrecho lo amplio, en lo temporal lo eterno, en lo casual lo necesario, en el conjunto lo típico. De este modo el detalle singular perdía ese aislamiento que aparentemente lo anula y lo torna insignificante. El mismo Goethe decía: "La viva contemplación poética, aún practicada dentro de un estado limitado, exalta a cada persona singular hacia una universalidad, si bien limitada no restringida, de tal modo que aun desde el espacio más pequeño acertamos a columbrar todo el universo." Por consiguiente:

"Willst du dich am Ganzen erquicken,  
So musst du das Ganze im Kleinsten erblicken." (1)

Lo singular siempre tuvo para Goethe un valor típico y simbólico, como paradigma de mil casos análogos y similares; de allí que él mismo pudiese decir que poetizaba no solamente para serenarse interiormente, sino también para corregir su concepto sobre las cosas.

Con respecto a esto manifestaba: "Para mi íntimo beneficio espiritual, no he encontrado nada más adecuado que la Naturaleza vasta y profunda y siempre viva, juntamente con las obras de los poetas y artistas griegos." Las personalidades típicas de esos artistas se le ofrecían, por ello, como un prototipo eterno para la poesía alemana. Su *Prometeo*, así como la *Penthesilea* de Kleist, la *Libussa* de Grillparzer, y el *Kandaules* de Hebbel conservan, a pesar de toda la intemporalidad de su existencia, un interés moderno, puesto que lo bello en esas obras no está supeditado a los azarosos caprichos de la cronología. En la casa paterna, en Francfort, había recubierto su cuarto con cuadros de dioses griegos y había adquirido, asimismo, grabados en cobre de las obras más notables de la antigüedad. En Weimar coleccionaba, años más tarde, moldes de esculturas clásicas y se entretenía en dibujar los antiguos órdenes de columnas. Lo gótico, que en un principio se le había manifestado como un reflejo arquitectónico del período de

(1) "Si quieres recrearte en el todo,  
así debes contemplar el todo en lo diminuto."

*Sturm und Drang*, se le aparecía entonces como algo exaltado y confuso. A la catedral, su expresión plenaria, la encontraba falta de serenidad en su interior y carente, por otra parte, de simplicidad en lo externo. En estos momentos, la totalidad de la manera de ser del poeta solicitaba un modo de belleza mucho más apacible. Sólo podía encontrarlo en lo verosímil, y éste se presentaba a él, tanto en el arte como en la Naturaleza, únicamente en las formas nobles y sencillas. "El diletantismo— escribe entonces reprochándose sus viejas preferencias— sigue la inclinación de la época."

Para el estudio de lo antiguo, siéntese impetuosamente arrastrado hacia Italia, la segunda patria que busca su espíritu. El anhelo casi enfermizo que lo impulsa hacia ella lo expresará por boca de Mignon, con entonación elegíaca.

#### GOETHE, ARTISTA CREADOR

Mientras que con el esfuerzo de su índole investigadora Goethe aspiraba a una elevada cultura moral, y en tanto que su persona conservaba despierta, junto con la percepción profunda de la esencia de las cosas, una sensibilidad afinada que siempre sostenía a su noble naturaleza en pleno señorío espiritual, en trance oportuno el impulso creador de Schiller aportó a su vigor poético una nueva primavera en la que, según confesión del mismo Goethe, "todo brotaba en alegre conjunto y nacía de semillas y ramas enhiestas".

En momentos en que el genio titubeaba en medio del camino contemplativo propuesto, el amigo, con su irradiante vigor especulativo, lo obligó a seguir adelante y lo arrastró, por decir así, hasta la meta. Grande, en efecto, era el vigor creador de Schiller, ya que, de acuerdo con la expresión del propio Goethe, nada podía trabar, constreñir, ni amenguar la fuerza de sus pensamientos. Este soberano impulso de Schiller venció también aquella oscuridad y aquel titubeo que Goethe — según confesión hecha en carta dirigida a su amigo en 27 de agosto de 1794 — no había podido dominar por sí mismo. Sólo entonces, y de un modo paulatino, se percataba Goethe que había andado errado, que estaba destinado a precisar los ideales ético-sociales de un modo general, amplio, y no en

pequeño; que para la realización de esos mismos ideales, para "descender las joyas celestes", como él decía, grande sería el rendimiento cuando concentrase sus aspiraciones en una transfiguración poético-simbólica de lo humano, pero no mientras dentro de un estrecho círculo de preocupaciones sólo acarrearase uno que otro sillar para el edificio gigantesco de la eternidad. Sólo después de esta alternativa acertó el poeta a sentirse realmente conducido hacia su misión de artista creador.

Dibujante dotado de una clara visión investigadora, también sabía columbrar distintamente, en lo que se refiere a sus dramas, ante todo la acción con su ambiente, luego las situaciones en germen. No era la plenitud del mero acontecer casual, sino solamente el fecundo sentido simbólico lo que tenía importancia frente a sus ojos ya que aun antes de haber conocido el destino ulterior de sus aspiraciones, por impulso demoníaco siempre activo, sentíase, como el personaje del *Fausto*, "nacido para ver, destinado a mirar". Nunca ideó Goethe una belleza de la que no conociese en la tierra un modelo real. "El espíritu de lo real — decía — es lo único ideal". Desde su juventud había cultivado sus dotes visuales. Ya los había ejercitado en la catedral de Estrasburgo, contemplándola mañana y tarde, desde todos sus costados, a diferentes distancias y en cada dirección; los había adiestrado particularmente en Italia, donde, en lo que concierne a la interpretación de Homero, era "como si se le hubiese caído una venda de los ojos". Por eso fijaba toda la intensidad de su mirada sobre la realidad de la vida, lo que transmitía a su visión exactitud, luz y movimiento, junto con la capacidad de exteriorizarla en estilo personal. Al igual que Schiller, Goethe elegía en todas partes, de un modo resueltamente seguro, aquel momento en que lo típico se manifiesta con mayor claridad, para aferrar entonces a personas y cosas en el círculo de su mirada y de su palabra. La figura humana ideal se concretaba, para nuestro autor, en el héroe dramático. Shakespeare se le presentaba, por ello, como el inapreciable prototipo capaz de hacer patente en sus rasgos profundos esta suprema naturaleza humana, primitiva, grande y heroica, caballeresca y pujante, al igual de la de Homero, y acaso superior a ella, ya que sobre el fondo extraordinariamente poderoso del cosmos shakesperiano se recorta, asimismo, el



mundo ético burgués. De esta manera el recto camino de lo humano conducía a Goethe, sucesivamente, de la actitud propia de la criatura brutal y primaria, a la actitud del joven burgués sentimental Werther, para pasar luego a la del sabio místico Fausto. Junto a éste, por último, la figura de Helena representa, tanto en lo que atañe al contenido intrínseco como a la forma extrínseca, la victoria completa del culto del propio Goethe por la belleza clásica sobre su empuje juvenil, titánico y sentimental. Esta figura de Helena concentra, pues, ese efecto de remozamiento vital y estilístico que la antigüedad clásica suscita — por medio de la visión de la belleza canónica — en el genio sentimental y titánico. A dicha figura se contraponen, en oposición profunda, la figura de Mefistófeles, surgida de los relatos populares de la Edad Media para encarnar esa eterna tendencia universal que no sólo se sirve del humorismo para criticar o desvalorizar lo absoluto e ideal, sino que representa la fluctuante relatividad de toda apreciación humana, y, con ello, la relatividad de la autosatisfacción en el instante. Siempre está Mefistófeles empeñado en destruir el valor de la ilusión y en quebrar, en consecuencia, su goce. Aun a la misma Helena le sirve de criada, bajo la fea figura medieval, fantasmagórica y dúplice, de Mefistófeles-Phorkyas.

Fausto, en el drama, siéntese atraído por el Eterno-femenino que, poco a poco, va separándolo del influjo mefistofélico, hasta que lo bello ideal lo libera de lo sensual, mientras Phorkyas se estrella contra su poder victorioso. Cúmplese, de este modo, la lucha trabada entre Dios y Satán, entre el mundo y el ideal, entre la belleza espiritualmente aspirada y el destino que impera sobre lo aparente.

Para la expresión de sus ideas en el *Prometeo*, en el *César*, en el *Götz* y en las *Elegías romanas*, Goethe ha elegido, asimismo, símbolos antiguos y remotos, pero no a la manera de un mero poeta de lo plástico que, aficionado a los alardes decorativos, gusta engalanar sentimientos modernos, con adorno arcaizante, en una especie de mascarada histórico-pintoresca, sino porque lo histórico le atrae como episodio de la cultura y porque los elementos de este episodio le parecen apropiados para patentizar, a modo de parábola, y adecuadamente, sus preocupaciones íntimas, originales y modernas. Goethe reco-

noce, por otra parte, como ya anteriormente lo había hecho Herder, la influencia del ambiente. Sabe caracterizarlo en forma inimitable, al tiempo que pone de relieve, en cada caso, la particular disposición de su ánimo individual. Los innumerables cuadros de sus relatos (que no deben leerse en casa, sino afuera, sobre la verdura del césped), surgieron igualmente de su experiencia vivida, de manera que los compone y manifiesta, de acuerdo con las transfiguraciones que han sufrido en su intimidad, con una potencia expresiva y un vigor plástico realmente insospechados. También sorprende Goethe la vida que alienta en todas las cosas. Con señorío y amenidad acoge los temás más varios; con juguetona omnipotencia elige motivos y materiales en campos diversos, particularmente en el mundo de la cultura. Al mismo tiempo, en sus narraciones surgen los aforismos sabios, y brotan siempre, como las acciones del drama, de los caracteres y de las situaciones. De esta manera las producciones poéticas de Goethe logran la densidad específica que les es propia. En todas estas actividades la mirada y el juicio del poeta fueron de continuo dirigidos y clarificados por el pensador, con tanto acierto que después de él ni los novelistas ni los biógrafos han podido substraerse a esa manera de encarar los acontecimientos. Esto se hace evidente, por ejemplo, cuando se compara los *Pensamientos y recuerdos* de Bismarck — redactados de acuerdo con el modelo goethiano — con los hechos memorables de Richelieu y Federico el Grande. Bismarck debe al poeta la idea de la continuidad de los sucesos que se desarrollan conjuntamente y dentro de la atmósfera circundante, la capacidad de captar el espíritu de un ambiente, el *genius loci*, con toda su vivacidad y toda su fuerza —, constantes determinadoras de los estados de ánimo individuales. El propio Goethe logró de este modo sorprender plenamente la esencia íntima de la personalidad, intuyendo hasta los más tenues movimientos emocionales. De este modo, asimismo, la imagen de Lord Byron pudo transfigurarse para él en una entidad poética, concebida según la eterna belleza de lo anti-guo, la que con plenitud sensualmente apacible auna, como Fausto y Helena, en un impulso inquietamente oscuro, los instintos primitivos, ya latentes en la concepción materna, con la incansable aspiración hacia un mundo siempre nuevo: continua

fluctuación entre lo antiguo apacible y sereno y lo nuevo desasosegado y demoníaco. Concebido de tal manera, suerte de hombre y demonio que quebranta todos los límites, el espíritu de Euforión se nos manifiesta como el símbolo místico de la poesía moderna con su mezcla de fuerza demoníaca y de inquietud humana. Si por este motivo se reprocha a Goethe, lo mismo que a Schiller, de que semejante transfiguración choca con nuestro sentido de la realidad inmediata, cabe objetar de que también en este caso tal exposición simbólica, tan conveniente a los propósitos de ambos amigos, se les aparecía como la única forma artística adecuada y elegible, ya que es también la única forma que purifica a esa realidad inmediata de toda escoria terrena, la única, en fin, capaz de exaltarla, con halo de belleza, hasta las esferas de lo invariable eterno. Pero en Goethe, aun debajo de esa envoltura simbólica, siempre es posible percibir el acusado diseño de los caracteres, y hasta en las más audaces fantasmagorías del *Fausto*, que abarcan un lapso de no menos tres mil años, desde la conquista de Illión hasta la caída de Missolonghi, el destino cumple, de igual modo que en las criaturas reales, su curso trágico. También aquí reina la ley superpersonal e implacable, y a ella están sometidos los personajes de sus novelas, según acontece en las *Afinidades electivas*, en el drama antiguo del destino y en el drama moderno de la transmisión de la idea. Por estas razones, en esas obras el hombre está, por decirlo así, considerado no sólo en su propia vida, sino también cosmológicamente, tal como ocurre en las obras de la antigüedad y en las de Shakespeare, al punto de que, tanto en aquéllas como en éstas, el alma, la Naturaleza y el destino forman una unidad. Goethe se distingue así, profundamente, de toda la moderna literatura europea de carácter naturalista. Los escritores de esta tendencia, reunidos alrededor de Zola, sentíanse incomodados en su intento de "imitación directa de la Naturaleza" por el espíritu universal de Goethe. Para éste, en efecto, "el arte descansa sobre una especie de sentimiento religioso", pues con respecto a la cultura moral, la cultura estética le parecía "tan estrechamente afín y hasta tan incorporada en ella, que para la recíproca perfección de ambas no es posible imaginar la una sin la otra". Lavater fué puesto en la picota de las *Xenias* tanto por su ortodoxia intolerante como por la continua defraudación de

si mismo que importaba su manera de entender la misión de profeta. Shakespeare, en cambio, era para Goethe "el confidente de Dios", porque con la mirada de la divinidad contemplaba los secretos del mundo humano y los profería luego con entonación divina. Ya el adolescente que buscaba a Dios se había situado frente a las obras del poeta inglés "como delante de los libros abiertos del destino"; frente a ellos sentía "su vivir vastamente ensanchado y su propia esencia magnificada en la esencia del mundo." Por esta razón también Goethe sintetiza la plenitud de lo contemplado y vivido en gratitud serenamente reconocedora. Así levanta un monumento literario a Carlota von Stein y a Shakespeare, que se concreta en la siguiente exclamación:

"Lida, Glück der nächsten Nähe,  
William, Stern der schönsten Höhe,  
Euch verdank' ich, was ich bin." (1)

Pero mientras Shakespeare sitúa en lo interior de sus entes y argumentos dramáticos la fuerza moral de la voluntad que los dirige e impulsa hacia el desenlace, Goethe los deja padecer y desarrollarse de acuerdo a la ley de los acontecimientos y de la evolución naturales. Y aunque el poeta acierta a desprender de sí mismo, muy objetivamente, y en cuadros de gran coherencia representativa, los episodios personales que transporta al drama, a la novela o a los escritos de tono épico, esos episodios no dejan de seguir enlazados, particularmente en las composiciones líricas donde de un modo inmediato se truecan en poesía, con múltiples relaciones personales, locales y temporales, de tal suerte que el lector ignorante de dichas relaciones o permanece a oscuras o logra únicamente un conocimiento escasamente profundo de esos poemas:

"Gedichte sind gemalte Fensterscheiben.  
Sieht man vom Markt in die Kirche hinein,  
Da ist alles dunkel und düster;  
.....  
Kommt aber nur einmal herein!

(1) "Lida, dicha de lo cercano más próximo,  
Guillermo, estrella de la altura más hermosa,  
A vosotros debo lo que soy."

Begrüsst die heilige Kapelle!  
 Da ist's auf einmal farbig helle,  
 Geschicht' und Zierat glänzt in Schnelle,  
 Bedeutend wirkt ein edler Schein." (1)

Esta íntima armonía de todas las circunstancias eleva al poeta a una excelsa visión del mundo, en la que se otea todo el pasado como una infinita moraleja, y ya había sido lograda, antes de él, por Spinoza y Lessing. En todo esto Goethe rendía homenaje a la idea de que el lector capaz de meditación debe deducir de la vida real los postulados de una representación transfigurada y concentrada en arte, como tiempo antes lo había exigido Lessing en lo relativo a la poesía didáctica. Nunca encuentra Goethe la luz de la verdad escondida en libros, en fórmulas mágicas o en reacciones químicas, sino sencillamente en la vida toda del mundo que, estrictamente concebida, es la vida de Dios mismo. Por eso, cuando comprenden el mundo, el poeta y el artista comprenden lo eterno, lo auténtico, lo típico, la estructura fundamental divina del universo. Así pasa el hombre, como Fausto, del saber y del arte, de la meditación y del asombro, a la vida efectiva que madura en él la decisión de "lanzarse osadamente al mundo y de soportar todos los sinsabores y todos los goces de la tierra", como dice el *Urfaust*. A semejanza de los verdaderos héroes del espíritu alemanes, Walter von der Vogelweide, Federico el Grande, Lessing y Humboldt, también Goethe proclamaba la más grande tolerancia en el trato con los demás hombres, la noble deferencia hacia las opiniones divergentes. Mientras él mismo había atravesado la vida impetuosamente, sin medida, sin límites ni frenos, intentando aferrarlo todo, había permanecido dolorosamente insatisfecho. Insatisfecho había vivido hasta que aprendió a moderarse, a concen-

- (1) "Las poesías son vidrieras de esmaltados ventanales.  
 Si desde el mercado se mira hacia el interior de la iglesia,  
 Todo se muestra oscuro y penumbroso.

.....  
 ¡Pero venid, pues, hacia adentro!  
 ¡Salud a la sagrada capilla!  
 Todo aparece de pronto luminosamente coloreado,  
 Las inscripciones y los ornamentos relumbran vivamente,  
 Un noble resplandor nos penetra."

trarse en una modalidad cultural armónicamente bella, en una actividad ético-social en la que pudo, por fin, encontrar la medida y la limitación de sí mismo. Aún entonces, todavía nos advierte que debemos renunciar:

“Entbehren sollst du, sollst entbehren.  
Das ist die ewige Gesang.” (1)

La Musa se acercaba al poeta y, con mano célica, aquietaba en él los movimientos borrascosos de la vida. Pero él, a su vez, a fin de unir su tarea y sus afanes a los de otros hombres, debía retener primero, mediante ese renunciamiento, el excesivo desborde de su personalidad. La doctrina de Spinoza le proporcionaba un postulado que lo entusiasmaba: el de ser desinteresado en el amor y en la amistad. Este era también su credo, el credo que realizaba en su trato cordial con hombres y mujeres. En este trato, las relaciones del matrimonio eran para él particularmente importantes. A Goethe le repugnaba esa actitud poco fervorosa con que las clases altas de la sociedad viven la vida y la poesía, y en la que a veces habían incurrido hasta los mismos románticos, y a la que el poeta opuso poderoso baluarte. En las *Afinidades electivas*, exalta, ante todo, el carácter sacramental y digno de ese lazo: “El matrimonio — dice — constituye el fundamento de toda la ética social, es la manifestación más elemental y al mismo tiempo más perfecta de toda la cultura. Afina al hombre tosco, y el hombre culto nunca encuentra mejor oportunidad que la del matrimonio para demostrar su delicadeza. El matrimonio debe ser indisoluble: en ningún caso pueden existir motivos suficientes para la separación.” El mismo poeta, aunque cuidándose escasamente de las apariencias, había procedido así en lo profundo de sus sentimientos. Es más: bajo los afables cuidados de Cristiana, el respeto que el matrimonio le inspiraba había ascendido a veneración perduradera, al punto de llegar a condenar, evangélicamente, la mera violación ideal de este vínculo.

En su lucha de los últimos años contra la vida particular y limitada de cada individuo, Goethe tuvo siempre presente fina-

(1) “Renunciar debes tú, debes renunciar,  
Este es el eterno canto.”

lidades sociales, en tanto que las preocupaciones de Fichte y Hegel eran más bien de índole política. El poeta deseaba traspasar, en beneficio de otros, la propia complacencia y el propio goce a la vida común y al trabajo diario. Nadie le parecía tan mediocre y débil como para que no pudiese ayudar al prójimo. Cada hombre, según él, debe considerar la comunidad grande o pequeña en que vive, no solamente como una comunidad política y económica, sino también como una comunidad ética. Esta exigencia le parecía tan intensa que, en su sentir, la responsabilidad de toda insatisfacción espiritual que nuestro prójimo experimente, una vez logrado el pan cotidiano, recae sobre nuestra conciencia. Su alegría suprema y junto con ella la máxima que, como se ha visto, le entusiasmaba particularmente, tanto en la doctrina de Spinoza como en su realización práctica, era la de ser desinteresado. El romántico Varnhagen, esposo de Rahel Levin y un fino observador de hombres, decía de Goethe, en años posteriores: "Su corazón profesa el más puro amor", y un sencillo consejero de las minas de Ilmenau, Mahr, manifestaba: "Fué el amor personificado". Todo el profundo efecto del *Fausto* se basa precisamente sobre esta tendencia cada vez más acentuada hacia lo general humano, lo que hace que la obra resulte para nosotros no sólo una manifestación simbólica de la vida y aspiraciones del poeta, sino también de la vida y aspiraciones propias. Este evangelio de la reconciliación del hombre moderno con la vida terrena y, al mismo tiempo, con la aspiración divina que íntimamente postulaba Goethe, constituye el credo religioso y optimista del advenimiento del reino de Dios sobre la tierra, reino y advenimiento que debemos desear. En esto, y a semejanza de Kant, Goethe contrapesa espiritualmente la magnitud del mundo material y prosaico, pero mientras que aquél habla de la ley moral del deber exigido por la razón pura, éste tiene como centro de su visión del mundo, más allá del imperativo categórico, el amor desinteresado que alienta en el fondo de la misma Naturaleza. Kant celebra sobremanera tanto la ley moral como la bóveda celeste, a las que cree sin influencia recíproca; Goethe, en cambio, advierte que también en lo íntimo se encierra un universo que suscita en nosotros la comprensión de aquel otro, infinito, del cielo estrellado. Y de esta manera objeta el monista Goethe al dualista Kant:

¿"Podrías tú sustentar la idea de estar en el centro de este orden eternamente vivo, si al mismo tiempo no distinguieras en ti una vivencia perenne girando alrededor de su punto céntrico?" Esta incontrastable visión del mundo, que contempla el panorama del pasado como una inmensa parábola, fué conquistada por Goethe, según queda dicho, como ya antes de él la habían alcanzado Spinoza y Lessing y de la misma manera en que, juntamente con él, la había obtenido Schiller. Tal visión condensábase con particular complacencia en manifestaciones literarias y en aforismos de índole genial, como con anterioridad a la producción goethiana podemos advertirla en los dichos de Polonio, o como, después de él, es dado sorprenderla en la sabiduría brahmánica de Federico Rücker, autores que como el Víctor Hugo de *Las Orientales*, de 1829, no habían dejado de tener presente el *Diván Oriental-Occidental* del propio Goethe. Estos aforismos fueron compuestos para el argumento limitado y sencillo de su relato didáctico. El poeta interpreta aquí, en forma personalísima, el dualismo persa basado en la dramática oposición de un mundo luminoso y radicalmente bueno frente a un mundo tenebroso y radicalmente malo, y lo transfigura, poética y filosóficamente, en la lucha humanísima entre la fuerza creadora irradiada por el hombre y la materia elemental que le resiste rudamente pero que cede, al fin, a este esfuerzo de espiritualización. El poeta fija así, de un modo insuperable, el postulado sobre el que se asienta la espiritualización y, con ello, la dignificación progresiva de las más ínfimas manifestaciones de la naturaleza humana:

"Was willst du ins Unendliche schreiten?  
Geh nur im Endlichen nach allen Seiten!" (1)

De este modo, en consecuencia, el hombre se transforma para Goethe en el símbolo vivo de la Naturaleza, la que superando los limitados términos de espacio y materia se transforma, a su vez, en símbolo del hombre. Goethe reparaba escasamente en la apariencia casual de los individuos. Más allá de estas modalidades manifiestas, buscaba siempre lo genéricamente humano —

---

(1) "¿Quieres penetrar en lo infinito?  
Avanza, pues, en todas direcciones, por lo finito."



lo natural — y hasta se complacia de continuo en contemplar su propia existencia, única y característica, tan sólo como un mero ejemplo, aislado, en el cual los rasgos esenciales de lo generalmente humano se habían corporizado individualmente.

#### GOETHE, HÉROE DE LA ACCIÓN CREADORA

La religión de Goethe no está limitada a la mera visión de las manifestaciones divinas en la vida humana y en la Naturaleza, sino que es, además, un ocio activo que procura que esas manifestaciones perduren y se renueven, a fin de que la humanidad, gozándolas, se sienta colmada de felicidad.

Los contemporáneos de Goethe de mentalidad idealista no pudieron dejar de extremecerse bajo la impresión que, con fuerza misteriosa, muchos de los grandes descubrimientos efectuados en el dominio profundo de la Naturaleza ejercían sobre los espíritus de entonces. Pero Goethe, en su carácter de héroe de la acción creadora, y por intermedio de su prototipo viviente, evidencia cómo, además de vencer la naturaleza externa y la naturaleza íntima, es preciso dominar la inclinación hedónica. Es cierto que no siempre es fácil resistir esa inclinación cuando ella se subleva contra la ley moral, pero perece quien no sigue esta ley, quien, en último caso, no la supera genialmente.

En el propio Goethe actuaban, entremezcladas, fuerzas físicas y anímicas de significación universal. Con la misma intensidad con que se manifestaba en él la actividad corporal, se hacían sentir igualmente, en sus adentros, las fuerzas espirituales. En invierno gusta refrescarse en las aguas glaciales del Ilm, o camina por las altas montañas suizas ocupándose en estudios geológicos, lo que no le impide, por otra parte, buscar una segunda patria en el aire templado y bajo el cielo claro de Italia, en medio de las obras de arte de la Antigüedad y del Renacimiento. Mientras que el conjunto de la personalidad de Goethe impone admiración al espíritu acerado de Napoleón, su sensibilidad es, sin embargo, de una ternura que Schiller califica de femenina. Está el poeta, como su amigo y protector el Duque, con los dos pies apoyados sobre la tierra firme, pero no obstante su alma vaga con frecuencia por las regiones de lo supra-sensible. Su espíritu investigador penetra hasta la claridad

última de las cosas, y sin embargo se complace en transportes místicos; con la fría atención del físico observa refracciones de colores; examina como anatomista — según ya lo había hecho en Estrasburgo en los tiempos en que le preocupaba la medicina — huesos y tendones; pondera como jurisconsulto una ley de quiebras; actúa con la soltura mundana propia de un diplomático y se ahonda, al igual que un soñador, en el espíritu intrínseco de las cosas, para terminar iluminando a hombres y cosas, con luz que emana de sí mismo, en obras poéticas de una fuerza afectivo-sentimental avasalladora. Con férvido aliento, como Fausto, Goethe atrae al mundo hacia sí para vivirlo plenamente en su interior, aunque por veces lo proyecte, de nuevo, con burla nihilista y mefistofélica. Introduce en el orden social un ser indeciblemente demoníaco y lo somete, al propio tiempo, a las eternas leyes de la vida. El mismo cree haber vivido en la época de Adriano, pero se siente tan enteramente compenetrado con el futuro que desearía prefigurarle según lo intuye su espíritu propulsor. Trátase, sin embargo, de una oposición aparente; en realidad todo se resuelve en una inquietud espiritual que actúa desde todos los lados y en todas las direcciones sobre la figura, la índole y el pensar de este genio. Lo que con referencia a esto Max Müller, de Oxford, separa en forma aún más manifiesta que la que dejamos indicada, Goethe lo reúne en la unidad de su realidad viviente. Esta unidad le impide toda acción gratamente cómoda, cumplida en el sentido del menor esfuerzo, así como su impulso vital intensamente dinámico, que Fausto conserva en sí hasta el último suspiro, le hace vencer todo punto de vista pesimista y decadente a la manera del de Spengler. Ya en el *Werther*, como más tarde en el idilio de *Hermán y Dorotea*, luchan dos visiones del mundo: la romántica renovada y la clásica renovada. Goethe, junto con Schiller, tuvo que decidir fuertes combates literarios, tal como con anterioridad lo había hecho Lessing en el campo religioso, y en esas circunstancias su inclinación hacia la forma epigramática, caracterizada en las *Xenias*, dió expresión a las enseñanzas, a los conceptos y aforismos que servían, frente al público, para ir allanando el camino a la comprensión del mundo de sus ideas. No era la lucha por las necesidades de la existencia lo que lo impulsaba a ello, aunque al respecto haya dicho lo siguiente:

"Todo lo que nace se busca espacio y desea duración; por eso desplaza a otra cosa de su lugar y abrevia así la duración de esta última." Tampoco le preocupaba el procurarse un pandemonio espiritual donde ejercitar su paciencia, sino que solamente en el juego demoníaco de su voluntad encontraba superioridad: superioridad que quería suscitar, conservar y llevar adelante adecuadamente al igual que el creador de hombres Prometeo. Esta superioridad debía acrisolarse en la lucha con los moralistas, y era una polémica más nacionalmente alemana que todas las guerras entre Stauffer y Gúelfos.

Al mismo Goethe suele reprochársele con frecuencia el que su dominante visión estética del mundo haya hecho a un lado, friamente, las aspiraciones del pueblo. Pero lo cierto es que desde que el poeta había clarificado y ensanchado su mirada en Italia ya no le abandonó nunca el pensamiento que actuaba en él casi con la fuerza de una pasión, es decir, el intento de espiritualizar y de aumentar las situaciones idílicas alemanas, para lo que le ayudó un acontecimiento que tiempo después pudo abarcar con su propia visión, como así también una época a la que le fué dado vivificar con su propio hálito. En el relato referente a los emigrados de Salzburgo se narra la historia del amor y de las dificultades de una doncella arrojada del hogar, a la que un hijo de burgueses conoce y pretende luego en calidad de esposa, y a la que obtiene, por fin, después de muchas discusiones con sus padres y amigos. En este modelo de un idilio alemán a la manera de Voss, crea Goethe el cuadro ideal de la vida familiar alemana de la pequeña burguesía. También en sus baladas y leyendas el poeta suscita figuras y acontecimientos propios de su ambiente burgués, los cuales, con la emoción que provocan, enternecen deliciosamente el corazón de los oyentes. Para este propósito elige Goethe las formas de expresión recias y sentenciosas de la clase media de la época luterana alemana, cuya poesía didáctica, árida y sin fervor pero proba y sustancial, de nuevo, y de este modo, él vivificaba y clarificaba eficazmente. El hecho de que, a pesar de todo, esta actividad innovadora no lograra al principio un éxito declarado, se explica por el ambiente de la época que, bajo un revestimiento verbal medievalmente oscuro y simbólico, tendía hacia lo religioso y lo patriótico, a lo que se apegaba, además,

un público escasamente educado. En este idilio no se le ocurrió a Goethe despojar a los alemanes de su individualidad y localismo, ni presentarlos bajo postizos aditamentos griegos: esto era, en verdad, imposible para un discípulo de Herder, poeta de la psicología de los pueblos. Lo nacional, sin embargo, no debía excluir lo genéricamente humano, al punto de significar una actitud patriótica malamente entendida. Goethe deseaba más bien que la influencia del arte griego se ejerciese sobre los artistas alemanes al solo fin de ayudarles a clarificar y elevar el sentido de su propia individualidad: "Que cada uno sea griego a su manera, pero que lo sea". Ya Lessing había comprobado que el arte de Voltaire, en contraposición al clasicismo, era una imitación aparente y erróneamente comprendida de las formas griegas, y que el arte alemán mostraba, en ciertos aspectos, modalidades similares a las del arte griego. También Goethe repara en esto y lo destaca como hombre del norte: "De no haber entrado en contacto, por medio de la evolución romántica de siglos incultos, lo grandioso con lo frívolo, ¿cómo tendríamos hoy a un *Hamlet*, un *Lear*, una *Devoción de la Cruz*, un *Príncipe constante*? Es nuestro deber conservarnos animosamente al nivel de estas ventajas bárbaras, puesto que seguramente nunca recuperaremos las ventajas antiguas."

Al igual que Lessing, ya en el plano de lo moral y de lo metafísico, Goethe abandona a Dios la entera posesión de la verdad y se reserva tan sólo el aspirar hacia ella. No por sus producciones, sino por esa aspiración, sustentada invariablemente, logra Goethe, por fin, según le ocurre a Fausto, la suspirada meta: "A quien siempre se esfuerza con aspiración fervorosa, a ese podemos salvar." Tanto de la vida del poeta, como de la imagen algo disminuída que de ella nos comunica su arte, es posible obtener este precepto: "¡Véncete a tí mismo!" Actividad y renunciamiento son las ideas dominantes que acompañan a Goethe a lo largo de sus años de viaje. Renunciar significaba para él abandonar, sin amargura, ventajas y derechos, tanto innatos como adquiridos. Este es el único renunciamiento que transforma al hombre impulsivo en hombre razonable, al hombre egoísta en hombre generoso. Por eso puso a los *Años de viaje de Wilhelm Meister* — la novela que intenta precisar los fundamentos de una vida próspera, concebida al mismo tiempo

como actividad individual y comunal — el siguiente subtítulo: *Los renunciantes*. Deben éstos, según el sentir del poeta, contenerse en la manifestación de sus fuerzas, ya que “una actividad incontinida termina por fracasar”. Las pasiones desvían nuestros sentimientos y los enturbian, impidiendo la lucidez del conocimiento. Tampoco en esto admite Goethe resultados mediocres: “Quien está condenado a alejarse de la belleza, huya apartando de ella su mirada”, tal es la exclamación que profiere a modo del antiguo cantor Orfeo. Si bien el renunciamento es todo asperezas al principio, no tarda en saber deliciosamente a lo largo de su realización. Este renunciamento salva al hombre no sólo de sus propias pasiones sino también de desengaños, esfuerzos y dolores estériles, y los transforma en paz y sosiego, en capacidad para trabajar en lo eterno, en esa capacidad que mantiene a la personalidad del hombre sobre sus características más nobles y mejores. Sin embargo, este renunciamento, que es en parte el exigido por Spinoza, no implica en sí mismo nada de puritanamente monacal, ni sustrae al hombre de las actividades del mundo. Muchas son las alegrías terrenales que a Goethe no le parecen un impedimento, sino más bien una ventaja para lograr la noción de lo eterno. Esas alegrías — declara — suscitan sentimientos de júbilo que, en parte directamente y en parte por intermedio del cuerpo, aumentan las posibilidades del espíritu humano en su anhelo de llegar a reconocer a Dios. Pero esas alegrías no pueden cerrar su fin en sí mismas. Spinoza dice: “Que el sabio disfrute de las cosas. Que se recree en la comida y en la bebida temperadas y agradables, en el aroma y en el aspecto de la planta que enverdece amenamente, en los adornos, en los torneos, en el teatro y en los espectáculos semejantes”. Goethe agrega:

“Geniesse mässig Füll’ und Segen,  
 Vernunft sei überall zugegen,  
 Wo Leben sich des Lebens freut.” (1)

A veces, con todo, sus pasiones y sus potencias oscuras le hacían posponer las aspiraciones superiores para solazarse en el

(1) Goza moderadamente de la abundancia y de la prosperidad.  
 Que la razón se manifieste en todas partes.  
 Allí donde la vida se complace en la vida.”

goce de lo momentáneo; pero no tardaba mucho en retornar, cada vez más rápida y profundamente, hacia lo eterno; así correspondía al hombre universal y de sangre fervorosa, destinado a lograr, a través del error y de la culpa, junto con las más altas cualidades del poeta, la suprema sabiduría humana:

“Weltseele, komm, uns zu durchdringen!  
 Denn mit dem Weltgeist selbst zu ringen.  
 Wird unser Kräfte Hochberuf,  
 Im Grenzenlosen sich zu finden  
 Wird gern der einzelne verschwinden,  
 Da löst sich aller Ueberdruss.  
 Statt heissem Wünschen, wildem Wollen.  
 Statt läst gem Fordern strengem Sollen  
 Sich aufzugeben ist Genuss.” (1)

El complacerse en la naturaleza del universo es para Goethe una verdadera religión, pero no de un modo tan absoluto como ocurre, por ejemplo, con Lamartine en la *Marseillaise de la Paix*, o como en el más reciente de los unanimistas del círculo poético de Arcos, Jules Romains, quien en su *Vie unanime*, de 1908, aún aparece supeditado a los penates y driadas del terruño. Por eso confiesa Fausto a Margarita, cuando ésta lo interroga acerca de su concepto del Ser divino: “¡Nómbrale felicidad, corazón, amor, Dios! El sentimiento es todo”. Por la puerta de la Naturaleza Goethe llega al camino que conduce a la paz universal; su alma de poeta se funde e identifica en “el amor supremo y puro que existe a través de todos los tiempos y que nunca desaparece”. Este amor, tan espiritual, ya lo profesaba Ifigenia, en la obra de ese nombre que el poeta termina en 1779, precisamente en los días en que Lessing da fin a su

- 
- (1) “¡Alma del mundo, ven, para compenetrarnos!  
 Puesto que luchar con el mismo Espíritu del mundo  
 Será el alto empleo de nuestras fuerzas.  
 Para identificarse en lo infinito,  
 El individuo desaparecerá gustoso,  
 Entonces terminará toda desazón.  
 En vez del ardoroso desear, del salvaje querer,  
 En vez del molesto exigir, del severo deber,  
 En dejarse llevar está el gozo.”

*Nathan*, obra realizada en Wolfenbüttel y Cantar de los cantares, en lengua alemana, del puro amor humano.

Para Goethe, como para Lessing, esta amorosa visión del mundo es lo esencial. En el *Fausto* lo expresa:

“So im Handeln, so im Sprechen,  
Liebevoll verkünd' es weit:  
Alle menschlichen Gebrechen  
Sühnet reine Menschlichkeit.” (1)

La más segura garantía de una vida personal razonable, no desposeída de felicidad, sólo la obtiene el hombre en su esfuerzo o en sus tentativas por lograr y acrecer la felicidad de los demás hombres. Cuando el hombre razonable busca hacer bien a su prójimo, entonces, en cierta medida, el hombre — para él hombre — se transfigura en Dios:

“Edel sei der Mensch,  
Hilfreich und gut!  
.....  
Heil den unbekanntem  
Höheren Wesen,  
Die wir ahnen!  
Ihnen gleiche der Mensch:  
Sein Beispiel lehr' uns  
Jene glauben.” (2)

Ya desde sus años de adolescente, Goethe había sentido el acicate de la emulación, exclamando: “¡Con todo el fervor de

---

(1) “Tanto el hacer, como el decir.  
Proyéctalos hacia lo lejos:  
Todas las miserias humanas  
Las redime la humanidad pura.”

(2) “¡Noble sea el hombre,  
Compasivo y bueno!  
.....  
¡Salud a los desconocidos  
Seres superiores,  
Que presentimos!  
Que el hombre los iguale;  
Que su propio ejemplo nos enseñe  
A creer en ellos.”

mi alma echo los brazos al cuello de mi hermano: Moisés, profeta, evangelista, apóstol, Spinoza o Maquiavelo!" Con igual entusiasmo, pero con intensidad mayor aún, Max Müller, el investigador de cuestiones sánscritas, de Oxford, en su obra póstuma, *Vida y religión*, mantiene la *Vedantas* de los *Upánishads* hindúes, junto con el *Ehejé uscher ehejé* — "yo soy el que soy" o "llegaré a ser quien soy" — formulado por el Dios único y evieterno del *Exodo*. Ambos, Goethe y Max Müller, pero en más amplia medida el primero, reclaman un amor sin distingos ni prejuicios hacia todos los hombres, un amor como sólo le es dado profesar al varón puro. Ya en el *Nathan* de Lessing este amor aparecía solucionando todas las confusiones espirituales, puesto que únicamente el que ama con generosa pureza acierta a descubrir los defectos ajenos con toda claridad. Espíritu sin taras ni pesadumbres, sólo a él le es dado compartir y aligerar las cargas ajenas. Aún más: la criatura limpia de mancha siempre comunica a los otros su propia pureza cordial, y los redime comunicándoles su íntima fe. También Ifigenia imploraba a los dioses: "¡Salvad vuestra imagen en mi alma!", y la paz que lograba para sí misma, gracias a su pura humanidad, la infundía luego, en forma de reconciliación, entre los bárbaros y los griegos, entre los dioses y los hombres, al igual de las potencias divinas que sabia y verazmente terminaban por dispensarla a Orestes, el mortal maldito: "Traspasa la bendición de los padres, no su maldición".

Si bien Goethe plasma en este sentido universalista su vida y su poesía, su pensar y su actuar, si bien crea un impercedero prototipo viviente de la total formación espiritual del hombre, fracasa, sin embargo, cuando se empeña en predeterminar esa formación según meros principios didácticos. Tampoco logra siempre una realización feliz cuando intenta realizar ese proceso educativo en el recinto de su propia casa. En su *Provincia pedagógica*, en los *Años de viaje*, la investigación científica no se desliga de la actividad profesional, de tal modo, por ejemplo, que el rudo trato con toda suerte de animales puede ir unido a la ocupación más sutil del mundo: la práctica, el adiestramiento idiomático. "La actividad vital y la eficiencia realizadora, por dispensar una enseñanza suficiente, son — según Goethe — mucho más conciliables de lo que se cree". Como



Pestalozzi, también él considera "que el cultivo de la tierra es el fundamento más general, más universal y más puro de la educación del pueblo". En la elección de su profesión, el educando debe obedecer espontáneamente a su inclinación, a su vocación, pero, durante el proceso de perfeccionamiento en la actividad elegida, ese mismo educando debe ajustarse estrictamente a leyes estables, "pues por sólo algunos pasos errados puede trastornarse y desquiciarse gran parte de la vida y, a veces, hasta la vida entera". En los *Años de aprendizaje*, el tío de Wilhelm, el tío rico, digno y aficionado al arte, dice lo siguiente: "La resolución y la ejecución son, en mi entender, lo más respetable en el hombre. No bien conozco a una persona, le pregunto en seguida: ¿En qué os ocupáis? ¿Cómo? ¿Con qué resultados?, y así, según sea la contestación a estas preguntas, queda determinado mi grado de interés por esa persona." Y dice más: "¿Cómo puede uno llegar a conocerse a sí mismo? — Por la observación nunca, pero sí por la acción. Trata de cumplir con tu deber y en seguida sabrás lo que vales". El médico amigo agrega aún: "La actividad es la primera obligación del hombre." A los hombres nuevos, capaces de cumplir acertadamente con lo debido, él quisiera proponerles como meta "una educación orientada hacia lo moralmente bueno, hacia lo bellamente desarrollado, tanto en lo corporal como en lo espiritual". Pero ni el soñado helenismo ideal de Goethe, ni el entusiasmo de Rousseau por un nuevo estado de naturaleza, ni la huida de uno y otro escritor de las formas de vida depravadas y corrompidas de la alta sociedad, nada pudo provocar un sano renacimiento en las masas populares, nada pudo arrancarlas de la necesidad, de la miseria y del abandono, a no ser la guía certera de Pestalozzi en su empeño de educar al pueblo, prácticamente, en el trabajo y para el trabajo. Ya en otro plano educativo, el hijo de Wilhelm Meister debía alcanzar, mediante la lectura, una existencia noble y piadosa, aspirar en ella el mismo hálito celestial y puro que antaño, en días tristísimos de desolación y enfermedad, había aportado al corazón del propio poeta, por intermedio de "la bella alma" de la señorita von Klettenberg, la paz y la esperanza anheladas. Estas variadas y generosas posturas educativas de Goethe frente al mundo, manifiestas sobre todo

en su *Tasso*, merecieron la estima y la admiración de Pestalozzi. En cierta ocasión, a la hora del ángelus, el poeta no había tenido a menos hacer cantar a una simple aldeana suiza y a sus hijos los versos:

"Der du von dem Himmel bist  
Alles Leid und Schmerzen stillest" . . . (1)

precisamente los mismos cuya sola lectura había provocado el llanto serenamente conmovido de la reina Luisa. En *Las horas vespertinas de un solitario*, Pestalozzi destaca la natural y benevolente inclinación de Goethe hacia la actividad educativa, pero no señala la relatividad y aún el fracaso de sus esfuerzos en los casos que particularmente más le interesaban.

Del modo más triste, en efecto, habíase cumplido el destino de la breve vida de su hijo Augusto. Aunque dotado de bellas cualidades, nada importante había logrado producir; desdichado a causa de un matrimonio sin amor, e incapaz de vencer su íntima discordia, pronto dejó correr, en forma desenfrenada, su innata inclinación hacia los goces sensuales. Para un posible renacimiento espiritual y físico, debió partir hacia Italia. El padre advirtió entonces al fiel Eckermann, a la sazón juicioso acompañante del joven, que éste debía aprender "a dominarse a sí mismo". Pero el cuerpo endeble y desmedrado no tardó en abatirse ante la simple proximidad de una fiebre de escarlatina, y en la noche del 20 de octubre de 1830, lejos de su patria y del hogar paterno, el joven Augusto fallecía. Su epitafio en la pirámide del Cestius, en Roma, anuncia lacónicamente: *Patri antevertens*, "Precediendo al padre". Cuando días después — el 10 de noviembre — Goethe recibió la noticia, manifestó lo siguiente: "En esta circunstancia, sólo el alto concepto del deber puede mantenernos; el espíritu quiere y el cuerpo debe". Trabajando cada vez más intensamente, procuró olvidar su pena. El 26 del mismo mes vióse atacado por una hemorragia intensísima, pero el fuego espiritual que ardía en él, y que era alimentado por la actividad del *Fausto* aún no concluído, le permitió vencer este ataque con rapidez

---

(1) "Tú que eres del cielo,  
Que aquietas toda pena y aflicción . . ."

sorprendente. Goethe cumplía así con aquella exigencia de Spinoza, según la cual sólo a través del vencimiento de los propios afectos es posible elevarse al verdadero *liber homo*.

El rico mundo interior del poeta nos es hoy principalmente conocido, no sólo por su propia biografía, sino también por intermedio de la gratitud de Bettina Brentano, en su *Correspondencia de Goethe con una niña*, y por la afectuosa fidelidad de Eckermann, en sus *Conversaciones*: dos decorosos monumentos, de efecto perdurable, consagrados a la "serena grandeza" goethiana.

Las profundas características que estas obras nos proporcionan de la personalidad universal de Goethe, se acentúan aún más cuando comparamos al poeta con el más grande de sus contemporáneos. En la ascensión napoleónica, y en su época magnífica, por encima de lo guerrero-político, Goethe sólo veía un episodio histórico capaz de proporcionarle nuevas visiones y nuevas experiencias humanas. Sorprendido por la sugestión tan intensamente personal que irradiaba la figura del poeta, el Emperador, por su parte, había exclamado: *Voilà un homme!* — a semejanza del Procurador romano frente a Cristo: *Ecce homo!* Dueño exclusivo del mundo, Napoleón encontraba por primera vez un ser que mal podría estarle subordinado, puesto que era, en el fondo, de su misma categoría espiritual: un co-demonio, cuyo *Werther* él había leído siete veces, hasta en el belicoso trajín de la campaña de Egipto. El Emperador trató de ganar al poeta y de atraerlo a París, a fin de que allí dirigiese por nuevos rumbos a la literatura francesa, y le aconsejó, de igual modo, que dedicase algún escrito sobre su encuentro en Erfurt al emperador de Rusia, quien comprendía y hablaba bien el alemán. En otros términos, le invitaba a proceder a la manera de los grandes escritores franceses del tiempo de Luis XIV. Pero Goethe objetó que esto estaba en contradicción con sus principios de independencia personal y que, de hacerlo, acaso más tarde podía arrepentirse, como sin duda se habían arrepentido aquellos grandes escritores.

La amistad con Schiller aportó a Goethe, como antes se ha recordado, poderosos y decisivos motivos de actividad. Schiller fué, en efecto, el primer hombre de capacidad no des-

pareja que como crítico-creador y colaborador fidelísimo acertó a marchar, en la más cordial de las aproximaciones, junto al ya maduro sabedor de lo humano. Después de establecer el balance de la existencia de su ilustre amigo, en la famosa carta del 27 de agosto de 1794, también fué el mismo Schiller el único que, enérgica y ardorosamente, supo mantener a Goethe en constante vigilancia, en viva y siempre renovada actividad creadora, incitándolo de continuo con su firme inteligencia — ejercitada directamente en la frecuentación de Kant, pero al mismo tiempo fuertemente poética —, emulándolo con su actividad incansable, con su vasta visión artística y su colaboración avasalladora. Por su parte, Bettina Brentano, la joven amiga de la casa, tan afecta a mezclar, a instancias de su temperamento voluble, los aspectos más distintos y contradictorios de la vida, trató de relacionar a Goethe con Beethoven, para quien la música era la expresión de lo universal absoluto, mientras que en el sentir del poeta aquélla sólo venía a sumarse, como un sublime ornamento, a su particular actividad creadora. Esta vez, por lo menos, no era posible conciliar los opuestos. Recordemos — pero interpretándola — la conocida escena callejera en Teplitz. Mientras Goethe honraba al emperador Francisco con ademán que implicaba el tácito reconocimiento de fórmulas consagradas, el héroe de la música colocaba lo personal indómito de su hosca terquedad titánica muy por encima de toda regla de deferencia tradicional, situándose, en consecuencia, a un nivel ostensiblemente inferior al del gran poeta. En esta circunstancia, sólo Goethe había procedido con la libertad superior de quienes no se preocupan en evitar ciertas fórmulas, por la sencilla razón de que, aún empleándolas, saben estar, aristocráticamente, por encima de ellas.

Por tempestuosas que fuesen las alternativas de su vida, Goethe cuidó siempre el mantenimiento de su personalidad, conduciéndola según la sublime orientación de Spinoza:

“Doch er steht männlich an dem Steuer.  
Mit dem Schiffe spielen Wind und Wellen,  
Wind und Wellen nicht mit seinem Herzen.

“Herrschend blickt er auf die grimme Tiefe  
Und vertrauet, scheiternd oder lebend, seinen Göttern.” (1)

La doctrina moral de Goethe, también inspirada en Spinoza, se asienta, esencialmente, en el respeto del hombre hacia sí mismo, autorreverencia que el poeta deseaba inculcar también a su pueblo, como raíz de toda virtud y de todo sentimiento religioso, como lo mejor que Dios y la Naturaleza han producido, puesto que es sólo ese respeto de sí mismo lo que en más breve tiempo logra humanizar al hombre y lo que, paradójicamente, lo libera de toda presuntuosidad y de todo egotismo. Ese respeto manifiéstase, prácticamente, en la observancia del siguiente precepto: “Templanza en la arbitrariedad, solicitud en el cumplimiento de lo necesario”. En oposición al pesimismo de un Schopenhauer, Goethe acentúa la idea de que nuestro destino depende, siquiera en parte, de nosotros mismos. A nosotros — piensa — nos corresponde otorgar perennidad al minuto fugaz. Por eso exige, igualmente, el más alto respeto por el tiempo, “el don más sublime de Dios y de la Naturaleza”. “Para ganarlo debemos llamar en nuestra ayuda todas las potencias que puedan asistirnos: la religión, la ciencia, el arte, el trabajo, el cotidiano cumplimiento de tareas fatigosas”. En cuanto a esto, nos es preciso regirnos según este aserto suyo: “¿Cuál es tu deber? — La obligación de cada día”. Con el júbilo propio de la alegría de vivir, sueñan, por otra parte, estos versos dirigidos por el poeta a los desheredados de la existencia:

“Mein Erbteil wie herrlich, weit und breit!  
Die Zeit ist mein Besitz, mein Acker ist die Zeit.” (2)

La personalidad completa, hermosamente arquitecturada, y capaz de conciliar en una unidad indivisible la cultura cientí-

---

(1) “Mas él está virilmente en el timón,  
Con el barco juegan el viento y las olas,  
Pero el viento y las olas, no con su corazón.  
Mira dominando la hondura turbulenta  
Y, naufrago o en salvo, confía en sus dioses.”

(2) “¿Qué magníficamente amplia y dilatada, la parte de mi herencia!  
El tiempo es mi dominio, mi campo laborable es el tiempo.”

fica con la artística y la mundana, la fundamenta Goethe, y de un modo absoluto, sobre la acción moral y sobre la actividad del espíritu:

“Und dein Streben  
Sei's in Liebe  
Und dein Leben  
Sei die Tat.” (1)

Así llega Goethe a manifestársenos como el poeta del fervor universal transportado a la esfera de la vida diaria: así, libre de mitos, logra conciliar, unificándola, la trinidad antagónica de su naturaleza: el desborde demoníaco de su titanismo nórdicamente hosco, por medio del respeto, siempre imperativo, de su propia personalidad; las contradicciones y el confusio- nismo psicológicos, mediante una penetración clara, meridional y meridianamente serena, en la armonía innata de sus modalida- des más íntimas; la imprecisión de sus resoluciones y lo indeciso de su actividad social, gracias a ese activo espíritu de confraternidad que deriva del amor humano universalmente conciliador —, luz guiadora que fulgía, hasta para el pagano Goethe, desde el oriente cristiano.

Esta maravillosa capacidad de conciliación eleva al sabio, con alas de eternidad, hacia alturas que ya Miguel Angel había logrado en el dominio de las artes plásticas, y allí permanece, como el florentino, y aún en grado más alto, eternamente moderno. Miguel Angel, como antes de él Carlomagno y como Bismarck después, aún sigue viviendo en el recuerdo de las gentes con todos los caracteres de un anciano rico en días. Apolo y Sigfrido, Hölderlin y Brentano, se nos muestran, en cambio, en su gracia inmarcesible de adolescentes. Sólo Goethe se manifiesta aún ante la fantasía de los pueblos revistiendo esta dúplice apariencia e integrando, en una figura unitaria, dos edades tan opuestas, aunque complementarias, del vivir del hombre.

---

(1) “Y tu aspiración  
Sea fervorosa  
Y tu vida  
Sea acción.”

Así como con su intercesión ante las potencias celestes, mujeres pecadoras redimen a Fausto, así el mismo Goethe, gracias a su constante aspiración hacia lo bello inmaculado, conviértese, también, en un libertador. En un libertador, sí: pero sólo para aquellos que saben acercársele con la veneración profunda y la comprensión humanísima que se debe, ahora y siempre, a su personalidad inmortalmente grande.

MAX GOLDE.

## NOTA SOBRE LA ICONOGRAFIA GOETHIANA \*

Ningún poeta alemán y muy pocos hombres ilustres de todas las épocas han sido retratados en los diversos tiempos de su vida tantas veces como Goethe. Durante setenta años, la mayor parte de esa vida, de 1762 a 1832, podemos seguir el desarrollo de la fisonomía del genio, tal como la han visto los artistas. Debemos este hecho, en primer término, a la fama que el escritor conquistó desde muy joven, pero también contribuyó a ello la circunstancia de haber sido Goethe hijo de padres acomodados, en cuya casa se estimaban y cultivaban las bellas artes.

Existen varios libros que se ocupan de la iconografía goethiana. El último y más completo es el tomo suplementario de la gran edición Propileos. ¡Ernst Schulte-Strathaus reproduce en ese volumen no menos de ciento sesenta y siete retratos! Los hay de todas clases y de diferentes épocas: siluetas, dibujos, miniaturas, aguafuertes, pinturas a la aguada, al óleo, al pastel, medallas, relieves, bustos en mármol y estatuas en bronce.

Aparte de haber sido Goethe hombre famoso como escritor y de posición social muy elevada en su carácter de ministro del Duque de Weimar, los artistas siempre se sintieron espontáneamente impresionados por la hermosura de su cabeza, tan expresiva. Los retratos más famosos y de mayor valor artístico se relacionan con la estancia del escritor en Roma, durante los años 1786-1788: en primer término, el gran lienzo de Johan H. W. Tischbein, hoy en el Museo Staedel, en Francfort-del-Meno, que representa a Goethe envuelto en un manto blanco y sentado en medio de la "Campagna romana" (\*\*); luego, el busto de Trippel, ejecutado en 1786-88.

\* Para VERBUM. Munich, marzo de 1932.

\*\* Ilustraciones. Nos. XXIV y XXV.



actualmente en el castillo del príncipe de Waldeck, en Arolsen (\*). Hay una réplica del mismo en la Biblioteca de Weimar.

Igualmente le pintó en Roma la famosa Angélica Kaufmann; este retrato, que se conserva en el Museo Nacional de Goethe en la citada ciudad de Weimar, no agradó mucho ni a la artista ni al poeta, porque éste resultó de aspecto demasiado bonito y amanerado.

Goethe, ya anciano, nos es conocido en primera línea por el retrato que Stieler compuso en 1828, por encargo del rey Luis I de Baviera, y que hoy se guarda en la Nueva Pinacoteca de Munich (\*\*).

El gran escultor Christian Daniel Rauch ejecutó en 1820 el primer busto de Goethe, obra que se ha divulgado más que ninguna otra, reproducida en mármol, bronce, yeso y porcelana. En 1823-25, el citado escultor trabajó una estatuita de Goethe idealizado (Munich, colección Daxembeyer) y otra, en 1828, de sentido realista, que representa al escritor en traje de casa (Berlín, Museo Rauch). Entre ésta y aquélla, en 1824, el mismo artista realizó el boceto para el monumento que se pensaba erigir en Francfort, pero que no alcanzó a levantarse en vida de Goethe. Por último, el ilustre poeta ha sido retratado en su cámara mortuoria, en varias copias, por Friedrich Preller. El dibujo más conocido y de más mérito se conserva en el Museo de Weimar.

La poesía lírica de Goethe ha encontrado, como se sabe, numerosas interpretaciones musicales y, en más de un caso, de una manera casi congenial. Recuérdese *El rey de los elfos* de Schubert. En pintura, en cambio, ni los poemas ni los escritos dramáticos han dado motivo para obras de primer orden, salvo contadas excepciones. Mencionaremos, entre éstas, los distintos motivos de Anselm Feuerbach sobre *Ifigenia*. En Francia, por el contrario, más inspiradas en el espíritu de Goethe que la famosa "Margarete" de Gounod, son las geniales litografías que Delacroix dedicó a *Fausto*.

AUGUST L. MAYER.

\* Ilustración N<sup>o</sup> XXVIII.

\*\* Ilustración N<sup>o</sup> XXVI.

actualmente en el castillo del príncipe de Waldeck, en Arolsen (\*). Hay una réplica del mismo en la Biblioteca de Weimar.

Igualmente le pintó en Roma la famosa Angélica Kaufmann; este retrato, que se conserva en el Museo Nacional de Goethe en la citada ciudad de Weimar, no agradó mucho ni a la artista ni al poeta, porque éste resultó de aspecto demasiado bonito y amanerado.

Goethe, ya anciano, nos es conocido en primera línea por el retrato que Stieler compuso en 1828, por encargo del rey Luis I de Baviera, y que hoy se guarda en la Nueva Pinacoteca de Munich (\*\*).

El gran escultor Christian Daniel Rauch ejecutó en 1820 el primer busto de Goethe, obra que se ha divulgado más que ninguna otra, reproducida en mármol, bronce, yeso y porcelana. En 1823-25, el citado escultor trabajó una estatuita de Goethe idealizado (Munich, colección Daxembeyer) y otra, en 1828, de sentido realista, que representa al escritor en traje de casa (Berlín, Museo Rauch). Entre ésta y aquélla, en 1824, el mismo artista realizó el boceto para el monumento que se pensaba erigir en Francfort, pero que no alcanzó a levantarse en vida de Goethe. Por último, el ilustre poeta ha sido retratado en su cámara mortuoria, en varias copias, por Friedrich Preller. El dibujo más conocido y de más mérito se conserva en el Museo de Weimar.

La poesía lírica de Goethe ha encontrado, como se sabe, numerosas interpretaciones musicales y, en más de un caso, de una manera casi congenial. Recuérdese *El rey de los elfos* de Schubert. En pintura, en cambio, ni los poemas ni los escritos dramáticos han dado motivo para obras de primer orden, salvo contadas excepciones. Mencionaremos, entre éstas, los distintos motivos de Anselm Feuerbach sobre *Ifigenia*. En Francia, por el contrario, más inspiradas en el espíritu de Goethe que la famosa "Margarete" de Gounod, son las geniales litografías que Delacroix dedicó a *Fausto*.

AUGUST L. MAYER.

\* Ilustración N<sup>o</sup> XXVIII.

\*\* Ilustración N<sup>o</sup> XXVI.

## GOETHE Y AMERICA \*

En el *Calendario de Goethe para 1910*, de Otto Julius Bierbaum, asegura Hermán Krüger, entre burlas y veras, que siempre es posible escribir sobre *Goethe* y —añadiendo aquí cualquier tema, porque todos parecen haber tentado más o menos aquella robusta curiosidad. Y practicando su paradoja, Krüger escribe una página breve y bien documentada sobre *Goethe y la aeronáutica*. Seguramente no es más atrevido escribir sobre *Goethe y América*, tema en el cual confieso no conocer ninguna investigación anterior, aunque estoy seguro de que existen. Mis contribuciones son escasísimas, pero son de primera mano. Aquí las doy sin mucha elaboración, como miembros desarticulados, esperando que el tiempo las organice. A lo mejor, por buscar en los rincones goethianos, habré olvidado algún pasaje fundamental y de bulto. Por lo que valgan, he aquí mis anotaciones. La mayoría proceden de cierto apresuradísimo ensayo (*Rumbo a Goethe*) que, no sin temeridad, envié a la revista *Sur*, de Buenos Aires, por corresponder a su invitación y por no faltar a la cita del centenario. De entonces acá, he añadido unas cuantas referencias. Ahora, para ponerlas en orden, reproduzco y combino algunos pasajes de aquel ensayo, dispensándome de indicarlos.

Hasta donde alcanzo, América a los ojos del joven poeta sólo es una palabra. Dos veces se nombra a América en la *Stella*, drama de juventud, y lo mismo se pudo haber nombrado a Turquía o Arabia: Cecilia, abandonada por su esposo Fernando, ha forjado, de acuerdo con su hija Lucía y para explicar su situación ante el mundo, la historia de que Fernando desapareció en un viaje a América.

\* Del correo literario del autor. Reproducción autorizada para VERBUM. Río de Janeiro, julio de 1932.

Más tarde, cuando aquella armoniosa naturaleza se siembra en Weimar como en suelo neutro donde prosperar libremente, comienzan a abrirse los horizontes, de suerte que puede decirse sin exageración que Goethe el sedentario viajó más sin salir de la Sala de Juno que cuanto había viajado antes — y no era mucho — el Goethe agitado y wertheriano de la primera manera. En Weimar, el laboratorio se organiza, y la captación de noticias de todo el mundo comienza a desarrollarse en regla. Las publicaciones de toda Europa llegan a la mesa del hombre ilustre. Los sabios de todos los puntos cardinales se las arreglan para gastar un par de días en la corte de Carlos Augusto, aldea versallesca. Entonces, por entre el tumulto de las demás, rompen las visiones de América.

Ya, para entonces, Goethe, que leía con asiduidad su *Montaigne*, ha traducido, en el *Diario de Tiefurt* — año de 1785, N.º 38, hoja manuscrita que circulaba en la corte de la duquesa Amalia — las dos canciones de canibales brasileños que aparecen en los *Ensayos* (I, XXI). Más tarde las recogerá en su revista *Arte y Antigüedad* (1826), corrigiendo un poco la segunda canción, lo cual indica el interés con que las miraba.

Entre los numerosos huéspedes de Weimar, algunos habían tenido contacto con América. Goethe los ponía invariablemente a contribución, con aquel su método característico de aprender en la conversación de los entendidos lo que no podía aprender directamente sobre la Naturaleza.

J. - G. Seume, poeta y vagabundo que fué soldado en América y oficial en Rusia, aparece en Weimar por primera vez en 1801. Sus poemas, asegura el canciller Müller, "perturban la imaginación de Goethe". El altivo y honrado pre-romántico Juan Godofredo escribía a la pata la llana, y el contenido de sus palabras casi sólo tenía valor con referencia a la calidad de su persona. Aunque nunca llegó a entrar en combate, hizo la campaña del Canadá y tenía mucho que contar: véase su *Vida*. No una sino varias veces y en épocas distintas lo encontramos en la casa de Goethe.

También pasó por Weimar el naturalista y bibliógrafo norteamericano Joseph Green Cogswell, ciudadano de Boston, amigo de los ilustres Bancroft y Ticknor, con quien Goethe departió a su sabor, apasionándose tanto por las cosas del

Nuevo Continente, que llegó a decir a su amigo el pintor Meyer: "Si tuviéramos veinte años menos, ahora mismo nos hacíamos a la vela con rumbo a América del Norte". Cinco años más tarde, soñando todavía lo mismo, y viendo cómo se ha ido complicando en Alemania la vida de la cultura durante los últimos tiempos, dice a Eckermann: "Aunque quisiera ahora irme a América, sería ya demasiado tarde, porque allá también han cambiado mucho las cosas". (Eckermann hace decir textualmente a Goethe: "allá también hay ya demasiada claridad"). Creo entender que habla, irónicamente, de la culturización excesiva hecha por el racionalismo, por el llamado progreso de las luces — Aufklärung — pues de otro modo no se entiende que se queje de la "claridad" de América cuando acaba de quejarse de la confusión y complicación de Europa).

Yo tenía sospechas de que el coronel de ingenieros W. L. von Eschwege, mineralogista que vivió en el Brasil y en Portugal y amigo y frecuentador de Goethe, no habría dejado de contarle sus impresiones de Sud-América. Ahora, mejor informado gracias a las investigaciones de F. Sommer (*Wilhelm Ludwig von Eschwege, biografía de un alemán en el extranjero, con memorias sobre la historia de la civilización de Alemania, Portugal y el Brasil en los años 1777-1855*, publicado en alemán por el Deutsches Auslandsinstitut, Stuttgart, 1928), puedo añadir que el barón de Eschwege viajaba por la Alemania central a fines de 1821, haciéndose acompañar por un criado negro, Sebastián, que llamaba la atención de la gente; que fué por Weimar varias veces, entre 1822 y 1824, y en Weimar se casó con una dama de la corte. Ya directamente o ya por intermedio del médico de la corte, Rehbein, trató con Goethe la venta, primero, de siete diamantes brasileños y, después, de otros noventa y dos para la colección del Gran Duque, a quien ofreció varios granos y pepitas de oro y un colmillo de cobra venenosa. Goethe llegó a intimar bastante con él; lo convidaba a su mesa, bebían juntos vinos del Rin, y el minero deleitaba al poeta con sus narraciones del fabuloso Brasil. Goethe hasta llegó, según su Diario, a cambiarse cartas con afamados mineralogistas respecto a las piedras del Brasil que conoció gracias a Eschwege; y, entre sus libros más a mano, tenía siempre el *Diario del Brasil* y el *Cuadro geognóstico del*

*Brasil*, obras del propio Eschwege. Hay, pues, todo derecho a pensar que adquirió cierta familiaridad con la naturaleza brasileña. Cuando Eschwege parte para Lisboa, el poeta le escribe pidiéndole noticias sobre alguna erupción volcánica de que hablan las gacetas, noticias que se aprovecharán en una monografía científica, o bien solicita de él algunas monedas portuguesas y brasileñas para el museo del Gran Duque. Más tarde, todavía recibirá de él la recomendación de una planta brasileña contra el mal de la hidropesía.

También estuvo en Weimar C. F. von Martius, el de la *Flora Brasilensis*, que vino al Brasil en 1817, misión científica costeada por el rey de Baviera, y aquí permaneció tres años, explorando y estudiando la tierra en compañía de Spix. (Carvalho, *Bibliotheca Exotico-Brasileira*, III, 331-338). Goethe, que se interesó vivamente por los estudios de Martius en asunto de botánica americana, aprovechó la teoría de éste sobre el desarrollo de la espiral, usándolo a su modo en la edición franco-alemana de la *Metamorfosis de las plantas*. Allí la hizo producir audazmente sus últimas conclusiones, aplicando, como decía Buffon de Plinio, "aquella facultad de pensar en grande que tanto multiplica la ciencia". En un prólogo de 1822, anuncia con entusiasmo una nueva variedad de palmera encontrada en el Brasil por Martius, y en 1824 hace una minuciosa reseña de la obra del sabio botánico *Genera et Species Palmarum*, donde declara que, al leer tal obra y viajar sobre las hojas del libro, acaba por sentirse "compenetrado con la naturaleza del Brasil". Más adelante habla, en términos de verdadera emoción, del viaje de Spix y Martius por el vasto y majestuoso continente de América, y se refiere también a la *Fisonomía de las Plantas*, de Martius. — Esta reseña se encuentra en las *Obras* de Goethe publicadas por Ph. Reclam Jun., Leipzig, XL, 83-85, y tengo especial agrado en señalarla, porque escapó a la diligencia del profesor Roquette-Pinto, de João Ribeiro y demás brasileños que buscaban días pasados el nombre del Brasil en la pluma del autor del *Fausto*. Debo la indicación al profesor A. O. Schulz, que también me ha comunicado la siguiente: en el vol. XLIV de la propia edición, entre los *Paralipomena de la teoría de los colores*, *Menudencias de ciencia natural* y *Estudios de mineralogía y geología*, aparece la me-

moria sobre *Problemas de la Geología e intentos de solución*, donde, a propósito del origen de las montañas primarias de la Alemania septentrional, leemos estas palabras: "Por eso la montaña primitiva es tan respetable, porque en todos los lugares tiene el mismo aspecto y porque no se pueden distinguir granito y gneis del Brasil, de los cuales tengo ejemplares en mis manos, de los del Norte de Europa". — Sobre las visitas de Martius a Goethe en los años de 1828, 1830 y 1831, hay varias referencias en Eckermann y en Soret. En cuanto a la semejanza geológica y paleológica entre los continentes, otro día hemos oído a Goethe disertar sobre los troncos fosilizados, advirtiendo que lo mismo se encuentran en Europa que en América, después de los 21°, "dando la vuelta al mundo como un cinturón". (Eckermann, 5-IV-1829).

Así como poseía granitos del Brasil y conocía los diamantes y las monedas brasileñas, también poseía, en su propia colección numismática — sección de dinastías efímeras o desaparecidas — unas graciosas moneditas de Colombia y otras con las armas de Iturbide, emperador de México, en que se veían el cacto y el águila de Anáhuac. (Müller, 8-III-1824).

Pero no sólo las plantas, los fósiles y los objetos de museo, también la obra humana en América es asunto a sus meditaciones. Entre sus *Reflexiones y aforismos sobre las ciencias naturales*, encuentro una mención sobre "las noventa confesiones cristianas diferentes de Nueva York, que todas adoran a Dios y al Salvador a su modo, sin vivir en mala inteligencia unas con otras". Así parecía de lejos, o así sucedía entonces. Y entre sus *Reflexiones morales*, a propósito de "Lo accidental" y de la persistencia de los caracteres de las razas, esta observación: "Las naciones europeas, transplantadas a otra parte del globo, no se despojan de su carácter y, al cabo de varios siglos, es fácil reconocer en la América del Norte al inglés, al francés, al alemán." El 1º de septiembre de 1829, le habla al joven Eckermann de las productivas colonias negras que los ingleses han establecido en América, y de cierta hipocresía con que les sacaban partido mientras por otra parte, por temor a la competencia, predicaban contra la trata de esclavos. Müller cuenta que, otras veces, Goethe describe la colonización de América en términos tales que Julia de Egglofstein se sentía

deseosa de hacer un viaje al Nuevo Mundo; y, cuando está de vena, entretiene a su sociedad con cierto relato sobre la hilandería solitaria de la Luisiana. Y es bien conocido el pasaje de Eckermann en que el anciano se declara dispuesto a soportar otro medio siglo de existencia, si ha de ver realizados estos tres sueños: un canal del Danubio al Rin, un canal de Suez y un canal de Panamá o cualquier otro punto de América que permita la comunicación del Golfo de México y del Océano Pacífico. "Y mucho me asombraría — añade — que los Estados Unidos dejaran escapar la ocasión de apropiarse semejante empresa" (21-II-1827). — Un día, como no encuentra asunto de qué hablar con los curiosos que lo visitan, se pone a decir lo primero que se le ocurre sobre los Estados Unidos, lo cual prueba que se le ocurrían muchas cosas (Eckermann, 19-IV-1930). — Finalmente, entre sus *Xenias Mansas* hay ésta, consagrada a los Estados Unidos:

"Tú, América, lo pasas mejor  
que nuestro viejo continente:  
ni tienes castillos en ruinas,  
ni tienes basaltos,  
ni te turban en lo interior,  
al tiempo que vives,  
las inútiles remembranzas,  
las contiendas vanas.  
¡Goza tu hora con fortuna!  
Y si dan en poetizar tus hijos,  
librelos el hado propicio

de fábulas de hidalgos, bandidos y fantasmas."

Que viene a ser todo un programa vanguardista ofrecido a un pueblo sobre el cual no pesa el estorbo de las tradiciones ni la retórica acumulada por siglos de literatura. Algún crítico llega a considerar estas palabras como una anticipación del espíritu de Walt Whitman.

Pero la verdadera influencia de América sobre Goethe, a la cual sólo puedo aludir aquí de pasada, está representada en Alejandro de Humboldt, hombre también de estirpe goethiana y amicísimo del poeta. Farinelli ha dicho muy bien que Goethe viajó por España en la persona de Guillermo de Humboldt, el hermano mayor. Nosotros podemos asegurar que Goethe



vijó por América en la persona de Alejandro, el hermano menor. Si el poeta fijó en el muro de su cuarto un mapa de España para seguir la trayectoria de Guillermo, también — fiel siempre a su estilo de esquemas y representaciones visuales — trazó por sí mismo un diseño de las montañas de América y de Europa, marcando las líneas de las nieves perpetuas, para poder seguir el *Voyage Equinocial* de Alejandro. — Goethe admira a los hermanos Humboldt, celebra que se hayan formado a sus ojos, reconoce (y lo más hermoso es que, por su parte, Alejandro confesaba lo mismo, porque sus dos naturalezas mutuamente se fomentaban) que en un rato de conversación con Alejandro aprende más que en varios años de estudio. El día que recibe cartas de Alejandro es para él un día de fiesta, y cuando tiene la suerte de poder retenerlo unas horas en Weimar, se queda de buen ánimo para todo el mes. Casi todo une a Goethe y a Alejandro de Humboldt y casi nada los separa. A él le debe cuanto sabe sobre Colombia y Cuba y sobre el posible canal de Panamá. Alejandro recorrió durante cinco años nueve mil leguas de tierra americana — en total, seis naciones: Venezuela, Cuba, Ecuador, Perú y México — y fundó las bases de nuestra geología y nuestra sociología. Alejandro es como una proyección de Goethe hacia nuestra América, y en él vislumbramos algo de lo que Goethe hubiera encontrado en nuestra América.

¿Qué pensaría Goethe de América? ¿Qué representación tendría de América este admirador de Chateaubriand que ponía la *Atala* sobre su cabeza, declarándola, con *Pablo y Virginia*, una de las mayores obras de la moderna literatura de Francia?

Siempre fué América una utopía, la esperanza de una república mejor, y en seguirlo siendo está su sentido. Por los días del descubrimiento, los humanistas han desenterrado la Atlántida de Platón, cuyas promesas parece que van a cumplirse. La novela política a lo Tomás Moro es el reflejo del descubrimiento en la mente de Europa. Montaigne, a quien algo se le alcanzó del Brasil, considera con simpatía al autóctono americano, y adelanta algunos rasgos del "hombre natural" de Rousseau. Los conquistadores mismos, aunque codiciosos, o tenían ímpetu de catequistas o, en el peor caso, sentíanse obligados a fingirlo: luego reconocían un impulso espiritual a la em-

presa. Poco después, en busca de libertad religiosa y de otra moral más depurada, embarcaban unos peregrinos rumbo a la América del Norte. En la misma España de ahora, el anhelo hacia América encuentra todavía un eco en las páginas de Emilio Castelar, de Miguel de Unamuno y, singularmente, de José Ortega y Gasset, que sufre y siente a América como un problema personal.

Goethe no podía sustraerse a esta imantación general de América que perdura de siglo en siglo. América le parecería, sin duda, tierra más abierta que Europa, más dispuesta a recibir la obra del hombre. — En todo caso, es indiscutible que, más que en la nuestra, pensaba en la América sajona. Durante mucho tiempo, nuestra América había estado aberrojada, más que por ninguna fuerza material, por una filosofía aisladora que creaba cierto vacío a su alrededor. Cuando sobrevino la independencia, no todos podían entendernos porque carecían de elementos de juicio. Goethe se acuerda del trecho de historia que ha vivido (guerra de Siete Años, separación de los Estados Unidos, Revolución Francesa, época napoleónica —, y más tarde presenciara todavía la revolución de Julio), y no viene a su espíritu la inmensa trepidación de la independencia hispanoamericana (Eckermann, 25-II-1824). La realidad política de los Estados Unidos da un perfil más claro, más seguro. Sus tierras son tierras de promisión para el que anhele recomenzar la vida, tras de salir maltrecho y herido de sus experiencias en Europa. Esto sólo quiere decir que, en aquel instante, la idea americana parecía refugiarse en la zona septentrional del Nuevo Mundo, porque a todos nos va tocando la vez en la gran marea de la historia. — América representaba, pues — tras el fracaso de la primera — la segunda salida de Don Quijote, la segunda y la definitiva.

Soñemos en Wilhelm Meister, dispuesto a rehacer su felicidad en el Nuevo Mundo. En las manos de Filina, buena costurera, las tijeras están temblando a la sola idea de cortar los vestidos para la futura colonia. Lidia se siente maestra de primeras letras para las generaciones que han de venir. El grave Montano sólo piensa en laboreos y minas. Atrás quedan los flaqueos y los sufrimientos, los años de aprendizaje sentimental y los años de veleidosos viajes. La barca se desliza

río abajo. Una leve brisa seca, en la mejillas de Félix, las lágrimas jubilosas con que fué devuelto a la vida. De pie en la proa, Wilhelm Meister — Goethe — cruza los brazos y, lleno de confianza en América, contempla el horizonte.

ALFONSO REYES.

NOTA. — Sobre América en el *Wilhelm Meister*, véanse, sobre todo: *Años de aprendizaje*, IV, XVI; VII, III; VIII, III y VII — y *Años de viaje*, III, III, IX, XI y XII.



## EN TORNO A "FAUSTO" \*

Usted, señor Director de VERBUM, con su conversación entusiasta de días pasados, me hace volver la cabeza para mirar a Goethe.

Los italianos, mis compatriotas, tienen para con él una deuda de gratitud que no acertarán a pagar nunca enteramente. El amor hacia Italia era un sentimiento hereditario en la familia de Goethe, y con motivo del centenario se ha publicado ya el viaje realizado a través de la península por el padre del poeta, escrito en italiano.

Por su parte, Goethe tradujo la oda de Manzoni en ocasión de la muerte de Napoleón, lo que contribuyó grandemente a llamar la atención sobre él en toda Italia, al mismo tiempo que las alabanzas sin tasa que prodigó a *Los Novios* dieron a esta novela pronta resonancia en el extranjero. Vea, además, con qué respeto habla de Montí.

Puede decirse, de igual modo, que las provincias italianas que lo acogieron a su llegada — las de Verona, Mantua, etc. — fueron reveladas por él a los amigos del arte. Goethe ciñó a Italia ese nimbo con que aún se presenta a la imaginación de los amantes en las novelas. ¿Y quién no conoce los versos: *¿Conoces tú la tierra donde florece el naranjo?*

Los alemanes, que por entonces eran cosmopolitas, miraban el lar latino como a tierra de liberación, en tanto su idea de una patria alemana esperaba para surgir las tremendas sacudidas napoleónicas.

Como se sabe, uno de los grandes dolores de los alemanes es que Goethe no haya entendido la grandeza de Beethoven. Pero para nosotros los italianos esto es en el fondo una satisfacción; no porque Goethe no supiese apreciar debidamente los

\* Para VERBUM. Buenos Aires, marzo de 1932.

intermedios de *Egmont*, sino porque en alguna ocasión deseó ser interpretado por Rossini.

Fué un acierto por parte del Káiser el regalar a Roma la estatua de Goethe. Si en sus *Elegías* canta: . . . "y sobre flancos romanos el bárbaro impera", hoy se felicitaría sin duda de verse en el Capitolio, aunque se me ocurre que daría gozoso el segundo triunfo por el primero.



Por grande que sea la admiración de los alemanes por el poeta, creo que no admiran menos al hombre. Goethe era un espíritu griego, enteramente equilibrado, y sus propias memorias no lo desfigurán. Pero es preciso ponerse de acuerdo. Por griego entiendo yo al que se acepta en toda su plenitud, al que no desprecia ni el cuerpo ni la razón, y que adora igualmente a Baco y a Apolo. Estos dioses, símbolos de los dos grandes aspectos de la humana naturaleza, no sólo no se combatían, sino que acabaron por hermanarse en Apolo-Dionisio. En el templo de Delfos, en el frontón delantero campeaba Apolo y, en el frontón posterior, Baco: aquel templo es tal vez la más exacta representación de Goethe.



Usted no pretenderá de mí un juicio literario sobre la producción del poeta.

Las obras maestras, por lo demás, pierden dos terceras partes de su valor en una traducción: por mucho que se diga, la lengua, el estilo, son los ingredientes que las conservan vivas. El mal sería menor si se pudiesen efectuar traducciones mecánicamente como se hacen las oleografías.

¡Juicios literarios! ¡La figura de la lechuga sobre los monumentos! ¡La actitud irrespetuosa de los perros junto al pedestal de los mismos! Lo que una obra me hace sentir, las impresiones que despiertan en mí es apenas cuanto atino a expresar, y ello sólo en confianza, entre los amigos que me obligan a ello, porque, en verdad, no sé qué importancia pueda tener para otros lo que yo siento.

En el fondo, nada hay más indecente que esta clase de expansiones a las que nuestro Bartoli llama "sbottonarsi".

Tras de no ser medianamente decorosas, estas expansiones sólo son perdonables en los jóvenes, es decir cuando las salva la frescura y la vivacidad, y, a mis años, que son tantos, Goethe ya es en mí sólo una leyenda en las lejanías de la memoria, si me es permitido usar una expresión suya.

Si yo volviera a leer ahora sus obras para en seguida hablar de ellas, seguramente ya no hallaría en mí las disposiciones necesarias para gustarlas y entenderlas.



*Götz de Berlichingen*, o *Werther*, por ejemplo, no se entienden, o mejor dicho, no se sienten, si antes de la lectura no se ha crecido en un medio constrictivo y si las fuerzas de cada uno no han llegado sin prodigarse hasta la adolescencia. Allí, en ese humano fermentar semejante al del mosto, allí se produce aquel estado de ánimo a que el mismo poeta alude: aspiraciones sin límites, ansias de expansión, deseos de amor y de muerte, de orgía y de suicidio, enternecimientos espasmódicos, llantos y carcajadas.

Este período y estas disposiciones o estados de ánimo, comunes en la juventud de entonces, explican también a *Los Bandidos*, de Schiller. Explican, asimismo, el descote de la camisa, el vuelo de las corbatas, las melenas desgreñadas, la mirada intensa, la lánguida inclinación de las cabezas. Algunos de tales elementos entran aún en la composición del concepto del genio y en la del satanismo: antiguallas inocentes del zaquizamí de los románticos.

La actitud señalada, no altera, sin embargo, el clasicismo de Goethe. Pero indiquemos antes que tales palabrotas desentonan cuando se habla de él.

Las obras de Goethe son obras maestras *por accidente*, diría Aristóteles: en sí mismas no son más que vida. Todo lo que Goethe ha escrito lo vivió previamente.

*Germán y Dorothea* (así está escrito en el almanaque), la *Ifigenia*, el *Torcuato Tasso* trascienden a griego, pero su cla-

sicismo íntimo es también algo vivido y parte del modo de ser y de sentir de Goethe.

El *Fausto* se comprende mucho mejor a los sesenta o setenta años, que a los veinte o los treinta, sino el aspecto puramente literario de la obra, por lo menos el espíritu con que el poeta contempla los llamados *valores*, la forma en que estima la sabiduría humana, o el modo en que juzga al maestro y al estudiante. Fuera de esto, lo demás no merece mayor consideración.

El poema, visto desde lejos como lo veo yo ahora, se parece a una posible lámina de Durero, que representase al Universo: grabados por el estilo he visto más de uno, pero no de Durero, ni sé que él haya compuesto alguno como esa lámina. Mas la representación debería diseñarse de esa manera y por tal maestro, con aquellos rasgos de un realismo tan vivo que parece burla. Burla como la de Mefistófeles, burla profunda que penetra hasta la medula de las cosas y se esparce sobre todo. Mefistófeles se conforma con ser una parte y no un todo, pero es — suprema burla — una parte mayor que el todo. El humor de Goethe no es un humor de palabras, sino de cosas; en su obra lo grotesco no nace de la máscara, sino del quitársela. El efecto de este humorismo resulta así imborrable.

En el *Fausto*, como le decía, el Universo se muestra como en una lámina.

Los elementos de ese Universo parecen, a primera vista, enmarañadas madejas; pero el enredo, si se lo mira con un poco de atención, se resuelve muy pronto en bosquejos burlescos: riñas, duelos, bailes, orgías, un idilio hacia la mitad del drama y, por todas partes, bosques, animales, monstruos.

Dos prólogos, como en Homero, en la *Iliada*; uno en la tierra, esto es en el teatro, otro en el cielo. En el Olimpo homérico cantan Apolo y las Musas, en el cielo goethiano los arcángeles; el prólogo olímpico se cierra con una inextinguible carcajada, y una carcajada es todo el prólogo de Goethe.

No olvide usted que aquí el prólogo ha sido inspirado por el libro de Job: en *Fausto*, como en aquel sublime y antiguo drama bíblico, el asunto es la lucha entre Dios y Satanás, y el hombre el premio del vencedor. De igual modo ve Ho-



mero las cosas: en sus poemas los hombres no son sino la sombra de los dioses.

—¿Y si el mundo, en efecto, fuera sólo una burla? Usted sabe que esto era ya la duda de Platón, lo que llaman su escepticismo. En favor de la opinión contraria hay tan sólo una prueba, aunque excelente: y es que para burla el Universo resultaría demasiado grande.

¿Y la escena de la bruja? Los críticos, a este propósito, suelen recordar a Shakespeare y el romanticismo. Usted no les haga caso.

El poeta inglés se sirve para sus intentos artísticos de las creencias populares, de las que no sería difícil mostrar que participaba en algo; además, Shakespeare sigue las leyendas tal como las encuentra escritas. En Goethe es otra cosa: Goethe usa el sortilegio, la magia, porque la realidad histórica en que muchos confían no tiene nunca un valor decisivo. Y esas escenas son también carcajadas.

¡Me hubiese gustado no dejarme atrapar en el ingenuo engranaje explicativo, en la mera recordación de lejanas lecturas; pero vea usted lo que valen los propósitos!

¿Las escenas que sobresalen de todo aquel conjunto? . . . No hay escenas sobresalientes. Todas resaltan por igual y a todas se las recuerda a vuelta de largos años. Sin embargo, no puede dejarse de mencionar la lección de Mefistófeles al estudiante; no creo que haya escena tan profundamente cómica en ninguna literatura. Para nosotros, que pertenecemos a una Facultad de Filosofía y Letras, es además un consuelo, aunque triste, reparar en que las cosas son más o menos siempre las mismas. Y vea la ruidosa importancia que ya entonces tenía la Facultad de Medicina . . .

Sobre fondo tan abigarrado se destaca, dominante, el drama de Margarita. Su moral es profunda. Sólo una cosa es innegable en el mundo: el destino trágico de cuanto es puro, el triste fin de cuanto es sincero.

Pero por eso mismo Margarita gana la simpatía de todos, ya desde el primer momento: no es una creación lírica como las mujeres de Schiller; es tan viva y verdadera como las heroínas de Shakespeare, y más profunda; quiero decir que nuestra mirada logra llegar hasta lo más hondo de su esencia.

¿Cómo olvidar sus cantos, su plegaria a la Dolorosa y la escena sublime de la catedral! No menos hermosa es la escena que precede a la caída. "Bosques y cavernas" se titula. Y no sin porqué. "Cuando el espíritu es subyugado por la sensualidad, anda — dice el Evangelio — por soledades y lugares abruptos". En estas escenas todo se reduce así a una lucha entre el amor puro y la sensualidad perturbadora y prepotente. ¿Recuerda usted el dicho de Santiago Apóstol? "El diablo, el tentador, es para cual su concupiscencia".

Aquí el bosque se personifica en Mefistófeles. Entre Fausto, parte humana del hombre, y Mefistófeles, su parte brutal, entre la razón y la pasión, la lucha dura bastante. Fausto se indigna contra el Tentador, pero la contienda termina al cabo. "El infierno reclama otra víctima — exclama el mismo Fausto — y, puesto que ha de ser, que sea pronto". En Esquilo ocurre de igual modo. El amor paternal y la ambición guerrera luchan, antes del sacrificio de Ifigenia, en el corazón de Agamenón. En el héroe dialogan ambos sentimientos y, por fin, concluye: "¿Cómo puedo yo abandonar las naves? Artemisa reclama una víctima. Pues sea". Anoto esta concordancia, porque en Goethe las reminiscencias clásicas ilustran de continuo los más bellos pasajes.

Pero he aquí que, desde el desmayo en la catedral, Margarita ha desaparecido y rueda ahora abandonada por una pendiente de degradación.

La noche de Santa Walpurgis es el símbolo de la vida nocturna y asimismo la visión de todo lo que hay de nocturno y tenebroso en la vida humana:

"¿No ves cómo corre por los prados y los bosques la savia de primavera?"

× Allí, en medio de la disipación, Fausto busca el olvido. Entre los coros de brujas, las músicas y el estrépito de toda aquella muchedumbre se oyen voces de lo alto: "¡Desdichados, venid a mí!", mientras voces terrenas, voces de limpios y purificados, responden: "¡Quién pudiese volar hacia ti!" Otra vez, a la voz excelsa contesta la voz de Alemania. Aquella pregunta: "¿Quién grita?" y ésta contesta: "Quien lleva tres siglos subiendo y arrastrándose sin poder acercarse a la cima". Tres siglos: desde Lutero.

Y allí mismo, entre la selva y la turba de los réprobos, Fausto vislumbra a lo lejos la figura de una doncella pálida que se adelanta con los pies trabados, como arrastrada involuntariamente, y en ella, triste presagio, le parece ver a Margarita.

Y por fin la escena de la cárcel. Hay que ser, como diría Safo, más que hombre para resistir imperturbable la visión de aquel cuadro. Ya en sí misma la situación es desgarradora. Lo maravilloso es que Goethe acierte a encontrar palabras adecuadas para interpretarla. En estos momentos es cuando se revela toda la fuerza trágica del poeta. Situaciones interesantes también sabe prepararlas Schiller, pero la emoción y el interés suelen diluirse en el torrente de su propio lirismo. No crea que intento censurar a Schiller: la composición de sus dramas (la acción, como diría Aristóteles), que al fin de cuentas es lo que más importa en un drama, es siempre admirable. Pero la palabra que interpreta esas situaciones es lo que en verdad distingue al genio.

Hasta entonces, hasta el momento extremo, Margarita no ha pronunciado una sola palabra de acusación contra Fausto, a pesar de los muchos y terribles males que éste le ha ocasionado: es que lo ama todavía.

Mas en ese momento último vence la pasión y dice a Fausto: "Enrique . . . me inspiras horror". Horror, pero no odio.

Bruscamente, una voz desde lo alto exclama: "¡Salvada!" Es, pues, la solución evangélica: "Salvada porque mucho ha amado".

Y todo el drama se desarrolla en dos planos: en el primero se agita la turbamulta, la que corre ciega e insaciable tras el placer y la riqueza; en el segundo, aunque en último caso tampoco éstos logren aplacar su sed, alientan los entusiastas, los fervorosos, los enamorados del ideal. Y aquí lo dejo.

FRANCISCO CAPELLO.



## GOETHE Y LA TRAGEDIA \*

Ante todo, quiero pedirles disculpa si en lugar de una apología a tono con esta conmemoración, ya tan abundante entre nosotros, sólo os traigo una consideración fragmentaria y muy breve, sobre un aspecto de la personalidad de Goethe. Hace ya tres años, cuando aun no se hablaba del centenario del gran poeta—dicho sea de paso—, elegí como tema para iniciar los cursos en la Facultad de Letras, el de la filosofía de Goethe, presentando en sus líneas fundamentales los conceptos sobre la Naturaleza y el hombre que lo sitúan con tanto derecho como a Kant en el número de los grandes filósofos. Pero no son estos aspectos generales de la obra y de la personalidad goethianas los que hoy quisiera tratar. Si queremos tomar a Goethe como tipo, como modelo de nuestra cultura y de nuestro desarrollo individual, debemos referirnos al problema de su sabiduría, y en especial modo al significado de su vida y de su obra frente a lo trágico. Tal es nuestro asunto.



Se ha hablado desde hace mucho de la naturaleza olímpica de Goethe. En efecto, un pronunciado pedagogismo que se acentuó en los últimos años de su vida; un sentido constante de la medida y del orden en toda su obra poética, literaria y científica; el influjo extraordinario que ejerció en su época y después, tanto en su patria como en el extranjero; y acaso también algún hecho de extraordinario relieve como la tan comentada entrevista con Napoleón, son motivos más que suficientes para ponerlo en un pedestal y mirarlo de abajo a arriba con el anheloso empeño de imitarle o de inspirarse en él. Y esta

\* Para VERBUM. Buenos Aires, octubre de 1932. Texto de la disertación leída por el autor en la Asociación Nacional del Profesorado Secundario.

concepción se afianzó aún más por motivos históricos y culturales de la mayor importancia. Ante la complejidad cada vez mayor del problema humano, sea éste arte, ciencia, religión o conducta, no es extraño que Europa mirara a Goethe—ciudadano del mundo, hombre sereno, comprensivo, universal—como a su norte orientador. Frente a la auténtica pero unilateral grandeza de otros, Goethe le ofrecía el espectáculo de una vida reglada según un ideal, pacientemente construida a través de tantos años de existir concreto, y si no perfecta, siempre en perfección, siempre más alta y titánica hacia el Olimpo.

¡Y que bien hace a los hombres creer así en un arquetipo formado de su propia substancia, y resolver los más angustiosos problemas con un ejemplo, y entregarse al discipulado! Nietzsche, ese hombre en quien después había de resonar con tan poderosa intensidad la tragedia contemporánea, vivió así su juventud, como discípulo, ante aquel otro olímpico que fué Wagner. Pero al fin se liberó, sin duda porque intuía en lo real un sentido más íntimo que no podía darle la deferente imitación del Maestro.

Y bien, idéntica cosa ocurre al mundo contemporáneo frente a Goethe. Su vida concreta y su obra, es decir, su vida toda, ¿es realmente símbolo y tendencia de todo nuestro vivir? ¿No habrá en éste algún sentido esencial para el cual la múltiple obra goethiana es letra muerta? Postrados de admiración ante él, iluminados por su doctrina tan bella, tan comprensiva y optimista, ¿no nos ocurrirá al cabo lo que a Nietzsche respecto de Wagner?

Ante estas preguntas ha comenzado a hacerse una caracterización cultural de Goethe que toma base sólida en el estudio objetivo y detallado de sus producciones y de su biografía. No hay, creo, autor que haya sido más estudiado que Goethe. Cada una de sus palabras ha sido medida con el mismo prurito de exactitud con que se mide un hecho natural. Cada paso de su vida—aun aquellos que callan los libros *ad usum delphini*—ha sido rastreado. Cada móvil, cada impulso interior, ha sido conjeturado, interpretado y hasta juzgado bueno o malo. En síntesis, esta alma realmente incomensurable está hoy frente a nosotros, desnuda.

Y sobre esta base, la caracterización de su sabiduría. René

Berthelot con su admirable obra *La Sabiduría de Shakespeare y de Goethe*, Ludwig con su extensa biografía, Gundolf el biógrafo más penetrante de Goethe, León Daudet con su bizarra interpretación erótica, y un poco más atrás en el tiempo *La decadencia de Occidente*, de Spengler, y *El análisis del hombre y la intuición de la Naturaleza*, de Dilthey, todos descienden, por decirlo así, a Goethe de su Olimpo, para estudiar objetivamente su derecho a ser guía o intérprete de una época.



De este modo y sobre esta base, cabe una doble investigación: la primera podría ser el examen de aquellos conceptos goethianos que el pensamiento contemporáneo vive auténticamente y que representan una verdadera liberación respecto de ciertos influjos históricos que retardan su desarrollo; la segunda consistiría, por el contrario, en constatar vivencias fundamentales que no resuenan en Goethe. Llamémoslas las incomprensiones de Goethe. Será este nuestro tema.

Un inmanentismo que dignifica por igual la condición del hombre y de la Naturaleza; un panteísmo vitalista con una fuerte tendencia polémica contra los abusos del mecanicismo; un amor intenso a lo concreto; un amplio sentido realista del arte; una visión admirativa, llena de respeto y casi religiosa del cosmos; una aceptación del número en cuanto expresión de orden y armonía, y a la vez un odio del mismo en cuanto falseamiento de la realidad; un sentido pedagógico y constructivo de la vida; una filosofía que pone como categoría excelsa la acción: tales son los conceptos goethianos que vive nuestra época y a los cuales atribuímos un sentido definitivo. Os ruego me perdonéis si no hago sino enumerarlos. El análisis de los mismos, y de algún otro que sin duda habré omitido, no es el objeto de esta disertación. La labor que me propongo hoy es más bien de heterodoxo, de un heterodoxo, por supuesto, que en ningún momento es escéptico y una de cuyas mayores satisfacciones es y será la lectura de Goethe y la meditación sobre su vida, y que os advierte que desconfiéis de quienes convierten a un hombre, por más grande que sea, en un arquetipo.



Una incomprensión de Goethe digna de meditarse es aquella que se refiere a la música de Beethoven. Goethe, que en artes plásticas tenía un juicio certero y que se preciaba de haber influido en el gusto de su época, no vivió con igual eficacia la música. En realidad, no la desdeñaba y, como dice Ludwig, ella lo acompañó toda su vida pero un poco en la sombra; gustaba sobre todo de Mozart y también de Haendel, Haydn, Gluck y Bach. Sobre este último tiene un juicio certero que demuestra que su incomprensión no es sino respecto de cierta música. Define, en efecto, una fuga de Bach como "una matemática iluminada en que temas excesivamente simples rematan en la más alta poesía". A los cuarenta años de edad su amistad cordialísima con el músico Zelter avivó su interés por la música hasta llegar a profundizar el contrapunto y a escribir un coro religioso a cuatro voces. Su amor por Mozart es el aspecto más saliente y simpático en relación a la música. Pero, en realidad, su opinión enunciada en la vejez a Eckermann, de que el gran autor del *Don Juan* hubiera debido poner música al *Fausto*, es una prueba de incomprensión y de que todo él se movía, por lo menos con agrado, dentro de una esfera musical de buen gusto pero no suficientemente amplia. En realidad es Beethoven quien hubiera podido realizar tamaña tarea, y, como se sabe, quiso hacerlo. Pero es precisamente frente a la música beethoveniana donde la incomprensión de Goethe es manifiesta y sintomática.

Goethe y Beethoven se encontraron en 1812, en Teplitz; Goethe, de sesenta y tres años, después de una vida trabajada a cincel, y Beethoven, de cuarenta años, hirsuto y, según la gráfica expresión de Goethe, aun no domesticado. No simpatizaron, a causa del reverente saludo del primero ante el paso de los príncipes y que pareció demasiado cortesano a Beethoven. Este pequeño episodio—que, como sabéis ha sido contado admirablemente por R. Rolland—puede haber influido en algo para que el gran poeta no gustara la música beethoveniana, pero no puede ser la causa única, máxime cuando dieciocho años después—muerto ya Beethoven—Goethe no la acepta todavía. Ante Mendelssohn que ejecuta en el piano fragmentos de la *Quinta Sinfo-*



nia, Goethe formula este juicio: "Sorprende pero no llega al alma". "Es grandiosa, insensata y se diría que va a hundirse la casa." Juicio que aferra, sin duda, algún carácter de esa música, pero que esencialmente es incomprensivo, en cuanto no hay en él ni simpatía ni menos aceptación. El análisis de las dos expresiones: "no llega al alma", "es insensata", nos daría sin duda la clave del problema.

Y es que la música de Beethoven encierra un algo que Goethe sintió, pero que no llegó nunca a comprender, *porque no quiso comprenderlo*, mediante un acto férreo de voluntad y de método; un algo hacia el cual no tuvo nunca la suficiente simpatía: el impulso popular, hecho de desorden y de tragedia. El pueblo desea, ama, sufre, en una forma primaria, sin el menor asomo conceptual, sin la guía de la razón, que es medida, forma y freno. Nietzsche, mejor que nadie ha hecho ver el significado hondamente popular de la música beethoveniana y la repugnancia que debía provocar en Goethe. Sólo que Nietzsche, tan aristocrático como éste—y quizá más, en modo casi caricaturesco—se pronuncia a favor de Goethe en un paralelo poco conocido y que transcribo de su *Gaya Ciencia*: "La música alemana es ahora, más que cualquiera otra, la música europea, porque en ella sola los cambios que la Revolución ha producido en Europa han encontrado su expresión. Es la música alemana solamente la que entiende expresar las masas populares en movimiento. . . Si se quiere imaginar el hombre de esta música, ¡y bien! que se imagine entonces a Beethoven, tal cual apareció al lado de Goethe, por ejemplo en el encuentro de Teplitz; como la semibarbarie al lado de la cultura, como el pueblo al lado de la nobleza, como el hombre bonachón al lado del hombre bueno y más que "bueno", como el fantasista al lado del artista, como aquel que necesita consuelos al lado de aquel que está ya consolado, como el exagerador y desafiante al lado del equitativo, como el caprichoso y el mártir de sí mismo, como el extático insensato, el beatamente desdichado, el cándido desmesurado, como el hombre pretensioso y pesado y, en todo y por todo, como el hombre no domado: así lo ha comprendido y designado Goethe mismo. Goethe el alemán de excepción para quien una música que haga

par con él no ha sido aún encontrada." La cita es un poco larga, pero veis muy bien que encierra todos los términos del problema.



Y sin embargo, miremos hoy en nuestro interior. ¡Cuán nuestra es la *Quinta Sinfonía*, con su incesante golpear del destino; cuán nuestra es la *Séptima*, trágica y humorística a la vez, sin idea esencial, sorpresiva, desordenada, irreductible a toda tentativa racional. ¡Cuán nuestra, en fin, es toda la producción beethoveniana y cuán efusiva y cristiana! En cambio, es imposible negar que en la obra de Goethe—no me refiero, se entiende, al Goethe juvenil tan semejante a Beethoven—¡cuánta frialdad desconcertante de cosa medida!

Al lado de una iluminada y amplia comprensión intelectual, la incompreensión afectiva del pueblo, mejor, de la masa popular, es, pues, la base honda de la incompleta comprensión musical de Goethe y una de sus características. Ella explica a su vez otra incompreensión igualmente notable: la de los grandes fenómenos sociales.

La Revolución Francesa sobrevino cuando Goethe tenía cuarenta años. Siendo un acontecimiento social de tanta magnitud es interesante ver cómo lo juzgó este hombre avizor y ya maduro.

En su *Campaña de Francia*, nos cuenta cómo la noche de la batalla de Valmy en que los soldados de la Revolución triunfaron, con cierto número de oficiales superiores y de civiles púsose a comentar las consecuencias de aquella acción. Interrogado Goethe dió esta respuesta clarividente y que ha quedado famosa: —"Yo pienso que en este lugar y a partir de este día comienza una nueva época para la historia del mundo"; respuesta con la cual Carducci cierra en forma magnífica su colección de sonetos titulada *Ca ira* y que versa sobre la Revolución Francesa:

E da un gruppo d'oscuri esce Volfango  
Goethe dicendo: Al mondo oggi da questo  
luogo incomincia la novella storia.

Sin duda, es este un signo de clarividencia, pero no lo es de simpatía, es decir, de íntima comprensión. En efecto, a pesar de que en varias oportunidades Goethe pronunció palabras admirativas sobre la Revolución, más lo hizo por la grandeza externa y lo nuevo del espectáculo que por verdadera comprensión. Por el contrario, quien dijo "amo más cometer una injusticia que tolerar un desorden", quien arrojó un día con rara violencia su desprecio contra la Marsellesa, no hacía sino corroborar ese amor a la medida, a la evolución continua, y, sobre todo, ese odio al frenesí y a lo irracional que estaban en su naturaleza aristocrática y conservadora.

He aquí un juicio característico de Goethe sobre la marea revolucionaria: "Yo tenía la convicción — dice — que una gran revolución, cualquiera que ella sea, no es culpa del pueblo, sino del gobierno. Las revoluciones son del todo imposibles cuando los gobiernos son constantemente justos y vigilan, cuando las previenen con reformas oportunas y no esperan que los mejoramientos necesarios les sean arrancados por las fuerzas populares". ¿No es demasiado limitado este concepto explicativo? ¿No es desconocer lo que hay de fatalidad intrínseca en las revoluciones, o por lo menos la mayor complejidad y hondura de sus causas? ¿No se ve un poco el viejo concepto del favor que se concede al pueblo?

Una de las conversaciones con Eckermann es también característica: "La nueva de la Revolución de Julio — escribe el discípulo — llegó hoy a Weimar, produciendo una conmoción general. Durante la tarde fui a ver a Goethe. ¿Qué piensa usted de este gran suceso? — exclamó al verme —. Ha sobrevenido la erupción del volcán. ¡Está todo ardiendo, y ya no se trata de una sesión a puertas cerradas!"

"¡Una terrible historia! — repliqué —. Pero en las circunstancias de Francia y con un ministerio semejante, sólo podía acabar con el destierro de la familia real".

"Parece que no nos entendemos, querido — replicó Goethe. — No hablo de esas gentes; se trata de cosas completamente distintas. Me refiero a la lucha entre Cuvier y Geoffroy de Saint-Hilaire, tan interesante para la ciencia, y que ha estallado públicamente ante la Academia".

"Me resultaron tan inesperadas estas palabras de Goethe —

dice Eckermann — que no supe qué decirle; y durante algunos minutos sentí que todos mis pensamientos quedaban paralizados”.

Confieso que a mí también — como a Eckermann — me desconcierta el carácter olímpico de esta respuesta. Pero es justo ver en ella un signo de esa supervalorización de lo racional y teórico, frente al hecho social, caótico sin duda, pero lleno de dolor y de muerte.



Por fin, veo una incompreensión más en su indiferencia religiosa. No me refiero aquí a su repugnancia por el aspecto exterior de ritos y liturgias. No. Esto podría ser, por el contrario, un signo de auténtica religiosidad; no me refiero tampoco al aspecto conceptual y filosófico del problema religioso, pues en tal sentido Goethe afirma a Dios y la inmortalidad mediante su concepto de entelequia tomado de Leibniz y Aristóteles. Me refiero sí, en cambio, a la inquietud religiosa, a esa sed, a esa pregunta afectiva, honda, sobre el más allá, sobre el destino de cada personalidad concreta.

“El tema de la inmortalidad — dice a Eckermann — es propio para gentes distinguidas, y sobre todo para señoras que no tienen nada que hacer. Pero, un hombre trabajador que cree hacer algo serio aquí abajo, y que, por lo tanto, tiene que esforzarse, obrar y luchar diariamente, deja en paz la vida futura y procura hacer labor útil y provechosa. Además, estos pensamientos de inmortalidad son propios de aquellos para quienes la vida no ha sido muy pródiga en punto a felicidad y apostaría a que si el buen Tiedge — habla del autor de un poema titulado *Urania* — hubiera tenido mejor fortuna, no se le hubiesen ocurrido semejantes ideas”.

El pensamiento es ingenioso, pero no mira a fondo el problema. En realidad, no se trata de hacer o de estar en ocio, ni de una vida pródiga o mezquina. La historia de la mística nos enseña, qué digo, nuestra experiencia más común nos dice que la fe religiosa tiene mil raíces, no dos; pero ese concepto,

un poco pragmático, un poco epicúreo, un poco volteriano, nos muestra una naturaleza carente de religiosidad, si ésta ha de ser algo más que construcción filosófica.



En realidad, estas cuatro incomprendiones no son sino esta única: la incompreensión de lo trágico. La música alcanza a lo trágico porque puede expresar lo que por conceptos es inexpressable e injustificable, el deseo, el impulso, el dolor. Si no fuera así, no causaría en nosotros, munidos de tantos principios explicativos, un despertar hondo de mil cosas insospechadas; el pueblo es trágico, y mientras no reciba un sistema intelectual ordenador (es decir, mientras no se eduque), será la violencia, el amor y el odio, lo no calculado y lo irreparable: será, por ejemplo, el crimen. La revolución es un acto trágico porque es la contradicción entre un tender a la vida, dándola en el acto de morir; la sed de inmortalidad es un impulso trágico, porque es la irracional insumisión al hecho y aun a la ley de destrucción en la cual en realidad creemos.

Y bien, todos estos aspectos que sintetizamos en una palabra única — lo trágico — eternos como son, en cuanto en todas las épocas hay almas que los padecen, constituyen el sino de nuestro siglo. Creemos en la razón, sí, pero sabemos que la realidad la trasciende y se escurre, aun por sus más tupidas mallas. Creemos en una intelectualización del arte, pero sabemos que su fuerza irresistible viene de lo afectivo; creemos en una jerarquía de los hombres, pero sabemos que en realidad, ante el estímulo insospechado, aun el más alto de la serie humana, recobra su condición de pueblo, de hombre primario; creemos que todo está reglado, aun nuestra vida más honda, y sin embargo, queremos angustiosamente que nuestra personalidad posea el privilegio inconcebible de su única eternidad.



Justo es decirlo, la incompreensión de Goethe nunca es incompreensión total, absoluta indiferencia, inconmensurabilidad con esos problemas. Su experiencia era demasiado rica, su alma era demasiado grande para ello. Goethe estuvo al borde

de comprender a Beethoven, y si un accidente cronológico hubiera hecho a estos dos hombres de igual edad, lo hubiera comprendido ampliamente. En cambio, el Goethe de sesenta y tres años no podía aceptar el Beethoven aun impregnado de *Sturm und Drang*.

Llegó también a sentir el pueblo, y sus obras dramáticas, si no tienen el ímpetu trágico de las de Shakespeare, poseen por momentos esa condición.

Es de él, por lo demás, el concepto de lo demoníaco que reconocía en naturalezas como Byron y Napoleón. "lo demoníaco, es decir, aquello que no puede resolverse por entendimiento ni por razón", según la definición dada por el maestro a Eckermann.



¿Pero qué es, al fin, este elemento trágico, demoníaco, del cual tiene el pensamiento contemporáneo tan honda conciencia?

Un filósofo ruso, poco conocido en nuestro medio, Chestov, ha escrito una admirable *Filosofía de la tragedia*, en que analiza la concepción de la vida en Dostoiewski y en Nietzsche. Nadie como estos dos hombres vivieron con tanta intensidad la tragedia. Nadie como ellos comprendió cómo a cada momento, en el destino de los hombres irrumpe el hombre subterráneo, y destroza la débil armadura de ideas, ideales y sistemas explicativos que la sociedad construye e inculca pacientemente. El hombre subterráneo, es decir, el hombre trágico, situado más allá del bien y del mal, irracional, o para decirlo con la palabra goethiana, demoníaco. Sólo que a Goethe le interesa lo demoníaco sobrehumano — el de un Napoleón, por ejemplo —, mientras Dostoiewski conoció y padeció el demonismo de las cárceles, el de Siberia.

La vida misma de Goethe — contra lo que el mismo dijera — tiene buena parte de tragedia. Se sabe muy bien, abundan los documentos probatorios, a qué precio conquistó una serciedad que en realidad fué bastante frágil. Un libro recientemente aparecido, *La educación sentimental de Goethe*, de R. D'Harcourt, nos muestra con más exactitud y menos reticen-

cias que las propias memorias del poeta, una juventud complicada, menos diáfana que la de la mayoría de los jóvenes. Y de igual manera su madurez reticente y su vejez magistral, están llenas de frequentísimos impulsos que lo pusieron, a menudo, a riesgo de perder el fruto de su paciente construcción, al borde mismo del abismo.

\*

¿Qué lo salvó? ¿Qué solución dió en su vida al problema de lo trágico? ¿A título de qué puede hablarse de una incompreensión de Goethe?

El problema de la sabiduría ha sido resuelto según un cierto número de criterios fundamentales:

He aquí una primera solución. Vencer lo trágico por el conocimiento, es decir, presentando un sistema racional por el cual vemos que las cosas ocurren así en virtud de ley. Es la manera spinoziana de aplacar las pasiones, y que, como se sabe, tanto ha influido en Goethe. Pero este procedimiento, esta verdadera llave de oro, no siempre puede ser eficaz. Contra el racionalismo sabemos que la esfera del concepto no es sino parte de la esfera de lo real. Además, sabemos bien que Goethe, cuyo sentido estético era tan agudo, huyó positivamente de lo deforme y de lo feo, aun cuando éstos, para un estricto sentido racional, no existen como tales. Y es que para el hombre concreto, ese llamado no ser, *existe*, y es una dolorosa realidad.

La segunda solución es vencer, no ya por una idea, sino por un gran ejercicio de amor a los hombres o a Dios. Es el camino de los santos y de los héroes. Es la vida admirable de Pascal.

La tercera solución es vencer la tragedia aceptándola. Es el *amor fati* de Nietzsche. Sentir — no sólo pensar — que el dolor es condición necesaria del cosmos. Y quererlo así, no por resignación, sino con profundo contentamiento.

La cuarta solución es huir la tragedia, evitarla saliendo a la superficie como quien sale de un subterráneo asfixiante, y buscar como medio defensivo el contacto con las cosas bellas y amables. Algo así como el horaciano *Carpe diem*, entendido no como fin sino como arma contra la invasora tragedia.

Y bien, este último camino, sostenido a menudo en un spinozismo lírico, es el método que siguió Goethe. Muchos defectos y virtudes que se le han atribuido: su sentido conservador del orden social, su chambelanismo, el cuidado con que evitó sufrir ante la pérdida de familiares y amigos, el uso del trabajo como un medio de olvido, el no querer pensar en cosas desagradables, no son sino fragmentos de este constante huir la tragedia. Por esto vivió separado de Beethoven y de su música demasiado tempestuosa, por eso huyó del frenesí popular y del torturante problema del más allá, porque así convenía a su destino, a su entelequia inmortal. Y mientras Pascal describió su órbita en tan breve tiempo y lo mismo Spinoza y Nietzsche, consumidos por el fuego de su tragedia, Goethe, más sano, más prudente, cumplió su órbita extensísima huyendo siempre de su tragedia. Su viaje a Italia, su hégira como él mismo decía (es decir, su huída de Weimar), es así el más acabado símbolo de su sabiduría.

Voy a terminar esta disertación, que acaso parecerá poco propicia y hasta irrespetuosa, con este clarísimo pensamiento de Kayserling en su *Diario de viaje de un filósofo*:

“No ha habido en Occidente ningún espíritu que tenga bastante capacidad de concentración para vivir constantemente en la más honda recámara de su yo. Acaso en Goethe se manifieste este defecto con mayor claridad que en ningún otro. Es este hombre, sin duda, de todos los modernos el que más destellos de lo profundo ha fijado en palabras. Pero también ha sido el más incapaz de permanecer en la región de donde esos destellos partían. Su vida normal permaneció en la superficie y cuando descendía a las profundidades tenía luego que reponerse y refrescarse con largas estancias en la superficie...”.

Señores: Goethe es, con todo derecho, el símbolo más perfecto de Occidente, pero su incomprensión y su desamor por la tragedia, su huir de ella, nos obligan a poner otro numen al lado suyo: Beethoven, por ejemplo.

ALFREDO FRANCESCHI.



## GOETHE CONSIDERADO EN SU TOTALIDAD \*

En su espléndido panegírico necrológico de Goethe (1832), Thomas Carlyle lo presenta como el único hombre de capacidad universal que haya superado todas las etapas humanas de la vida, permaneciendo en todo fiel a sí mismo. Entendía que sólo después de un siglo habría de llegar el momento de comprenderlo en todas sus modalidades y en todo su valor.

¿Ha llegado ese momento? Cien años nos separan ya de la muerte de Goethe. Estamos distanciados de él. Su vida y su actividad muéstranse frente a nosotros en toda su amplitud y profundidad, como ni antes ni después de él ha ocurrido con hombre alguno. Su figura ha sido contemplada en todos sus aspectos: como poeta e investigador, como estadista y ciudadano, como alemán y filósofo, en sus relaciones con los pueblos más remotos, como amigo y amante . . . Todo esto fué Goethe, pero quien quiera comprenderlo plenamente debe considerarlo como una totalidad, discerniendo cada una de sus peculiaridades en el conjunto de sus características. Cualquier otra interpretación resultaría incompleta o desfigurada.

El 14 de julio de 1794 dos hombres, que hasta esa fecha se habían buscado y rehuído, encontrábanse, con asombro, en un camino común: Schiller y Goethe. Cuando en aquel entonces, de vuelta a casa, ya de regreso de una sesión de la Sociedad de investigaciones naturales de Jena, cambiaban impresiones acerca de la disertación que acababan de escuchar, ambos estaban de acuerdo en que "una manera tan fragmentaria de tratar a la Naturaleza no sólo no puede interesar al aficionado, sino que permanece impenetrable hasta para el mismo investigador, y que sin duda puede haber algún modo de estudiarla, no en forma fragmentaria y aislada, sino representándola

\* Para VERBUM. Buenos Aires, agosto de 1932. Traducido del alemán por Angel J. Battistessa y Curt José Hurvitz.

en su evolución viva y abrazándola en la totalidad de sus partes”.

Esta era la visión que Goethe tenía de la Naturaleza, y Schiller, con dialéctica aún más aguda, supo comprender de inmediato ese punto de vista, en una de sus cartas: “Abarcáis la Naturaleza en su conjunto para obtener luz sobre lo particular; en la totalidad de sus manifestaciones buscáis la definición del individuo, para construir por último, genéticamente, con los materiales de todo el edificio de la Naturaleza, desde el organismo más elemental hasta el más complicado de todos: el hombre”. Trátase, pues, de un concepto dinámico-genético, basado en una visión genial, muy alejada de la mera especulación filosófica y del análisis minucioso, que sólo parcialmente tiene conciencia de sí “porque el genio permanece siempre en el mayor secreto para sí propio”. Esta visión, con la seguridad de su “mirada observadora que descansa tan pacífica y puramente sobre las cosas”, abarca al mundo, a la Naturaleza y al espíritu en un eterno juego de fuerzas que en el devenir y en la desaparición del individuo como totalidad persevera sin embargo en el ser — porque todo debe diluirse en la nada para perseverar en el ser y “todo impulso y toda lucha es eterno descanso en Dios, el Señor” —. Un gran organismo uniforme que va desde las rígidas formaciones graníticas primitivas, a través de las plantas elementales, hasta las formas superiores del reino animal, hasta la culminación de la Creación en el hombre. ¡Sí, y más lejos aún! El desarrollo se remonta luego hasta alcanzar la esfera de lo puramente espiritual e, ininterrumpidamente, por encima de lo indecible e incognoscible, a Dios, el conservador de todas las cosas, el que todo lo abarca, el alma universal que no empuja desde afuera sino que mueve desde lo interno a esta inmensa totalidad —, uno en todo y todo en uno.

Pero en el centro de esta totalidad de la Naturaleza animada de espíritu divino reside, para nosotros los hombres, lo humano. Esta es la más profunda convicción de Goethe, según se manifiesta con claridad máxima en su estudio sobre Winckelmann: “Cuando la naturaleza sana del hombre se manifiesta en su plenitud, cuando éste se siente en el mundo como en un todo grande, hermoso, digno y venerable, cuando esta armonía

le produce un arrobamiento libre y puro, el universo, entonces, si pudiese tener noción de su propia existencia, gritaría jubilosamente como si hubiese logrado su finalidad y admiraría en ese hombre la cima de su propio ser y devenir. ¿Pues para qué sirve esta profusión de soles, de planetas y lunas, de estrellas y vía lácteas, de cometas y nebulosas, de mundos ya formados y mundos en formación, sino es para que al fin pueda un hombre regocijarse espontáneamente al sentirse feliz con su existencia?"

El hombre es, por tanto, un eslabón en la inmensa cadena del devenir y del ser, un organismo movido desde el interior por un impulso primitivo, la "entelequia", como dice Goethe con Aristóteles. "Forma moldeada que evoluciona viva" —, el hombre se desarrolla de acuerdo con la ley por la cual empezó y aspira a refluir en la totalidad. En esto, Goethe seguía el sentir de Spinoza y el de Leibniz y en cierto modo presentía a Hegel, aunque de un modo tal que no por ello dejaba de constituir, en absoluto, una visión personal goethiana del mundo y de la vida:

"Teilen kann ich nicht das Leben,  
Nicht das Innen, noch das Aussen,  
Allen muss das Ganze geben,  
Um mit euch und mir zu hausen."

Immer hab'ich nur geschrieben,  
Wie ich's fühle, wie ich's meine.  
Und so spalt'ich mich, ihr Lieben.  
Und bin immerfort der Eine." (1)

Esta totalidad es triple: se refiere al momento actual, al conjunto del desarrollo fragmentado de la propia personalidad y, por último, a la inserción de la personalidad en el tiempo, en el contorno y, luego, en el universo.

- (1) "No puedo dividir la vida,  
ni separar lo interior de lo exterior:  
a todos debo dar mi totalidad  
a fin de poder convivir con vosotros y conmigo."

"Siempre he escrito solamente  
lo que siento y lo que pienso,  
y así me divido, amados,  
y permanezco constantemente un todo indiviso."

“Colmar el momento plenamente”, en el goce, en el sufrimiento y en la acción, significa arrojar la fuerza plena del hombre entero en la pequeña y mínima labor del día, detestar toda chapucería hasta en el primor de la letra y en la ordenación rutinaria de los expedientes o de los cartapacios de las colecciones. De esta manera puede Goethe distraerse en las mascaradas y en el trajín cortesano, jugueteando con las muchachitas — “¡en dejarse llevar está el gozo!” —; adiestrarse como funcionario administrativo en el laboreo de las minas, en la leva de reclutas y en los menesteres del gremio de tejedores; auscultar los montes como investigador y con el martillo del geólogo, o examinar un cráneo de oveja en el Lido veneciano, y complacerse luego nuevamente en creaciones poéticas y en representaciones teatrales, y terminar de un solo impulso lo que desde hacía mucho tiempo estaba latente en su interior, cuando perdido en el tiempo y en el mundo tornaba a ser llamado por su demonio, según piensa él mismo en 1806. Así, plenamente como nadie, creando y solazándose, disfrutaba Goethe su vida, y mientras que consideraba feliz al esteta Winckelmann por haber desaparecido en todo su vigor viril — “porque con la misma configuración con que el hombre abandona la tierra discurre luego entre las sombras” — a él correspondía la suerte suprema de aparecer como el hombre completo en cada una de las etapas de su larga existencia: el adolescente completo, el adulto completo, el anciano completo. Para él, abandonarse era recuperarse, perder era ganar. Así creció hasta la plenitud aquella predisposición asombrosamente rica, que afectuosamente atraía hacia sí todo lo que le era propicio y afín, haciéndolo propio, pero que rechazaba resueltamente todo lo que le era extraño; así fué creciendo Goethe hacia la totalidad de una personalidad cerrada en sí misma, con tal plenitud y unidad como nunca antes de entonces había atravesado la tierra; cuantos más eslabones anuales se sumaron a su vida, tanto más *llegó a ser lo que era*. Durante toda esa vida, éste fué su verdadero “negocio principal”: “Nunca me he preguntado qué es lo que quiere la gran masa, ni de qué manera soy útil a la mayoría; más bien he aspirado a ser cada vez más discreto y mejor, a aumentar el contenido de mi propia personalidad y a manifestar de continuo sólo lo que

había reconocido como bueno y verdadero". En el fondo, ésta era la gran línea de conducta que, desde los días del Renacimiento, a través del siglo XVIII racionalista, ascendía hacia el ideal de la libre personalidad en la totalidad de sus modalidades. Goethe es en esto un realizador y, en su conjunto, el último hombre universal.

Asimismo, Goethe fué universal en el sentido de que ninguno como él supo sentirse unido al universo hasta en lo más profundo de su manera de ser. El tiempo era su dominio y también su campo. Pero, cuanto más arraigaba en su terruño, tanto más vigorosamente ascendía el tallo hacia arriba, con tanta mayor plenitud tendía la copa hacia la luz de lo extra-temporal. A ninguna fuerza humana le había sido dado alcanzar esta última meta —: "¡En los matices reside la vida!" —. Para llegar a esa meta era preciso contar con la ayuda del amor venturoso — amantísimo —, así en el *Ganimedes*, así en la Margarita-Maria del *Fausto*; marchar decididamente en todas las direcciones de lo finito, significaba dar los primeros pasos hacia lo infinito:

"Du zählst nicht mehr, berechnest keine Zeit.  
Und jeder Schritt ist Unermesslichkeit." (1)

Pero el camino hacia lo infinito suponía realizar conquistas diarias en la lucha cotidiana del deber. Retención de los "instintos salvajes", limitación dentro de lo alcanzable, renunciamiento — "¡sólo es verdadero lo que es fecundo!" —, purificación tendiente a lo bueno, lo verdadero y lo bello, perfección en todas y cada una de las modalidades personales. Y, precisamente, es partiendo de este esfuerzo hacia la totalidad que Goethe concebía el singular fundamento de su creencia en la inmortalidad: puesto que la vida terrestre es demasiado breve para esta tarea inmensa, la divinidad debe a la entelequia una segunda existencia sobrehumana, la que trae aparejada la completa perfección.

De este modo se explica, dicho sea de paso, la relación de Goethe con la antigüedad. La huída a Italia fué un gesto

(1) "No cuentas más, no calculas el tiempo,  
Y cada paso es inmensidad."

tendiente a la conservación de sí mismo. De nuevo le oímos decir en su Winckelmann: "El hombre es capaz de realizar muchas cosas mediante la utilización adecuada de fuerzas aisladas; es capaz de realizar lo extraordinario gracias a la combinación de varias aptitudes; pero lo único, lo enteramente inesperado, sólo lo realiza cuando en él se reúnen en igual medida todas sus cualidades. Esto último fué el hado feliz de los antiguos; nosotros los modernos estamos limitados por el destino a las dos primeras posibilidades". Limitados por el destino, pero no condenados por el destino. De ahí, pues, que entonces entre en acción el esfuerzo de la libre personalidad y más aún el impulso irresistible de su propia naturaleza en el sentido de emular a los antiguos. Y mientras que su gran amigo y antipoda Schiller pronto se desanima como "innovador sentimental" en su deseo de llegar a ser realmente un hombre completo, y, en consecuencia, prefiere reunirse muy luego a un conjunto social como miembro útil — libertad, patria, dignidad humana —, el hombre cándido Goethe domina el impulso fáustico moderno, cerrándolo en el molde del hombre antiguo completo.

Pero sería una actitud antiguoethiana el detenerse sin más ante esta perfección de la persona de Goethe. Siguiendo sus huellas debemos indagar dónde se encuentra el núcleo germinativo del cual se desprendió el fruto completo después de una lucha de decenios con el ambiente y consigo mismo. A los contemporáneos, el joven Goethe se les aparecía como un trozo de Naturaleza: inagotable en borboteante fuerza vital y creadora, tornadizo en sus estados de ánimo como las olas del mar, cimbreado en sus conmociones intensas como un árbol en el huracán, mudable pero, sin embargo, obediente a una fuerza íntima imperiosa. Y esto era en él algo orgánico, casi vegetativo, tumultuoso, que así se mantuvo hasta a la edad más avanzada, aunque por último, aparentemente, se petrificase.

Así también sentíase Goethe a sí mismo. Cuando en sus poesías da voz a la piedra, cuando saluda como a hermanos al bosque y al soto, cuando las flores y las hierbas se aprietan contra su corazón, cuando sostiene diálogos apacibles con sus amados árboles en la casa quinta situada en el parque de Weimar, o cuando muy de mañana se sumerge en la atmósfera solar, o

cuando de noche baña en el claro de luna la fatiga que precede al sueño, y lee en su alma, Goethe no *vive* la Naturaleza como una eterna fuente de juventud — “y fresco alimento y nueva sangre le absorbo al mundo libre” —, sino que él mismo es una parte de la Naturaleza, próximo a ella y ensimismado en ella como ningún otro hombre. De “cabeza de niño” lo había calificado Herder en Estrasburgo con reprobación acerba, y era un “muy, muy buen muchacho”, según el aserto afable y comprensivo de Wieland. Los niños y los hombres sencillos, “que ante Dios son seguramente los más estimables”, eran los seres que estaban más próximos a su corazón, y hasta en sus años más avanzados esta modalidad infantil torna siempre a sorprendernos en su vivacidad más lozana.

En su mocedad, tanto en el vivir como en el poetizar es “naturaleza actuante”. Se siente impelido, impulsado y empujado; se entrega a los acontecimientos, más soportándolos que resistiéndolos, y, en las situaciones insostenibles, siempre encuentra como única salida la fuga dolorosa. Goethe, propiamente hablando, no poetiza: la poesía se realiza en él; nada arranca a la “hora apática”, lo sublime lo obtiene siempre sólo “en el momento inconsciente”: recoge, plácido y sosegado, impresiones, vivencias, sentimientos e ideas, y espera, pacientemente, a que el núcleo haya madurado hasta convertirse en fruto:

“Die Schale plazt, und nieder  
Macht er sich freudig los;  
So fallen meine Lieder  
Gedrängt in deinen Schoss!” (1)

Es una fuerza primordial de su alma la que sirve de base a todo eso: Goethe es un genio de la visión, es el hombre sensual en el sentido más amplio de esta palabra; su órgano esencial es el ojo que, como el sol, abarca con su mirada investigadora y examinadora cuanto está a su alrededor: “La luna y las estrellas, el bosque y el corzo”. Como el vigía Lynceus, ha “nacido para ver” y está “destinado a mirar”; es un obser-

(1) “La cáscara se abre, y hacia abajo  
Se desprende alegremente el fruto;  
Así caen mis canciones  
Acumuladas en tu seno.”

vador (*Eidetiker*), como los niños y los salvajes, capaz de evocar, llegado el momento, lo ya visto en forma corporizada, de evocar tanto con su ojo interno como con su ojo externo, un visionario cuya fantasía creadora sabe reconstruir plásticamente las representaciones mentales.

Hasta las ideas vivían en él todas envueltas en una claridad intuitiva. Según su propia confesión, no había nada que, como esa clarividencia, patentizase del modo más preciso el punto que lo separaba de Schiller. Cuando durante su primera entrevista, en Jena, Goethe expuso la metamorfosis de las plantas y — ¡qué característico! — con sólo algunas plumadas típicas hizo aparecer una planta simbólica ante los ojos de Schiller, el kantiano, mientras meneaba la cabeza, formuló este reparo: “Eso no es ninguna experiencia, eso es sólo una idea”. Goethe contestó con naturalidad ingenua: “¡Muy grato me resulta el tener ideas sin saberlo, y más aún el poder verlas con los ojos”.

Cuando el mundo y las cosas se reflejan en su memoria así con fidelidad casi fotográfica, cuando su fuerza creadora poética, según su propia y maravillosa comparación, “convierte magníficamente la ola agitada en una esfera cristalina”, es decir, cuando la dispone para una obra artística perfecta en sus elementos formales, este fiel reflejo del mundo no siempre logra la sosegada claridad, la plácida serenidad que canta en sus obras más perfectas. El “olímpico” Goethe es — hasta en su ancianidad — una leyenda. Cuando uno más se le aproxima, nótese que su alma vive más bien en una emoción casi constantemente vibrante y, a veces, convulsiva.

A pesar de su sana ingenuidad y de una abundante surgente de jovialidad serena, propia de la región renana, Goethe no es una naturaleza recia, sino más bien una naturaleza de nervios muy delicados, susceptibles y hasta irritables; una naturaleza de la más exquisita y fina sentimentalidad en su vida sensual y de la más inmediata capacidad de reacción tanto corporal como espiritual. Se halla sometido al “capricho de cualquier presión del aire”, sufre muchísimo bajo la atmósfera húmeda y caliginosa de Turingia, que lo torna incapaz de trabajar y de asumir resoluciones: como Durero siente frío y tiende anheloso hacia el calor y el sol. Vive propenso a las enfermedades y es sensible a los dolores: la producción cons-



tante y una pena moral profunda, como la suscitada por la muerte de seres queridos, lo voltean sobre el lecho de enfermo, sufre grandemente por todo lo que le es desagradable o inadecuado. Por eso vemos la aversión, cada vez más intensa en la ancianidad, contra las perturbaciones y los padecimientos, y ésta va aumentando hasta llegar, a veces, a la insensibilidad artística.

Peró si algo le impresiona inevitablemente el corazón, trastórnale asimismo, del modo más intenso, todas sus maneras de ser. En las profundidades impenetrables de esta alma inquieta acechan oscuras emociones y pasiones, las que con fuerza volcánica lo avasallan y tienden hacia lo alto, aun en los años de su edad más avanzada:

“Nur dies Herz, es ist von Dauer,  
Schwillt in jugendlichem Flor.  
Unter Schnee und Nebelschauer  
Rast ein Aetna dir hervor.” (1)

Son emociones sentimentales y no fuertes y conscientes fuerzas de la voluntad las que lo sacuden:

“Der Gott, der mir im Busen wohnt,  
Kann tief mein Innerstes erregen.  
Der über allen meinen Kräften thront.  
Er kann nach aussen nichts bewegen.” (2)

Goethe no es una naturaleza de luchador y conductor, como la de Lutero o la de Bismarck. Su fuerza de voluntad es más estática que dinámica, más bien duración permanente que impulso impetuoso. Enemigo de todo lo violento y de todo lo revolucionario, se evade tímidamente de las grandes y repentinas decisiones; puede resentirse y despreciar, entusiasmarse y

(1) “Sólo este corazón es durable,  
Se dilata en juvenil florecimiento.  
Bajo la nieve y la bruma,  
Para ti surge bruscamente un Etna.”

(2) “El dios que habita en mi pecho  
Puede excitar profundamente mi intimidad.  
El que reina sobre todas mis fuerzas  
No puede proyectar nada hacia afuera.”

amar, pero no odiar ni destruir. Su frase "bienaventurado es aquel que frente al mundo sabe permanecer sordo a los requerimientos del odio", constituye su más íntima confesión sentimental. Bien es cierto que más tarde acertó a guiar a jóvenes con la plenitud de su sabiduría de vivir, pero no fué arrastrándolos tras sí impetuosamente. A él mismo, en el tiempo en que era estudiante en Estrasburgo, ya lo había conducido Herder; él mismo se doblegaba dócilmente bajo la mano suave de Carlota von Stein, él mismo se dejaba arrastrar por el vuelo audaz de Schiller, y hasta gustaba agradecer sugerencias e impulsos a un alma tan apocada como la de Eckermann.

Así, lo que en su juventud parecía a sus contemporáneos como fuerza titánica, como energía actuante, sólo era, en verdad, "plenitud del corazón", superabundancia de sentimientos de un "muy, muy buen muchacho" que bien podía crear al caviloso y sentimental Fausto, pero no a los hombres de acción Prometeo, Mahoma y César. Si en la ancianidad bien podía el olímpico Zeus encolerizarse y tronar entre las nubes, no podía en cambio lanzar a la tierra rayos destructores.

Individuo tan rico y tan dócil, tan abierto a todas las impresiones externas y tan cerrado frente a sí y en sí mismo como para mejor retener dones e inclinaciones, pero por otra parte tan propenso a entregarse fácilmente a la indolencia y a la opacidad del ánimo, tan impetuoso en el desear y en el querer, tan indeciso para tomar una decisión rápida, tan naturalmente impelido por fuerzas demoníacas — planeando entonces nuevamente con ala ingrávida por encima de la realidad —, parecía creado, con su impetuosidad mayor que la de cualquiera de sus compañeros, para ser una naturaleza problemática "que no satisface a ninguna situación y a la que ninguna situación le satisface", de continuo en constante peligro — como su prototipo el manantial entre las rocas, en el *Canto de los espíritus sobre las aguas* —, de perderse en el juego tornadizo de las fuerzas, de deslizarse indolentemente por el cauce ya despejado o de perderse en el abismo desde la cima del peñasco de la vida.

La tendencia de su Fausto hacia el cielo, hacia el infinito y hacia el abismo era la experiencia más personal de su vida y más

de una vez habiase situado desesperadamente frente a la puerta oscura de la muerte voluntaria de su Werther.

Pero para el genio, "inquieto como fuegos fatuos", desde la profundidad de la misma Naturaleza no tarda en surgir un don de clemencia divina, fuerzas salvadoras y auxiliadoras que lo acompañan a través de todas las tempestades de la vida, guiándolo y consolándolo, fortaleciéndolo y apaciguándolo, libertándolo e independizándolo; fuerzas que realizan la gran empresa de liberación y de perfección hacia la totalidad con que se nos manifiesta esta vida de hombre:

"In diesem innern Sturm und äussern Streite  
Vernimmt der Geist ein schwer verstanden Wort:  
Von der Gewalt, die alle Wesen bindet,  
Befreit der Mensch sich, der sich überwindet." (1)

Esta es *una* de las auxiliadoras: la fuerza ordenadora que del caos crea un cosmos, que estimula e incita al indolente, que destila moderación en la sangre ardorosa, que encarrila el pensamiento salvaje y alocado hacia lo eterno y lo puro, y que conduce, finalmente, de la tempestad de las pasiones al sosiego depurado del filósofo del mundo. Esa fuerza la debe a su padre, el hombre serio, recto y firme, de sentimientos tan probos y de tan concienzudo amor a la verdad; al padre, que suele ser injustamente pospuesto, como elemento del complejo de Goethe, ante la arrebatadora jovialidad de la madrecita. Entre los goces más refinados, cuéntase el de observar, dentro del desarrollo de su línea de vida, cómo Goethe va coincidiendo poco a poco con la "estatura" de su padre, con la única diferencia de que en el hombre genial las pequeñas cualidades paternas se ensanchan hasta lo grandioso, al punto que no resulta equivocado concebir la lucha íntima de la vida del poeta como el combate perenne entre la madre y el padre. Goethe termina esa lucha realizando una síntesis cabal: una formación perfecta en el sentido de la totalidad, dentro de una personalidad armónicamente cerrada.

- (1) "En esta inquietud íntima y conflicto externo,  
El espíritu percibe una palabra de ardua comprensión:  
De la necesidad que rige a todos los seres,  
Se libera el hombre que se vence a sí mismo."

En efecto; se puede investigar la evolución de la vida de Goethe, hojear sus obras, verle el corazón cuando toma decisiones serias; trátase siempre, en última instancia, de esta lucha entre dos entidades separadas, entre su *primera* naturaleza que se aferra al mundo de los sentidos "con órganos prensiles" y aquella *segunda* naturaleza que lo levanta, por encima de "las tinieblas", a "las moradas de los antepasados excelsos", y a la que termina por considerar como el mayor beneficio de su vida —, evolución de la entelequia hacia la mónada que en su totalidad constituye un espejo y un símbolo del universo.

Empero, lo grandioso de esta lucha estriba en el hecho de haberse desarrollado sólo en reacciones intensas y con amplias oscilaciones pendulares, semiinconsciente o inconscientemente durante la juventud, y en haber sido llevada adelante, en forma ya consciente, durante la madurez. Aquí se realiza aquella admirable autoeducación de Goethe, cuyo adelanto ascendente aún podemos observar como testigos, hoja por hoja, en sus cartas, en su Diario y en sus obras: Egmont y Orange, Tasso y Antonio son representantes de esta lucha; con las *Afinidades electivas* la aspiración tiende ya hacia el renunciamiento; el camino de Fausto, al pasar de hombre entregado a los sentidos a empeñoso hombre de acción, conduce luego a la solución definitiva, pero a este respecto la confesión más fidedigna de Goethe la constituye *Poesía y Verdad* con su significativa divisa: "Ho me dareis anthropos ou paideuetai".

En la *vida* de Goethe, la última batalla fervorosa entre sus dos naturalezas, entre sus dos *almas*, es el amor que a los setenta y cuatro años siente hacia Ulrica von Levetzow, que sólo cuenta dieciocho, y cuyo parte victorioso nos comunica, imperecedera, la *Elegía de Marienbad*.

A partir de esa fecha, Goethe clarifica su modo de ser, tiende hacia el sosiego y la placidez del sabio al que nada de lo humano es extraño y que, luego de dejar tras sí todo "lo vulgar", sabe marchar de lo finito a lo infinito.

Cuando en los últimos años de su vida se arma de continuo de una manifiesta rigidez exterior, de suerte que a las personas que no le están inmediatas se les aparece como un egoísta encubierto, como el tieso consejero áulico que frío e inabordable en lo externo habla y escribe en giros por demás afiligranados,

cuando con frecuencia se compenetra y ensimisma en preocupaciones pequeñas y hasta mínimas con un amor al orden y una manía de registrarlo todo que llega a la pedantería, entonces se advierte en ello no sólo una especie de máscara cómoda, o la necesidad muy comprensible de evitar lo indeseable, hombres o cosas, sino también un deslizamiento, demasiado acentuado, en la índole paterna. Pero, aún entonces, basta que lo estimule un objeto cualquiera, o que le interese una conversación, o un hombre, y en seguida cae la máscara, desaparece el distanciamiento, Goethe entra en conmoción profundísima y en sus rasgos tensos aparece aquella sonrisa tan fina y espiritual que encantaba a todos. El mismo llamaba "conciliación" a esta actitud, pero era más bien el reflujó de su íntima naturaleza que tendía siempre a la tolerancia, a la benevolencia y al amor.

Aquí alcanzamos el rasgo más humanamente hermoso de Goethe. Nadie ha amado tanto como él, nadie ha sido tan amado como él. En su ancianidad, dice una vez mientras bromea con enojo: "Ando mal; ni estoy enamorado, ni hay nadie que lo esté de mí". Designa de este modo, en sentido profundo, la atmósfera vital que respiraba y en la que sólo podía alentar. Necesitaba amor como la planta necesita calor y luz. El amor fraterno y el amor de las mujeres, el amor de los amigos y el amor de la humanidad y, por encima de éstos, el más desinteresado de todos, el amor al Padre omnipotente, pues el que en verdad ama a Dios no puede exigir ser amado, a su vez, como mero individuo. De este modo, la extrema conclusión de la sabiduría de Goethe, de su vivir y de su poetizar, es la profunda convicción en la insuficiencia de la aspiración humana la que, por inquietos que sean nuestros esfuerzos y nuestros afanes, sólo logra corporizarse en acontecimiento, es decir en perfecta realidad eterna, cuando nos salva el amor infinito, perdonador y clemente. En cuanto a esto, la sabiduría de Goethe tiende, particularmente en sus últimos años, hacia el arrobó místico, hacia la visión inmediata de la divinidad considerada en el sentido de Spinoza.

Pero si preguntamos ahora, para concluir, por la última síntesis, por la unidad del hombre y del poeta, por la totalidad de su índole artísticamente humana, nos encontramos con su

fuerza primordial más profunda: la fuerza creadora incontrastable del hombre genial, la que purifica todo cuanto Goethe abarca con el corazón y los sentidos en el crisol de su personalidad profundamente estética, la que todo lo aquilata en una obra de arte formalmente perfecta. Hombre cabalmente perfecto sólo lo es Goethe en la medida en que acierta a ser artista perfecto e, inversamente, como artista sólo logra lo supremo en la medida en que es hombre perfecto. Por eso encontramos en él, de vez en cuando, trechos desiertos, pasajes donde esta unidad no se manifiesta. Donde actúa sin participación íntima, o solamente con técnica poética, no logra más que una obra de fría lisura académica, pero ahí donde cae la chispa viva de su propio vivir, ahí nos proporciona algo cabal, perfecto: "el velo de la poesía llevado por la mano de la verdad". Lo que en la *vida* llama resignación, limitación, dominio de sí mismo, purificación, se traduce luego, dentro de su actividad poética, en dominio del contenido por la forma, en obras clásicas, o, mejor dicho, en unidad indisoluble de la personalidad, lograda tan sencilla y naturalmente como si se tratase de una obra de la misma Naturaleza, inconscientemente creadora.

A cien años de distancia, así se nos aparece hoy la silueta de Goethe contemplada en la totalidad de su esencia y de su modalidad profunda: el adolescente impetuoso, partícipe genial de la Naturaleza, rebosante de sentimiento y de fantasía plástica; el hombre constante en la superación de las obligaciones cotidianas que impone la realidad, aspirando siempre hacia la clarividencia, la moderación y la armonía; el anciano purificado, con la mirada ya fija en lo eterno; el varón perfecto, en ininterrumpida plenitud íntima, vencedor al fin en la lucha trabada entre la corriente inferior, demoníaca, de su disposición natural y la voluntad dominadora, consciente del sentido del orden; el varón universal, perfecto en la medida en que a un ser humano le es accesible la perfección. Un hombre único, que acaso difícilmente volverá a repetirse, pero que al mismo tiempo representa un valor típico supernacional, gracias al cual el género humano ha podido enriquecerse con una de sus figuras más nobles, propiedad nuestra y de todos aquellos que se sienten sus afines. Y así marchará Goethe, según la palabra pre-

visora de Carlyle, a través de otros siglos: "Desde su sepulcro aún nos fortalece el hálito de su fuerza y aún despierta en nosotros un afán más intenso de proseguir en la empresa a la que él dió principio con celo y con fervor: ¡Luz, amor, vida, humanidad!"

WILHELM KEIPER.

LA FAMILIA









„Vom Mütterchen die Frohnatur  
Und Lust zu fabulieren.“

(*Sprüche*, 126.)



## LA SABIDURIA DE GOETHE \*

El centenario de la muerte de Goethe viene a caer en un momento en que la humanidad tiene necesidad de que aparezca otro genio como él, luminoso, sereno, fecundo, unitario y total. Estamos en riesgo de perder la idea de hombre que habían elaborado pacientemente veinticinco siglos de civilización helénica en la filosofía, la literatura y la realidad. Vamos olvidando día a día que la razón humana conoce leyes y valores culturales que la barbarie no podrá jamás vencer del todo, por grande y vasta que sea. Corremos tras de mitos que llevan en sí mismos su propia caducidad, porque el instante en que triunfen verá morir la fuerza que los sustenta y surgir un nuevo ideal del individuo en el alma de los vencedores. Pero al mismo tiempo la humanidad está creando y moviendo, en medio de su caos espiritual, energías que parecen tender a una diferente unidad superior en las ciencias, en las artes y en la vida. Tal vez se prepara una civilización grandiosa que se alce sobre los escombros de la nuestra. Tal vez no. Nadie lo sabe. Así era, también, en otra medida, el mundo en que nació burguesamente, en una pequeña ciudad de Alemania, el genio de Goethe. Lo viejo se venía abajo y lo nuevo no se anunciaba, todavía, con formas claras. ¿Por qué no ha de existir ya, en alguna parte, el niño que el destino ha designado para que sea mañana el sucesor espiritual de Goethe? No es preciso que nazca en la ciudad más rica ni en la nación más fuerte. Sólo es necesario que venga al mundo, en su hora, como vino Goethe, trayendo en sus adentros el atributo de ser más tarde, en su obra y en su existencia, un hombre universal. Esta es la función suprema del genio en las épocas graves de la humanidad.

\* Para VERBUM. Buenos Aires, mayo de 1932. Texto de la disertación leída por el autor en el Instituto Popular de Conferencias.

Sobre todas las cosas que le han dado ciento cincuenta años de gloria, Goethe fué un hombre universal. No ha sido el mayor poeta, ni el más profundo sabio, ni el pensador más fino, ni el novelista mejor, ni el político más acertado, ni el amante más feliz, ni el más perspicaz de los críticos, ni tuvo la vida más aventurera y llena de episodios generosos. Pero como fué en una unidad asombrosa un gran poeta, un profundo sabio, un fino pensador, un buen novelista, un eficaz político, un amante de muchos amores, un crítico perspicaz, una vida intensa y rica, este conjunto de dones hacen de él un hombre universal, como no ha habido ningún otro, desde los tiempos de Leonardo de Vinci, y no lo habrá hasta que venga al mundo, quién sabe cuándo, otro genio semejante en esencia y significación.

Goethe tiene la armonía de un símbolo de atributos superiores. Por eso vive en nuestra memoria. Está por arriba de las fronteras. Su estatua se siente en su propia tierra en los jardines de Roma.

Francia acaba de celebrar su centenario con un coro de voces laudatorias en que el nacionalismo intransigente y agresivo de un León Daudet no ha expresado una admiración menor que cualquier frenético nacionalista alemán. No hay nación civilizada que no honre su nombre como si fuera el de uno de sus hijos, convertido, por su genio, su vida y su obra, en un ciudadano de la humanidad. Es que su obra, su vida y su genio trascienden los límites en que se encierran los hombres, desgraciadamente, en sus sistemas de pensamientos y de actos. Por eso se necesita hoy, con mayor premura que nunca, un genio a lo Goethe, luminoso, sereno, fecundo, unitario y total, porque la humanidad va en camino de hacer del hombre un rebaño o un enemigo de sí mismo y de sus semejantes. En la siembra de odio que se está haciendo dentro de las inmensas jaulas de fieras que son los pueblos, nadie quiere ver, en su egoísmo, o no puede ver, por su ceguera, que la única meta posible de la humanidad es el hombre integralmente humano en el esplendor de una civilización armoniosa y universal. Goethe, con su vida, nos da la lección de un hombre que supo fundir en su sabiduría, con la claridad de un alma griega en la sensibi-

lidad de un germano puro, los tres caracteres antagónicos del pensamiento, la belleza y la acción.

Goethe no fué universal porque supiera cuanto se puede aprender en ochenta y tres años con un gran cerebro, ni porque escribiera de veinte cosas distintas. Esto es enciclopedia y cantidad. Goethe fué el artista de la sabiduría. Su universalidad nace de unas pocas virtudes esenciales. Sobre el fondo de una fantasía extraordinaria de poeta y de una razón maravillosamente clara y recia, la naturaleza puso un sentido profundo de la unidad del universo. Fué la clave de su vida. El cosmos dejó de ser una realidad dispersa y extraña al hombre. Lo afirmaban en sistemas y dogmas algunas religiones y filosofías, pero nadie había vivido, como él, únicamente para hacer de esa clave oculta a los ojos de casi todos los hombres, la ley de una vida encarnada en una obra. Por eso Goethe no buscó el sentido de la unidad en los sistemas filosóficos que se edifican con palabras, ni en los libros de las bibliotecas, ni en las conferencias de los profesores, ni en el simbolismo religioso, ni en las verdades más o menos muertas del pasado, sino en el misterio humilde y enorme de lo que es cada ser en el prodigio de su equilibrio funcional, frente a las leyes impasibles y eternas que lo hicieron surgir de la naturaleza cósmica.

Goethe tuvo en grado máximo las tres ansias que son las esencia del hombre: saber, sentir y comprender. De ahí la diversidad de sus aspectos y la limitación de ciertas actitudes que confunden y horripilan a sus críticos miopes. Quisieran hallar en él la línea recta que va, en ellos, del contenido del propio espíritu al fin corto que persiguen en una misera aspiración, porque ni tienen ni comprenden los cien caminos del genio. Goethe, en cambio, vive permanentemente en la unidad de su pluralidad. Oíd estas palabras suyas: "En cuanto a mí, dadas las tendencias diversas de mi naturaleza, no puedo contentarme con una sola manera de pensar. Como poeta y como artista, soy politeísta. Al contrario, como naturalista, soy panteísta. Y en lo uno y en lo otro, pongo la misma decisión. Además, porque mi personalidad de hombre moral exige la existencia de un Dios, he satisfecho su necesidad teniéndolo. Las cosas del cielo y de la tierra constituyen un reino tan vasto que es indispensable, para abarcarlo por entero, poseer todos los ór-

ganos de todos los seres juntos." Son éstos sus cien caminos en la permanente ascensión a la unidad. El pobre de espíritu, el fanático, el unilateral, no conciben sino una sola manera de encarar los problemas de la vida, del universo, de Dios. Por eso matan al adversario de sus creencias o lo combaten con el odio o lo zahieren con sus pullas. Goethe no. Lleva en su alma tantos aspectos diversos del hombre que cada uno necesita ir por su propio sendero en una armonía total de fines: descubrir una verdad, esclarecer un misterio, vivir integralmente la vida. Dijo una vez que "no es posible escalar las cimas sino haciendo rodeos". Su cima era demasiado alta, nada menos que una síntesis casi perfecta del Humanismo moderno.

Goethe vive, todavía, en la memoria de un siglo que nos parece más lleno de creaciones y derrumbamientos que el resto de la historia, no por haber sabido cuanto podía caber en una larga vida, ni por haber gozado de una sensibilidad excepcional, sino por su ansia inexhausta de comprender, que fué la más asombrosa facultad de su espíritu. Por eso no ha llegado a nosotros como un clásico de bibliotecas. A cien años de su muerte es un hombre vivo. Discutimos sus problemas y sus actos como si estuviera presente y su voz se siguiera oyendo. Lo encontramos en todos nuestros senderos espirituales. Hay gente que lo odia como a un enemigo político. Otro se enojan con sus soluciones, porque no hizo esto o aquello. Tal vez no se lean todos sus libros. ¿Qué importa? Ya dije que no es un clásico de bibliotecas. Vive y aparece a cada paso, entre nosotros, porque encarna el sueño que todo hombre ha tenido alguna vez en una hora de la juventud. Es la vocación que se realiza con un esplendor sin igual en una vida asombrosa de belleza, de pensamiento y de acción. De ahí que, como si fuera poco ser poeta, sabio, artista y tantos otros atributos de gloria, todo esto, con ser mucho, no es tan alto, ni tan grande, ni tan puro, ni tan eterno en su profunda significación universal, como el hombre que Goethe consiguió ser en sus maravillosos ochenta y tres años vividos en la plenitud de sí mismo. Esta es la lección que vamos a buscar en él los hombres de hoy y que seguramente buscarán también mañana las generaciones que nos sigan.

Ser un hombre, a lo Goethe, significa llevar a cabo una obra

más ardua y fecunda que las cien batallas de Napoleón y casi tan desmesurada como la vida milagrosa que va, en veinte años, de la nada al encierro de Santa Elena. Esto no es una paradoja literaria, sino una verdad de la historia. Ser un hombre, en el sentido goethiano, consiste en situarse serenamente en la hora de su destino, con la conciencia de que uno es capaz de realizar, en el corto número de días que nos da la vida, la unidad de nuestro ser en la infinita variedad de causas y de fuerzas con que nos envuelve despiadadamente el universo. Parece una tarea fácil, al alcance de cualquier individuo con inteligencia y voluntad. Sin embargo, no la han llevado a cabo ni siquiera una docena de grandes figuras entre los millones de millones que han pasado por la vida con su carga de ideales y miserias. Lo han tentado muchos santos, pero renunciando a la vida. Por eso es tan divino San Francisco de Asís, que vivió en comunión espiritual con la vida y las cosas. Lo han tentado grandes sabios, pero renunciando a la belleza y a la sensibilidad. Sólo Goethe tiene la virtud de saber vivir en la austeridad de la mente, en la gloria de los sentidos y en un éxtasis de amor ante la armonía que rige la totalidad del mundo o ante el beso sensual de una mujer que pasa. Goethe es un símbolo del hombre en su plenitud de atributos y de dones.

Genio de claridad, él mismo ha expresado en su obra los principios que inspiran y fecundan su vida. Son una especie de filosofía consubstancial con la realidad. Podría asentarse sobre cada uno un tratado de conducta estética o moral. Resumiré algunos. La poesía es una liberación. El arte mayor, en definitiva, consiste en saber limitarse y aislarse. El espíritu tiene sus raíces en sí mismo. El poeta existe sólo cuando es capaz de hacer suyo el universo y de saber expresarlo. Únicamente se logra llegar a ser un hombre cuando se lucha persistentemente. Se debe de vivir con el ansia de llegar aunque se sepa racionalmente que nunca se ha de conseguirlo. Todo dogma es pernicioso en la ciencia y en la vida. La barbarie consiste en desconocer lo que supera la propia medida. Por insignificante que sea, todo aquello en que uno se empeña seriamente resulta un infinito. El momento en que vivimos representa y hereda la eternidad. Se debe de ir de lo útil, por el camino de lo verdadero, hacia lo que es hermoso. No sigo,



señores, porque no acabaría jamás. No hay acto ni frase, en Goethe, que no responda de una manera coherente a un principio. Por eso abundan las antologías de sus pensamientos. Entre otros libros modernos citaré, para quienes lean alemán, el tomo de máximas que acaba de publicar Emil Ludwig con el título de *La sabiduría de la vida en Goethe* (*Goethe's Lebensweisheit*), y para quienes sepan francés, el volumen en que el señor Alejandro Hérenger ha traducido recientemente, con el nombre de *Pensées*, los más significativos pensamientos que Goethe arrojó a montones en obras y conversaciones. Pero un pensamiento no siempre es un principio, sino que puede ser una consecuencia. La filosofía goethiana es como un templo griego. Todo lo que el ojo ve es sustento y forma al mismo tiempo. La catedral gótica o el palacio renacentista son más sistemáticos. Se basan en un equilibrio de fuerzas destinadas a ceder en un momento dado, cuando se quiebre un arbotante o caiga una bovedilla. En cambio, el Partenón está todavía en pie como si fuera una simple columna que tiene en sí misma su centro de gravedad. Goethe también. Sus principios esenciales son pocos. Con media docena más cualquiera expresaría los fundamentos de su doctrina y su acción.

Tal vez, sin ir tan lejos, bastarán estas cortas palabras: sinceridad, sentido profundo y misterioso de la unidad de todo lo creado, armonía, serenidad. Tienen la sencillez de las verdades eternas. Cualquiera puede decir, con sus mismas letras y su mismo contenido, los principios esenciales que sostienen todavía, como un Partenón, la mole y las formas del edificio. Pero nadie, hasta ahora, en la historia del hombre, ha logrado transformarlos, como él, en savia, nervio y riqueza de una vida y una obra.

Dios le dió casi todos los dones. Tuvo una larga vida rica en amores, en gloria, en fuerza, en hermosura física, en salud mental, en el arte de saber expresar los sentimientos y las ideas. Con la mitad de estos atributos muchos hombres han llegado a una fama muy grande. Pero Goethe no se contentó con la riqueza que encontró en su cuna al nacer, en forma de dones de Dios. En vez de derrocharla a los cuatro vientos cuando fué glorioso, en toda Europa, con su *Werther*, a los veinticinco años de juventud, la puso humildemente al servicio de una as-

piración más alta que la felicidad sensual, más pura que la fama, más noble que el arte de escribir unos cuantos libros extraordinarios por la forma y el contenido. Fué su obra mayor, la que el mundo no veía, la que no quieren ver hoy mismo algunos de sus muy pocos enemigos, la que nadie, todavía, sino él, ha podido concebir y lograr: la edificación de su propia alma. Edificar el alma es un concepto vacío si no somos capaces de llenarlo de atributos humanos. Es fácil gobernar un pueblo. Desde que hay sociedad lo han hecho con un éxito, a veces, clamoroso, miles de canallas, de mediocres, de imbéciles o de locos. Pero tener la grandeza moral de Marco Aurelio, sentado en un trono que daba al Emperador de Roma los derechos de la omnipotencia, sólo lo ha logrado en la historia un único Marco Aurelio que puso el esplendor imperial al servicio de la edificación estoica de su alma. Goethe no se propuso ese mismo fin. No era, como Marco Aurelio, un filósofo ni un santo pagano. Quiso engrandecer y llenar su mundo interior de sinceridad, sentido profundo y misterioso de la unidad del universo, armonía y serenidad. ¿No es esto, también, edificar un alma con la sabiduría de un hombre que ama la vida y lo que está sobre la vida, que es el espíritu del hombre?

Goethe lo hizo sin renunciar al mundo, ni al amor, ni a los honores, ni al culto de la belleza, la ciencia y la acción. Esta es su grandeza invulnerable. Antepuso a todo una aspiración. Era exclusivamente suya, porque no la encontró en la cuna, al nacer. Con ella sola superó los ricos dones naturales en una lucha que duró cincuenta años. Nació para amar y tuvo amores ideales y carnales hasta en su vejez esplendorosa. Nació para ser poeta y lo fué, sin el menor desfallecimiento de sus facultades, desde la primera hora de la juventud hasta la última de la ancianidad, en un permanente coloquio de su espíritu con las cosas grandes y hermosas de lo humano y lo divino. Nació para penetrar en los enigmas de la naturaleza y sacrificó a su estudio, como el naturalista más especializado, los mejores años de su vida. Nació para la acción y vivió entre los hombres, en la corte provinciana de Weimar, haciendo y creando cuanta cosa fué necesaria para cumplir con su deber de funcionario. Era tan múltiple y diverso que se le podría decir

ánima multánima. Dentro de él había varios hombres cuya obra no se estorbaba entre sí. Cada uno realizaba su misión en la medida de su máxima capacidad. En un mismo día el amante soñaba, el poeta cantaba, el sabio descubría, el ministro gobernaba, el hombre de sociedad descollaba en el salón. Con todo, Goethe no creyó que fuera bastante esta desmedida actividad. Joven todavía, en el esplendor de su situación, se propuso superar, con una creación de su energía, los dones que recibió al nacer. En una guerra atroz con los demonios que hay en todo hombre y que son más sutiles y terribles en los genios apasionados, emprendió la tarea silenciosa de ponerse a edificar una vida que fuera la síntesis y el símbolo de una obra sin igual. Los mayores hombres de su tiempo se habían dejado vencer por los demonios interiores. ¿Qué admira más en Napoleón? Precisamente el arte de dominar las contingencias de los actos. Oíd estas frases del año 1829: "Napoleón era grande, sobre todo, porque era siempre el mismo en todos los momentos. Antes y durante una batalla, después de una victoria o una derrota, siempre estaba sólidamente plantado sobre sus pies y se representaba a sí mismo, con claridad y decisión, lo que era necesario hacer. Siempre en sus elementos, siempre a la altura de las circunstancias." En esto consistía para Goethe la esencia de Napoleón. Toda su vida milagrosa derivaba de esta cualidad que es, tal vez, su síntesis perfecta. En cambio, su fin se debió a la influencia de los demonios interiores, que no supo vencer por completo. En 1830 dice a Eckermann que Napoleón nos ofrece un ejemplo del peligro que hay en erigirse como un absoluto por encima de los demás, sacrificándolo todo a la persecución de una idea. La razón consiste en que, para Goethe, el dominio de sí mismo es el atributo que determina la esencia de la personalidad. El lo demuestra en casi todos sus actos, especialmente en los amores que señalan los diferentes periodos de su vida.

La prueba es difícil siendo un hombre de pasiones tan vastas, de labor tan gigantesca, de horizontes tan diversos. Sin embargo vence en la medida de lo que es posible, porque no es un dios impecable. En vez de desatarse en torrente como Byron, para que los días y los acontecimientos se dejaran llevar por la corriente mansa o brava de las emociones; en vez de

encerrarse en la vanidad solemne de su egoísmo, como Chateaubriand, echando a perder en frases de retórica excesiva, en su ambición política y en la admiración de ciertos salones, uno de los más bellos talentos literarios; en vez de poner, como lo hará Hugo más tarde, sus cuatro lirras formidables al servicio de una idea inferior en cien grados a la altura de su genio: en vez de dejarse arrastrar, en una palabra, hacia donde va el viento de la ambición, de la fama o de las pasiones, Goethe resuelve, en el silencio misterioso de quién sabe qué hora de la juventud desbordante, ser la fuerza que guía y modela el propio destino. Se somete orgullosamente a sí mismo para no tener que obedecer, en adelante, a los caprichos del mundo o de los hombres, como deben hacerlo, a veces, un Napoleón o un Byron que conquistan la fama o la tierra y se olvidan de educar la serenidad interior. Por eso no necesita convertirse en un asceta ni en un fakir indio. Tiene la fe en sí, que horada las montañas y enciende la alegría. ¿Para qué, entonces, renunciar a nada de lo que encierran y dan el mundo y los hombres? Sigue viviendo entre ellos, proletario en el trabajo incesante, burgués en los actos, aristócrata en el ideal, semidiós en los sueños de perfección suprema. No huye de la vida, ni del divino sensualismo pagano del arte. Esta es su grandeza heroica. Sólo los cobardes precisan huir y renunciar. Más difícil es vivir conteniéndose en medio de los demonios y abismos de la vida, cuando se tiene, como Goethe, hasta los ochenta años, la primavera, el deseo, el amor, la fuerza generosa en el alma y en las venas.

Es un gigante de la voluntad. Su serenidad es una conquista y no una expresión de olímpica indiferencia. Escuchad esta idea suya, que está corroborada por todos sus actos: "La indiferencia es propia de un dios o de una bestia. El odio y el amor extremos, la victoria o la muerte, la dominación o la sumisión, no pertenecen, en cambio, sino a los hombres." La voluntad determina lo inmenso de la obra y la recta dirección de la conducta. Cada acto es una consecuencia independiente de un beneficio personal inmediato. Si no hubiera consagrado muchas horas del día a estudiar, como el más constante y especialista de los sabios, las piedras, las plantas, los huesos, los colores, Goethe habría podido escribir otros cincuenta o cien

tomos de obras más grandes y universales, tal vez, que las que lo han consagrado como un poeta, un crítico, un ensayista y otras tantas cosas más. No le importa. Si se hubiera dejado llevar de sus pasiones o sus odios, como tantos otros, pudo haber sido el campeón de la democracia que atronaba al mundo, desde París, o la voz de la nueva Alemania que se vengaba de la humillación napoleónica. No le importa, tampoco. Su destino es comprender la esencia del universo buscándola en las formas de la creación y su ideal excluye lo que es solamente transitorio en la hora que pasa. Se condena al dolor de Prometeo porque tiene la intuición profunda de que los valores eternos del hombre, los que están por encima de las contingencias del tiempo, son el único fin de toda vida, aunque no crea en ellos la muchedumbre que vive miserablemente dando vueltas alrededor de valores transitorios y precarios. Se siente destinado a ser un símbolo de la humanidad vencedora de mañana. ¿Acaso la suya llegó a ser la ambición de un necio o de un pedante? No, señores. Goethe vive todavía en nosotros, como una imagen magnífica de lo que puede alcanzar el hombre. Es el secreto de su sabiduría.

Goethe dispone de un sentido misterioso de las cosas y de un lenguaje oculto que ilumina de manera extraña su literatura. Su genio no consiste en una suma de palabras y de ideas, sino en una prodigiosa armonía espiritual. De ahí que el universo, a ratos, parece fundirse en la expresión simbólica de su vida. ¿Es porque ésta fué grande, espectacular, desmesurada? No. Era apenas una sucesión de días burgueses que transcurren lentamente entre cuatro paredes. De tiempo en tiempo un amor, un viaje, un libro, una fiesta. Lo mismo que un bosque. Siempre inmóviles los árboles, siempre viendo pasar las estaciones, siempre iguales a sí mismos, pero viviendo de la savia de la tierra que nutre las raíces y crea en la espesura plantas, bichos, alimañas y fieras, teniendo rincones fantásticos, paisajes idílicos, penumbras misteriosas, coronándose, en los crepúsculos, de los esplendores de color y de luz que sólo un bosque es capaz de dar a nuestros ojos cuando es grande, espeso, antiguo, noble. Si todos los genios son un enigma, el enigma de Goethe se acrecienta de la quietud aparente de su apostura ante la vida. Al principio nadie vió en él sino al bur-

gués egoísta y tranquilo que cuidaba la placidez de sus digestiones y escribía con la serenidad de un dios encaramado en el Olimpo de Weimar. Era lo mismo que el bosque cuando van los novios de paseo. Juntan tréboles de cuatro hojas, hablan de la belleza de los panoramas, gozan de los claros de luz o de la penumbra fresca y perfumada, se dan unos besos y vuelven a la ciudad contentos del día bien empleado. Pero que entren en la espesura, que anden por ciertos sitios y a ciertas horas y sentirán un pavor pánico ante el misterio, las alimañas, las fieras y las voces mudas que salen del silencio trágico del bosque. La frialdad de Goethe escondía las ruinas y los dolores de cien combates tremendos contra los demonios de adentro y de afuera del alma. Por no haber tenido la capacidad intuitiva de comprender la lejanía adusta de las cumbres, muchos hombres han odiado a Goethe. Goethe no tiene la culpa de que sean ciegos.

Nace con el don de una intuición exacta y recta que ilumina milagrosamente todo lo que toca. Schopenhauer dijo que Goethe veía las cumbres y los abismos, las cosas y las almas del cosmos porque tenía "un limpio ojo universal". Es una síntesis perfecta. El ojo de Goethe era limpio y era universal porque no tuvo ningún prejuicio, no partió de ningún dogma, no tenía más fin que la verdad pura y quería abarcar la totalidad de lo que entraba dentro del inmenso horizonte de su capacidad. Si todo ser humano tuviera un ojo limpio de telarañas intelectuales la humanidad sería otra. La grandeza espiritual de Goethe consistió en que además de ser limpio su ojo fué universal. Todo lo vió, lo escrutó, lo esclareció en la medida del tiempo que dispuso. Es que lo alumbraba, de adentro, una de las mayores fantasías que haya habido jamás. De ahí el prodigio que es su genio. A los treinta y cinco años ya es alto funcionario, ha publicado libros famosos, ha descubierto el hueso intermaxilar, ha estudiado a fondo botánica, mineralogía, osteología. Oíd lo que dice de sí mismo en una memoria sobre el granito: "Yo no temo la objeción que puede hacerse fácilmente de que un espíritu de contradicción me ha apartado de la contemplación y de la descripción de los estados del corazón humano, es decir, del más reciente, del más multiforme, del más móvil, del más cambiante, del más vacilante

producto de la creación y me ha llevado a la observación del más antiguo, del más estable, del más profundo, del más in-conmovible hijo de la naturaleza, que es el granito. Debe de concedérseme, con un poco de buena voluntad, que todos los productos de la naturaleza están íntimamente ligados entre sí y que el espíritu investigador no podría ser excluido de ningún orden de investigación. Quiero que se me acuerde, a mí que he sufrido mucho de la versatilidad de los sentimientos humanos, la serenidad sublime que procura la vecindad solitaria y muda con la gran naturaleza que habla en voz baja." *Die grosse, leise sprechende Natur* son las palabras alemanas de Goethe y yo las encuentro tan sublimes como la serenidad que pretende. La naturaleza habla, en verdad, en voz baja. Por eso únicamente la escuchan los seres que tienen oídos sutiles, oídos de artista, oídos cuyas vibraciones comienzan en el corazón, fuente poética de los sentimientos, los seres que pueden, por eso, escuchar, también, las voces de la piedra, los secretos de las cosas.

Ved, pues, porqué Goethe, en los años iniciales de la gloria, en vez de morir como Werther, de encenderse en llamas como el demonio de Byron, de erigirse en señor del mundo como Napoleón, consagra su vida a descubrir la unidad armoniosa y universal de lo creado, sin dejar de seguir cultivando el secreto de la sabiduría y los goces de la sensualidad. Lo realiza en un esfuerzo que asombra. El poeta exaltado, el amante de terribles ansias amorosas, el cuerpo poderoso lleno de lujuria y atormentado de deseos hasta en los aledaños de la muerte, tienen que someterse ante la voluntad que manda. ¿Cuál es la recompensa de este sacrificio que ningún hombre ha hecho, quizá, en idéntica proporción? Nada más que la conquista de la sabiduría y el enriquecimiento espiritual de la obra. Lo demás le fué negado. Tuvo amores, pero hubo de renunciar a todos, tarde o temprano. No conoció la felicidad. Vivió casi siempre solo, aislado, perseguido de sus propias manías, sus debilidades, su afán del sarcasmo. Su vejez fué demasiado triste, después de la muerte de la esposa, en medio de un hogar áspero en que lo atormentaba la familia de su hijo. No tuvo, siquiera, el consuelo de una gran popularidad, a pesar de su fama universal. "Mis cosas, dice a Eckermann, no serán nunca

populares. No fueron escritas para la muchedumbre, sino para una flor de hombres que quieren y buscan lo mismo que yo y cuyas aspiraciones se emparejan a las mías." Tampoco tuvo el orgullo de creer, como lo hacen tantos mediocres contorsionistas de la literatura, que era un ser aparte en el seno de la humanidad. Oid esta confesión humilde de uno de los mayores genios de la historia. ¡"¿Qué soy yo? ¿Qué he hecho yo? Recogí, utilicé todo lo que he oído y observado. Mis obras fueron alimentadas por millares de individuos diversos, ignorantes y sabios, gente espiritual y tontos. La infancia, la edad madura, la vejez, llegaron a mí para ofrecerme sus pensamientos, sus facultades, sus maneras de ser. Levanté, a veces, la cosecha que otros habían sembrado. La mía es obra de un ser colectivo, aunque lleve el nombre de Goethe." )

He dicho que su única recompensa fué la conquista de la sabiduría. El consuelo de los fuertes está en la aproximación de un ideal. Los débiles no lo conciben. Goethe decía: "Lo mejor que hay en mí es el silencio en que me encierro, de frente al mundo, el silencio en que crezco, me aumento y conquisto lo que nunca podrán arrebatarme ni por el hierro ni por el fuego". Es la serenidad que da la disciplina del carácter, libremente aceptada por uno mismo. Se vive en un sueño, condenado a no ser, aunque se posean todos los dones del cuerpo y del alma, lo que consigue el primer imbécil con suerte, que se llama feliz porque goza, ríe, duerme y muere en el olvido de que es un hombre. ¿Qué importa? Cuando el sueño es grande y desmesurado fecunda infinitamente el devenir de la humanidad y nace de él la obra que trasciende la realidad, porque es más vasta, más verdadera, más divinamente humana en su fusión armoniosa, que la pobre y seca realidad que la vida fuerza a sobrellevar melancólicamente en la incesante sucesión de los días.

Hasta él los genios son una obra o son una vida, no las dos cosas a la vez. Goethe es una vida y una obra en armoniosa fusión. Después de cien años, yo no me atrevo a decir si es más grande la vida que la obra o la obra que la vida. En la una está el genio que halló en la cuna como un don de Dios. En la otra está el esfuerzo de una razón que vence o sujeta cuanto puede estorbar la aparición de la obra futura. Esto



es el secreto de su universalidad. Goethe es un hombre universal porque renuncia a los excesos en que caen los demás cuando el destino les da tantos dones magníficos como a él, y no renuncia, en cambio, a vivir la vida en su belleza, en su sensualidad, en su alegría, en su serenidad. Dice en el *Fausto* que toda teoría es gris y, en cambio, es verde el árbol de oro de la vida. Fué la regla de su filosofía y de sus actos en sus largos ochenta y tres años. Por eso, en la hora de la muerte, todavía inspira a sus labios moribundos las palabras en que pide más luz, como la única recompensa de su vida.

La sabiduría goethiana no es doctrina, ni teoría, ni especulación, ni filosofía abstracta. Escuchad esta frase suya que suena como un himno: "Cuando la naturaleza sana del hombre se manifiesta en plenitud, cuando se siente en el mundo como en un todo grande, hermoso, venerable, digno, cuando esta armonía le produce un arrobamiento libre y puro, el universo, entonces, si pudiera tener el sentimiento de su propia existencia, gritaría de alegría como si hubiera alcanzado su finalidad y admiraría en ese hombre la culminación de su propio ser y de su propio devenir. ¿De qué sirve, en realidad, esta profusión de soles, de planetas y de lunas, de estrellas y vías lácteas, de cometas y nebulosas, de mundos ya formados y mundos en formación, si todo esto no tendiera como un fin a un hombre feliz que es capaz de gozar inconscientemente de la dicha de existir?" El enigma de la serenidad de Goethe, que ha engañado a los críticos durante un siglo, consistió en haber sabido vencer la desilusión, en la gran batalla de la vida, que los débiles pierden por ponerse a buscar materialmente la felicidad donde no existe. Su regla de conducta era sencilla. Dice en *El Diván*: "Yo pido poco, porque todo me agrada". Lo poco que pedía, sin embargo, por ser tanto lo que le agradaba, dió a sus días y a sus trabajos la relativa felicidad de vivir tranquilo en medio de una tarea sobrehumana. La ley de su vida fué la actividad. Cinco años antes de morir dice al canciller Müller: "Yo no sabría qué hacer de la felicidad eterna si ella no me ofreciera nuevas tareas que colmar y nuevos obstáculos que vencer". Pero es una actividad libre, generosa. "¿Quieres edificar una vida hermosa? — dice en otro momento—. No te inquietes del pasado, aunque algo hayas per-

dido. Obra siempre como si acabaras de nacer. Pregunta a cada día lo que quiere y cada día te lo dirá. Alégrate de lo que haces y gustarás lo que hacen los demás, también. Sobre todo, no odiar a nadie y confiar el resto a Dios." Algunos dirán que éstas son puras palabras. No. Partiendo de uno de sus aforismos, de "que nada enseña mejor la vida que la vida misma", Goethe aprendió el secreto que los hombres conocen desde que hay mundo, pero no quieren aplicar jamás como norma de conducta. El lo traduce a su manera, primero en palabras y luego en actos. "La alegría de vivir, dice, está basada en el retorno regular de las cosas. La alternación del día y la noche, la sucesión de las estaciones, las flores y los frutos, todo lo que nos acontece de tiempo en tiempo para que podamos gozarlo, constituye la esencia misma de la vida terrestre. Cuanto más nos damos a estos goces más felices nos sentimos. Pero si la diversidad de los fenómenos se desarrolla ante nosotros sin nuestra participación, si nos mostramos insensibles a sus dones gratuitos, nos sobreviene, entonces, el peor de los males, la más grave enfermedad, pues la vida llega a parecernos un fardo repugnante."

La filosofía práctica de Goethe está contenida en estos principios que nunca desmintió con sus actos. De otra manera no hubiera logrado conquistar su triunfante serenidad. No es la resignación del pesimista que vive venciendo al dolor por la supresión del deseo y la conformidad con lo irremediable, sino un himno austero a la alegría esencial que hay en una vida bien vivida. No es, tampoco, la ceguera del adolescente que no piensa en la muerte ni en el mal cuando el alma se abre a la fiesta y al beso. El fué en las obras como lo expresó en palabras. ¿Os acordáis, señores, de su amor por Ulrica von Levetzow? Goethe tiene setenta y cuatro años y ella dieciocho. Se enamora locamente de la niña que podía ser su nieta. Le hace la corte, baila, se pavonea como un mequetrefe de veinte años, la hace pedir en matrimonio. La ilusión se desvanece pronto. Vuelve solo a Weimar y en el coche que lo lleva compone la *Elegía de Marienbad*, una de las cosas más divinas, más puras, más fuertes de energía concentrada que se hayan escrito en el mundo. Es la demostración de que sus aforismos no son mentira, de que sabe sentir, en cada instante, la profunda alegría que la

vida inspira generosamente en las almas ricas y sanas. En una de sus poesías pregunta: "¿Cómo haces tú para renovarte sin cesar?", y se contesta: "Tú puedes hacerlo también. Plácete en lo grande. Lo grande siempre es nuevo, cálido, vivificante. En lo mezquino tiritita el hombre que es mezquino." En otra se exalta en este grito lírico, de una belleza sin par: "¡Ah, dioses, vosotros, grandes dioses, que estáis allá arriba en vuestro vasto cielo! ¡Si pudiérais darnos, sobre esta tierra, un espíritu firme y un buen valor, cómo os dejaríamos, nosotros, buenos dioses, que estáis allá arriba, vuestro vasto cielo!" Esto es magnífico de grandeza humana.

Ser un hombre es el ideal supremo de nuestra vida. Tres años antes de morir escribe: "Todo mi esfuerzo consiste en cultivarme a mí mismo, a mi manera, tanto como me es posible." La frase puede significar un ansia de saber, de aprender, de llenarse de conocimientos cada vez más vastos. No. Si fuera así sería indigna de Goethe. Por eso agrega esta admirable conclusión goethiana: "a fin de poder participar siempre con más pureza y alegría en lo infinito". Esto es Goethe. Todo en él tiende a la superación. Cinco días antes de morir escribe a Guillermo von Humboldt: "Los órganos del hombre, por el ejercicio, la enseñanza, la reflexión, el éxito, el fracaso, el estímulo, la resistencia, pero especialmente y en todos los casos por la reflexión, combinan inconscientemente en una libre actividad lo adquirido con lo innato, de tal manera que de ello resulta una unidad que pasma de asombro al mundo." Esta es la unidad goethiana. El que no la ve no podrá jamás comprender a Goethe, aunque lea sus cincuenta volúmenes y sus cincuenta mil comentadores.

Hay individuos que viven distintamente en distintas actividades. Son una cosa como escritores, otra como políticos, otra como padres de familia, otra como cualquier otro aspecto de su ser individual y social. En la casa, por ejemplo, tienen una moral estricta y fuera de ella son capaces de engañar al mismo Dios en que creen. Encierran tantas unidades como actividades ejercen. ¿Quién no ha oído decir mil veces que fulano de tal es el hombre más inmoral en política, por ejemplo, y más moral en la vida privada? Goethe, en cambio, es una unidad en que armonizan las veinte riquezas extra-

ordinarias que trajo al mundo al nacer. Sus críticos no quieren verlo y le reprochan un montón de cosas chicas. Hace poco me decía un amigo: — Tengo antipatía por Goethe porque no comprendió la Revolución Francesa. Pude preguntarle si comprender o no un fenómeno histórico es la medida de un gran poeta, de un alto sabio, de un profundo pensador, de un crítico incomparable, de un artista máximo, de las tantas y tantas cosas que el genio de Goethe realizó y comprendió — aisladas, como pocos hombres, y juntas, como ningún otro hombre sobre la tierra en su prodigiosa diversidad —. Otros dicen que se equivocó en esto y en aquello y en lo de más allá. Si, señores, se equivocó como nos equivocamos nosotros. Pero, cuando yo admiro a Shakespeare por ser el poeta de su teatro y sus sonetos, ¿debo negarle mi admiración si llego a saber mañana que no comprendió la teoría de Copérnico o que era partidario de que los reyes cortaran cabezas o que padecía de avaricia o que no le gustaban las mujeres y estaba enamorado de sí mismo? Juzgar de esta manera a los hombres que crean es achicar la vida y anular toda grandeza. Goethe es una unidad maravillosa en su maravillosa pluralidad. La vida y la obra se funden esplendorosamente en una armonía que es una obra de arte toda suya. Suprimid la vida y la obra pierde todo sustento de realidad. Suprimid la obra y la vida queda como una sucesión incoherente y egoísta de actos más o menos mediocres, más o menos revestidos de cierta distinción espiritual, algunas veces, y otras de serena energía. Pero juntad la obra inmensa a la vida vivida por quien sabía que era la única forma de llevar a cabo aquel propósito desmesurado de escalar todas las cumbres posibles de la ciencia y del arte. Instantáneamente aparece, en su nitidez de símbolo del hombre, el genio de Goethe, luminoso, sereno, fecundo, unitario y total.

Quiero daros la prueba clara de su trascendencia. Goethe ama la poesía porque sabe que es un gran poeta. Sin embargo, dedica a la ciencia muchos años de labor. Ama la función pública que reporta honores y riqueza. Sin embargo, no le sacrifica ni su obra ni su espíritu. Ama la actividad con un alma que se desborda de ansias y un cuerpo lleno de fuerza y lujuria. Sin embargo, se conforma con vivir en la quietud

de la mediocridad burguesa de Weimar. ¿Quién puede dejar de ver en estos tres estados simultáneos de su actividad una regla de conducta dictada por la razón? (El poeta presiente que la ciencia agrandará los horizontes de su espíritu: se hace sabio. El cortesano comprende que los honores y las riquezas no son dignos de la consagración absoluta de un hombre: sigue siendo sabio y poeta. El frenesí de amor y de goces que arde en el cuerpo intuye que el hombre no vive sólo de carne y placer: se sujeta, entonces, para que la vida ordenada, sin perder su derecho a una felicidad relativa, embellezca de riqueza y de sabiduría la obra enorme a realizar. Y aunque se haga sabio y filósofo, la filosofía y la ciencia no cegan ni contaminan la fuente en que el poeta va a beber, hasta en las últimas páginas de *Fausto*, el alma de su poesía. Pero la ahondan, la purifican. Y al cabo de los años el poeta siente en su espíritu el espíritu cósmico. Funde, entonces, todas las voces de la vida y de la naturaleza que "habla en voz baja" con su propia alma que las oye milagrosamente a todas, haciendo de esa armonía algo así como una sola voz que es al mismo tiempo la voz de un hombre y la voz del cosmos infinito. ¿No es esto, señores, grandioso como idea y sobrehumano como resultado? Yo no encuentro en la historia un ejemplo semejante ni conozco otro genio que haya vivido dentro de horizontes humanos más vastos. Su limpio ojo universal abarca cuanto ha sido creado, en tanto que su serenidad, hecha de energía y de renunciamiento, de orden y de resistencia, pone a su servicio el único medio que hasta hoy ha encontrado nuestra especie para vencer las causas innumerables de desgaste moral y de cansancio físico que la vida amontona en los años. Esto es lo que Goethe llamó la pirámide de su vida, que elevó en punta a los cielos sin que jamás saliera una queja de sus labios, sin que jamás gritara una sola rebelión contra el destino, sin que jamás dejara de sentir la alegría del alma que se pone en comunión con el infinito.

Sin embargo, Goethe no fué perfecto, ni aspiró a la perfección. Más de una vez anduvo perdido por la vida. Lo mismo que todos los hombres. La mayoría encuentra el camino hecho, al nacer, y lo toma para siempre. Puede ser cualquier cosa. El hijo sigue bajando a la mina donde en-

traron en cien años padres y abuelos. ¿Más o menos quién no se equivoca cuando elegimos nuestra ruta? Sólo tenemos, a lo sumo, dos o tres igualmente cortas y mezquinas. Goethe veía por delante los cien caminos del genio. ¿Cómo no había de perderse más de una vez? Era un hombre y no un Dios. Erró creyendo ser más gran dibujante que poeta. Bien. Pero fué un gran poeta, a pesar de los dibujos mediocres. Erró expresando una buena cantidad de ideas falsas sobre hombres, cosas, religiones y filosofías. Bien. Pero fué grande en muchas otras cosas y un maestro eximio de sabiduría, esto es, un símbolo vivo de los más altos y puros valores humanos. Aunque no hubiera escrito una sola línea de su obra, todos los errores, las debilidades, los defectos de Goethe, juntos, no alcanzan a amortiguar, siquiera, esta consecuencia irrefragable de su vida: que la razón triunfa siempre del desorden, por vasto y profundo que sea. Cuando los hombres nos perdemos en nosotros mismos o por tomar un mal camino que nos lleva adonde no debemos ir, casi nunca sabemos volver atrás, para comenzar humildemente de nuevo. Goethe sí. Es la razón que triunfa. Sigue adelante como si no hubiera andado perdido. Aprende de su experiencia, extrayendo de la flor del dolor, como la abeja de las flores vivas, una nueva gota de sabiduría. "Únicamente la vida exterior excita la vida del alma y no la especulación helada, que no hace sino reseca la médula de la vida", dice a los cincuenta años Goethe. Por eso la razón vencedora es en él energía suprema de superación de cuanto puede estorbar, en el individuo, a la expansión generosa de la personalidad del hombre.

Esta es la lección de Goethe. Dice: "Yo respeto al hombre que sabe claramente lo que quiere, que progresa sin cesar, que conoce los medios convenientes a su fin, el arte de adquirirlos y usar de ellos. Que el fin sea grande o pequeño, digno de alabanza o vituperio, es una cuestión secundaria. La mayor parte de nuestras desgracias y de lo que el mundo llama mal, deriva únicamente de que los hombres son demasiado indolentes en reconocer su fin o, en caso de conocerlo, de trabajar seriamente para alcanzarlo". Este es el único camino que lleva a la superación del hombre en la filosofía goethiana.

Nuestro mundo está viviendo hoy en la confusión del des-

orden. Por todos lados se oyen voces de odio, de miseria, de gente que quiere convertir a la humanidad en un rebaño, de gente que quiere que cada uno de nosotros sea una fiera salvaje en un frenesí de pasiones desatadas. Casi nadie sabe dónde ni cuál será la repercusión que tendrán sus actos en el destino de la humanidad. No importa, ni interesa. La muchedumbre ya no sigue al individuo, sino que le impone la ley de imitación. El individuo se somete. Es feliz cuando vive en medio de una vida en que todo es standard. Tiene un miedo horrible de no copiar, en el acto, la moda que aparece. La originalidad ha dejado de ser una cosa distinguida. Esto, que en apariencia, es el orden impuesto por un standard o rasero universal, viene a ser, en el fondo, un inmenso desorden humano, porque le llega al hombre, como el aire, desde afuera. El hombre, en cambio, debe ser, exclusivamente, una fuerza que viene de adentro, como en la filosofía y en la pedagogía goethiana. Esta es la razón de que Goethe sea todavía, en el primer centenario de su muerte, el maestro de una lección incomparable. Ante cada una de sus obras o de sus actos no hay hombre que no encuentre una razón de justificar su confianza en sí mismo. Goethe nos enseña a buscarnos y a encontrarnos, fin supremo de toda vida mezquina o grande. Uno puede no estar de acuerdo con sus soluciones o rechazarlas en absoluto. Pero es tanto lo que vivió, de tal manera modeló su vida ante las contingencias humanas, son tan vastos, tan profundos, a veces tan inconmensurables sus pensamientos sobre la situación del hombre en relación con el infinito, con la naturaleza, con el misterio, con el arte, con la ciencia, con la belleza, consigo mismo, con todo lo que es humano, en una palabra, que se puede odiar a Goethe, pero no ignorarlo ni suprimirlo en nuestras meditaciones o en nuestra actitud ante cualquier aspecto de lo que es humano por esencia o por significación. Es como una encrucijada a la que vienen a dar todos los caminos del hombre.

Sólo tiene el derecho de desconocer a Goethe quien no siente una sola ansia de superación y se limita a vivir de los cinco sentidos. Sea un falso ídolo o un ídolo verdadero, ha llenado un siglo de su influencia sobre comentadores y amigos. Más de una de sus ideas y más de uno de sus ejemplos

han llegado hasta nosotros a través de un pensador o de un artista de quien no desconfiamos. Y en última instancia, señores, yo concibo que se le odie, que se le niegue, que se lo ignore, pero no que no se admire su equilibrio en la vida de plenitud que vivió armoniosamente. Fué glorioso durante un largo siglo y medio. Los grandes hombres de la tierra, con Napoleón a la cabeza, dicen que fué un hombre en el sentido integral de la palabra. Los grandes poetas lo llamaron un gran poeta. Los sabios dijeron que había formulado la teoría de la evolución, antes que Lamarck y Darwin. Etienne Geoffroy de Saint-Hilaire, precediendo el coro unánime de los demás, lo llama un sabio naturalista digno del mayor renombre. Los pensadores más altos lo consideran uno de los suyos. Federico Nietzsche, que no admiró a ningún mediocre, lo define como "un hombre infinitamente diverso". En medio de tantos dones y de tanta gloria que llegaba del mundo entero a su soledad de Weimar, Goethe no se marea, ni se ciega, ni se envanece jamás. Cuanto más alto es su nombre más obras edifica, más trabajos emprende, más energías despliega, más equilibra su vida sometiéndola a una regla de orden que se convierte, en sus manos, en un instrumento de perfección.

Sí yo me atreviera a decir el fondo de mi pensamiento, llamaría a su vida un milagro. O es un milagro verdadero o realiza el milagro de engañar al universo y a sus hombres más grandes durante ciento cincuenta años. Es más fácil, entonces, creer en el milagro de Goethe que en la estupidez de la humanidad. No fué una vida escondida, como la de un santón. No la puso, tampoco, al servicio del amor estrepitoso de las muchedumbres.

Transcurrió a la vista de todos, en una ciudad chica. Ni uno solo de sus actos o escritos dejaba de repercutir dentro y fuera de las fronteras de Alemania. Mantenía correspondencia con artistas, sabios, admiradores y críticos lejanos. Casi nadie discutió su gloria en vida. Napoleón, ante quien se humillan reyes y pueblos, consideró a Goethe como un igual. Prefiero creer que todo esto no es un error inmenso, que lleva trazas de durar algunos siglos todavía, y que Goethe merece que la



humanidad siga viendo en él una expresión maravillosa de los poderes del hombre.

Precisamente, estamos viviendo en una hora en que es necesario hacer uso de los poderes del hombre para salvar la idea de humanidad. Tal vez vayamos, como yo pienso, hacia una civilización que armonice mejor que la nuestra los atributos humanos superiores. Tal vez vayamos, como cree el ideal de otros, hacia una forma de civilización en que el individuo desaparezca, y el Estado, como una masa, diga a cada hombre cómo debe vivir, obrar, pensar, sentir y soñar. El centenario de Goethe llega, pues, en un momento incierto del mundo. ¿Acudiremos a sus obras para que nos den lecciones prácticas de porvenir? No, porque el pasado no debe ser jamás motivo de imitación. ¿Hemos de conocer su vida para vivir como él? Tampoco. El vivió a su manera y nosotros a la nuestra, en un tiempo distinto, viendo nacer una época que no sabemos cómo será mañana. ¿Cuál es, entonces, la lección que Goethe nos da con su sabiduría? Es sencilla y enorme: nada más que una actitud ante la vida, una vida que puede ser de todos los pueblos, de todos los tiempos, de todos los hombres, de todos los estados de civilización.

Goethe es un hombre tan completo, que además de haber escrito una obra inmensa, de haber trabajado y estudiado y actuado como ningún otro, tuvo todavía, la generosidad de hablar frente a mucha gente, en la casa o en los paseos, derramando de sus labios, con la abundancia de un gran río, las cosas más admirables que se hayan dicho desde los tiempos de Sócrates. Entre los tesoros que han de haberse perdido, unas cuantas personas se pusieron a recoger su parte en el montón de palabras o ideas. Son Eckermann, Riemer, Müller, Falk, Bettina Brentano, Soret. El más famoso es Eckermann, aunque tal vez el más sutil sea el canciller Müller. Eckermann, de cuyas conversaciones dijo Paul Groussac que eran charlas prudhonescas, esto es de solemne y tonta tilingüería, es, en cambio, para mí y otros, el autor de un libro humilde y extraordinario, traducido a todos los idiomas. Nietzsche decía que era un breviario de la humanidad, que uno no se cansa jamás de leer. El fino escritor de Francia, André Suarès, lo coloca entre los diez libros que se llevaría a una isla desierta

si tuviera que vivir separado del mundo. Catalina Mansfield, la joven y admirable australiana que se hizo famosa, hace poco, en Inglaterra, decía que era una de las obras que se convierten en parte de nuestra vida y la enriquecen para siempre. En sus diálogos con Eckermann, especialmente en los diez años que preceden la muerte, Goethe aparece como un semidiós profundamente humano. Si descartamos del texto, con espíritu de buen lector, las cosas ramplonas y triviales que él decía, con cierta abundancia, como los hombres un poco solemnes, lo que queda es tan grande, tan vasto, tan profundo, tan eterno, que nos revela la magnífica actitud de Goethe ante la vida.

Es la actitud de un hombre, la actitud que muy pocos sabios verdaderos, en el sentido griego de la palabra sabio, han tenido ante la vida. Si muchos hombres en cada generación pudieran tenerla, la humanidad sería infinitamente mejor de lo que es. Caben en ella todas las formas posibles de ser un hombre. Palabra sencilla, inmensa de atributos, es el título más alto que podamos darnos a nosotros mismos. No consiste en lo que los más creen cuando se ponen a buscar la altura por caminos torcidos o cortos, ni tampoco en tener la grandeza heroica de un Napoleón, de un Shakespeare, un Miguel Angel o un Beethoven, sino en realizar cabalmente nuestra misión sobre la tierra. Goethe lo sintetiza en pocas palabras, resumen de su sabiduría, cada vez que el tema ocurre en la conversación. Oíd esta confesión de sus ochenta y dos años: "Si cada uno como individuo, cumple con su deber y se muestra laborioso y capaz en la esfera de sus facultades inmediatas, ese solo hecho producirá indudablemente el bien de todos. En mi carrera de escritor nunca me pregunté lo que quería la masa ni cómo podría ser útil al conjunto. Sin embargo, siempre aspiré a ser cada vez más clarividente y mejor, a aumentar el valor de mi propia personalidad y a no expresar, en consecuencia, sino aquello que yo tenía por bueno y verdadero". Meses antes había dicho a Eckermann: "Todos no podemos servir a la patria de la misma manera, pero cada uno obra de la mejor manera posible cuando hace lo que Dios le ha dado. Yo me he saturado de amargura durante medio siglo. Tengo el derecho de decir que en las cosas que la naturaleza me prescribió como una obligación constante, no sólo trabajé sin descanso

de día ni de noche, sin concederme jamás una sola distracción, sino que me esforcé incesantemente en realizarlas de la manera mejor y en la proporción mayor que pude. Si todo ser humano pudiera decir lo mismo, el mundo marcharía mucho mejor".

He aquí la síntesis de su sabiduría, la lección de realidad vivida y no de literatura palabrera que Goethe dejó a las nuevas generaciones. Hacer lo que se debe, de la manera más completa, con la atención puesta en la hora que pasa y el ideal en el infinito de la aspiración cada vez más alta, más noble, más pura. Expandir la vida en el sentido de la plenitud, sabiendo, sin embargo, que el hombre vive en la necesidad fatal de limitar su acción dentro de los límites infranqueables de una minúscula proporción de tiempo y de espacio. Perfeccionar el espíritu sin sembrar un odio, ni maldecir la existencia, ni rebajar los atributos humanos. Tener una resignación enérgica y activa en presencia de las leyes ineluctables que mandan que cuanto más perfectos seamos, más nos hieran los hombres y las miserias de la vida. Demostrar, como nadie lo hizo hasta él, que la sabiduría es el producto de una sana y cabal experiencia que está al alcance de todo individuo, en cien formas distintas, con tal de que sepa alcanzarlas con el esfuerzo incesante y generoso de cada día, para el bien de sí mismo y sin hacer un mal a otro. Llegar al equilibrio de todas las facultades del ser en una especie de inmensa sinfonía en que suenan las voces de las cosas, en que cantan los sueños de los hombres, en que dicen las verdades eternas las bocas de los espíritus superiores, ángeles, demonios o genios, que alumbran la ruta dura y larga de esta pobre humanidad doliente.

Goethe es más que una obra, que una vida, que una sabiduría. Es, esencialmente, una unidad. Es un hombre, para emplear la palabra más rica de atributos del lenguaje humano. Con ella lo definió Napoleón, cuando ambos estaban en la cúspide de la gloria. Tal vez la obra escrita envejezca o muera. Es el secreto del tiempo. Pero el hombre que purificó la vida en su sabiduría e hizo de ésta una unidad en que se reflejaba mágicamente el sentido profundo del universo, ha de ser cada vez más grande en los siglos que vengan. Mientras no llegue a reemplazarlo en nuestra admiración otro genio más luminoso,

sereno, fecundo, unitario y total, Goethe verá reverdecer en sus futuros centenarios el recuerdo de su vida asombrosa. De acá cien años, un mundo tal vez muy distinto del nuestro volverá a celebrar su grandeza. Lo caduco de su obra ya habrá muerto. Los defectos del hombre se habrán olvidado. La vida, en cambio, resultará más fecunda y milagrosa, vista a la distancia del tiempo. ¿Algunos de vosotros, señores, recordáis la última página de las conversaciones con Eckermann? Voy a traducirla. Goethe acaba de morir. "A la mañana siguiente se apodera de mí el deseo secreto de ver una vez más su despojo terrestre. Federico, su fiel servidor, me abrió el cuarto en que se había expuesto el cuerpo. Extendido, de espalda, descansaba como un hombre dormido. Una profunda expresión de paz y de fuerza reinaba en los rasgos del sublime rostro. La poderosa frente semejaba estar pensando todavía. El cuerpo yacía desnudo, envuelto en una mortaja blanca. A los costados había grandes trozos de hielo para conservarle su frescura cuanto tiempo fuera posible. Federico levantó el paño y quedé estupefacto ante la divina magnificencia de aquellos miembros. El pecho, bien combado y muy ancho, las piernas y los brazos carnosos y de suave musculatura, los pies delicados de una forma purísima, ni una señal de grasa, de magreza o de caducidad en todo su cuerpo. Ante mí descansaba en toda su belleza un hombre lleno de perfección. El arrobamiento fué tal que me olvidé que su espíritu inmortal había abandonado sus despojos. Coloqué mi mano sobre el corazón. No se movía. Me di vuelta para dejar correr mis lágrimas que había contenido hasta ese momento".

Esta página es un símbolo. Eckermann y la generación contemporánea vieron demasiado la belleza y el aspecto asombrosos del hombre que anduvo a su lado en carne y hueso. Nosotros, la generación del primer centenario, ya estamos olvidando su figura física y vemos únicamente la esencia humana de su espíritu, fuente de la unidad armoniosa de su vida. La generación que venga dentro de cien años tal vez vea en Goethe, como en las grandes montañas lejanas, la belleza pura de su unidad espiritual, fundida maravillosamente, en el horizonte del tiempo, con el azul del cielo infinito y con las fuerzas enormes que están fecundando ya la vida de la humanidad

futura en las entrañas de la madre tierra. En el año tan lleno de malos presagios y de buenos augurios en que estamos celebrando su memoria, este es el voto más digno de Goethe que se puede formular, como síntesis de su genio, en bien de una humanidad que no se concibe ni existe sin la ley armoniosa del orden.

JUAN P. RAMOS.

LAS AMADAS







“O Mädchen, Mädchen,  
Wie lieb’ich dich!  
Wie blickt dein Auge!  
Wie liebst du mich!”

*(Maidied.)*





"Sie ist mein! du bist mein! ja, Lotte, auf ewig."

*(Die Leiden des jungen Werther.)*



“Holde Lili, warst so lang  
All mein’ Lust und all mein Sang!  
Bist, ach, nun all mein Schmerz, und doch  
All mein Sang bist du noch.”

*(An Lili.)*



„Ach, du warst in abgelebten Zeiten  
Meine Schwester oder meine Frau.

.....  
Tropftest Mässigung dem heissen Blute,  
Richtetest den wilden irren Lauf,  
Und in deinen Engelsarmen ruhte  
Die zerstörte Brust sich wieder auf,“

*(An Charlotte von Stein.)*



“Im Schatten sah ich  
Ein Blümchen stehn,  
Wie Sterne leuchtend,  
Wie Aeuglein schön.”

*(Gefunden.)*



“Mir erschien sie in Jugend—, in Frauengestalt.”

(*Pandora.*)



“Du beschämst wie Morgenröte  
jener Gipfel ernste Wand,  
und noch einmal fühlet Hatem  
Frühlingshauch und Sommerbrand.”

*(West-östlicher Divan).*



“Mir ist das All, ich bin mir selbst verloren.  
Der ich noch erst den Göttern Liebling war;  
Sie prüften mich, verliehen mir Pandoren.  
So reich an Gütern, reicher an Gefahr;  
Sie drängten mich zum gabeligen Munde,  
Sie trennen mich und richten mich zugrunde.”

*(Marienbader Elegie.)*

## LA PERSONALIDAD LIRICA DE GOETHE \*

En esta radiosa ciudad, rebotante de luz y cortesía, nuestro gran poeta alemán no es extranjero. Ya le han celebrado como pensador, naturalista, escritor y hombre moral y práctico, algunos de vuestros ingenios.

Este año, con motivo del centenario, se han multiplicado las conmemoraciones en todo el mundo civil: los alemanes han rendido preferente homenaje a la vitalidad de su poeta; los franceses a la gracia y limpieza de su arte; los ingleses a la rectitud y austeridad de sus conceptos; los italianos a la serena armonía de su humanismo; los españoles al donaire de su alma heroica: hay para todos los gustos nacionales en esta universal maravilla de la naturaleza humana.

Pero lo que fácilmente se olvida, en tanta festividad y en tan variada admiración, es la íntima substancia, lo genuinamente poético y lírico que alienta en la múltiple obra de Goethe.

Por poesía lírica entiendo no ya una determinada forma literaria, sino una fuerza o inspiración del alma que se manifiesta en tres órdenes: místico y especulativo el primero, social y doméstico el segundo, público y heroico el tercero. Este esquema no ha de entenderse como una clasificación de rigor escolástico. Es un círculo natural con tres sectores, dentro de los cuales se mueven, de un modo necesario, los genios intrínsecamente líricos, según las circunstancias de la vida los empujen ya en una, ya en otra dirección.

Goethe recorrió repetidas veces el círculo entero, aunque con la singularidad de que los motivos del sector público y político tienen escasa importancia en su obra poética. Esto no quiere

\* Para VERBUM. Buenos Aires, octubre de 1932. Texto de la disertación leída por el autor en el homenaje goethiano realizado en el Salón de Actos del Colegio Nacional de Buenos Aires.



decir que su estilo heroico fuese inferior o endeble, ni que le faltase el vigor de la voz épico-dramática; pero, a cambio de las fanfarrias nacionalistas con que otros poetas nos atruenan los oídos, la musa heroica de Goethe canta la tragedia moderna del titanismo humano y la epopeya siempre actual del trabajo social, solidario y colonizador.

Si algunos de mis compatriotas lamentan o censuran la ausencia de pasión nacional en la poesía goethiana, bien puede responderse que para la atormentada y lacerada humanidad presente es, en verdad, una gracia el haber logrado para sí una gran alma lírica capaz de elevarse por encima de los recelos, de las ambiciones y de las contiendas, inevitables en el concierto de las razas y de sus sacros egoísmos.

Nacido en la ciudad libre de Francfort, Juan Wolfango Goethe conoció en su niñez los postreros esplendores de la decrepita corona del imperio de Habsburgo, siguió con simpatía la ascensión de la joven potencia prusiana en la guerra de los Siete años, observó con curiosidad primero y luego con recelo e inquietud los avances de la Revolución francesa, se inclinó reverente ante la persona de Napoleón, adhiriendo a sus deseos de dominación europea, desaprobó nuestro levantamiento contra la hegemonía francesa y no supo participar de nuestro entusiasmo libertador; pero, en cambio, nunca simpatizó con la reacción, nunca admitió en el ducado de Sajonia-Weimar, donde desempeñaba el cargo de primer ministro, medidas de represión obscurantista, nunca dió su mano al dogmatismo autoritario, siempre detestó y fustigó la estrechez antiliberal, tanto cuando se presentaba bajo románticas apariencias medievales, como cuando se cubría so capa de preocupación religiosa o de patriotería alarmada. Ya en sus últimos años, Goethe precisó perfectamente, en una coplilla jocosa, su actitud político-social frente a los intereses y preocupaciones de su nación:

"Ihr könnt mir immer ungescheut,  
Wie Blüchern, Denkmal setzen;  
Von Franzen hat er euch befreit,  
Ich von Philisternetzen." (1)

---

(1) Bien podéis, sin temor alguno,  
como a Blücher, erigirme un monumento;

Los que como vosotros conservan tan vivaces los recuerdos de las agitaciones revolucionarias, saben por experiencia que las pasiones políticas, cuando no pueden realizarse y saciarse en la inmediata acción práctica, se convierten en fanatismos y furrores abstractos. Y esto, precisamente, era lo que Goethe temía y aborrecía sobre todo: la abstracción y el fanatismo, que son, en verdad, los estados de ánimo más contrarios a la poesía y más cerrados a la inspiración lírica. En efecto, cuanto más profundo y piadoso es el sentimiento lírico, tanto más se abre, con humildad y gratitud, con religiosa veneración, a la vida concreta, a las cosas modestas y sublimes, tanto más acierta a descubrir en cada criatura, y hasta en cada enemigo, la huella de Dios. No obstante no haberse plegado ni a su nativa confesión luterana ni a ninguna otra iglesia, Goethe fué siempre íntimamente religioso: en su fe, el espiritualismo cristiano concurre a unirse con el naturalismo místico de Spinoza y aún con el de los antiguos filósofos griegos y el de los sabios musulmanes. Su Panteón, con ser tan vasto y rico, nada tiene de caótico; aunque no está ni teológica ni filosóficamente sistematizado, domina en él un vivo y fervoroso culto que, en etapas graduales, venera y adora a la divinidad afuera, por encima, alrededor, abajo y, finalmente, dentro de nuestro yo: es una progresión religiosa que busca el misterio de lo divino mirando del exterior al interior, que anhela, en otros términos, la penetración de nuestro fuero más íntimo.

Oigamos la apacible y majestuosa elocuencia con que el poeta, por boca de Fausto, sabe explicar su fe personal y libre a la humilde y recta inteligencia de Margarita:

M. — ¿No vas a misa, nunca te confiesas?

Di: ¿Crees en Dios?

F. — ¡Querida! ¿Quién se atreve

A decir creo en Dios? Si se plantea

Esa cuestión a los sacerdotes, a hombres

Sabios, parece su respuesta

Burla a quien preguntó.

M. — ¿No crees entonces?

F. — ¡No me comprendas mal, mi niña bella!

---

él os ha librado de los franceses,  
yo de vuestros prejuicios de filisteos.

¿Quién puede osar nombrarle? ¿Quién osara  
 Decir: Yo creo en él? ¿Y quién pudiera  
 Sentir y osar decirlo: en él no creo?  
 El que todo lo alienta,  
 El que todo lo abarca,  
 ¿No está en ti, no está en mí y todo lo llena?  
 Allá arriba su cúpula alza el cielo  
 Y aquí abajo se está firme la tierra:  
 ¿No ves que las estrellas se levantan  
 Y un himno entonan con su luz eterna?  
 ¿Cuando en tus ojos miro,  
 Mí ser a ti no llega,  
 Y en tu mente y sentidos un misterio  
 Eterno su madeja  
 Hila invisible y a la vez visible?  
 ¡Llene tu corazón esa grandeza!  
 ¡Y cuando el sentimiento te transporte,  
 Llámale como quieras,  
 Llámale Amor, Felicidad o Dios!  
 Yo no tengo palabras en mi lengua  
 Para nombrarlo: el sentimiento es todo,  
 Ruido y humo es el nombre, y sólo vela  
 El celeste fulgor.

M. — Está bastante bien eso que has dicho,  
 Es más o menos lo que el cura enseña,  
 Pero con términos distintos.

F. — Lo dice en todas partes  
 Todo el que piensa frente al infinito;  
 Cada cual en su idioma . . .  
 ¿Por qué no lo dijera yo en el mío? (1).

Al estudiar el panteísmo de Goethe considerándolo desde el punto de vista artístico, me parece que se debe considerar y hasta estimar sus himnos y poesías religiosas como antecedente iniciador del moderno simbolismo. El movimiento de carácter simbolista que se manifiesta en nuestros días en todas las literaturas europeas deriva, más o menos legítimamente, del poeta de *Prometeo*, *Pandora* y *Fausto*. Esta derivación no es siempre castiza, porque entre algunos simbolistas de hoy observamos y comprobamos cierta tendencia satánica y sensualista, cierto materialismo disfrazado de estetismo voluptuoso. Lejos estamos, en estos casos, de la augusta armonía goethiana.

(1) *Fausto*. Traducción de Augusto Bunge, Buenos Aires, 1926.

Nunca el yo empírico y animal, nunca la roja sangre ni Priapo, asumieron para Goethe dignidad divina; su conciencia, su fe, su intelecto crítico tampoco se dejaron destronar ni reemplazar por la mera preocupación artística.

Es verdad que en su juventud nuestro poeta se aferró apasionadamente al titanismo, a la megalomanía del yo rebelde a toda limitación: actitud de tormentoso deseo o, como solía decirse entonces, de *Sturm und Drang*. Era la primera manifestación de un estado de ánimo que en nuestra época se ha exacerbado y materializado en el imperialismo técnico, económico, político y militar.

Pero ya en su novela de *Las cuitas del joven Werther* Goethe había logrado superar lo malsano y febril de esos arrebatos; y, aun antes de su viaje a Italia, efectuado en 1786, ya tenía iniciado el largo y trabajoso proceso de su clarificación íntima. Este fué un proceso que los especialistas de la literatura suelen calificar de artístico o estilístico: se trata, en realidad, de algo mucho menos complejo. Los que saben apreciar el colorido exterior y temporáneo de los estilos, pronto advertirán que el lenguaje lírico de Goethe, por detrás de diversas mutaciones sufridas en el curso de sesenta años, siempre se manifiesta fundamentalmente clásico, si por clásico se entiende la perfecta fusión del sentimiento con la expresión. En otros términos: la Musa de Goethe es todo, menos formalista; si a veces se entretiene en juegos de consonantes y ritmos artificiosos, lo hace con la clara conciencia de detenerse en pequeñeces, es decir con intención y entonación irónicas, con humorismo y sin el esfuerzo sistemático del arte por el arte, sin la intensidad y superstición de los modernos hechiceros de la forma pura. Conviene recordar a este propósito la amonestación que Fausto dirige a su fámulo, el pedantesco Wagner, cuando éste desea aprender el arte del perfecto orador.

El paso que Goethe dió desde su turbio titanismo juvenil a su estocismo sereno y, a veces, jovial, más que un hecho artístico es una evolución ética y, en cierto sentido, un proceso natural, ya que en este pasaje la idea y el sentimiento de la Naturaleza tuvieron un papel decisivo. Y no sólo el estudio científico de la Naturaleza, sino también su veneración religiosa: la intuitiva contemplación de los fenómenos y formas

naturales le ayudaron a apaciguar los tumultuosos contrastes de su corazón.

Los modernos investigadores juzgan el naturalismo de nuestro poeta como algo científicamente deficiente, y no sin razón, ya que carece del método de abstracción y de la disciplina matemática. Lo que los dramaturgos y novelistas del naturalismo e impresionismo del siglo XIX echan de menos en el naturalismo goethiano, por ejemplo en su novela de las *Afinidades electivas*, es la fidelidad constante y estrecha de la observación, y lo que los filósofos del naturalismo moderno, junto con los pensadores del positivismo, encuentran censurable es precisamente su trama mística, irracional y lírica. Considerado de este modo, no hay duda que el naturalismo de Goethe aparece envejecido, y quizá sea por eso que sus obras maestras que hoy gustan menos son aquellas donde con más intensidad está expresado su concepto de la Naturaleza: *Ifigenia*, *Torcuato Tasso*, *La hija natural* y el episodio de Helena en el segundo *Fausto*.

Tienen esas obras un estilo entre italianizante y helenizante, algo exótico para el oído germánico, nada expresionista y, por tanto, escasamente adecuado al gusto actual. Otros críticos, menos favorables al expresionismo, opinan que estas obras tienden más al estudio psicológico que a la poesía verdadera y espontánea. Tales páginas, sin embargo, me parecen nutridas del más íntimo lirismo personal, y las encuentro particularmente vigorosas en virtud de su alta disciplina artística.

Pero si no me equivoco, si no interpreto mal los signos de los días venideros, no debemos estar muy lejos de retornar a un concepto más elevado, más espiritual y menos mecánico y abstracto de la Naturaleza, lo que aportará luego una comprensión más segura y más íntima de los fenómenos naturales, con un gusto menos bárbaro, y a la vez no tan artificial, por formas de vida menos violentas.

Entonces se nos revelará con nuevos aspectos la excelsa belleza de *Ifigenia* y *Torcuato Tasso*: belleza esencialmente ética. Goethe no fué nunca un moralista doctrinario: no pudo serlo por haber intuido y experimentado de una manera constante que la moral es cosa convencionalmente instituída y establecida por los hombres, en tanto que la auténtica bondad hu-

mana brota y surge espontánea como un don divino de la misma Naturaleza. Esta verdadera bondad, natural y espiritual al mismo tiempo, se le aparece a Goethe personificada más en la mujer que en el hombre. Frente a un público románico esta declaración no tiene nada de sorprendente, ya que para los católicos es esa una idea tan antigua como el culto de la Virgen madre de Dios. Nacido y educado en una atmósfera protestante, Goethe tuvo que alcanzar esa persuasión a través de no pocas dudas, desengaños y angustias. Así se explica cómo el elemento divino y espiritual de la Naturaleza y el Eterno-femenino — que es su manifestación humana — hubieron de despertar en su alma una emoción más fresca, más nueva y más personal que las que de ordinario provocan en la de un hijo de la Iglesia, a quien desde sus primeros pasos la Santa Virgen otorga su consuelo y confortación.

Por la misma causa, el mundo antiguo y clásico, como así también el arte griego, asumieron a sus ojos un significado canónico, superior a todo arte nacional. En los mitos, poesías, estatuas y templos griegos le pareció encontrar la más genuina elaboración de lo que la naturaleza tiene de humano eterno. Su concepto de lo griego traspasa el dominio de lo puramente artístico y alcanza valor educativo, ético y hasta religioso, para concluir en el ideal cristiano — ya que de hecho el pensamiento griego concurre con intensa eficacia constructiva a la formación filosófico-teológica y aun pedagógica de la doctrina cristiana —. Esta relación que hoy conocemos como un hecho históricamente probado, Goethe la intuyó como un fenómeno natural. Sus aspiraciones helénicas no eran un capricho arqueológico, ni una voluptuosidad estética, ni un deleite pagano: nacían de una profunda urgencia de completar y reintegrar su sobrenaturalismo protestante, de moderar su titanismo metafísico y de sosegar y atemperar su rigorismo nórdico, casi mosaico. En su *Ifigenia*, Goethe canta, precisamente, el drama ético de este apaciguamiento y de esta redención de la conciencia exasperada. Ifigenia, la heroína del corazón bondadoso y puro, la virgen sin mentira, con solo la fuerza natural de su carácter logra aplacar la vieja maldición de la naturaleza depravada que va consumiendo a toda la familia tantálica, cuyos vástagos varones, a pesar de todo su vigor y denuedo, no

aciertan sino a atizarla cada vez más. Esta criatura lírica, que triunfa sobre un mundo bárbaro, evoca en mí, por ley de contraste, otra figura femenina, hija de la fantasía germánica: Krimilda, la mujer que herida en sus más puros sentimientos de virgen y de esposa, se transforma en furia de la venganza; la que no se da tregua hasta ver exterminada toda la raza de los Nibelungos, la que muere ahogada en un mar de sangre.

Nadie sabe hacia adónde nos llevarán los días que estamos viviendo; si ha de continuar todavía la era nibelúngica de la autodestrucción europea, o si nos espera, en cambio, una edad que acierte a redimirnos de la maldición de las guerras y de las revoluciones. Y aquí se advierte en qué dirección y hacia qué actitudes tiende a llevarnos la poesía de Goethe. ¡El, que tanto adoraba la fuerza y el entusiasmo vital, cómo aborrecía, cómo condenaba la violencia, que no es más que la fuerza falsa pero mortífera de los débiles!

Goethe estaba como iluminado y hasta cegado por esta verdad, al punto que, exagerando, llegó a negar toda posibilidad creadora a la violencia. No admitió, por ejemplo, que las erupciones volcánicas, por ser procesos catastróficos, tuviesen un papel decisivo en la formación plástica de la corteza terrestre; en el debate de los geólogos de entonces, dió preferencia a los neptunistas, concediendo a los vulcanistas solo un valor subsidiario.

“Nie war Natur und ihr lebendiges Fliessen  
Auf Tag und Nacht und Stunden angewiesen.  
Sie bildet regelnd jegliche Gestalt,  
Und selbst im Grossen ist es nicht Gewalt.” (1)

Estas son palabras del filósofo Tales, en el segundo *Fausto*. Basado en la honda confianza de que también la creación genuinamente poética procede de la misma manera natural, Goethe solía variar y modificar poco a poco las figuras y los motivos principales de su fantasía; los interrumpía y los reto-

(1) Nunca la Naturaleza ni su viva fluencia  
dependieron del día, de la noche y la hora.  
Crea ordenando todas las formas.  
y hasta lo grandioso se realiza sin violencia.”

maba, sin abandonarlos nunca por completo. Así llevó consigo su Fausto, su Helena, su Wilhelm Meister, a lo largo de toda su vida: transformaba, retocaba, sobreponía, introducía motivos nuevos en los viejos y dejaba que alternasen juntos, ya en forma orgánica, ya desordenadamente. Aún hoy, después de tantos años, los críticos se pierden y desesperan en la busca intelectual de las razones, términos y principios artísticos de cada una de sus obras principales.

Pero estamos viviendo instantes de recordación y de fiesta, no de crítica. Dejemos, por hoy, las infinitas y pesadas cuestiones suscitadas alrededor de la unidad de *Fausto*, de *Prometeo*, de *Götz*, de *Wilhelm Meister*. Por hoy, baste haber abarcado, con ojeada rápida y reverente, la esencia lírica de su arte, el aliento humano de su personalidad poética, que es, en el fondo, una y misma cosa: el alma de Goethe, un alma que goza, sufre y simpatiza con todo lo humano y todo lo natural, un alma atenta no sólo al viejo mundo, sino también al nuevo continente descubierto a la cultura europea por la generosa iniciativa de España y Portugal. En los postreros escritos de Goethe, especialmente en los *Wanderjahre* de Wilhelm Meister, América con sus posibilidades y esperanzas asume creciente importancia. La salida para el nuevo continente se ofrece al pensamiento del poeta como una liberación de los rigores dogmáticos, de la discordia litigiosa y vana, de los ensueños, fantasmas y recuerdos turbiamente románticos de la vieja Europa. Acaso ya pueda advertirse en esto algo así como los primeros atisbos del cansancio y tedio europeos, pero son también los anhelos y las aspiraciones de un alma siempre juvenil en la que vive, se refleja, se renueva y se idealiza el mundo entero. Poner toda el alma en todo lo que se emprende, trátase de ocupaciones poéticas a de menesteres prácticos: este es el gran secreto lírico de la personalidad verdadera y humana. Esta es la lección que aún tenemos que aprender de Goethe.

Ya lo ha dicho otro poeta, muy distinto del genio alemán, pero sin embargo muy parecido a él en la abundancia y vitalidad de su alma poética. Lo ha dicho Lope de Vega al celebrar, con inconfundible gracejo, la raza descubridora y colonizadora del Nuevo Mundo:

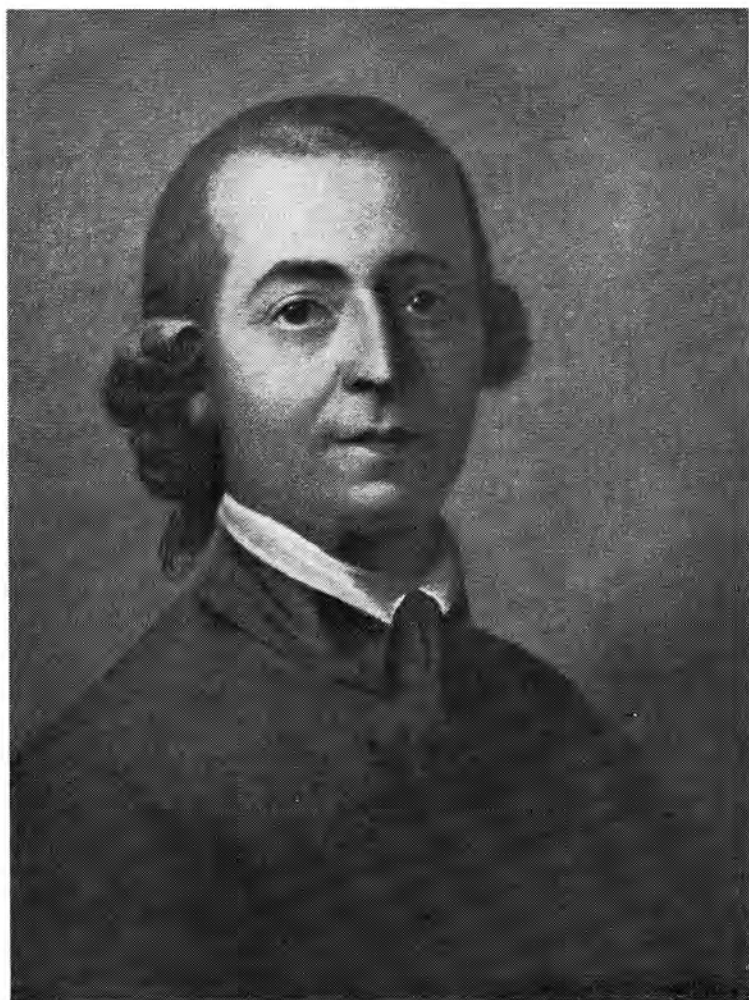


“Si van a pie, está en los pies  
el alma; si alzan la mano,  
allí hay alma; si el lozano  
cuerpo mueven, alma es.  
Si hablan, alma es el brio;  
si miran, alma es los ojos.  
Alma tienen en sus enojos,  
en el mayor desvarío.  
Cuando el caballo obedece  
al freno, en aquéllos van,  
llevan alma, que le dan;  
que todo un cuerpo parece.  
Alma le dan a la espada  
si la ejercitan y juegan;  
cual Midas, a cuanto llegan,  
es oro el alma dorada.  
Pues si su donaire aspira  
brio y gusto, y almas llueven,  
¿qué milagro que se lleven  
el alma de quién los mira?

KARL VOSSLER.

LOS AMIGOS





"... und je heftiger ich im Empfangen, desto freigebiger  
war er im Geben ..."

*(Dichtung und Wahrheit.)*



“Meine Anhänglichkeit an den Herzog von dem ersten Augenblicke an ...”

*(Dichtung und Wahrheit.)*



"... meine Verehrung gegen die Prinzessin."

*(Dichtung und Wahrheit.)*



... manche liebe Schatten steigen auf;

.....  
Ein Schauer fasst mich, Träne folgt den Tränen,  
Das strenge Herz, es fühlt sich mild und weich;  
Was ich besitze, seh' ich wie im Weiten,  
Und was verschwand, wird mir zu Wirklichkeiten."

(Faust, Zueignung).



“Gebraucht der Zeit, sie geht so schnell von hinnen,  
Doch Ordnung lehrt Euch Zeit gewinnen”.

*(Faust, I.)*

## BREVIARIO GOETHIANO

“Alles, was daher von mir bekannt geworden, sind nur Bruchstücke einer grossen Konfession...”.

*Dichtung und Wahrheit*, II, VII (\*).

No faltan, y hasta menudean, las colecciones de aforismos y dichos goethianos, lo que se justifica, a nuestro entender, por diversas razones.

Ante todo, por el fuerte interés que despiertan, en sus menores detalles, los escritos del gran poeta germánico y, junto con éstos, las palabras que en el curso casi patriarcal de su vida acertaron a recoger, en conversaciones de toda índole, sus devotos y discípulos. Expresión directa de una experiencia humana, todas sus obras descubren, en forma más o menos inmediata, una fuerte sugestión educativa. Agréguese a esto la espontánea fuerza lírica de Goethe, la vivacidad y el colorido de sus frases, en las que el sabio con su jovialidad y el poeta con su gracia siempre logran concentrar, hasta en el giro llano o en la sentencia refranera, las más nobles y ponderadas enseñanzas.

Toda la obra de este varón egregio, al fin de cuentas, no es más que la historia, entre directa y alegórica, de su comportamiento ético frente al mundo y frente a sí mismo. Por detrás de las incidencias de la trama escénica, o de las brumas de su tema legendario, Fausto aparece, demoníaco y místico, educándose en la escuela — única resueltamente eficaz — de la actividad y del renunciamiento. A través del lánguido fluir del relato novelesco, también *Wilhelm Meister*, en años de an-

---

(\*) “Todo lo que de mí se conoce sólo son, en consecuencia, fragmentos de una gran confesión...” *Poesía y Verdad*, II, VII.



danzas y jornadas de adiestramiento, aboceta, desdibuja y reconstruye, siempre en el estrecho cauce del mero vivir burgués, ese fluctuante tanteo, ese quebrado e indeciso ademán que precede de continuo, sino a la acción propiamente dicha, sí a su acierto inmediato y a su fecundidad ulterior. El libro plantea, en otros términos, el problema dramático y siempre contemporáneo de la vocación individual. En *Ifigenia*, bajo el influjo apaciguador de la heroína, en una atmósfera antes simbólica y extratemporal que realmente circunstanciada e histórica, resuélvese, tras largo proceso de clarificación íntima, la eterna contienda de la pura humanidad con los instintos y los apasionamientos elementales. Desde la hondura de su miseria, como solicitado o poseído por reminiscencias sublimes, el hombre, barro anheloso y nostálgico, aparece aspirando, según leyes de una plástica inmanente, hacia el decoro — que es sosiego y equilibrio — de las formas pulcras, espirituales y armoniosas. No obstante el desacuerdo de la cronología, Torcuato Tasso es, en cierto modo, el complemento de *Ifigenia*, de *Wilhelm Meister* y de *Fausto*. Angustiada afirmación de la personalidad selecta — entendiéndolo por tal al hombre libre de preconcepciones, intelectualmente diferenciado y de amplio acceso cordial —, lo que aquí se hace patente es el choque, tan poco equitativo, del creador, criatura imprevisible y libérrima, con el grupo social, de suyo ritualista, aborregado e indistinto. Así, pareja o parecidamente, se nos manifiesta el sentido profundo de las restantes obras de Goethe, cuyo detalle huelga. Desde el punto de vista de nuestra edificación interior, sólo las citadas — más las cartas, las *Memorias*, el *Diario* y buena parte de los *Lieder* — son las que mejor conservan, más allá del esplendor aún no empañado del estilo, toda la aquilatada densidad de su tesoro docente.

Sin embargo, si se descuentan algunas excepciones tan dignas como singulares, no siempre son los motivos sobredichos, ni siquiera otros que los equivalgan, los que parecen decidir la efectiva realización impresa de esas colecciones. Un aprovechamiento groseramente oportunista del prestigio del poeta, consigue a menudo para tales repertorios, aun para aquellos que no pasan de caprichosos zurcidos misceláneos, el plácido y distraído interés del lector de cultura imprecisa, antes capaz de

adhesión supersticiosa que de lúcida y acendrada comprensión. A este respecto, dicho sea de paso, no creemos llamarnos a engaño. Entre el entusiasmo encendido o reavivado por el centenario, no es difícil discernir, apenas recatada tras el sahumero del panegírico, una que otra pleitesía solapadamente editorial. Pero sea cual fuere el móvil profundo de esas adhesiones, resulta evidente que los citados repertorios son ahora, y gracias a esa fecha, más accesibles que nunca. Al reciente volumen de aforismos seleccionados por Ludwig bajo el título de *La sabiduría de la vida en Goethe*, al tomo de vario contenido editado por Fritz Linde, o a la colección bellamente prologada por Hérenger, aquéllos en idioma alemán y ésta en lengua francesa, acaba de sumarse — hasta en castellano, donde por lo general, tratándose de estos aspectos bibliográficos, falta una mitad y sobra la otra — el tomito de *Pensamientos* publicado por la Revista de Occidente. Puesto que esas colecciones están allí tan a mano, esta que aquí se inserta podría, aparentemente, parecer ociosa. Su carácter y su finalidad son, sin embargo, distintos.

Rápidamente realizado sobre notas de lentas lecturas anteriores, este Breviario implica, ante todo, una devoción personal que aquí, claro está, poco interesa. En cambio — y sea dicho a modo de natural aclaratoria — apenas podía concebirse un volumen dedicado a Goethe que no recogiese, en cierta medida, algunos de sus dichos y reflexiones ejemplares. Con palabras del propio poeta, convenía completar, confirmándola o contrastándola, la visión diversa, pero en el fondo coincidente, que sobre su excelsa personalidad aportan los diversos trabajos de este mismo cuaderno. Aunque venidos un poco como de las cuatro esquinas del horizonte, esos trabajos no muestran, en cuanto a esto, discrepancia alguna: por encima de la fruición estética que, en última instancia, es dado encontrar en otra parte — es decir en otros autores y en otros libros —, más allá del descubrimiento científico, ya superado o invalidado, o al margen de la notación filosófica, no siempre suficientemente precisa, lo que aún nos interesa y apasiona — insistimos — es la personalidad misma de Goethe. Al cabo de cien años bien corridos, por detrás de la obra, y aún por encima de ella, es el proceso admonitor y confortante de su formación espiritual lo que todavía nos incita a proponerle, perentorias, las más re-

sueñas preguntas: ¿Cómo acertar individualmente con lo que más conviene a nuestra inteligencia y a nuestra sensibilidad? ¿Cómo compensar lo que el destino niega? ¿Cómo emplear las cualidades ingénitas y de qué modo suplir paulatinamente las que faltan? ¿Cómo evitar la dispersión y el desorden del espíritu y cómo, al mismo tiempo, vivificar la actividad menoscabada por la rutina y el formulismo cotidianos? ¿Cómo dignificar la vida? ¿Cómo henchirla de fervor? ¿Cómo plenificarla de belleza?

Consecuentes con este criterio — contrapuesto al que es común en estas colecciones — sólo se inserta en las páginas que siguen parte de aquellos aforismos, pensamientos o simples referencias biográficas que aluden, de un modo directo, ora a la actividad espiritual del poeta, ora al señalado proceso de formación. Todo lo demás no interesaba esencialmente a nuestro propósito. De todo lo demás hemos prescindido. “Si se quiere dejar a la posteridad algo útil — escribía el propio Goethe ya octogenario — deben ser confesiones. Debemos proponernos como individuos, tal como nos concebimos, tal como nos imaginamos. Nuestros sucesores elegirán lo que les conviene, lo que para ellos puede tener un valor general.” “El creador por excelencia, confirma Bergson — y vale la pena dilatarse en citas — es aquel cuya acción, intensa por sí misma, es capaz de intensificar también la acción de los demás hombres, y encender, generosa, hogares de generosidad. Los grandes hombres de bien, y más particularmente aquellos cuyo heroísmo activo ha franqueado a la virtud caminos nuevos, son reveladores de la verdad metafísica. Aunque aparecen en el punto culminante de la evolución humana, son, sin embargo, los que están más próximos a los orígenes, y los que hacen sensible a nuestros ojos el impulso que viene de lo hondo. Examinémosles con atención, tratemos de experimentar simpáticamente lo que ellos experimentan, si es que queremos penetrar por un acto de intuición hasta el principio mismo de la vida. Para perforar el misterio de las profundidades, a veces es preciso apuntar a las cimas. El fuego que está en el centro de la tierra, sólo aparece en la cumbre de los volcanes.”

Los textos de este Breviario proceden de varias versiones francesas, italianas e inglesas de las obras de Goethe, pero nues-

*tra versión castellana ha sido retocada, en buena parte, de acuerdo con el original. Muchos aforismos y reflexiones, sea porque así lo aconsejaba su misma importancia, sea porque provienen de lecturas más recientes, son traducción directa. En uno y otro caso hemos cuidado, como mejor supimos, que la fidelidad debida al texto no estorbase, excesivamente, la soltura del traslado.*

*Cuando entre los fragmentos en prosa de las obras utilizadas (1) se incluyen algunos trozos poemáticos de entonación didáctica, en la traducción de los mismos, atentos a la naturaleza de esta colección, hemos omitido, de propósito, los elementos métricos y prosódicos. "Estimo como se debe — anota Goethe en sus Memorias — a la rima y al ritmo que son los que contribuyen a que la poesía sea poesía, pero lo realmente hondo y profundamente eficaz, lo que en verdad educa y forma, es lo que queda del poeta cuando se le traduce en prosa."*

*En la disposición de los pensamientos elegidos, intencionalmente entremezclados con no pocas frases de trivial y cotidiana apariencia, se ha evitado toda clasificación arbitraria y toda separación doctoralmente rígida. Si el manantial sólo puede imaginarse en su fluir perenne, una vida como la de Goethe, siempre en creciente e irrepresable progresión humana, no puede ser sorprendida sino así, en la airosa movilidad de su ascenso.*

ANGEL J. BATTISTESSA.

---

(1) *Fausto, Wilhelm Meister, Aforismos, Xenias, Afinidades electivas, Pandora, Ifigenia, Diván Oriental-Occidental, Viaje a Italia, Torcuato Tasso, Hermán y Dorotea, Clavijo, Poesía y Verdad, Diario y composiciones varias.* Directa o indirectamente se ha espigado, por otra parte, en las conversaciones con Eckermann, Schmidt, von Müller, Ochenschläger, conde Stroganoff, Grüner, Wolf, Soret, Rimer y otros, como así también en pasajes de la correspondencia con Jacobi, Knebel, Guillermo von Humboldt, Carlyle, J. H. Meyer, conde von Brühl, Carlota von Stein, Boisserée, Schubarth, J. K. Zahn, Rochlitz, Bernstorff, etc. Suprimiendo las fáciles referencias usuales, se ha querido evitar todo menudo alarde de vistosa erudición. Algunas notas, sin embargo, se nos han ido escurriendo hasta el pie de las páginas. Por si valen disculpas, digamos que apenas dependía de nosotros el evitarlas. Unas porque eran indispensables para aclarar sugestivas circunstancias cronológicas, y otras — razón cordial, razón suprema — porque ni siquiera en este caso hemos sabido renunciar al habitual pasatiempo de emborronar los márgenes.



¡Si yo fuese, Naturaleza, sólo un hombre frente a ti, entonces valdría la pena de ser un hombre!

\*

Guía mis pasos, Naturaleza.

\*

El estudio propio de la humanidad es el hombre.

\*

Lo más sencillo y hacedero para el hombre es trabajar en su perfeccionamiento moral.

\*

Emplear lo más bello y magnífico que el mundo nos ofrece para edificación de nuestro interior ansioso.

\*

Una educación orientada hacia lo moralmente bueno, hacia lo bellamente desarrollado, tanto en lo corporal como en lo espiritual.

\*

El universo entero se extiende frente a nosotros como una vasta cantera frente al arquitecto, que sólo merece este nombre cuando compone, con estos materiales en bruto, un monumento original, con el máximo de economía, de adecuación y de solidez.

\*

Cada cual tiene la felicidad entre sus manos, como el artista la materia informe que quiere modelar. Pero con este arte ocurre lo que con todos: sólo la aptitud es innata; lo demás, es preciso aprenderlo y practicarlo cuidadosamente.

\*

No valdría la pena vivir setenta años si toda la sabiduría del mundo fuese locura frente a Dios.

\*

Nada nos enseña mejor la vida que la vida misma.

\*

Sólo la vida que nos rodea excita la vida del alma, y no la especulación fría que no consigue más que secar la medula de la vida.

\*

Yo sentía como hombre, como hombre joven; para mí todo era vivo, verdadero, actual.

\*

Toda teoría es gris, y verde es el árbol áureo de la vida.

\*

Toda la especulación del mundo en nada ayuda a pensar. Es preciso poseer una naturaleza recta. Entonces, las ideas justas vienen hacia nosotros como verdaderas criaturas de Dios, exclamando: "¡Aquí estamos!"

\*

... mi intento principal era advertir lo elevado, conocerlo y, de ser posible, reproducirlo poéticamente.

\*

... el primer paso para liberarse de la época muelle, difusa y estéril en que vivíamos sólo podía adelantarse a fuerza de resolución, precisión y concisión.

\*

Detesto, como un crimen, toda chapucería.

\*

— Todo lo que se hace debe hacerse con calma y con agrado.

\*

... maestría, esfuerzo, esmero.

\*

Es preciso, joven, que os cuente una breve historia: Cuando al duque de Gotha, al escribir una carta, se le entintaban demasiado los perfiles de una *h* o de una *g*, volvía a escribir la carta (1).

\*

El que es y permanece veraz frente a sí mismo y frente a los demás, ese posee el más bello atributo de los grandes talentos.

(1) Palabras de Goethe a Schuchardt, su amanuense.

\*

Que ninguno sea igual a otro, pero que cada uno sea igual al más grande. ¿Cómo es posible esto? Que cada uno sea completo en sí mismo.

\*

El hombre menos considerable puede llegar a ser completo si sabe moverse en los límites de sus facultades y de sus aptitudes; pero las mejores excelencias son oscurecidas, destruidas y anonadadas, si esa feliz proporción, rigurosamente exigida, falta.

\*

... naturales disposiciones, propias de todos los hombres bien dotados: comprensión rápida, memoria excelente, facilidad para los idiomas.

\*

No son solamente las cualidades innatas, sino también las adquiridas las que constituyen al hombre.

\*

Sólo una parte del arte puede ser aprendida, pero el artista necesita todo el arte.

\*

Aportamos aptitudes innatas, pero nuestro desarrollo lo debemos a las múltiples influencias de un gran ambiente, del cual nos apropiamos lo que podemos y lo que está de acuerdo con nuestra índole. Yo debo mucho a los griegos y a los franceses, debo muchísimo a Shakespeare, a Sterne, a Goldsmith. Pero con esto no están indicadas todas las fuentes de mi cultura. La lista sería infinita e innecesaria. Lo esencial es tener un alma apasionada por lo verdadero y que sea capaz de aprehenderlo donde quiera que lo encuentre.

\*

Cada uno busca y desea aquello para lo que tiene picho u hocico.

\*

... que el arte perfeccione tus dones naturales a cada paso de tu vida ascendente.

\*

Las influencias que debemos tener en cuenta, si en verdad



deseamos avanzar espiritualmente, son las que pasan, las que acompañan, las que cooperan, las que sostienen, las que estimulan, las que fortifican, las que permanecen, las que se prolongan.

\*

Es una torpeza ese inquirir si tal hombre posee algo por sí mismo, o si lo ha conseguido de otro; si actúa por cuenta propia, o por medio de terceros: lo esencial es poseer una voluntad fuerte, luego el talento y la constancia de la realización. Lo demás no interesa.

\*

Tus singularidades serán harto tenaces; cultiva tus cualidades.

\*

... sólo muy tarde comprendemos que al edificar nuestras virtudes elaboramos también nuestros defectos.

\*

A menudo sólo hay un muro de papel entre nosotros y nuestros fines esenciales. La educación no es más que el arte de superar las dificultades imaginarias o que pueden vencerse fácilmente.

\*

El destino es un preceptor estimable, pero cuesta caro.

\*

... sólo aprendemos la estrategia cuando hemos terminado la campaña.

\*

El hombre está propenso a perderse mientras busca.

\*

Es nuestra tarea ineludible, cotidiana, profundamente grave, esta de acordar nuestras palabras, del modo más directo posible, con nuestros sentimientos, observaciones, ideas, experiencias, imaginaciones y juicios.

\*

Un esfuerzo sincero, si no actúa según lo deseado, no deja por ello, aunque de otra manera, tal vez desconocida, de servirnos, de adelantarnos, de mejorarnos. En las cosas huma-

nas todo es infinitamente rico en consecuencias, pero éstas se producen de rebote.

\*

Todo lo que nos ocurre deja huellas, todo contribuye, de un modo imperceptible, a nuestra formación espiritual.

\*

¡Avanza, recio trozo de hielo! Si no llegas al mar como trozo de hielo, ya llegarás como gota de agua. M

\*

¿Te han devuelto bien por bien?—Mi flecha ha volado cuidadosamente empenachada; todo el cielo estaba abierto frente a ella: no cabe duda que habrá tocado en alguna parte. B

\*

¿Cómo haces para renovarte sin cesar?—Tú también puedes lograrlo: complácete en lo grande. Lo grande es siempre nuevo, cálido, vivificante: en la mezquindad tiritita el hombre mezquino.

\*

Lo más acertado es realizar aquello que se nos ofrece en el momento.

\*

¡Haz como yo y, con impulso gozoso, afronta el instante! ¡Nada de tardanzas! Abórdalo vivamente, con benevolencia y ardor, tanto en la acción como en la alegría, como en el amor. Pero allí donde te encuentras sé tú mismo plenamente; permanece siempre niño: así lo serás todo, serás invencible.

\*

¿Quieres componerte una vida hermosa? No te inquietes por el pasado, aunque en él hayas sufrido desmedro. Actúa siempre como si acabases de nacer. Pregunta a cada día lo que quiere: cada día te lo dirá.

\*

Aparté, en pensamiento, la carrera de estudios jurídicos y sólo me consagré, en adelante, a las lenguas, a las antigüedades, a la historia y a todo lo que con ellas se relaciona.

\*

... yo anhelaba consagrarme seriamente a esos estudios esenciales y abarcar toda la perspectiva de lo antiguo, lo que al mis-

mo tiempo que me haría progresar con rapidez en mis propios trabajos, me capacitaría para ocupar un puesto en la enseñanza universitaria, que me parecía lo más adecuado para un hombre joven que desea formarse a sí mismo y favorecer la formación de otros.

\*

... se me ocurrió que por otro lado podría utilizar en provecho propio y ajeno lo que había en mí de humano, inteligente y razonable, consagrándome en los intervalos, como lo había venido haciendo y como se me incitaba a hacerlo cada vez más insistentemente, a los negocios, no dejando así inactivas ninguna de mis facultades.

\*

... un hombre tiene importancia, no por lo que deja tras de sí, sino por lo que hace y goza espiritualmente, por lo que incita a hacer y gozar espiritualmente a otros.

\*

Hombres finamente cultos que, ocupados en la educación de otros, transitan por la vida silenciosamente.

\*

Me he sentado tanto a la mesa de Homero como a la de los Nibelungos.

\*

Dejadme tomar posesión, al azar, de todo lo que se me ofrece; el orden se establecerá por sí mismo. No estoy aquí para gozar según mi capricho; quiero consagrarme a estos grandes objetos, aprender, completar mi cultura antes de llegar a los cuarenta años (1).

\*

Esa buena gente no sabe cuánto tiempo y fatiga cuesta el aprender a leer. Ya llevo empleados ochenta años en la tarea, y todavía no puedo vanagloriarme de haber alcanzado la meta.

\*

Ningún libro excelente, y en modo particular si es antiguo, puede ser comprendido y gustado por quien no sea capaz de

(1) Al formular esta declaración — fragmento de una carta fechada en Roma el 10 de noviembre de 1786 — Goethe ya había cumplido los treinta y siete años.

completarlo personalmente. El que algo sabe, descubre mucho más que quien tiene que aprenderlo todo en sus páginas. 13

\*

... no todo lenguaje es comprensible para todos.

\*

... siempre preferí que los hombres me dijeran cómo pensaban a que otros me contaran cómo hubieran debido pensar. 13

\*

Al que quiere realizar obra meritoria le es preciso extender su cultura de tal suerte que se encuentre capacitado, como los griegos, para promover, hasta la altura de su espíritu, la más insignificante realidad.

\*

Cuando nos colocamos frente a la antigüedad y la contemplamos seriamente, con intención de modelarnos sobre ella, parece que, sólo a partir de entonces, nos convertimos realmente en hombres.

\*

... yo sostenía que no era necesaria una filosofía como ciencia aparte, pues todo su contenido estaba ya encerrado en la religión y en la poesía.

\*

Quien posee ciencia y arte, en ellos posee religión; pero quien no posee ni una ni otro, que tenga religión.

\*

En los filósofos y escuelas de la antigüedad lo que más me complacía era el advertir que, en unos y en otras, tanto la poesía como la religión y la filosofía aparecían hermanadas; me mantuve en esta primera impresión con tanta mayor firmeza cuanto que parecían confirmarme en ella el libro de Job, el Cantar de los Cantares y los Proverbios de Salomón, así como los cantos de Orfeo y Hesiodo.

\*

Yo, personalmente, estimaba, daba un gran valor a la Biblia. Le tenía afecto, pues le debía, casi de un modo exclusivo, toda mi educación moral; los acontecimientos, doctrinas, símbolos y parábolas que contiene se me habían quedado fuertemente im-

presos: me habían producido profundo efecto en un sentido o en otro.

\*

Una convicción fundamental, que cada día se renovaba en mi con mayor fuerza, era la de la importancia de las lenguas antiguas; en medio de la confusión literaria en que me encontraba, veía claramente que ellas guardan los modelos del buen decir y de todo lo más espiritualmente elevado que el mundo posee.

\*

... mi facilidad para penetrar el sentido de los idiomas.

\*

Yo había aprendido el latín, como el alemán, el francés y el inglés, sólo del uso, sin reglas ni preceptos.

\*

Tenia trato amistoso con un muchacho inglés que se educaba en el pensionado de Pfeilisch. Sabía explicar muy bien su idioma; yo lo practicaba con él, y al mismo tiempo aprendía infinidad de noticias interesantes sobre los usos y costumbres de su país.

\*

Sin gramática ni enseñanza, con sólo el trato y el ejercicio, el francés se había convertido para mí en un segundo idioma propio.

\*

Estudiad a Molière, estudiad a Shakespeare, pero ante todo estudiad a los griegos, y siempre a los griegos.

\*

Los espíritus profundos véñse obligados a vivir tanto en el pasado como en el futuro.

\*

Mientras me informaba sobre la antigüedad, no ocultaba yo cuánto me complacía en los modernos.

\*

... hombres venturosos que gustan enlazar el pasado con el presente, que saben anudar el saber histórico con el interés vital.

\*

... nuestro padre Shakespeare.

\*

Racine, el dios de los franceses de mi época, que también se había convertido en mi dios.


\*

... mis amados místicos.

\*

El bien supremo de los hijos de la tierra es la personalidad.

\*

En el arte como en la poesía la personalidad lo es todo. 

\*

Ser en todo desinteresado, ser desinteresado sobre todo en el amor y en la amistad, era mi dicha suprema, mi divisa, mi ejercicio (1).

\*

Hacer el bien desinteresadamente produce los más altos y pulcros intereses (2).

\*

La individualidad suscita la individualidad.

\*

El más tonto de todos los errores es el de las mentes juveniles que creen perder su originalidad reconociendo la verdad anteriormente reconocida por otros.

\*

Esos jóvenes se imaginan que el día de su bautismo debió ser el primer día de la Creación. También deberían pensar en los dones que les hemos hecho en calidad de padrinos.

\*

... así como en los comienzos de nuestra vida seguimos apasionadamente nuestro propio camino, así como nos desviamos y rechazamos las exhortaciones de los demás, ya en edad más adulta acogemos con júbilo toda manifestación de interés que nos incite con afecto a nuevas actividades.

---

(1) Norma de conducta adoptada por Goethe desde sus años juveniles, particularmente a partir de la lectura de la *Ética* de Spinoza. (*Poesía y Verdad*, tercera parte, libro XIV).

(2) Reflexión del poeta, ya en plena madurez, al advertir las múltiples e imprevistas ventajas de la citada norma de conducta. (*Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, libro VIII, capítulo X).

\*

Es cierto que el héroe se basta a sí mismo, pero en compañía las cosas marchan más rápidamente.

\*

Son necesarias la participación y la exhortación ajenas para que una obra llegue a buen término. Yo debo a Schiller la *Aquilea* y muchas de mis baladas; y vos (1) os debéis atribuir el que yo esté dando fin a la segunda parte del *Fausto*.

\*

En todos los tiempos, sólo los individuos han trabajado por la ciencia, nunca el siglo. Fué el siglo el que envenenó a Sócrates; fué el siglo el que quemó a Juan de Huss. Los siglos siempre se han parecido.

\*

Más conozco el mundo, menos puedo esperar que la humanidad, considerada en masa, llegue nunca a ser esclarecida, sabia y dichosa.

\*

Toda grandeza, toda sabiduría, es patrimonio de los menos. . .

\*

Tampoco es posible pensar que la razón pueda llegar a ser popular; populares pueden ser las pasiones y los sentimientos; la razón será siempre la propiedad singular de unos pocos individuos superiores.

\*

¿Cuál es el hombre inútil? El que no sabe mandar ni obedecer.

\*

... el plausible sentimiento de admirar a un grande hombre.

\*

Lo que nos hace libres no es el hecho de no querer reconocer nada superior a nosotros; es, precisamente, el saber honrar lo que está por encima de nosotros. Honrándolo nos elevamos hasta él, y manifestamos, al reconocerlo, que nosotros mismos lo llevamos íntimamente, que somos dignos de ser sus iguales.

(1) Eckermann, su secretario.

\*

... y pronto me acostumbré a sus animosidades y censuras, porque día a día tenía ocasión de apreciar mejor sus bellas y grandes cualidades, sus vastos conocimientos, su profunda penetración (1).

\*

... por muy diversa que fuese nuestra indole, nuestras aspiraciones tendían al mismo punto, y esto estrechaba tan íntimamente nuestras relaciones que se nos hacía imposible vivir el uno sin el otro (2).

\*

Contra los grandes méritos de otro, no hay más que un solo recurso: amarlos.

M2

\*

Cada uno debe elegir su héroe y tras sus huellas abrirse paso hacia el Olimpo.

\*

Los ensombrecimientos y las iluminaciones del hombre constituyen su destino.

\*

Nuestra vida, como el todo en que estamos comprendidos, se compone, de un modo incomprensible, de libertad y de necesidad.

\*

Como azuzados por invisibles espíritus, se precipitan los solares corceles del Tiempo arrastrando tras sí el leve carro de nuestro destino, y a nosotros sólo nos resta, en consecuencia, retener la riendas y, ora a la derecha, ora a la izquierda, salvar las ruedas, aquí de una piedra, allí de un vuelco (3).

\*

No nos empequeñecemos cuando las circunstancias nos apremian, sino cuando nos dominan.

(1) Goethe alude a Herder, en los días de su amistosa frecuentación en Estrasburgo: "... aquellos días admirables, dichosos y colmados de intuiciones y atisbos." (*Poesía y Verdad*, segunda parte, libro X).

(2) Goethe se refiere, naturalmente, a su amistad con Schiller.

(3) Palabras que figuran en el *Egmont*, y con las que el poeta termina sus Memorias. (*Poesía y Verdad*, cuarta parte, libro XX).



\*

El mérito de un hombre discreto reside en esto: en comportarse de tal modo que su vida, en cuanto de él dependa, contenga la mayor suma posible de momentos razonables y felices.

\*

¡Acuérdate de vivir!

\*



¡Atrévete a ser dichoso!

\*

Nada hay más contraproducente que un juicio maduro recogido por un espíritu sin madurar aún.

\*

Todo lo que libera nuestro espíritu, sin procurarnos autoridad sobre nosotros mismos, es pernicioso.

\*

B No obedezcas a un amo, pero obedece a tu deber.

\*

Vivir a merced de los propios deseos es vulgaridad: un hombre bien nacido tiende hacia el orden y la ley.

\*

En vano los espíritus indisciplinados se esfuerzan hacia las puras alturas de la perfección. Quien intenta grandes empresas debe concentrar todas sus fuerzas; sólo a través de las dificultades se revela el maestro, y sólo la ley puede darnos la libertad.

\*

Es precisamente en estas épocas anárquicas cuando el hombre de mérito se siente más firme, y el que desea el bien se encuentra a gusto en su sitio.

\*

Cuando se tiene suficiente libertad como para vivir en buena salud y ejercer su profesión, eso basta.

\*

... en la paz, el patriotismo sólo consiste propiamente en que cada uno barra delante de su puerta, cumpla sus obligaciones y estudie su lección para que todo marche bien en la casa.

\*

¡Una canción estúpida! ¡Vaya! ¡Una canción política, una canción lamentable!

\*

¿Cuál es el mejor gobierno? El que nos enseña a gobernarnos a nosotros mismos.

\*

*B* A país pésimo, patriotas excelentes.

\*

—Bueno, de tener que elegir, yo deseo vino del Rin. La patria reúne todos los mejores dones.

—Yo deseo vino de Champaña, y que sea bien espumante. No podemos prescindir del extranjero. Las cosas buenas están a menudo muy lejos. Un honesto alemán puede no soportar a los franceses, pero sin embargo bebe sus vinos de buen grado.

\*

Escribí poesías alemanas, francesas, inglesas, italianas. . .

\*

Habsburgo o Dortrech diferencian tan poco a los hombres como el hecho de haber nacido en Francia o en Alemania. Un francés es, de pies a cabeza, un hombre como cualquier alemán.

\*

Para mí, que no soy de esa índole ni tengo ningún sentimiento belicoso, las canciones de guerra hubiesen sido una máscara, difícilmente adaptable a mi rostro. Mi poesía no conoce afectación. Lo que no he vivido, lo que no me ha torturado e incitado a la acción, no lo he poetizado, no lo he expresado nunca. He escrito poemas de amor sólo cuando he estado enamorado. ¿Cómo hubiese podido, sin odio, escribir canciones de odio? Dicho sea entre nosotros, nunca he odiado a los franceses, aun cuando, como los demás, haya podido dar gracias a Dios por habernos librado de ellos. Yo, que tan sólo me preocupo por la civilización y la barbarie, ¿cómo hubiese podido odiar a una nación que cuenta entre las más cultas de la tierra, y a la que debo parte tan caudalosa de mi cultura?

\*

Entre las ventajas logradas en mi último viaje está, sin duda, la tolerancia, de que ahora me creo capaz como nunca respecto a cada hombre ...

\*

Conocimiento, costumbres, hábitos, aficiones, religión, todo

me parecía absolutamente adecuado a las diversas clases de personas, y lo mismo me ha pasado en cuestiones de gusto.

\*

... criterio humano y cosmopolita.

\*

En este momento en que por todas partes se procura crear patrias nuevas, la patria del pensador independiente, que acierta a mirar por encima de su tiempo, está en todas y en ninguna (1).

\*

No existe ningún arte patriótico ni ninguna ciencia que lo sea. Ciencia y arte pertenecen, como todo lo elevado y todo lo bueno, a la humanidad entera, y sólo un libre intercambio de todos los contemporáneos, en el que no se descuide el legado de los antepasados, puede hacerles progresar.

\*

El poeta amará a su patria como hombre y como ciudadano, pero la patria de sus energías creadoras y de su actividad espiritual es lo bueno, lo noble y lo bello, que no está ligado a ninguna comarca o país determinado, y que el poeta toma donde quiera que lo encuentra.

\*

¿Qué quiere decir amar a la patria, y qué significa actuar

---

(1) ¡Dramática y ejemplar actualidad la de este pensamiento, que data de 1799! No obstante las enseñanzas, o por lo menos las advertencias, de los cataclismos sociales y económicos del presente, cuántos conductores de pueblos, cuántos particulares siguen aún, ante verdad tan incontrovertible, con oídos de mercader. De mercader en sentido propio, no en sentido figurado. Pero allá ellos. En esta hora de angustia, en la que ya sólo queda el estar atento a los signos augurales de un mañana más humanamente digno, lo que importa es ver cómo los espíritus mejores, los más amplios y desinteresados, los más líricos, siguen todavía firmes e insobornables con esta idea del viejo gran europeo. Así un Curtius en Alemania; así, en Francia, un Valery Larbaud. Y también los más jóvenes. Un Drieu La Rochelle que escribe *Le jeune européen* y *Europe contre les patries*. La lección — *tutto il mondo è paese* — vale asimismo para América, falaz esbozo de Atlántida, desdibujado de continuo por la incomprensión, la ignorancia y el desprecio recíprocos. Torpes rencillas fronterizas o indecibles miserias de política intestina, todo se equivale y complementa. El hombre espiritualmente lugareño termina, casi siempre, en hombre de comité.

patrióticamente? Si un poeta se ha afanado toda su vida en luchar contra torpes prejuicios, en acabar con opiniones mezquinas, en educar el espíritu del pueblo, depurando su gusto y dignificando su manera de sentir y de pensar, ¿qué otra cosa mejor podría haber hecho? ¿Y cómo podría actuar más patrióticamente?

\*

... un liberal moderado, como son y deben ser todos los hombres inteligentes, y como lo soy yo mismo. En tal sentido he procurado actuar siempre en el transcurso de mi larga vida. El verdadero liberal busca, con todos los medios que tiene a su alcance, hacer el mayor bien posible. Pero se cuida de desear exterminar súbitamente, con hierro y fuego, males frecuentemente inevitables. Se ingeniará, mediante un cauteloso progreso, en eliminar poco a poco los vicios públicos, sin producir, con medidas demasiado violentas, un mal semejante al que se quiere suprimir. En este mundo, siempre imperfecto, se contenta con lo bueno, hasta que el tiempo y las circunstancias le permitan lograr lo mejor.

\*

Ni siquiera ante los peligros me agrada la impetuosidad irreflexiva.

\*

Odio toda revolución, porque destruye no menos bienes que los que crea. Odio a los que la hacen tanto como a los que la provocan. Sabéis con qué alegría entreveo los mejoramientos venideros; pero, lo repito, toda violencia, todo salto, me repugnan íntimamente porque no están de acuerdo con la Naturaleza.

\*

Los débiles son, con frecuencia, los que sustentan ideas revolucionarias; creen que serian felices si no estuviesen gobernados: no comprenden que no son capaces ni de gobernarse a sí mismos, ni de gobernar a los demás.

\*

No se puede vivir para todo el mundo, y, particularmente, para aquellos con quienes no se desearía vivir.

\*

Permanece silenciosamente puro y deja tronar a tu alrededor.

\*

¿Por qué quejarte de tus enemigos? ¿Acaso podrían ser amigos tuyos esas gentes para las cuales un ser como tú tiene que resultarles, en secreto, un constante reproche?

\*

Era uno de esos contados hombres cuya vocación íntima coincide plenamente con su profesión externa, y cuya primera educación, estrechamente ligada a la ulterior, había desenvuelto, de un modo natural, sus capacidades (1).

\*

... era de aquellos que se forman de dentro afuera, de aquellos que llegan al mundo a través de su inteligencia y sentimiento (2).

\*

... las dos cualidades complementarias del hombre: el sentimiento y el ingenio.

\*

Con una conducta hábil y toda suerte de recursos artificiosos puede uno lograr una especie de renombre; pero en vano, si falta el tesoro íntimo: ese renombre no dura más de un día.

\*

¡No te han dado su sufragio; nunca has sido de su agrado! Si ellos pudiesen juzgarme, yo no sería lo que soy.

\*

No hay pretensión más ridícula que la de querer agradar a todos.

\*

Toda vida es soportable cuando no nos faltamos a nosotros mismos; podemos perderlo todo, si íntimamente permanecemos íntegros.

---

(1) Abundan en las Memorias de Goethe retratos así, fijados magistralmente con dos o tres trazos. En este *Breviario* de formación espiritual y mundana (mundana en el sentido más espiritual de la palabra) interesa particularmente, a causa de su ejemplar significación típica, el apuntado perfil de Lavater. (*Poesía y Verdad*, tercera parte, libro XIV).

(2) Rasgos del retrato de Klinger. (*Poesía y Verdad*, tercera parte, libro XIV).

\*

Quien no presume demasiado de sí mismo, vale más de lo que cree.

\*

**B** Quien vale algo, que se calle, el éxito llegará sin ruido; a despecho de las circunstancias, la personalidad por fin prevalece.

\*

Todas las leyes y todas las reglas morales se reducen a una sola: verdad.

\*

Sólo lo que es fecundo es verdadero.

\*

Más cerca estamos de la Naturaleza, más cerca nos sentimos de la divinidad.

\*

¡No busques iniciación secreta! ¡Deja bajo su velo a la figura inmóvil! ¿Quieres vivir, pobre criatura? Mira a tus espaldas las campiñas anchurosas.

\*

Yo quisiera orar como Moisés en el Corán: "¡Señor, ensancha mi pecho oprimido!"

\*

El aire vivo de las campiñas es nuestro ambiente más propicio. Parece que allí el espíritu de Dios inspira directamente al hombre, y que una fuerza divina ejerce allí su influencia.

\*

¿Para qué sirve toda esta pompa, sino para excitar la burla del alma? ¿Cuando marchamos por los campos, o sobre las alturas, allí está Dios!

\*

No hay más bella manera de adorar a Dios que aquella que no requiere ninguna imagen y que nace del diálogo sostenido en la intimidad de nuestros pechos con la Naturaleza.

\*

Los dioses sólo nos hablan por nuestro corazón.

\*

Según el hombre, así es su dios: por eso Dios ha sido a menudo algo tan irrisorio.

\*

... debes contemplar el todo en lo diminuto, si quieres recrearte en el todo.

\*

Dios habla en todas las cosas. Cada insecto, cada hoja tiene algo que decir.

\*

Sólo me esfuerzo por cultivarme, a mi manera y en lo posible, a fin de poder participar, cada vez con más pureza y alegría, del infinito.

\*

¿Pero que es el infinito? ¿Cómo puedes atormentarte así? ¡Penetra en tí mismo! Si no encuentras el infinito en el espíritu y en el corazón, nada puede hacerse por ti.

\*

Cada uno debe llevar en sí mismo la prueba de su inmortalidad: fuera de esa no hay otra.

\*

"¡Creo en Dios!" Hermosas, plausibles palabras. Pero reconocer a Dios, dónde y cómo se revela, he aquí, en verdad, la bienaventuranza sobre la tierra.

\*

Hay que hacer un crédito infinito a lo infinito.

\*

La confianza y el abandono son el verdadero fundamento de toda buena religión: subordinación a una voluntad superior que ordena los acontecimientos, y que nosotros no comprendemos precisamente porque sobrepasa el alcance de nuestra razón y de nuestra inteligencia.

\*

La religión cristiana es, por sí misma, una poderosa concepción, hacia la cual la humanidad decaída y sufriente ha intentado remontarse algunas veces; y, en cuanto la religión cristiana consigue tal intento, se halla por encima de todas las filosofías y no necesita el apoyo de ninguna. A su vez, el filósofo no tiene necesidad de los puntos de vista de la religión para demostrar algunas doctrinas: la de la inmortalidad del alma, por ejemplo. El hombre debe creer en la inmortalidad,

tiene derecho a creer en ella: la inmortalidad está en armonía con su propia naturaleza.

\*

Considero que los cuatro Evangelios son perfectamente auténticos, puesto que se siente en ellos el reflejo de la sublimidad que emana de la persona de Cristo; una sublimidad tan sobrehumana como sólo puede manifestarse en un Dios aparecido sobre la tierra. Y si se me pregunta si está en mi naturaleza rendirle homenaje de adoración, respondo: sí. Me inclino frente a El como ante la revelación divina del más alto principio de la moralidad. Y si se me pregunta si está en mi naturaleza adorar al Sol, también respondo: sí. Porque el Sol es igualmente una revelación del Altísimo, y en verdad la más potente que a nosotros, hijos de la Tierra, nos sea dado contemplar.

\*

El *Padre-Nuestro* es una hermosa oración que ayuda y conforta en muchos dolores. Pero si alguien dice, en cambio, *Nuestro-Padre*, y lo hace en nombre de Dios, déjalo rezar.

\*

El hombre no puede permanecer largo tiempo en estado consciente; le es preciso refugiarse de nuevo en lo inconsciente, porque allí viven sus raíces.

\*

A menudo se desearía ser uno de esos presuntos salvajes de las islas del Pacífico, aunque más no fuese que para gozar puramente y sin resabios de la existencia humana.

\*

El instinto crudo y desnudo no conviene al hombre.

\*

... la brutalidad, en la que termina por perderse, necesariamente, la naturaleza no cultivada.

\*

... no eran mala gente, pero sí gente ordinaria ...

\*

Nada se hace tan insensato que la razón o el azar no puedan enmendar; nada tan sensato, que la razón y el azar no puedan pervertir.

WV



\*

En varios asuntos te has conducido inhábilmente. — Sin ese poco de locura, yo no hubiese progresado tanto.

\*

Según son los sentimientos, así son las ideas.

\*

Nuestra vida física y espiritual, las costumbres, los hábitos, la experiencia mundana, la filosofía, la religión, múltiples acontecimientos fortuitos, todo nos dice que debemos renunciar.

\*

¡Renunciar debes tú, debes renunciar! Este es el eterno canto que suena a los oídos de cada uno, y que a lo largo de toda nuestra vida nos canta roncamente cada hora.

\*

Yo no busco mi salvación en la modorra espiritual: el fervor es el mejor atributo del hombre (1).

\*

¡Tú puedes acostarte en la certidumbre! Yo adoro la lucha interior.

\*

¿Quieres suscitar el olor del incienso? Pónle debajo carbones ardientes.

\*

¡Feliz quien, siguiendo el recto camino, va a establecerse en la serenidad!

\*

Bien puede el hombre cifrar su más alto destino en las cosas del cielo o en las de la tierra, en el presente o en el futuro, que no por ello dejará de sentirse sujeto a una eterna vacilación interior y a una siempre renovada perturbación externa, hasta el día en que, de una vez por todas, se resuelva a declarar que lo justo es aquello que le es más íntimamente apropiado.

\*

¿Cuál es, en cada una de las diversas jerarquías, el hombre

---

(1) ¿Cómo traducir literalmente — chabacanamente — esta exclamación de Fausto, la más goethiana, en nuestro sentir, de todas las de Goethe? :

“Doch im Erstarren such’ ich nicht mein Heil.  
Das Schaudern ist der Menschheit bestes Teil.”

más noble? Aquel que siempre, y cualquiera que sea su superioridad, aspira al equilibrio.

\*

¿Para qué velar largo tiempo y batallar con el mundo? Sólo la serenidad y la rectitud te proporcionarán ventajas (1).

\*

En la vida sólo la acción importa: el goce y el dolor vienen solos.

\*

Sólo podemos hacer lo que hacemos, y el resto es un don del cielo.

\*

La acción es todo, la gloria nada.

\*

La acción es la verdadera fiesta del hombre. *W*

\*

La dicha es la actividad. *W*

\*

En muchos lugares he buscado palabras sabias y joviales: he debido regocijarme de los días tristes, porque ellos me inspiraron las mejores.

\*

Si el hombre reconoce que sólo es posible liberarse del sufrimiento y de la resignación mediante el esfuerzo y la actividad; que es preciso buscar y encontrar para cada defecto un mérito, para cada falta una compensación: entonces experimenta un sentimiento de bienestar como si fuese otro hombre.

\*

Yo no hablo de aquello que no puedo alabar.

\*

... más que de destruir, se trata de construir, porque es sólo esto lo que proporciona a la humanidad una alegría pura.

---

(1) Ya desde su época de *Stürmer* desmesurado y ambicioso, Goethe había meditado, sin duda, en estas frases del *Vicario de Wakefield*, el fresco relato de Goldsmith que tanto había leído, vivido y releído, en su idílica temporada de Sesenheim: "Tratemos de suplir con nuestra satisfacción interior lo que la fortuna nos arrebató." "La paz del corazón basta para hacernos felices."

\*

Preferiría ahorcarme a ser el eterno negador, el que siempre está en la oposición, acechando el momento oportuno para disparar contra las fallas y defectos del vecino.

\*

Ya es cosa de admirar que un hombre tenga virtudes. Los defectos existen por sí solos.

\*

No es difícil notar que cuando el hombre se siente más libre y purificado de sus defectos es cuando mejor comprende los defectos ajenos y cuando se expresa sobre ellos con apacible censura.

\*

No hay como envejecer para ser más indulgente: no veo cometer ninguna falta que yo no haya cometido antes de ahora.

\*

¿A qué llamas pecado? A lo mismo que todo el mundo: a aquello cuya realización no podemos evitar.

\*

Las mariposas, tan placenteras a la vista, y los mosquitos, tan desagradables, son producidos por el mismo calor del Sol.

\*

El mundo es un órgano en que el Señor ejecuta y el Diablo mueve los fuelles.

\*

Si pecas, no te aflijas: la falta conduce al amor. Si no puedes corregirte, por lo menos perdonarás de mejor gana el pecado de los otros.

\*

La piedad no es un fin. Es un medio para remontarse, mediante la más pura tranquilidad del alma, a la más alta cultura.

\*

Yo, aunque cortés, carecía de lo que se llama buenas maneras (1).

---

(1) Este era el Goethe de los dieciocho años, el presumido galancete de Leipzig. En los días de Weimar — días de elegancias esenciales — ya llegaría hasta él, oportuna, su gran maestra de urbanidad trascendente: Carlota von

\*

No digáis nada a medias: completar, ¡qué tormento! No digáis nada con grosería: lo verdadero se expresa limpiamente.

\*

... acudir a la escuela de los franceses para aprender buenas maneras, y a la de los romanos para expresarse con dignidad.

\*

... toda cortesía, si no es fruto granado de una vida amplia y multiforme, tiene que parecer limitada, rígida, y, desde cierto punto de vista, estúpida.

\*

No hay una sola muestra de deferencia que no responda a una profunda razón moral.

\*

Descansa en tu tarea, todo se arreglará: si el cielo se derrumba, ya se salvará una alondra.

\*

No se debe realizar en serio más que la propia tarea, y lo demás cumplirlo alegremente. Unos simples versos, que tengo que escribir, me preocupan más que tantas otras cosas sobre las cuales no tengo ninguna influencia. Que cada uno proceda de igual modo: el Estado y la casa marcharán perfectamente.

\*

Que cada uno barra delante de su puerta, y toda la ciudad estará limpia.

\*

Siembra generosamente, pero siembra con discernimiento.

\*

Allí donde hacemos algo útil, allí está nuestro mejor dominio.

\*

Las circunstancias son las verdaderas Musas.

\*

No se puede ascender a las cimas sin hacer rodeos.

---

Stein. Es, pues, a la gran señora de Ilm a quien corresponden estas líneas de *Poesía y Verdad*, inspiradas, sin embargo, por la Gretchen renana: "... a la mujer que nos educa como si nos mimase, la adoramos como a una criatura celeste, dispensadora de alegría".

\*

Nos agitamos mucho, nos afligimos harto: nadie quiere llegar a ser algo; cada uno quiere serlo ya.

\*

La vida de un hombre es su carácter.

\*

El carácter en las grandes y en las pequeñas cosas consiste en que el hombre persiga aquello para lo cual se siente capaz.

\*

Un talento se forma en el remanso, un carácter en el torrente del mundo.

\*

Sólo esto es eternamente verdadero: limitarse, no necesitar más que un objeto, o pocos, amarlos fervorosamente, consagrarse a ellos, incorporárselos; esto hace al poeta, al artista, al hombre.

\*

Educa más el conocer bien y ejecutar diestramente una sola cosa, que no cien a medias.

\*

Goza con moderación de la abundancia y de la prosperidad; que la razón se manifieste en todas partes allí donde la vida se complace en la vida. Así el pasado se continúa, el porvenir existe anticipadamente, el momento es eternidad.

\*

El arte supremo es el de limitarse y aislarse.

\*

Quien no se estira de acuerdo al largo de la cobija, se queda con los pies descubiertos.

\*

El ser se percibe a sí mismo como íntimamente ilimitado y limitado en lo externo.

\*

¡Conteneos! No os salgáis de vuestro papel.

\*

Si alguien se encuentra bien en una situación limitada, sepa que ha logrado una gran meta.

\*

En un mundo donde hay tantas insuficiencias, nada se obtiene sin sacrificios; pero nos queda la posibilidad de poder elegir entre los grandes sacrificios y los sacrificios pequeños.

\*

No hay nada que como el arte nos libere más plenamente del mundo, ni nada que como el arte nos una más plenamente a él.

\*

El sentimiento es todo; el nombre es sonido y humo que ofusca el fulgor del cielo.

\*

La verdadera poesía se muestra en que, como un evangelio laico, por un goce íntimo y una alegría externa puede liberarnos de las cargas terrenas que nos oprimen.

\*

... producir en la vida, y en la vida cotidiana, por la poesía, una segunda vida.

\*

Los hombres crean, en poesía y en arte, sólo mientras son religiosos.

\*

Sólo puede ser auténtico el arte entrañable.

\*

El hombre tiende de suyo a abandonarse a las cosas más vulgares. El espíritu y la sensibilidad se desacostumbran tan fácilmente de lo bello y lo perfecto, que convendría mantener en uno, por todos los medios posibles, la capacidad de disfrutarlos. Nadie, en efecto, puede hallarse totalmente desprovisto de esa capacidad de goce, y es tan sólo por falta de hábito en gustar lo excelente que muchos se complacen en lo insignificante y en lo absurdo, con tal que les resulten nuevos. Todos los días se debería, por lo menos, oír una cancioncilla, leer un buen poema, mirar un buen cuadro, y, de ser posible, decir algunas palabras discretas.

\*

... sentimos nostalgia por aquello que ya poseemos secretamente.

\*

Nuestros deseos son el presentimiento de las facultades que alientan en nosotros, el presagio de lo que un día seremos capaces de realizar. Nuestra imaginación proyecta hacia el porvenir nuestras potencias y nuestros deseos, y aspiramos al bien que ya poseemos en secreto ... Si esta tendencia es intensa, cada etapa de nuestra evolución realizará una parte del deseo original, directamente si las circunstancias son propicias, y si no después de un rodeo, por donde retornaremos al camino directo.

\*

Las jovencitas gustan por lo que son, los jóvenes por lo que prometen (1).

\*

Si nos consideramos en cada uno de los estados de la vida, descubrimos que estamos exteriormente condicionados, desde el primero hasta el último aliento; pero también que nos resta la suprema libertad de ejercitarnos interiormente, a fin de concertarnos con el orden moral del mundo y lograr así, a despecho de todos los obstáculos, vivir en paz con nosotros mismos. Esto está pronto dicho; pero es un problema a cuya solución nos es menester consagrar todos nuestros días. Cada mañana nos grita: hacer lo necesario, esperar lo posible.

\*

El hombre ha nacido para vivir en una posición limitada: sólo puede proponerse fines sencillos, próximos, precisos, habituándose al empleo de recursos al alcance de su mano. Pero tan pronto como se desmesura, ya no sabe ni lo que quiere ni lo que debe hacer, distraído por múltiples objetos o desconcertado por su grandeza y majestad. Para él es siempre una desdicha el aspirar hacia algo con lo que no puede unirse mediante una actividad regular y propia.

\*

¡No caves más inútilmente! ¡Trabaja durante el día, por la

---

(1) Por natural consecuencia — y con sólo aumentar la edad de las jovencitas —, de esta fórmula de Goethe resulta una frase de Oscar Wilde: "Me gustan los hombres que tienen un futuro y las mujeres que tienen un pasado".

noche regocíjate con tus huéspedes! Asperas semanas, joviales domingos! En adelante, he aquí tu fórmula mágica (1).

\*

Si conozco mis relaciones conmigo mismo y con el mundo, a esas relaciones yo las llamo verdad. Cada uno puede poseer su verdad particular que, sin embargo, es siempre la misma.

\*

Por qué tanto preguntar: ¿A dónde vamos? ¿Dónde y cuando terminará esto? Yo te aconsejo, amigo mío, de quedarte en tu casa y de hablar con los muros.

\*

¿Vagarás siempre más lejos? Mira, el noble bien está muy próximo. Aprende tan sólo a tomar posesión de la dicha, porque la dicha está allí cerca.

\*

De sí mismo, el hombre sólo sabe que goza y sufre, y sólo por el sufrimiento y la alegría aprenderá lo que es preciso evitar o buscar.

\*

Caminar, y observar con cuidado su camino, he aquí el primer deber del hombre.

\*

Puesto que la ruta ha sido comenzada, prosigue tu viaje. Ni la preocupación ni la pena lograrán cambiar nada.

\*

Paciencia, esperanza, fe, amor, todas estas virtudes son inteligencia en acto, inteligencia en ejercicio.

\*

La actividad pura, moderada, en demanda de lo bueno y de lo justo, es rarísima. De ordinario, vemos la pedantería que es rémora y la audacia que es precipitación.

---

(1) Conclusión de *El buscador del tesoro*, balada compuesta por Goethe en 1797. Casi cincuenta años debió vivir el sabio para que le fuese dado proclamar en esa humilde moraleja, antes comprensible que practicable, el secreto de su íntimo sosiego. "A los hombres—recuerda el mismo Goethe—les disgusta que la verdad sea tan sencilla; deberían pensar en lo mucho que, así y todo, cuesta adaptarse a ella."



\*

Hijo mío, ¿quieres permanecer independiente? Aprende algo útil, sé moderado y nunca mires por encima de ti.

\*

Los hombres serían más razonables y más dichosos si supiesen distinguir las intenciones infinitas y el propósito limitado, si supiesen discernir hasta qué punto llegan sus propios medios.

\*

El hombre razonable sólo necesita moderarse para ser feliz.

\*

Compadezco a los hombres que vocean la fragilidad de las cosas humanas, y que se pierden en la meditación de la nada terrestre. Precisamente estamos aquí para hacer imperecedero lo perecedero, y esto no es posible si no se sabe estimar lo uno y lo otro.

\*

La suprema felicidad del hombre pensante consiste en indagar lo investigable y en venerar, serenamente, lo inescrutable.

\*

Sentimiento cada vez más claro de la limitación, de la verdadera expansión, por tanto.

\*

¿Quieres penetrar en lo infinito? Avanza, pues, en todas direcciones por lo finito.

\*

... una buena obra de arte puede y debe tener consecuencias morales; pero exigirle al artista que se proponga fines morales es echarle a perder su arte.

\*

¡Dejemos las cosas pasajeras, ocurra lo que ocurra! Estamos aquí para eternizarnos.

\*

Dios no hace sus cuentas al fin de cada semana.

\*

Como la estrella, sin prisa pero sin tregua, que cada uno gravite sobre la propia tarea.

\*

Una clara agudeza . . . una particular moderación.

\*

En la especulación como en la acción es preciso distinguir lo accesible de lo inaccesible; de lo contrario, poco puede hacerse tanto en la vida como en la ciencia.

\*

B El tiempo es infinitamente largo, y cada día una vasija en la que cabe mucho líquido si es que se quiere llenarla.

\*

El hombre puede realizar lo increíble si sabe repartir su tiempo y emplearlo como se debe.

\*

Una vez despachada la prosa, la poesía marcha gozosamente (1).

\*

¡Para crear, para realizar, oh artista, permanece solo! ¡Para gozar de tu obra, corre gozosamente a reunirte con los demás!

\*

Cada estado, cada instante, es de un valor infinito, porque representa toda una eternidad.

\*

Todo camino hacia lo justo es justo también en cada uno de sus trechos.

\*

Que ninguna hora pase en vano para ti. Aprovecha todo lo que te acontece: también el dolor es una parte de la vida.

\*

No huyas frente al día, porque el día que esperas no valdrá mucho más que el de hoy.

\*

No basta dar los pasos que conducen a un fin: también cada paso debe ser un fin.

\*

No logramos nunca, como individuos, librarnos de una visión parcial de las cosas. Por eso es nuestro deber observar la visión de los otros, reconocerla y estimarla.

(1) Respuesta de Goethe a J. B. Bertram, quien en 1814 se asombraba de que todas las noches el poeta verificase los gastos del día y dispusiera, con su criado, el presupuesto del día siguiente.

\*

...el hombre espiritualmente fuerte se debe a sí mismo y no al público; no se agota y anonada en una sola actividad, y procura reponerse con otras. Todo talento seguro es un talento general, abierto a todo, cuya actividad se desenvuelve, variadamente, unas veces aquí, otras allá.

\*

B Variación sin dispersión: esta debiera ser la más bella divisa para la enseñanza y la vida.

\*

Se dice, con razón, que es preciso tender, como hacia la perfección, al pleno desarrollo de todas las facultades del hombre.

Pero el hombre no está hecho para ser universal; cada uno debe, en verdad, desarrollarse como una criatura singular, aunque procurándose, naturalmente, una idea del conjunto.

\*

En la actualidad, el mundo nos inculca, de por sí, una cultura general: no tenemos, pues, por qué preocuparnos de ella; es la especialización lo que nos urge obtener.

\*

Es justo que el hombre, al iniciarse en la vida, tenga una espléndida idea de sí mismo y piense realizar grandes empresas, y que lo intente todo; pero, a cierta altura de su formación, es preferible que aprenda a desentenderse de sí mismo y a vivir para los demás, olvidándose en el seno de una actividad estricta y bien cumplida. En ese momento empieza el hombre a conocerse, porque al actuar es cuando, de verdad, nos medimos realmente con los demás hombres.

\*

La obra no sólo exige arte y saber; también requiere paciencia.

\*

Traza un círculo a tu alrededor, y cava lo más hondo que puedas.

\*

Lo esencial estriba en que el hombre posea a fondo alguna destreza y que se aplique en ella como nadie pueda hacerlo a su alrededor.

\*  
¿Qué fecundo es el más diminuto de los dominios cuando se lo sabe cultivar bien!

\*  
La posibilidad de ennoblecer los sentidos, y también la de animar la materia muerta relacionándola con la idea, es la más segura garantía de nuestro origen sobrenatural.

El hombre, por grande que sea el atractivo que sobre él ejerza la tierra y sus innumerables producciones, con el alma plena de deseo, eleva, sin embargo, los ojos hacia el cielo que se comba sobre él, para escrutarlo en el espacio inconmensurable: es porque se siente, profunda y claramente, ciudadano de ese reino espiritual al que no podemos rehusarnos y en el que no podemos dejar de creer. En este presentimiento yace el secreto de nuestra eterna aspiración hacia un fin desconocido; allí está también el resorte de nuestras investigaciones y de nuestros pensamientos, el frágil lazo que une la poesía con la realidad.

La moral es un eterno ensayo de conciliación entre nuestras exigencias personales y las leyes de ese reino invisible.

\*  
Dos almas — ¡ay! — alientan en mi pecho; entre ellas luchan por separarse; una, con áspera voluptuosidad, se aferra al mundo con órganos prensiles; a través de las tinieblas, la otra se remonta poderosamente hacia las moradas de los antepasados excelsos.

\*  
Nunca han podido los hombres ponerse de acuerdo sobre el principio de la moralidad. Algunos han visto en el interés el móvil de todas las acciones morales: otros lo encontraban en la exclusiva tendencia hacia la satisfacción y el placer; otros, por su parte, colocaban por encima de todo la ley apodíctica del deber, sin que ninguna de esas hipótesis pudiese determinar un asentimiento unánime. Por fin debió caerse en la cuenta — y ésta fué la mejor actitud — de hacer proceder tanto lo bueno como lo bello del complejo total de la sana naturaleza humana.

\*  
Es un error consagrarse a la cultura exclusiva de lo moral.

replegándose sobre sí mismo. Por lo contrario, al hombre que aspira a cultivar realmente su alma le asisten múltiples razones para cultivar igualmente su fina sensualidad, a fin de no estar expuesto a precipitarse desde su altura moral, dándose a las seducciones de una fantasía desordenada y arriesgando rebajar su noble naturaleza hacia preocupaciones anodinas, cuando no bajas.

\*

Mal andará en adelante quien no se entregue a un arte u oficio. El saber ya no es un recurso en el rápido movimiento del mundo.

\*

¿Cómo puede uno llegar a conocerse a sí mismo? Nunca por la observación, pero sí por la acción. Procura cumplir tu deber, y en seguida sabrás lo que vales (1).

\*

... el tiempo en que nosotros, los jóvenes amigos, nos reuníamos allí (2), a menudo, al atardecer, para saludar, con rebosantes vasos, al sol poniente.

\*

... las bromas... las pequeñas orgías que a veces nos permitíamos.

\*

En su casa se comía bien y se bebía mejor aún.

\*

... y con una botella de borgoña escribí en una sesión la pieza entera (3).

(1) Más literalmente: "Procura cumplir tu deber, y en seguida sabrás lo que llevas dentro".

(2) En la plataforma superior de la torre de la catedral de Estrasburgo, no lejos del Rin y frente a la amenidad emotiva del paisaje alsaciano. En esta salutación vespertina, especie de ángelus jovialmente bíblico — *vinum laetificat cor hominis* —, Herder, Lenz, Junge-Stilling, Salzmann, etc., eran los camaradas que alternaban con Goethe. "Allí — recuerda el poeta — todas las conversaciones terminaban por perderse en la contemplación del panorama...". En uno de sus grabados simplistas y expresivos — *Adiós crepuscular en la torre de la catedral de Estrasburgo* —, W. Friedrich ha esbozado esta escena, pero es en el libro X de *Poesía y Verdad* donde el cuadro aparece fijado con trazos indelebles.

(3) Se refiere Goethe a *Dioses, héroes y Wieland*, juvenil composición satírica contra el apacible "Voltaire alemán".

\*

... y como al mismo tiempo no se escatimaba un exquisito vino de la región, me vi en peligro de salirme de mi papel.

\*

... un magnífico vino añejo del Rin.

\*

... ese maravilloso y límpido vino del Rin.

\*

... un vino tinto que acostumbrábamos a tomar en la pensión y que nos agradaba mucho.

\*

... hallamos el famoso queso de Urseren, y, como jóvenes entusiastas, lo rociamos con un excelente y gustoso vino, que acrecentó nuestro regocijo y prestó alado impulso a nuestros proyectos (1).

\*

... las calles bajo el claror de la luna, entre penumbrosas e iluminadas... a menudo yo las recorría en nocturnos paseos.

\*

Cuanto más mundo iba viendo, tanto mayor placer me causaban, no sólo los hombres que disfrutaban de una celebridad general, sino también aquellos cuyos nombres se pronuncian con respeto y cariño en las pequeñas comarcas.

\*

... dar a sus hijos la mejor educación, levantar, ordenar y conservar su casa.

---

(1) Nuestro autor, bien se advierte, no desconocía la gozosa eficiencia del vino. Las que aquí se entresacan son tan sólo algunas de las muchas y juiciosas alusiones dionisiacas que es dado encontrar en las Memorias de Goethe, hombre razonable y poeta apolíneo. Aunque un poco azarosamente agrupadas, bastan para destacar, con la precisión del detalle característico, cuál era, también en esto, la matizada variedad de sus gustos. Zumos campestres o licores preclaros, ni los vinos rubios de la Renania romántica y cantarina, ni los cálidos y cordialmente rojos de Borgoña, ni menos los espirituosos y espirituales de Champaña, fueron ajenos a la múltiple complacencia del sabio. En esta fuerte personalidad, cuya índole profunda recibía tanta firmeza estoica, pensamos que es ese un rasgo de fino y plausible epicureísmo, complemento, no reverso, de aquella íntima firmeza. "Y vino — con el Salmista así lo reconoce hasta el gran desencantado de la Escritura — para que se regocijen los hombres." (*Eclesiastés*, X, 19).

\*

Se habla y se discute mucho a propósito de aristocracia y democracia; pero todo se reduce sencillamente a esto: en la juventud, cuando no poseemos nada y no sabemos apreciar las ventajas de una posesión tranquila, somos democráticos; pero, si después de una larga vida conseguimos alguna riqueza, no solamente desearíamos asegurarla para nosotros, sino también para que nuestros hijos y nietos puedan disfrutar tranquilamente lo que nosotros hemos adquirido. De ahí que en la vejez — en este sentido, por lo menos — todos sean aristócratas sin excepción, aun cuando en la juventud se haya podido pensar distintamente.

\*

Todos los padres sienten el deseo de realizar en sus hijos lo que ellos no pudieron lograr; parece como si quisieran vivir una segunda vida, aprovechando la experiencia de la primera.

\*

Los edificios y los cuartos suntuosos son para príncipes y ricos. Cuando se vive en ellos, uno se siente tranquilo, satisfecho y ya no desea nada. Pero esto es contrario a mi naturaleza. En una morada lujosa, como la que he tenido en Carlsbad, pronto me siento perezoso, inactivo. En cambio, un aposento modesto, como esta pobre habitación, un poco desordenadamente ordenada, un poco bohemia, es lo que me conviene: deja a mi naturaleza íntima en plena libertad, me permite ser laborioso y trabajar personalmente (1).

\*

¡Dichoso aquel a quien sus padres dejan una casa ya formada, pues sólo le resta embellecerla!

\*

Lo que hayas heredado de tus padres, conquistalo a fin de poseerlo realmente.

\*

Rico es aquel que sabe administrar lo que posee.

---

(1) Palabras de Goethe a Eckermann, el 23 de marzo de 1829. En la misma conversación, dicho sea de paso, Goethe define la arquitectura como una "música inmóvil". No de otra manera, sobre poco más o menos, habla el Eupalinos de Paul Valéry.

\*

Los impedimentos excitan el espíritu.

\*

Los sentimientos reúnen a los hombres; las opiniones los separan.

\*

... alcanzar una visión amplia del pensamiento ajeno, aun del contrapuesto.

\*

La alegría unida a la amistad, he aquí el móvil de las grandes acciones.

\*

... yo tenía amigos jóvenes que me aventajaban poco en edad y que me impulsaban a una inmediata emulación.

\*

Amigos como Schiller y yo, ligados durante largos años, interesados por las mismas cosas, en contacto constante, en recíproco y cotidiano cambio de ideas, vivían tan íntimamente el uno en el otro, que, en general, tratándose de pensamientos singulares, no se podía decir o establecer si pertenecían al uno o al otro. Juntos hemos compuesto muchos dísticos. Frecuentemente yo aportaba la idea, Schiller el verso; a veces ocurría lo contrario; otras, Schiller escribía un verso y yo el otro. ¿Cómo se puede hablar ahora de mío y de tuyo? Es preciso tener un fondo de filisteísmo para atribuir la más mínima importancia a la solución de tal problema.

\*

El hombre actúa plenamente sobre otros hombres por su personalidad; este efecto es más fuerte cuando la influencia va de jóvenes a jóvenes, y es también entonces cuando produce los más puros resultados.

\*

... mi flexible juventud.

\*

Marchamos a tientas entre misterios y maravillas. Un alma puede influir decisivamente sobre otra con sólo su tácita presencia.

\*

Me gustaba hablar cuando me atendían...



\*

Cuando sospecho que en la reunión hay gentes tontas o simplonas, las coloco a mi altura y las obligo a que se dejen iluminar el espíritu; pero, en cambio, cuando me encuentro en presencia de alguien que se cree ser más y saber más que el resto de los mortales, pienso exactamente lo contrario y lo trato de acuerdo a ese supuesto, poniéndole en ridículo y obligándole a no andar con la nariz tan levantada.

\*

... conversar a la manera socrática con los transeúntes, estimulando a cada cual en lo suyo.

\*

... a todo aquel que, de uno u otro modo, sintiase inclinado a crear algo personal, yo lo animaba con entusiasmo.

\*

Lo que se desea en la juventud se tiene sobradamente en la vejez.

\*

¿Cuál es tu deber? La obligación del día.

\*

... que el hombre sepa cómo les ha ido a otros y que aprenda a comprender que lo que le ocurre, sea lo que sea, le ocurre como hombre y no como individuo singular, particularmente afortunado o desgraciado. Si este saber no adiestra gran cosa para evitar el mal, es muy conveniente para que aceptemos nuestra suerte, la soportemos y hasta nos sintamos superiores a ella.

\*

El hombre que fracasa en la realización de grandes propósitos es más digno de alabanza que el que realiza propósitos menguados. Se puede no acertar yendo por el buen camino, y no fallar yendo por el falso.

\*

De continuo puede uno incurrir en errores, pero nadie tiene derecho a construirlos.

\*

El error nunca nos deja; pero siempre una aspiración superior eleva suavemente hacia la verdad al alma que se esfuerza hacia ella.

\*

A quien siempre se esfuerza con aspiración fervorosa, a ese podemos salvar (1).

\*

Tenemos que pagar caro nuestros errores, si queremos librarnos de ellos; así y todo podemos darnos por satisfechos.

\*

El error se repite de continuo en la acción; por eso es preciso repetir, sin descanso, la verdad en el discurso.

\*

Sólo nos damos cuenta de un defecto cuando ya estamos libres de él.

\*

La humanidad tiene el oído fino: una palabra pura suscita bellas acciones.

✧

La verdad se parece a Dios: no se nos muestra inmediatamente, nos es preciso adivinarla en sus manifestaciones.

\*

Lo verdadero, idéntico con lo divino, no es posible conocerlo directamente; contemplamos sólo su tenue reflejo, su ejemplo, su símbolo, en fenómenos aislados ...

\*

Todo cuanto acaece tiene carácter simbólico y, en tanto que se representa cabalmente a sí mismo, alude a todo lo demás.

\*

Es mucho más fácil distinguir el error que encontrar la verdad. El error yace en la superficie: pronto se le halla; la verdad está en lo profundo: buscarla no es faena para cualquiera.

\*

Prefiero la verdad dañosa al error útil.

---

(1) Simbólicas palabras de los coros angélicos en su celeste bienvenida a la parte inmortal de Fausto, ya redimido por la generosidad de su esfuerzo y por la amorosa intercesión del Eterno-femenino. La secreta, la accesible santidad de toda vida humana — aun de aquellas no exentas de errores y de culpas como la del amante de Margarita — resalta, confortante, en ese escueto versículo.

\*

Los sabios se vuelven necios cuando discuten con los ignorantes.

\*

... hablar y escribir me parecían decididamente dos cosas distintas, cada una de las cuales tenía sus respectivos derechos.

\*

... cuanto menos daban de sí mis trabajos, con tanto mayor fervor los proseguía.

\*

Mis obras no pueden llegar a ser realmente populares; quien lo piensa y se empeña en ello, se equivoca. No han sido compuestas para la muchedumbre, sino para algunas personas que desean y buscan algo semejante a lo que yo busco, y que siguen un camino próximo al mío (1).

\*

Nuestros actuales hombres de talento están crudamente expuestos a la luz pública. Entre los cincuenta periódicos críticos que aparecen en distintos lugares y el chismerío público que ellos suscitan, no hay modo de que se produzca algo sano. El que no acierte a mantenerse apartado y no consiga aislarse, está perdido. Mediante ese detestable periodismo, que estética y críticamente asume por lo general posturas negativas, se forma en la masa una especie de cultura a medias que para el talento creador es algo así como una neblina perniciosa, como un riego deletéreo que aniquila la fuerza productora del árbol, desde el adorno verdoso del follaje, hasta la médula más íntima y la fibra más recóndita.

\*:

Credme: la gloria hiere a veces tanto como el deshonor.

---

(1) En esta frase de Goethe a Eckermann, algunos críticos no quieren descubrir sino un alarde de áspero y encopetado señorío espiritual. No cabe duda que hay allí aristocracia, en cuando esa frase revela un profundo y, en consecuencia, un certero conocimiento del llamado "gran público". Pero, en cambio, falta soberbía, falta vanagloria. La vanidosa complacencia nunca fué pecado goethiano y el sabio supo burlarse siempre, en materia de popularidad, de las más halagadoras apariencias. Las discretas palabras citadas datan precisamente de 1828, es decir, de uno de los momentos más brillantes de su renombre europeo.

\*

Nada nos esclarece tanto sobre nosotros mismos como el tornar a ver lo que produjimos algunos años antes.

\*

... aprendí a estimar más y más lo importante del asunto y la concisión en la forma.

\*

... es preciso tener ante nosotros una gran riqueza de asuntos antes de poder pensar adecuadamente sobre ellos; es preciso hacer algo por sí mismo, aun a riesgo de equivocarse, para darse cuenta de las propias facultades y de las de los demás.

\*

Todos los hombres comprenden, cuando llegan a cierta altura de su formación, que tienen que representar en el mundo dos papeles: uno real y otro ideal, y en este sentimiento ha de buscarse el fundamento de todo lo noble.

\*

Un hombre nunca podrá ser un carácter, en la plena acepción del vocablo; la vida le sería imposible. Para existir son menester modalidades mixtas.

\*

¿Cuántas figuras tenéis? — En serio, una sola — repuse —; en broma, todas las que queráis.

\*

Pero, ¿es que la vida ordinaria vale tanto, o es que los menesteres diarios absorben de tal modo a las gentes que tengan que renunciar a toda bella exigencia ideal?

\*

... este anudamiento de un mundo imaginario con el real proyecta una graciosa aureola sobre la vida entera de la persona.

\*

... ¿dónde han de encontrar los jóvenes el más alto interés, y cómo podrían suscitarlo entre sus iguales, si no los animase el amor o si no alentasen en ellos impulsos cordiales de una u otra suerte?

\*

... me agradaba congregar en rededor mío y ligar a mí gente joven.

\*

... como el hombre necesita vivir, yo me interesaba sinceramente por los demás, trataba de ayudarlos en sus confusiones y de unir a los que querían disociarse, para que no les ocurriese lo que a mí me había ocurrido.

\*

... buscaba refugio, siguiendo mi antigua costumbre, en la poesía. Proseguía mi confesión poética para hacerme digno, por esta expiación voluntaria, de una absolución interior.

\*

... transformar plenamente el arte en naturaleza y la naturaleza en arte.

\*

Para enterarse de cuál es el sabor de las cerezas y de las fresas hay que preguntárselo a los niños y a los gorriones.

\*

Y así comenzó a actuar en mí aquella tendencia, de la que no pude apartarme luego en toda mi vida: la de transformar cuanto me placía o me atormentaba, o me preocupaba de cualquier modo, en una imagen, en una poesía, saldando cuentas de esta manera con mí mismo, tanto porque aclaraba mi concepto de las cosas externas cuanto porque ello me aplacaba interiormente. Este don a nadie ha sido más necesario que a mí, que constantemente me veía sacudido por mi naturaleza de un extremo a otro.

\*

También en esto trataba de libertarme de lo que me atormentaba por medio de una canción, de un epigrama, de una rima cualquiera, que apenas podrán interesar a nadie más que a mí, por referirse a mis más íntimos sentimientos y a circunstancias muy personales.

\*

... hube de hacer, tanto en mí como en muchos otros, experiencias ofensivas y humillantes.

\*

Como el corazón está más próximo a nosotros que el espíritu, y aún nos da que hacer cuando éste sabe muy bien salir

del paso, siempre los asuntos del corazón me habían parecido los más importantes.

\*

... mi sentido y mi razón no excluían nada en absoluto fácilmente.

\*

La vida real pierde a veces de tal modo su brillo, que es preciso animarla con el colorido de la ficción.

\*

... se espera todo del genio, cuyas capacidades son, sin embargo, limitadas.

\*

No es preciso que todo lo que hagamos responda al alto concepto que uno se ha formado de sí mismo; está bien producir, por otra parte, cosas de tono corriente.

\*

... en la actividad terrena rara vez puede hablarse de camino, ya que, así como el agua desalojada por un barco se precipita inmediatamente tras él, el error se cierra rápidamente tras los espíritus eminentes que lo han apartado abriéndose paso.

\*

... es difícil concebir la teoría sin erudición y pedantería, ni la práctica sin charlatanería y empirismo.

\*

El que quiere ser dueño de sí propio enciérrese en su casa, reúname con su mujer y sus hijos, beba un grato zumo de uva, acompañado de un alimento frugal, y no tendrá dificultades en su vida.

\*

Me daba cuenta de que sólo aislándose puede producirse algo importante.

\*

El curso de los pasados años me había impulsado incesantemente al ejercicio de la propia fuerza; borbollaba en mi una incansable actividad y me sentía penetrado de las más vivas ansias de perfección moral.

\*

Quien puede hacer vino no debe hacer vinagre.

\*

Busca en ti mismo, y lo encontrarás todo.

\*

... hombres ordinarios que no se observan a sí mismos.

\*

... nuestra más bella y grata ilusión, que no debemos perder aunque nos ocasione muchos sinsabores en la vida, es la que nos impulsa hacia el deseo de apropiarnos y de realizar por nosotros mismos cuanto apreciamos y veneramos.

\*

... el silencio, la penumbra, la oscuridad, en que únicamente pueden surgir las producciones puras.

\*

¡Oh dioses, grandes dioses que reináis allá arriba en vuestro vasto cielo! ¡Si sobre esta tierra vosotros pudierais darnos un espíritu firme y una resolución ecuaníme, ya os dejaríamos nosotros, oh buenos dioses que reináis allá arriba, vuestro vasto cielo!

\*

... un maravilloso parentesco con todos los objetos de la Naturaleza y un acorde tan íntimo que todo cambio, ya de lugar o comarca, ya de días o estaciones, me conmovía profundamente.

\*

Inventé, establecí, organicé. Sentíame alegre, dichoso y contento de mí mismo; fui ordenando dentro de mí las cosas que el mundo, eternamente contradictorio, me presentaba informes y confusas.

\*

Mostraba yo gran empeño en educar, alimentar y formar a cuantos talentos, aficiones o inclinaciones alentaban en mí.

\*

Si las personas de edad quisieran proceder con pedagogía certera, no debían prohibirle ni censurarle a un muchacho nada de lo que le causa placer, si al mismo tiempo no aciertan a substituirlo por otra cosa.

\*

Para todos los pájaros hay reclamos, y así cada hombre es dirigido y extraviado a su manera. Naturaleza, educación, medio ambiente y hábito habíanme mantenido apartado de todo lo grosero.

\*

... era innata en mí la capacidad de penetrar en la situación de otro, de sentir todas las clases de la existencia humana y compartir con agrado sus afanes.

\*

... se desarrolló y fortaleció en mí el sentimiento de la igualdad, ya que no de todos los hombres, por lo menos de todas las situaciones humanas.

\*

... me interesaba más exponer mis dudas que verlas resueltas.

\*

El ojo era el órgano con que yo principalmente percibía el mundo.

\*

En todo lo que miraba veía un cuadro.

\*

... sobre cimientos bastante sólidos edificué castillos en el aire.

\*

... en todo tiempo seguía produciéndome goce muy intenso la reproducción poética de cuanto observaba en mí mismo, en los otros y en la Naturaleza.

\*

El amor verdadero es aquel que permanece invariable, sea que se lo otorguen todo, sea que todo se lo quiten.

\*

Quien quiere realizar tareas dignas, siempre y alegremente alimente en su espíritu y en su corazón un amor verdadero.

\*

A quien arde en un puro amor, a ese Dios lo reconoce como suyo.



\*

Sólo conocemos lo que amamos.

\*

Aunque multitud de obras te ofrezcan fábulas o verdades, todo no será más que una Babel si el fervor no las relaciona.

\*

¡No busques curaciones vanas! Todo el secreto de nuestra flaqueza oscila siempre entre la precipitación y la negligencia.

\*

Lo que no comprendemos, tampoco lo poseemos.

\*

Hay muchos que se imaginan que todo cuanto aprenden lo saben también.

\*

Nuestros adversarios creen refutarlos cuando repiten su opinión desentendiéndose de la nuestra.

\*

Cuando dicen: "¡No me gusta!", ya creen haberlo dicho todo.

\*

¿Cómo has ido tan lejos? ¡Se dice que has terminado tu obra! — Hijo mío, he sido juicioso: en ningún instante se me ocurrió reflexionar sobre el pensamiento.

\*

El hombre debe persistir en la creencia de que lo incomprendible puede llegar a comprenderse, de lo contrario no buscaría más.

\*

En mi cantón había doctos varones: sólo sabían leer en su propio breviario.

\*

Si a veces siento impaciencia, pienso en la paciencia de la tierra que, como se dice, gira cada día y marcha año tras año.

\*

El verdadero genio es el que todo lo toma, el que sabe apropiarse de todo sin perjuicio para sus disposiciones profundas.

\*

No hay pasado que deba añorarse: todo es una eterna novedad que se forma con los elementos prolongados del pasado.

\*

Sólo es digno de hablar y de escribir quien mira y tiende hacia el porvenir.

\*

Para mi íntimo beneficio espiritual, no he encontrado nada más adecuado que la Naturaleza vasta y profunda y siempre viva, juntamente con las obras de los poetas y artistas griegos.

\*

Vivir largo tiempo es sobrevivir a muchas cosas, a seres queridos, detestados, indiferentes, a reinos, a capitales, a bosques, a los árboles que hemos plantado en nuestra juventud. Vivir largo tiempo es sobrevivirse a sí mismo, pero debemos sentirnos profundamente reconocidos, aun cuando ya sólo nos resten contados dones del espíritu y del cuerpo. Aceptemos todo lo efímero: si de continuo pensamos en lo eterno, el pasado no nos hará sufrir (1).

\*

He estado constantemente atento a esos momentos de la historia del mundo, del arte, de la civilización, en los cuales podía sentirme cada vez más seguro de encontrar y adquirir una cultura elevada, verdadera, humana (2).

\*

Pensar y actuar, actuar y pensar, constituyen la suma de toda la sabiduría, reconocida y practicada en todo tiempo, ya que no advertida por todos. Lo uno y lo otro deben, como la inspiración y la expiración, alternar ininterrumpidamente en la vida; como la pregunta y la respuesta, lo uno nunca debería ir sin lo otro.

\*

Los órganos del hombre por el ejercicio, la enseñanza, la reflexión, el éxito, el fracaso, el estímulo, la oposición y, de nuevo, y siempre, la reflexión, combinan, de un modo inconsciente, en actividad libérrima, lo adquirido con lo innato, al

---

(1) Pasaje de una carta de Goethe, ya anciano, a la condesa Augusta von Bernstorff. 17 de abril de 1823.

(2) Párrafo de una carta a J. E. Zahn, escrita por Goethe el 10 de marzo de 1832, doce días antes de su muerte. ¡Sucinto y supremo balance de todo el vivir goethiano!

punto que del todo termina por resultar una unidad espiritual asombrosa.

\*

¿Qué soy? ¿Qué he hecho? He acopiado y utilizado cuanto pude oír y observar. Mis obras fueron nutridas con el aporte de múltiples y diversos individuos, ignorantes y sabios, discretos y tontos. La juventud, la edad madura y la vejez me aportaron sucesivamente sus ideas, sus capacidades, sus maneras de ser. Recogí, a veces, la cosecha que otros habían sembrado. Aunque lleve el nombre de Goethe, mi obra es así la tarea de un ser innumerable, colectivo.

\*

Sólo la humanidad es el hombre verdadero.

\*

... sentimos veneración al contemplar un espíritu grávido de un gran destino, obligado a esperar el pleno desarrollo del germen, sin que ni lo bueno ni lo malo, lo dichoso o lo infausto, puedan ni deban apresurar lo que ha de venir de suyo y naturalmente.

\*

Haga el hombre lo que haga, emprenda lo que emprenda, volverá siempre al camino que la Naturaleza le ha señalado.

\*

¿No es la Naturaleza la que me ha transfigurado en hombre, la todopoderosa Naturaleza, nuestra común soberana?

\*

He sido un hombre, es decir un luchador (1).

(1) Entiéndase que su triunfo consistió no en dominar exteriormente a los otros, a la manera de cualquier director de multitudes, sino en vencerse íntimamente a sí mismo. Su lucha libertadora fué así la del filósofo — o, mejor aún, la del sabio —, no la del político. Este breve pasaje del *Divan Oriental-Occidental*, con frecuencia tan mal interpretado por los comentaristas, se aclara plenamente si se lo completa, por ejemplo, con estos versos del *Fausto*:

“Sí, me abandono por entero a esta creencia,  
que es la extrema conclusión de la sabiduría:  
Sólo merece la libertad y la vida,  
quien diariamente procura conquistarlas.”

O, más explícitamente, si se lo compara e identifica con estos otros:

“De la necesidad que rige a todos los seres  
se libera el hombre que se vence a sí mismo.”

O con estos, mucho más llanos, entresacados de las *Xenias*:

“Quien no tiene imperio sobre sí mismo  
será siempre un esclavo.”

O bien con estas líneas: “Quiero ser señor. Sólo el que es capaz de ponerse totalmente es digno de señorear y puede señorear.” O con estas: “Todos quieren ser señores, y ninguno sabe ser señor de sí mismo.”



GOETHE Y SPINOZA







“Dieser Geist, der so entschieden auf mich wirkte und der auf meine ganze Denkweise so grossen Einfluss haben sollte, war Spinoza.”

(*Dichtung und Wahrheit.*)





## GOETHE Y SPINOZA

“Geist und Herz, Verstand und Sinn suchten sich mit notwendiger Wahlverwandtschaft, und durch diese kam die Vereinigung der verschiedensten Wesen zustande.”

*Dichtung und Wahrheit*, III, XIV (\*).

*1632: nace Spinoza; 1832: muere Goethe.*

No vamos a referirnos a esta coincidencia cronológica, accesible y desdeñable pretexto para frases de circunstancia. Sólo interesa aludir a aquellas otras coincidencias, no tan aparentes pero más espirituales, que siempre consiguieron hermanar, a distancia y por encima de no pocas oposiciones íntimas, al filósofo holandés con el poeta alemán.

Solo una alusión, decimos. Lo demás, lo que importa, ya va incluso en los pasajes de Poesía y Verdad transcriptos en la versión castellana que sigue.

Mal estaría que la fecha del centenario espinoziano pasase aquí casi tan inadvertida como va corriendo fuera del ámbito universitario. Después de todo — por lo menos en este caso —, ni un artículo, ni siquiera una conferencia, nos era indispensable para lograr la espléndida del homenaje. La mayor ofrenda que pueda tributarse al recuerdo de un grande hombre son las palabras de reconocimiento de otro grande hombre.

VERBUM celebra, con palabras de Goethe, la memoria de Spinoza.

A. J. B.

---

(\*) “Espíritu y corazón, entendimiento y sentido se buscan con necesaria afinidad electiva, y por ellos se produce la unión de seres distintos.”

*Poesía y Verdad*, III, XIV.



Aunque predominantemente me interesaba la expresión poética, por ser lo que mejor se adecuaba a mi naturaleza, no me era extraña la reflexión sobre asuntos de toda índole, y la manera de pensar de Jacobi, original y encaminada hacia el logro de lo inaccesible, fué bienvenida y grata. No había en esta tendencia ningún conato polémico ni cristiano-apologético como en Lavater, ni didáctico, como en Basedow. Los pensamientos que Jacobi me comunicaba surgían espontáneamente de su afectividad, y yo me sentía, a mi vez, penetrado, cuando él, con ilimitada confianza, me descubría las más profundas interioridades de su alma. De una confusión tan extraordinaria de aspiraciones, pasiones e ideas, sólo podían derivar para mí atisbos imprecisos, que se irían aclarando en el porvenir. Dichosamente, en estas cuestiones tenía yo alguna preparación por haberme compenetrado con la vida y las ideas de un hombre excepcional, lo que, si bien había ocurrido de un modo imperfecto y como al pasar, no había dejado de producir efectos decisivos. Este espíritu que tan decisivamente había actuado sobre mí, y que debía tener tan considerable influencia sobre todo mi modo de pensar, era Spinoza. Ocurrió, en efecto, que después de haber recorrido inquietamente por todas partes en procura de luz para mis problemas, dí finalmente con la *Ética* de este hombre. Entonces no podía explicar claramente lo que había logrado en la lectura de esa obra y lo que me había sugerido; lo cierto es que hallé en ella sosiego para mis turbulencias y que se abrió para mí un vasto y libre horizonte en el mundo sensible y moral. Lo que particularmente me atraía hacia Spinoza era su ilimitado desinterés, manifiesto de continuo. Aquella frase maravillosa: "Quien de veras ama a Dios no tiene que reclamar que Dios le ame a su vez", con todos los antecedentes en que descansa, con todas las consecuencias que de ella dimanar, colmaba la totalidad de mi pensamiento. Ser en todo desinteresado, ser des-

interesado sobre todo en el amor y en la amistad, era mi dicha suprema, mi divisa, mi ejercicio, y aquella singular palabra: "¿Qué te importa a ti que yo te ame?" brotó sinceramente de mi corazón. La serenidad de Spinoza todo lo armonizaba, contrastando así con mis inquietas aspiraciones, que lo trastocaban todo; su método matemático era como el reverso de mi representación y sentido poéticos, y su mismo procedimiento reglado, poco apto para el tratamiento de las cuestiones morales, era lo que me transformaba en su apasionado discípulo y resuelto admirador. Espíritu y corazón, entendimiento y sentido se buscan con necesaria afinidad electiva, y por ellos se produce la unión de seres distintos.

Pero todo eso estaba aún en plena acción y reacción, en fermento y hervor. Federico Jacobi, el primero a quien dejé mirar en lo interior de este caos, y que también luchaba en las profundidades de su alma, aceptó cordialmente mi confianza, correspondió a ella y procuró encaminarme según su propio sentir. También él experimentaba un anhelo espiritual inexpresable, tampoco él quería ser apaciguado con ayuda extraña, sino formarse y esclarecerse a sí mismo. No entendí lo que me explicó del estado de su ánimo, pues ni del mío propio me daba cuenta exacta. Pero como había profundizado más que yo en el pensamiento filosófico, incluso en la meditación de Spinoza, trató de aclarar y conducir mis oscuros anhelos. Este puro lazo espiritual me era novísimo y suscitó en mí un apasionado deseo de confidencias. Por la noche, después de separarnos, yo tornaba a buscarle a su dormitorio. El claro de luna rielaba sobre el Rin anchuroso, mientras nosotros, asomados a la ventana, bogábamos en la plenitud de la reciprocidad y del intercambio, que en aquel espléndido tiempo del despliegue espiritual fluye tan abundante.

Sin embargo, no podría dar cuenta ahora de estos inefables estados de ánimo; lo que sí recuerdo claramente es una excursión al castillo de Bensberg, situado en la margen derecha del Rin y desde el que se disfruta un magnífico panorama.

El resto del viaje, Rin abajo, se deslizó jovial y dichosamente. A medida que el río se ensancha, también el ánimo tiende a

ensancharse y a mirar a lo lejos. Llegamos a Düsseldorf y de allí pasamos a Pempelfort, la residencia más alegre y risueña, donde en una espaciosa vivienda, que daba a amplios y muy cuidados jardines, se reunía un círculo de personas selectas e ingeniosas.

---

Pero volviendo a mi amigo Jacobi, diré que con él disfrutaba yo el delicioso sentimiento de la más íntima comunión espiritual. Nos animaba a ambos la vivísima esperanza de realizar alguna empresa en común y le rogué insistentemente que cuanto alentase en él y lo conmoviese, lo expresase, resuelto, en una forma cualquiera. Por este medio me había librado yo de muchas confusiones y esperaba que a él le procuraría, también, el mismo efecto. Sin vacilación y con buen ánimo se puso a la obra, ¡y cuántas cosas excelentes, bellas y confortantes ha producido!

---

(*Poesía y Verdad*, libro XIV).

Suele decirse que ninguna desdicha viene sola, y algo análogo acontece con la dicha: por veces, las dichas nos rodean armoniosamente, sea porque el destino así lo dispone, sea porque el hombre posee poder suficiente para atraer a sí los elementos necesarios.

En esta oportunidad, por lo menos, todo coincidía para suscitar en mí una paz tanto exterior como ínterna. Aquella debíala a que aguardaba tranquilamente lo que se pensaba disponer con relación a mí persona; pero a esta paz íntima sólo llegué por medio de reiterados esfuerzos.

Hacia ya mucho tiempo que no pensaba en Spinoza, y de pronto fui conducido a él por una polémica. Encontré en nuestra biblioteca un librito cuyo autor combatía desacompañadamente a aquel extraordinario pensador, extremando su encono al punto de colocar el retrato del autor frente al título con esta leyenda: *Signum reprobationis in vultu gerens* —, es decir, que llevaba en el rostro el signo de la reprobación. En verdad que no era posible negar esto a la vista del retrato,

pues el grabado era lamentable y el rostro del personaje una caricatura, lo que me hizo recordar a esos adversarios que deforman primero a quien quieren mal y luego lo combaten como a un monstruo.

Sin embargo, el librito aludido no me produjo impresión ninguna, porque en general no me agradaban las controversias, ya que siempre preferí que los hombres me dijeran cómo pensaban a que otros me contaran cómo hubieran debido pensar. No obstante, la curiosidad me llevó al artículo "Spinoza" en el *Diccionario* de Bayle, obra tan estimable y útil por el saber y el ingenio como pretenciosa y nociva por su palabrerío e hinchazón.

El artículo me produjo inquietud y desconfianza. Primero se le considera ateo y se reputa sus opiniones como altamente censurables, pero seguidamente se concede que era un hombre pacífico consagrado a sus meditaciones y estudios, un excelente ciudadano, una persona comunicativa y un particular ordenado, en todo lo cual parecía olvidarse la máxima evangélica: por sus frutos los conoceréis. Pues, ¿cómo podía emanar de principios condenables una vida grata a Dios y a los hombres?

Recordaba aún perfectamente la calma y claridad espirituales que habían bajado a mí cuando tiempo antes había hojeado las obras de aquel hombre extraordinario. El efecto general lo tenía aún muy presente, no así los detalles, por lo que me apresuré a volver a los textos a que tanto he debido, y pronto sentí el soplo del mismo hálito de paz. Me entregué a esta lectura, y contemplándome a mí mismo creía no haber visto nunca el mundo en tan radiosa claridad.

Como se ha discutido mucho, aun en los últimos tiempos, sobre este asunto, no quisiera ser mal entendido y deseo decir algo acerca de esas ideas tan temidas y detestadas.

Nuestra vida física y espiritual, las costumbres, los hábitos, la experiencia mundana, la filosofía, la religión, múltiples acontecimientos fortuitos, todo nos dice que debemos renunciar. Muchas cosas que interiormente nos pertenecen del modo más íntimo no podemos proyectarlas hacia afuera; se nos priva de aquellos elementos exteriores que necesitamos para complemento de nuestro ser, y se nos fuerza, en cambio, a adoptar otros que nos son tan extraños como molestos. Se nos arre-

bata lo que trabajosamente adquirimos, lo lícitamente permitido, y antes de que nos hayamos dado cuenta de ello nos vemos obligados a renunciar a nuestra personalidad, primero a trozos y después por entero. Y lo usual en tales casos es no atender a quien por tal razón grita desaforado; antes al contrario, cuanto más amargo sea el cáliz, debe apurarse con rostro más sonriente, a fin de que los apacibles espectadores no vayan a sentirse ofendidos por alguna contorsión.

Pero la Naturaleza ha provisto al hombre de fuerza, actividad y resistencia suficientes para resolver este arduo problema. El mayor auxilio le viene al hombre de la inquebrantable ligereza de ánimo que le ha sido concedida. Por ella es capaz de renunciar a cada instante a todo lo que se le presenta, con tal de que en el momento inmediato pueda asir algo nuevo; y así, inconscientemente, vamos rehaciendo de un modo incesante toda nuestra vida. Trocamos una pasión por otra; vamos probando, unos tras otros, ocupaciones, afectos, aficiones, manías, para exclamar, por último, que todo es vanidad. Nadie se espanta de esta frase falsa y hasta blasfema, sino que, al contrario, se cree haber dicho con ella algo sumamente sabio e irrefutable. Sólo hay contados hombres que experimenten por adelantado tan insoportables sentimientos y que, para huir de toda lenta resignación parcial, renuncien de una vez.

Estos hombres se afirman en lo eterno, en lo necesario y lo normado; tratan de formarse conceptos inquebrantables, los cuales, confrontados con lo perecedero, no sólo no se amenguan, sino que se robustecen. Pero como en esta actitud hay algo de sobrehumano, tales personas son tenidas por monstruos, por enemigas del mundo y de Dios, y no se cree nunca haberles puesto cuernos y garras bastantes.

La confianza que Spinoza me infundía basábase en el efecto aquietador que en mí había producido, y ella se acrecentó cuando ví acusados de spinozismo a mis amados místicos, cuando supe que ni Leibniz había podido librarse de tal reproche y que Boerhaave, sospechoso de participar de tales ideas, había tenido que pasarse de la teología a la medicina.

Pero no se crea que yo subscribía a todos sus escritos, ni que me adhería literalmente a ellos. Ya había notado, y con cla-



ridad sobrada, que nadie entiende a otro, que nadie piensa en las mismas palabras lo mismo que otro, que una lectura, una conversación despierta en diversas personas pensamientos también diversos, y espero se conceda al autor de *Werther* y de *Fausto* que, profundamente penetrado de tales diferencias, no tuviese entonces la pretensión de comprender plenamente a un hombre discípulo de Descartes, que había ascendido a las más altas cimas del pensamiento mediante la cultura matemática y rabinica, un hombre que hasta el día de hoy parece indicar la meta de todos los esfuerzos especulativos.

.....

Pero quiero exponer aquí, con toda brevedad y relieve posibles, hasta qué punto me resultaron inolvidables las principales impresiones de esta relación con Spinoza, de tan gran influencia en mi vida.

La Naturaleza obra según leyes eternas necesarias, y de tal modo divinas que la Divinidad misma no podría alterarlas. En esto están acordes inconscientemente todos los hombres. Piénsese sino en cómo un fenómeno de la Naturaleza que indique entendimiento, razón, o simplemente arbitrio, nos colma de estupor y hasta de espanto.

Cuando advertimos en los animales algo racional, nuestra admiración no reconoce límites, pues aún estando tan próximos a nosotros nos parecen separados por un abismo infinito y relegados al reino de la necesidad. En consecuencia, no podemos tomar a mal el que algunos pensadores hayan declarado como puramente mecánica la técnica complicadísima, pero en extremo limitada, de dichas criaturas.

Si de los animales pasamos a las plantas, nuestro aserto resulta más evidente aún. Recuérdese el efecto que nos produce el ver a la célebre mimosa cuando van plegándose dos a dos sus hojas y cuando finalmente se esconde. Y todavía es mayor el efecto que nos produce la contemplación del *Heclysarum gyrans*, que sube y baja sus hojuelas sin necesidad de excitación exterior y que parece jugar no sólo consigo mismo, sino también con nuestros conceptos. Si existiese una palmera que por sí sola pudiese hacer subir y bajar sus grandes hojas, haría retroceder de espanto a todo el que lo viese por primera vez.

Tan arraigada está en nosotros la idea de nuestras propias excelencias, que no podemos otorgar ninguna de ellas al mundo exterior, y, si fuera posible, se las arrebatáramos hasta a nuestros iguales.

Análogo espanto se posesiona, en cambio, de nosotros cuando vemos a los hombres proceder contra leyes morales generalmente reconocidas, o irracionalmente contra su propio provecho o contra el ajeno. Para liberarnos del horror que entonces sentimos, lo transformamos inmediatamente en censura, en reprobación, y procuramos libertarnos de hombres semejantes, real o mentalmente.

Pero esta contraposición que Spinoza destaca tan patentemente la apliqué de un modo muy singular a mí propio, y lo dicho hasta aquí sólo sirve en realidad para hacer comprensible lo que sigue.

Yo habría llegado a considerar como pura Naturaleza la capacidad poética que en mí se manifestaba, con tanto mayor motivo cuanto que consideraba a la naturaleza exterior como objeto de esa misma capacidad. La manifestación de este don poético podía ser, es verdad, provocada y determinada conscientemente; pero cuando brotaba más gozosa y abundante era cuando se producía involuntariamente y, por veces, hasta contra mi voluntad.

"Durch Feld und Wald zu schweifen,  
Mein Liedchen wegzupfeifen,  
So ging's den ganzen Tag." (1)

Pero como la naturaleza que producía en mí espontáneamente estos trabajos mayores y menores descansaba a veces en largas pausas, y durante largos lapsos no era capaz de producir nada aun queriendo, por lo que con frecuencia sentía aburrimiento, pensando en aquella radical oposición, se me ocurrió que por otro lado podría utilizar en provecho propio y ajeno lo que había en mí de humano, inteligente y razonable, con-

(1) "Errando a través de campos y bosques,  
silbando mis cancioncillas,  
así pasaba el día entero."

sagrándome en los intervalos, como lo había venido haciendo y como se me incitaba a hacerlo cada vez más insistentemente, a los negocios, no dejando así inactivas ninguna de mis facultades. Hallé que esto, que parecía deducirse de aquellos conceptos generales, estaba tan de acuerdo con mi modo de ser y con mi situación, que resolví obrar de esa manera, con lo que encontraron fin mis dudas y vacilaciones. Me era en extremo grato pensar que podía exigir de los hombres compensaciones materiales por mis servicios efectivos, pero que en cambio podía seguir prodigando desinteresadamente aquel cordialísimo don natural.

*(Poesía y Verdad, libro XVI).*

EL POETA







“... die schönen Tage,  
Jene Tage der ersten Liebe.”  
(*Erster Verlust.*)



“Ich empfand als Mensch, als junger Mensch; mir  
war alles lebendig, wahr, gegenwärtig.”

*(Dichtung und Wahrheit.)*



„Schaff', das Tagwerk meiner Hände,  
Hohes Glück, dass ich's vollende!  
Lass, o lass mich nicht ermatten!  
Nein, es sind nicht leere Träume:  
Jetzt nur Stangen, diese Bäume  
Geben einst noch Frucht und Schatten.“

*(Hoffnung.)*





“Wie Kirschen und Beeren schmecken, muss man Kinder  
und Sperlinge fragen!”

*(Dichtung und Wahrheit.)*



“Kennst du das Land, wo die Zitronen blühn...?

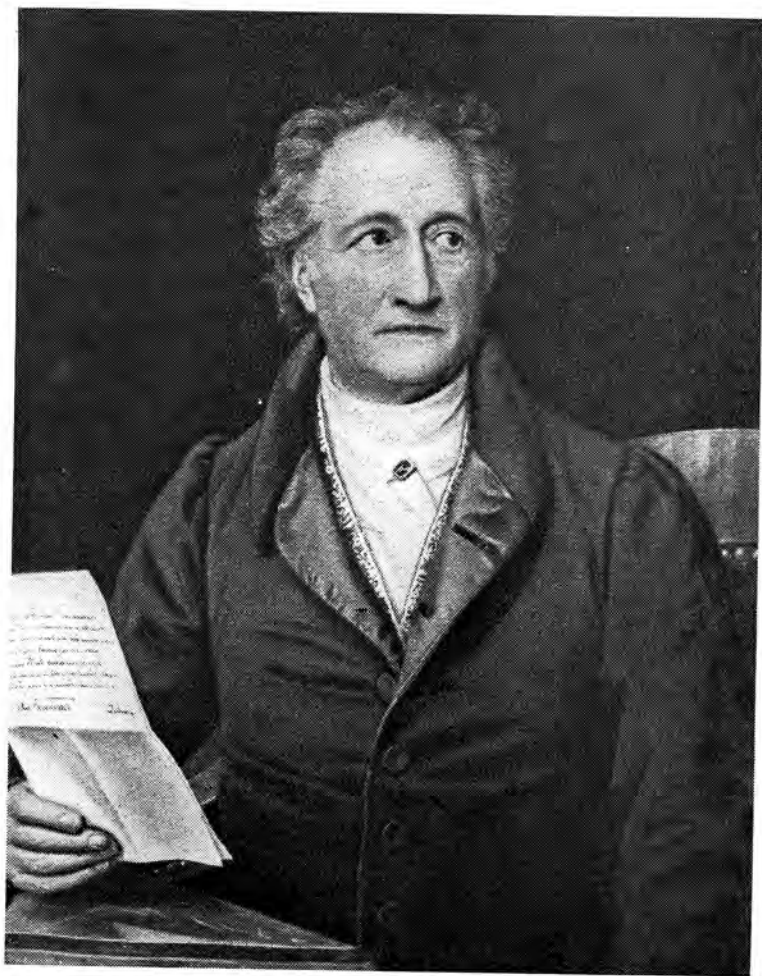
.....  
Kennst du es wohl? Dahin! Dahin...”

*(Wilhelm Meisters Lehrjahre.)*



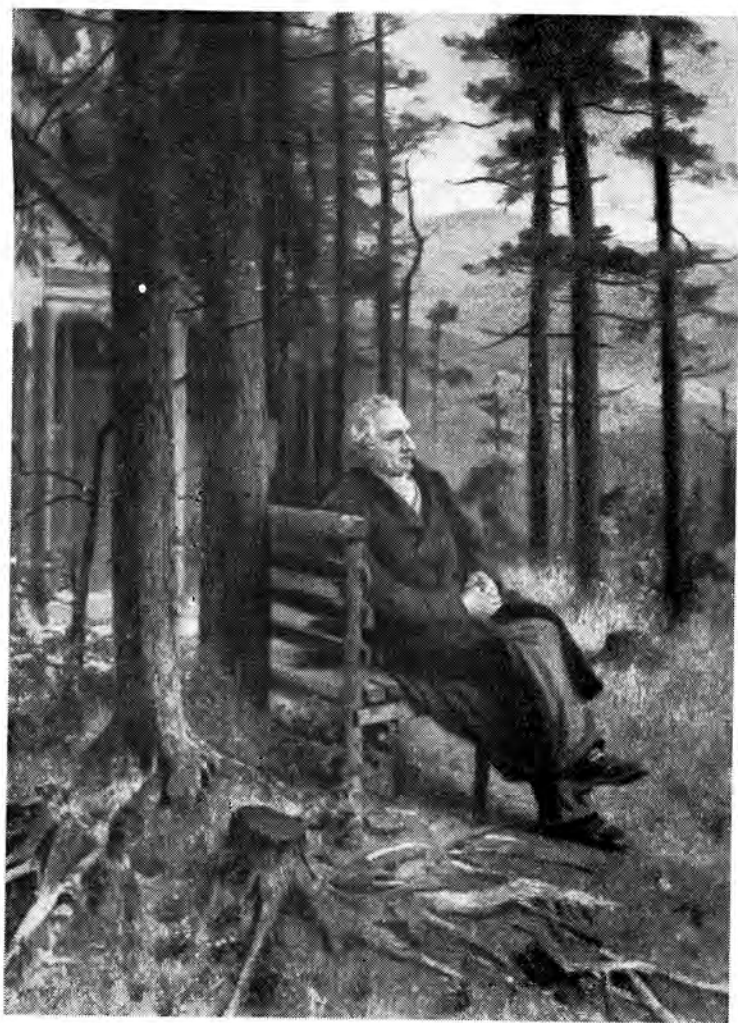
“Macht die Liebe, die Kunst jegliches Kleine doch gross.”

(*Euphrosyne.*)



“Was man in der Jugend wünscht, hat man im Alter  
die Fülle.”

*(Dichtung und Wahrheit.)*



“Ueber allen Gipfeln  
Ist Ruh’...”

*(Wanderers Nachtlied.)*



“So seh’ ich in allen  
Die ewige Zier,  
Und wie mir’s gefallen.  
Gefall’ ich auch mir”.

*(Faust, II.)*

## CRONOLOGIA BIOBIBLIOGRAFICA

"... Richtung meiner Bildung."  
*Dichtung und Wahrheit*, II. X (\*).

Varios cientos de páginas necesitó Goethe para recordar, en *Poesía y Verdad*, las primeras etapas de su formación espiritual. Inagotable, y en consecuencia poco asequible y compendiosa, es la bibliografía que estudia las etapas ulteriores del vivir y del poetizar del sabio. Pero como la vida determina y explica a la obra y como ésta, a su vez, marca el desarrollo de aquélla, si algo veraz quiere saberse con respecto a Goethe, de continuo es preciso tener presente ese proceso de claras y animadas interferencias.

No existe — que sepamos — un memorándum, panorama o breve inventario, que refleje, con olvido de detalles, esa doble y edificante actividad: "... transformar plenamente el arte en naturaleza y la naturaleza en arte", "... producir en la vida, en la simple vida cotidiana, por la poesía, una segunda vida". En el bosquejo que sigue, elaborado sobre libros de muy diverso carácter y procedencia — y, particularmente, sobre los escritos del mismo poeta — se indican, dentro de su correlativo marco cronológico, los rasgos dominantes — hechos o títulos — de la vida y la obra. Imposible incluirlo todo, ni siquiera así por modo sumario y a manera de notación limitadísima. No creemos, sin embargo, que ninguna etapa decisiva haya quedado sin señalar, y aun no ha faltado resquicio para rasgos menos conocidos.

Sin excluir tampoco los titubeos, arrepentimientos y retoques, que — no menos que el ademán tajante de resolución o el íntimo renunciamiento — también dicen: He aquí un hombre, en estos apuntes biobibliográficos, a través del necesario

---

(\*) "... Camino de mi formación." *Poesía y Verdad*, II. X.

*contraste de luces y de sombras, algo despunta, sin duda, de lo que hace un siglo era silueta transitoria y es ahora — a cien años de distancia — perfil no perecedero. Sobre un trazo característico había que acentuar el dibujo: era preciso mostrar cómo en Goethe siempre es la plenitud de la vida la que colma y embellece la obra; o destacar — hasta por simple oposición tipográfica (1) — en qué forma no sólo su capacidad intelectual, sino su mera actividad de funcionario áulico, se vió siempre magnificada o empobrecida según el grado de entusiasmo que por entonces suscitase en él, ya la devoción contemplativa, ya la comunión simpática o la efusión afectuosa: Dios — la Naturaleza —, las amadas, los amigos, los viajes . . .*

*Por escueto que sea, este esquema registra, por la sola virtud de su propia índole, el ritmo unas veces acelerado, retardado otras, pero en conclusión siempre fervoroso y progresivo, de todo el vivir goethiano: sobre afanes diarios, aspiraciones eternas.*

A. J. B.

---

(1) Dado el criterio de esta cronología, y para atenuar la aridez del apunte biobibliográfico, con frecuencia agregamos algunas líneas de Goethe — pasaje de una obra o título de un poema — que se refieren, directa o indirectamente, a la época o al momento aludido. En estos casos, el mismo Goethe recomendaba un "procedimiento medio histórico, medio poético." (*Poesía y Verdad*, Introducción.).



1749 - 1765. El 28 de agosto de 1749, en Francfort-del-  
(1 - 16) Meno, nace Juan Wolfango Goethe.

Infancia. Educación y sugerencias hogareñas: la adusta rectitud del padre; la ternura jovial de la "madrecita". Los abuelos. El teatrillo de títeres. Cornelia, la hermana-amiga. Lecturas.

Enero de 1759: Ocupación de Francfort por las tropas francesas. Reflejos de Versalles en casa de Su excelencia el señor Consejero Goethe: el príncipe de Soubise y el Mariscal de Broglie. El conde de Thorane, lugarteniente del Rey. Goethe frecuenta el teatro de la guarnición. Descubrimiento de Molière. Goethe se apasiona por la dramaturgia raciniana: *Llegué a aprenderme de memoria tiradas enteras*...

Adolescencia. Amorío con Gretchen, la vecinita: *Las primeras inclinaciones amorosas de una juventud no corrompida toman siempre un matiz espiritual*. Los primeros versos.

1765 - 1768. 30 de setiembre de 1765: Goethe se dirige a  
(16 - 19) Leipzig para iniciar su carrera jurídica. Sorpresas de un provinciano en el "pequeño París".

Auto de fe literario: Goethe quema sus producciones de adolescente. Relaciones con Ana Catalina, la hija del hotelero Schönkopf. Amor y amor propio; celos. Versos de circunstancia, cantos madrigalescos, pastorales rococó.

Jurisprudencia y vida mundana. Profesores severos y mujeres... afables. Camaradería con Behrisch. Preocupaciones y actividades varias. Insatisfacción espiritual y destemplanza física:

epigramas, canciones báquicas, francachelas nocturnas: *Ergo vivamus!*

1768 - 1770. Goethe, gravemente enfermo, se ve en la precisión (19 - 21) de abandonar a Leipzig. El 28 de agosto de 1768 se despide de Ana Catalina: *Empezamos por el amor y terminamos en la amistad*. La vuelta del hijo pródigo. El poeta entre la vida y la muerte. Horas de pietismo y de efusión religiosa. Amistad y místicos coloquios con Susana von Klettenberg: *La consejera en cuyo seno podía volcar toda mi intimidad*. Nuevo auto de fe literario: Goethe quema sus producciones de los días de Leipzig.

1770 - 1771. 28 de marzo de 1770: Goethe, renovado física (21 - 22) y moralmente, parte para Estrasburgo con el propósito de completar estudios. Goethe frecuenta a Herder. Amistad e influencias. Nueva visión de lo poético. Sentimentalidad y titanismo románticos. Comienzo del período de STURM UND DRANG. Lecturas esenciales: la Biblia, Homero, Shakespeare, Rousseau. Pasión por lo gótico; entusiasmo por la catedral alsaciana. Goethe educa su vista, su oído, su sensibilidad toda. Folklore, cabalgatas, jiras campestres. Vino dorado y muchachitas rubias.

El poeta — 10 de octubre del mismo año — conoce a Federica Brion, en la aldea de Sesenheim. Un paisaje eternamente grato a todo corazón sensible: *Acá el pueblecillo y el campanario, allá Drusenheim y más atrás las frondosas islas del Rin, enfrente las cumbres de los Vosgos y, al fondo, la torre de la catedral de Estrasburgo*. Amor y primavera: *¡Con qué esplendor se me muestra la Naturaleza!* Goethe obtiene su licencia en derecho y se siente solicitado por horizontes más amplios. Goethe se aleja de Federica.

*Lieder* diversos, entre ellos algunas de las obras maes-

tras de la lírica alemana: *Canto de mayo*, *Con una cinta pintada*, *Rosita de los brezos*, *Bienvenida y adiós*, etc. *Götz von Berlichingen*, historia dramatizada. 1771.

1771 - 1772. En Wetzlar, donde efectúa su práctica jurídica, (22 - 23) Goethe se apasiona por Carlota Buff. Otro amor frente a la Naturaleza: ¡*Klopstock!* Los cantos de Ossian; evocaciones y lágrimas. 10 de setiembre de 1772: ante la imposibilidad de su amor por Carlota, el poeta, desesperado, parte. *Weltschmerz* o mal del siglo. Veleidades de suicidio.

1772 - 1774. Goethe, en Francfort, se enamora de Lili Schönemann: *Nuevo amor, nueva vida*. (23 - 25) Los Duques de Sajonia-Weimar cumplimentan a Goethe. Viaje por el Rin. Amistad de Goethe con Lavater, Basedow, Jorge y Federico Jacobi. Entusiasmos y proyectos juveniles. Lectura y comentario de Spinoza. Diálogos panteístas frente a la Naturaleza.

*Götz von Belichingen*, obra teatral. 1773; *Fausto*, comienzo, 1774; *Las cuitas del joven Werther*, 1774.

1774 - 1775. Goethe, los condes de Stolberg y el de Haugwitz (25 - 26) viajan por Suiza, al modo de Rousseau, en excursión típicamente romántica y vestidos a lo Werther: "frac azul, chaleco y pantalón amarillos, amplios sombreros de tonos grisáceos". Exaltación vital frente al paisaje helvético: *Dormir, comer, beber, nadar, cabalgar, corretear en coche, tal fué durante esos días el venturoso contenido de mi vida*.

Goethe interrumpe sus relaciones con Lili Schönemann: ¡*Huyo de ti, Lili!* *Ligado a tu recuerdo he de peregrinar por tierras extrañas, por valles y montes lejanos*.

1775 - 1776. Goethe marcha a Weimar, en calidad de preceptor (26 - 27) del joven Duque Carlos-Augusto. Goethe amistoso mentor principesco: *Nos sostenemos*

*recíprocamente, marchamos por nuestro camino tropezando con los malos, los mediocres y los buenos, pero así y todo hemos de llegar a la meta . . .*

Goethe es designado Consejero privado del Duque Carlos-Augusto. Todos los resortes del gobierno quedan, prácticamente, en sus manos. El poeta inicia su amistad amorosa con Carlota von Stein.

*Egmont*, comienzo, 1775; *Vocación teatral de Wilhelm Meister*, comienzo, 1776.

- 1776 - 1784. Investigaciones y estudios. Quehaceres y ocios ministeriales. Proceso de aquietamiento íntimo bajo el influjo de la señora von Stein: *Dulce paz, ven, oh, ven hacia mi pecho!* Equilibrio y autodomínio. Relectura de la *Ética* de Spinoza. Fin del período de *Sturm und Drang*.

*Lieder*; *Ifigenia*, en prosa, 1779; *Torcuato Tasso*, comienzo, 1780.

- 1784 - 1786. Excursión a Ilmenau. Fiestas y trastornos cortesanos. Primeros síntomas de cansancio. Nuevas aspiraciones. *Sehnsucht*. Ansias de liberación y deseos de viaje: *¿Conoces tú la tierra donde florece el naranjo?*

- 1786 - 1788. 3 de setiembre de 1786: Goethe se dirige a Italia, la patria anhelada por su espíritu. 29 de octubre de 1786: Goethe llega a Roma: *¡He nacido por segunda vez!* Jornadas italianas y fervores grecolatinos. Euforia y plenitud espiritual. Munificencia expresiva. CLASICISMO.

*Lieder*; *Ifigenia en Tauris*, en hexámetros, 1786; *Egmont*, conclusión, 1787; *Fausto*, varias escenas, 1787.

- 1788 - 1790. El 18 de junio del año citado en primer término, Goethe regresa a Weimar. Ruptura de sus relaciones con la señora von Stein. En el

mes de agosto comienzan sus amores con Cristiana Vulpius, a la que al poco tiempo aloja en su propia casa. Intrigas palaciegas contra Goethe y Cristiana.

24 de diciembre de 1789: nace Augusto Goethe.

El 10 de marzo de 1790, el poeta parte por segunda vez hacia Italia. El 18 de junio retorna a Weimar y reinicia sus tareas.

*Torcuato Tasso*, fin, 1789; *Elegías romanas*, 1790.

1790 - 1792. El 8 de agosto de 1792, Goethe se dispone a seguir la campaña de Francia. Goethe ante la tormenta revolucionaria. Goethe escucha, estremecido, el fragor de la *Marsellesa*. Goethe en el crepúsculo de Valmy: *En este lugar y desde este día despunta una nueva época de la historia del mundo*.

1792 - 1804. Cansancio, indecisión, atonía. 14 de julio de 1794: primer encuentro de Goethe y Schiller. Amistad: nuevos estudios, nuevos fervores, nuevas obras: *Me habéis procurado una nueva juventud y habéis rehecho en mí al escritor que ya había dejado de ser*.

*Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*: 1er. vol., 1795; 2º vol., 1796; *Xenias*, compuestas en colaboración con Schiller y publicadas en su periódico *Las Horas*, 1796-1797. *Hermán y Dorotea*, 1797; *Aquilea*, fragmento, 1799; *Fausto*, comienzo del episodio de Helena, 1800. Baladas. Investigaciones científicas. Escritos varios.

1804 - 1805. Muerte de Schiller (5 de mayo de 1805): *He perdido la mitad de mí mismo*.

1805 - 1807. Octubre de 1806: Goethe se casa con Cristiana Vulpius: *El matrimonio... afina al hombre tosco, y el hombre culto nunca encuentra mejor*

*oportunidad que la del matrimonio para mostrar su delicadeza.*

*Fausto*, fin de la primera parte, 1806.

1807 - 1809. Se inicia el amor intelectual de Goethe con (58 - 60) Bettina Brentano; comienza su entusiasmo cordial por Minna Herzlieb.

2 de octubre de 1809: entrevista de Goethe y Napoleón, en Erfurt: *Voilà un homme!*

*Los años de viaje de Wilhelm Meister*, comienzo, 1807; *Pandora*, 1808; *Sonetos*, 1808; *Afinidades electivas*, 1809.

1809 - 1814. Actividades diversas. Goethe y Beethoven (60 - 65) (Teplitz, 1812). Con juvenil apasionamiento, Goethe se enamora de Mariana von Villemer. Con efusión amantísima el poeta ensancha, generoso, su visión del mundo: *De Dios es el Oriente, de Dios es el Occidente.*

*Teoría de los colores*, publicada en 1810; *Poesía y Verdad*: 1ª parte, 1811; 2ª parte, 1812; 3ª parte, 1814. *Diván Oriental-Occidental*, comienzo, 1814.

1814 - 1816. Nuevo viaje por la región del Rin. 16 de junio (65 - 67) de 1816: muerte de Cristiana: *Sólo le debo felicidades.*

1816 - 1823. Primeros años de la ancianidad gloriosa. (67 - 74) GOETHE, EL GRAN EUROPEO. Mayo de 1821: el poeta encuentra, en Marienbad, a Ulrica von Levetzow. Amor y renunciamento: *¿Dónde están las horas felices que tan pronto pasaron?* Junio de 1823: Goethe conoce a Eckermann. Conversaciones y estudios.

*Trilogía de la pasión: A Werther*, *Elegía de Marienbad*, *Reconciliación*, 1823.

- 1823 - 1830. Nuevos afanes y nuevos intereses espirituales.  
(74 - 81) Concepto de la *Weltliteratur* o literatura universal (1827).

GOETHE, CIUDADANO DEL MUNDO.

Dolor y superación del dolor. Estoicismo y jovialidad: sabiduría.

6 de enero de 1827: muerte de Carlota von Stein.

16 de junio de 1828: muerte del Duque Carlos Augusto: *Mi Augusto y mi Mecenaz*.

14 de febrero de 1830: muerte de la Duquesa Luísa, la última gran amiga de Goethe.

20 de octubre de 1830: muerte, en Italia, del hijo del poeta: *Non ignoravi me mortalem genuisse!*

La soledad del sabio: *Sólo el alto concepto del deber puede mantenernos en estas circunstancias. El espíritu quiere y el cuerpo debe. — ¡Por encima de las tumbas, adelante!*

*Los años de viaje de Wilhelm Meister*, 2ª redacción, publicada en 1829.

- 1830 - 1832. El trabajo, gran lenitivo. Goethe, animosamente, dispone de sus días postreros para dar término a su producción poética y concluir "la pirámide de su vida". Los últimos fervores, las últimas alegrías, las últimas penas: "Nada humano me es ajeno . . .".

En vísperas de sus ochenta y dos años — rehuendo el homenaje unánime —, Goethe asciende, una vez más, a las alturas apacibles de Ilmenau (26 de agosto):

*Espera, pronto  
tú también descansarás.*

22 de marzo de 1832: Goethe agoniza: *Ya empieza la primavera.*

*Poesía y Verdad*, 4ª parte, 1831; *Fausto*, fin de la 2ª parte, 1832.

LA IMAGEN CONMOVEDORA DE LA MUERTE NO ATEMORIZA  
AL SABIO, NI ES UN FIN PARA EL HOMBRE PIADOSO.

.....  
LA MUERTE, PARA AMBOS, ES UN RECOMENZAR LA VIDA.

(*Hermán y Dorotea*, canto X).



LA OBRA







Nach ihm nur schau' ich  
Zum Fenster hinaus. . ."

(*Faust*, I.)

## GUIA DE ILUSTRACIONES

"... und wie man ja wohl ein Kupfer zu einem Gedicht macht, so machte ich nun Gedichte zu den Kupfern und Zeichnungen."

*Dichtung und Wahrheit*, II, VIII (\*).

*La ilustración de un texto, por poco que no esté desprovista de ciertos halagos artísticos, nunca es ociosa, y hasta se torna imprescindible cuando surge naturalmente de ese texto o se agrega a él a manera de comentario gráfico. Así en este número de VERBUM. Nada más explicable y, en cierto modo, nada más necesario que el completar el presente volumen recordatorio con algunas muestras de las múltiples creaciones plásticas inspiradas por el poeta alemán en el transcurso de su gloriosa carrera. Entendida de esta suerte, la ilustración se hacía grata, obligada y casi inexcusable, gracias, en primer término, a la diligente gentileza de la casa F. A. Ackermann, de Munich, que con su selecto material iconográfico facilitó la adecuada preparación de los clisés necesarios.*

*Salvadas — mejor dicho, olvidadas — todas las dificultades de índole editorial y prosaica a las que, por diversos azares, suele estar supeditada esta revista, sólo restaba acertar a elegir, dentro de tan nutrida abundancia ilustrativa, aquellos dibujos y grabados que mejor podían contribuir a intensificar, o a confirmar cuando menos, el contenido del texto. Era ese, en pequeño, todo un problema goethiano: el de ser completo dentro de lo limitado. ¿Cómo, pues, encontrarle solución adecuada? En cualquier caso, y puesto que la humanísima personalidad de Goethe es como el constante pretexto de todos los comentarios de este vo-*

(\*) "... y tal como se hace un grabado para una poesía, así hacia yo poesías para grabados y dibujos. *Poesía y Verdad*, II, VIII.

*lumen*, la ilustración insiste, de preferencia, sobre ese aspecto, soslayando otros infinitos. Muestra, predominantemente, al máximo poeta germánico en las etapas esenciales de su desarrollo y recuerda, si no a todas, a algunas de las figuras — parientes, amadas, amigos — que, de uno u otro modo, le ayudaron a completar o a enriquecer su formación espiritual.

Las ilustraciones de este cuaderno, tanto los retratos como las composiciones de carácter vario, van acompañadas de algunas líneas, unas veces en verso, otras en prosa, entresacadas del texto original de la obra del poeta. Esas líneas, o bien han sido inspiradas por las personas representadas en los grabados, o bien aluden, en forma más o menos directa, ya a esas mismas personas, ya a diversas circunstancias de la vida de Goethe. También aquí se hace, pues, evidente, como en las Memorias y en la obra toda de nuestro autor, ese constante enlace, típicamente goethiano, de lo humanamente vivido con lo poéticamente soñado o expresado. La diminuta biografía plástica inserta en estas páginas corrobora de esa manera, con la accesible claridad de una lección de cosas, lo que fué siempre la modalidad profunda y, en nuestro sentir, el significado ejemplar de todo el vivir del sabio de Weimar. A despecho de sus muchas limitaciones, esta biografía es también, guardando las distancias. *Dichtung und Wahrheit: poesía y verdad.* (\*)

A. J. B.

---

(\*) Por espontánea reverencia al original, más que por mera intención decorativa, los textos alusivos que figuran al pie de los grabados aparecen en lengua alemana. Aquí, en la *Guía de ilustraciones*, se anota — obligada llaneza — su correspondiente traducción castellana. Se apunta la cronología de las obras y se agregan aquellas breves referencias histórico-críticas que, a simple título de información complementaria, nos parecieron oportunas.

## A. -- EL SIMBOLO

- I. — FAUSTO FRENTE A LA NATURALEZA. Pintura por el profesor Horst - Schulze, en el tradicional Auerbachs Keller, en Leipzig. Ediciones artísticas Fischer & Wittig, Leipzig. Texto goethiano:

“Sublime Espíritu, tú me has dado, me has dado todo  
Cuanto te he pedido. No en vano has  
Vuelto hacia mí tu faz entre las llamas.  
Me has dado por reino a la magnífica Naturaleza,  
Fuerza para sentirla, para gozarla. No sólo  
Me consientes que me aproxime a ella con fría admiración.  
Me permites mirar en su profundo seno  
Como en el pecho de un amigo.  
Conduces frente a mí el desfile de las formas vivientes.  
Y me enseñas a reconocer a mis hermanos  
En el arbusto apacible, en el aire y el agua.”

(*Fausto*, I.)

## B. -- LA FAMILIA

- II. — JUAN GASPAR GOETHE, padre del poeta. Medallón modelado en 1775 por J. P. Melchior. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“Del padre tengo la estatura,  
el conducirme seriamente en la vida...”

(*Aforismos*, 126.)

- III. — CATALINA ISABEL TEXTOR, madre del poeta. Medallón modelado en 1775 por J. P. Melchior. Goethe-National-

museum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“De la madrecita la jovialidad  
y la afición por lo narrativo.”

(*Aforismos*, 126.)

IV. — LA FAMILIA DE GOETHE EN TRAJE PASTORIL. Aparecen en el cuadro el padre, la madre, el poeta y su hermana Cornelia. Pintura al óleo, ejecutada en 1762 por J. K. Seekatz. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“A estas festividades dignas de los antepasados seguían en el buen tiempo otras fiestas fuera de la ciudad. al aire libre, gozosas para nosotros los niños.”

(*Poesía y Verdad*.)

### C. -- LAS AMADAS

V. — FEDERICA BRION. Dibujo. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“¡Oh, doncella, doncella,  
Qué amor siento por ti!  
¡Cómo brillan tus ojos!  
¡Qué amor sientes por mí!”

(*Canto de mayo*.)

VI. — CARLOTA BUFF. Grabado, según una pintura al pastel perteneciente a la baronesa H. Wrangel y ejecutada en 1782 por J. H. Schröder. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“¡Es mía, eres mía, sí, Carlota, eternamente!”

(*Las cuitas del joven Werther*.)

VII. — LILI (Isabel von Turckheim, nacida Schönemann). Retrato de la época, 1782. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“¡Afable Lili, fuiste por tanto tiempo  
 Toda mi alegría y todo mi canto!  
 Ahora eres, ay, toda mi pena, y no obstante  
 Eres aún todo mi canto.”

(*A Lili.*)

- VIII. — CARLOTA VON STEIN (nacida von Schardt). Retrato por E. Meyer. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Texto:

“Ah, tú fuiste en remoto tiempo  
 Mi hermana o bien mi mujer.  
 .....  
 Vertías moderación en la sangre ardorosa,  
 Dirigías la carrera frenética y desorientada,  
 Y en tus brazos angélicos el pecho desasosegado  
 Recuperaba la calma.”

(*A Carlota von Stein.*)

- IX. — CRISTIANA VULPIUS. Dibujo de Goethe. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Texto:

“En la penumbra vi  
 alzarse una florecilla,  
 Brillante como una estrella,  
 linda como un ojo.”

(*Encontrada.*)

- X. — GUILLERMINA HERZLIEB. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

Se me apareció bajo los rasgos de lo juvenil y femenino.”

(*Pandora.*)

- XI. — MARIANA VON WILLEMER (nacida Jung). Grabado en cobre por Doris Raab, Stuttgart, 1878, según una miniatura del año 1819. Texto:

“Me sonrojas como sonroja la Aurora  
 la severa muralla de esos montes,  
 y una vez más siente Hatem  
 la brisa de la primavera y el ardor del estío.”

(*Diván Oriental-Occidental.*)



- XII. — ULRICA VON LEVETZOW. Retrato al pastel. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"Lo he perdido todo, me he perdido a mí mismo.  
Yo que no ha mucho era todavía el bienamado de los dioses;  
Me han puesto a prueba, me han enviado a Pandora.  
Riquísima en dones, aún más rica en riesgos:  
Me han impulsado hacia su boca pródiga.  
Me separan y me anonadan."

(*Elegía de Marienbad.*)

#### D. -- LOS AMIGOS

- XIII. — JUAN GODOFREDO HERDER. Retrato al óleo por A. Graff, 1785. El original se conserva en la Gleimhaus, Halberstadt. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"... y cuanto más vehemente era yo para recibir,  
tanto más generoso era él para dar."

(*Poesía y Verdad.*)

- XIV. — CARLOS AUGUSTO, DUQUE DE WEIMAR. Retrato al pastel por J. H. Schröder. Texto:

"Mi afecto hacia el Duque desde el primer encuentro..."

(*Poesía y Verdad.*)

- XV. — ANA AMALIA, DUQUESA DE WEIMAR. Retrato por J. H. W. Tischbein, pintado en 1789. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"... mi veneración hacia la Princesa."

(*Poesía y Verdad.*)

- XVI. — FEDERICO SCHILLER. Retrato por A. Graff, pintado en 1786. Kerner Museum, Dresde. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"... surgen numerosas sombras amadas;

... un escalofrío me domina, las lágrimas siguen a las lágrimas.

El rudo corazón se quiebra y enternece;  
Lo que poseí lo veo como magnificado,  
Lo que perdí recupera realidad."

(*Fausto*, Dedicatoria.)

- XVII. — JUAN PEDRO ECKERMANN, SECRETARIO DE GOETHE. Dibujo de J. H. W. Tischbein, cuyo original se conserva en el Goethe - Nationalmuseum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"¡Aprovechad el tiempo! ¡Pasa tan fugazmente!  
El orden, sin embargo, os enseñará a ganarlo."

(*Fausto*, I.)

## E. -- GOETHE Y SPINOZA

- XVIII. — BENITO SPINOZA (Baruch de). Retrato del filósofo holandés, según un grabado que se conserva en la Biblioteca Ducal de Wolfenbüttel. Texto:

"Este espíritu que tan decisivamente había actuado sobre mí, y que debía tener tan considerable influencia sobre todo mi modo de pensar, era Spinoza."

(*Poesía y Verdad*.)

## F. -- EL POETA

- XIX. — GOETHE EN SU PRIMERA JUVENTUD. Busto por M. Klauer. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Texto:

"... los hermosos días,  
aquellos días del primer amor."

(*Primera pérdida*.)

- XX. — GOETHE (1780). Esta silueta, que representa al poeta en plena juventud, es una de las más expresivas y vivaces que de él se conservan. Las más interesantes fueron recogidas por J. G. Lavater en sus *Fragmentos fisiognómicos*. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"Yo sentía como hombre, como hombre joven:  
para mí todo era vivo, verídico, actual."

(*Poesía y Verdad*.)

- XXI. — GOETHE, PRIMER MINISTRO (1780). Silueta del poeta en traje de corte. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“¡Que yo alcance la dicha suprema  
De concluir la diaria tarea de mis manos!  
¡No me dejéis, no me dejéis desfallecer!  
No, no son vanos ensueños.  
Ahora desnudos troncos, esos árboles  
Darán algún día frutos y también sombra.”

(*Esperanza.*)

- XXII. — GOETHE y FEDERICO VON STEIN (1782). Siluetas. Goethe-Nationalmuseum, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“Para enterarse de cuál es el sabor de las cerezas y de las fresas hay que preguntárselo a los niños y a los gorriones.”

(*Poesía y Verdad.*)

- XXIII. — GOETHE (1784). Silueta. Wittums-Palais, Weimar. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“¿Conoces tú la tierra donde florece el naranjo...?  
.....  
¿En verdad la conoces? ¡Hacia allá! ¡hacia allá...!”

(*Años de viaje de Wilhelm Meister.*)

- XXIV. — GOETHE EN LA CAMPAÑA ROMANA. Este cuadro, que es sin duda el más sugestivo y acaso el mejor retrato del poeta, fué ejecutado por J. H. W. Tischbein, en 1786, con motivo de la permanencia en Italia del autor de *Fausto*. Consérvase actualmente en el Städel Kunst Institut, en Francfort-del-Meno. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“Gozosamente siento que el entusiasmo se posesiona de mí sobre la tierra  
[clásica;

El pasado y el presente me hablan con voz más clara y subyugadora.  
Siguiendo el consejo, aquí hojeo las obras de los antiguos

Con mano cuidadosa, cada día con renovado placer.  
 Pero durante la noche Amor me tiene diversamente ocupado;  
 Si me instruyo sólo a medias, en cambio soy doblemente dichoso.  
 ¿Mas no aprendo nada mientras de un adorable seno  
 Atisbo las formas, mientras deslizo la mano sobre una cadera?  
 Sólo entonces comprendo perfectamente el mármol; pienso y comparo,  
 Veo con un ojo que siente, siento con una mano que ve.”  
 (*Elegías romanas.*)

XXV. — GOETHE EN LA CAMPAÑA ROMANA (detalle).  
 Véase el número anterior. Texto:

“El amor y el arte engrandecen todo lo pequeño.”  
 (*Eufrosina.*)

XXVI. — GOETHE ANCIANO. Este difundido retrato fué ejecutado por J. Stieler, en 1828, a pedido de Luis I de Baviera. Se guarda en la Nueva-Pinacoteca de la capital bávara. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

“Lo que se desea en la juventud, se tiene sobradamente en la vejez.”  
 (*Poesía y Verdad.*)

XXVII. — GOETHE A LOS OCHENTA Y DOS AÑOS. Composición de W. Friedrich que representa a Goethe poco tiempo antes de su muerte, sobre las frondosas alturas de Ilmenau. El cuadro es una ilustración del segundo de los famosos *Lieder* nocturnos del caminante — *Ueber allen Gipfeln ist Ruh'...* — escrito en la noche del 3 de setiembre de 1783 y renovado en la del 29 de agosto de 1831. El extático sosiego del bosque sugiere al poeta la infinitud, ya próxima, del descanso eterno. Ediciones artísticas H. A. Wiechmann, Munich. Texto:

“Sobre todas las cimas,  
 calma...”  
 (*Canto nocturno del caminante.*)

XXVIII. — GOETHE OLÍMPICO. Aunque este hermoso busto, realizado por Trippel de 1786 a 1788, con mo-

tivo de las clásicas jornadas italianas, representa a un Goethe que oscila entre los treinta y siete y los treinta y nueve años de edad, prefigura y tipifica, tanto por su prosopopeya apolínea cuanto por su ejecución algo fría y levemente académica, el concepto simplista, un poco escolar y periodístico, del Goethe olímpico, incontrastable y, por decir así, estatuario y arquetípico ya desde los primeros años de su madurez. *Tel qu'en Lui-même enfin l'éternité le change*, hubiese dicho Mallarmé, aunque esta vez no sin un ligero matiz irónico para profesores y periodistas. El original del busto se encuentra en el castillo del príncipe de Waldeck, en Arolsen. Hay copia en la Biblioteca de Weimar. Un calco del mismo figuró recientemente en la Exposición recordatoria celebrada en la Galería Müller por la Institución Cultural Argentino-Germana. Hasta el momento de escribir estas líneas, dicho calco permanecía en la sección-libros de citada Galería porteña. Foto Held. Texto:

"Así veo en todo  
El eterno Decoro,  
Y como esto me complace  
También me complazco en mí mismo."

(*Fausto*, II.)

## G. -- LA OBRA

XXIX. — FAUSTO EN EL AMANECER DEL DÍA DE PASCUA. Composición de A. von Kreling. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"¿Qué muecas me haces, hueco cráneo, desde ahí?"

(*Fausto*, I.)

XXX. — MARGARITA JUNTO A LA RUECA. Composición de A. von Kreling. Ediciones artísticas F. A. Ackermann, Munich. Texto:

"Sólo miro hacia él,  
a través de la ventana."

(*Fausto*, I.)

XXXI. — FRAGMENTO DE LA PRIMERA CARTA DE GOETHE A SCHILLER. Esta carta se conserva, junto con otras del mismo remitente a igual destinatario, en el Goethe-Schiller Archivium, Weimar. Foto Held. Texto:

“... una mano diligente conduce a un estilo decoroso.”

*(Poesía y Verdad.)*



## CRONICA -- COMENTARIO

### LAS CONMEMORACIONES GOETHIANAS EN BUENOS AIRES \* 1 9 3 2

Marzo. Día 22: Velada literario - musical en la sede del *Deutsche La Plata Zeitung*:

- a) L. Merzbacher, *Palabras*.
- b) Augusto Bunge, *El sentido fáustico*.
- c) J. Franze, *Goethe como creador literario*.  
Recitado; concierto.

Marzo - Mayo: Ciclo de conferencias en la Sociedad Kantiana:

- 1) Alejandro Korn, *La filosofía de Goethe*.
- 2) Francisco Romero, *La visión de la vida en Goethe*.
- 3) Aníbal Sánchez Reulet, *La última sabiduría de Goethe*.
- 4) Luis Juan Guerrero, *El mundo estético de Goethe*.
- 5) Juan Mantovani, *Sentido educativo y contenido pedagógico de la obra de Goethe*.
- 6) W. Luetge, *Goethe y las disciplinas científicas*.

Juan P. Ramos, *La sabiduría de Goethe*. En el Instituto Popular de Conferencias.

---

\* En el interior, la conmemoración más destacada la constituye el ciclo de conferencias sobre la personalidad del poeta alemán, desarrollado por el señor Ardoino Martini en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Rosario. Este ciclo ha sido recientemente recogido en volumen. De intención y factura excelentes es el tomito que acaba de publicar el señor M. Lizondo Borda: *Goethe*, Tucumán, 1932.



Septiembre: Exposición recordatoria, organizada por la Institución Cultural Argentino-Germana. Las obras de Goethe. Su literatura. Su iconografía. En la Galería Müller.  
Fiesta conmemorativa de la colonia germánica.  
Discurso a cargo del profesor Vossler. Concierto por las asociaciones corales alemanas. En el teatro Cervantes.

- Octubre. Día 18: Homenaje a Goethe bajo los auspicios de la Universidad de Buenos Aires e instituciones culturales y a iniciativa de la Institución Cultural Argentino-Germana.
- a) Palabras del Presidente de la Institución Cultural Argentino-Germana, Dr. Ricardo Seeber.
  - b) Palabras de S. E. el señor Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Alemania, Dr. Friedrich von Keller.
  - c) "Disertación sobre Goethe", por el profesor de la Universidad de Munich, Karl Vossler.
  - d) "Discurso sobre Goethe", por el Sr. Leopoldo Lugones.

La ceremonia se realizó en el Salón de Actos del Colegio Nacional de Buenos Aires, con asistencia del Presidente de la República, de altos funcionarios del Gobierno y de numerosos representantes del cuerpo diplomático.

En la misma ceremonia, y en nombre del Presidente von Hindenburg, el Ministro de Alemania hizo entrega al Dr. Ricardo Seeber de la medalla conmemorativa del centenario goethiano.

El patronato espiritual y la organización del homenaje estuvieron a cargo de las siguientes comisiones:

#### COMISION DE HONOR

Presidente de Honor: El Excmo. Señor Presidente de la Nación. General Agustín P. Justo.  
Dr. Julio A. Roca. Vicepresidente de la Nación.

- Dr. Roberto Repetto, Presidente de la Suprema Corte.  
 Dr. Carlos Saavedra Lamas, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto.  
 Dr. Friedrich von Keller, Ministro de Alemania.  
 Dr. Manuel M. de Yrondo, Ministro de Justicia e Instrucción Pública.  
 Dr. Juan F. Cafferata, Presidente de la H. Cámara de Diputados.  
 Dr. Angel Gallardo, Rector de la Universidad de Buenos Aires, Presidente de la Academia de Ciencias Exactas.  
 Dr. Rómulo S. Naón, Intendente Municipal de la Capital.  
 Dr. Robustiano Patrón Costas, Vicepresidente del H. Senado.  
 Dr. Ramón J. Cárcano, Presidente del Consejo Nacional de Educación.  
 Sr. Calixto Oyuela, Presidente de la Academia Nacional de Letras.  
 Dr. Carlos Ibarguren, de la Academia de Filosofía y Letras.  
 Dr. José Nicolás Matienzo, Presidente de la Academia de Derecho.  
 Dr. Carlos Bonorino Udaondo, Presidente de la Academia de Medicina.  
 Ing. Alejandro Bunge, Presidente de la Academia de Ciencias Económicas.  
 Ing. F. Pedro Marotta, Presidente de la Academia de Agronomía y Veterinaria.

## COMISION DIRECTIVA

- Presidente: El señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Alfredo Franceschi.  
 Dr. Clodomiro Zavalía, Vice Rector, Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.  
 Ing. Enrique Butty, Decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.  
 Ing. Nicolás Besio Moreno, Presidente de la Comisión Nacional de Bellas Artes.  
 Dr. Juan Nielsen, Director del Colegio Nacional de Buenos Aires.  
 Prof. Martín Doello Jurado, Director del Museo de Historia Natural.  
 Dr. Rafael A. Bullrich, Decano de la Facultad de Ciencias Médicas.  
 Dr. Gustavo Martínez Zuviría, Director de la Biblioteca Nacional.  
 Dr. César Urien, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas.  
 Dr. Hans R. Hemmens, Consejero de la Legación de Alemania.  
 Dr. César Zanolli, Decano de la Facultad de Agronomía y Veterinaria.  
 Dr. Luis Merzbacher, Presidente de la Sociedad Científica Alemana.  
 Sr. Miguel A. Fulle, Presidente del Círculo de la Prensa.  
 Dr. Antonio Dellepiane, Presidente del Museo Histórico Nacional.  
 Dr. N. Arndt, Presidente de la Unión Germánica de la Argentina.  
 Dr. Luis Méndez Calzada, Presidente de la Institución Cultural Española.  
 Dr. Manuel Augusto Montes de Oca, Presidente de la Asociación Argentina de Cultura Inglesa.  
 Dr. Adolfo L. Bioy, Presidente del Instituto de la Universidad de París.  
 Dr. R. Armando Marotta, Presidente del Instituto de Cultura Itálica.  
 Dr. Alfredo Colmo, Presidente del Instituto Argentino Norteamericano.  
 Sra. Elena S. de Elizalde, Presidenta de la Sociedad Amigos del Arte.  
 Dr. Coriolano Alberini, Consejero de la Universidad.  
 Dr. Jorge Cabral, Consejero de la Universidad.  
 Dr. Juan P. Ramos, Dr. Ernesto Padilla, Dr. Jorge A. Mitre, Dr. Carlos Meyer Pellegrini, Dr. Guillermo Röhmer.  
 Sr. Benito Quinquela Martín, Secretario de la Sociedad La Peña.  
 Dr. Ricardo Seeber, Dr. Angel L. Sojo, Dr. Gregorio Araoz Alfaro.  
 Sr. Carlos Smits, Presidente de la Cámara de Comercio Alemana.  
 Dr. Eduardo Crespo, Presidente de la Sociedad Los Amigos de la Ciudad.  
 Dr. Oscar Rodríguez Saráchaga, Dr. Josué A. Beruti, Sr. Ricardo Staudt.

Octubre: Alfredo Franceschi, *Goethe y la tragedia*. En la Asociación del profesorado secundario.

Noviembre: Angel J. Battistessa, *Goethe, el poeta y sus cantos*. En el Ateneo Ibero-Americano.

A estas conmemoraciones es preciso agregar, sin pretender indicarlas todas, las páginas recordatorias dedicadas a Goethe en el transcurso de este año y, de un modo particular, en los días coincidentes con la fecha del centenario de su muerte. Entre los periódicos merecen destacarse los números alusivos de *La Nación* y *La Prensa*. Entre las revistas recordamos artículos de *Sur* y de *Nosotros*. La colonia alemana de Buenos Aires consagró ediciones completas de varias de sus prestigiosas publicaciones. Citaremos el número del *Deutsche La Plata Zeitung* y los cuadernos de las revistas *Teutonia* y *Phoenix*. El consejero científico de la Legación de Alemania, Dr. Wilhelm Keiper, bajo el sugestivo título de *Voran mit Goethe* ha reunido en folleto tres interesantes estudios sobre la personalidad del poeta.

#### EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Como ya se advierte en otro sitio, la conmemoración del centenario de Goethe vióse libre, en nuestra casa, de toda figuraría académica. Estuvo llana y cotidianamente enlazada a la tarea del aula, a las conversaciones y pláticas vespertinas.

En la explicación del programa de Introducción a la literatura, el titular de la materia, profesor Carmelo M. Bonet, amplió la visión panorámica del romanticismo en Alemania y destacó, con especial detalle, el influjo de *Werther* sobre las diversas literaturas europeas.

Estas explicaciones fueron complementadas en las clases de trabajos prácticos, a cargo del profesor Angel J. Battistessa. Una de las reuniones semanales quedó dedicada, durante la casi totalidad del curso, a la lectura, análisis y comentario de *Fausto*.

Entre los temas correspondientes a los trabajos escritos obligatorios, se notó acentuada preferencia por los problemas y personajes goethianos. Varios alumnos realizaron extensas y bien

documentadas monografías, casi siempre de tono personal. Sin espacio para incluir algunas de ellas en este número de VERBUM, complacidos indicamos aquí su nómina:

Alberto M. Barros, *El primer Fausto*.

Carlos Juan Biedma, *El universo y la vida en el Fausto*.

M. Isabel Croci, *Fausto*.

Edith Giménez Fourcade, *Margarita*.

Ana María Macías, *Werther-René-Oberman*.

Ludovico Duncan Macnab, *Fausto. Estudio de caracteres*.

Juan José Pussi, *Werther*.

Petrona Eusebia Trelles, *El espinozismo en Goethe*.

Antonio Yepes, *Werther*.

#### EN EL CENTRO DE ESTUDIANTES

La gloriosa efemérides tampoco podía pasar inadvertida para la asociación que agrupa a los alumnos de la casa.

El 22 de marzo fijóse en el local estudiantil un retrato del poeta. La biblioteca completó y enriqueció, en lo posible, su bibliografía sobre la obra y la personalidad del gran escritor alemán.

#### VERBUM

Circunstancias variamente prosaicas y extraliterarias han diferido, bastante, la regular aparición del número 82 de VERBUM. No vamos a mencionarlas aquí. Al fin de cuentas, hasta de los contratiempos es dado deducir ventajas. Sin ese retardo no hubiese sido posible recoger en un único volumen recordatorio este índice, sumario pero significativo, de la actividad de nuestro año goethiano.

Aunque las dificultades materiales de la revista nunca han sido mayores, ésta asume, en el presente cuaderno, proporciones y abundancia desacostumbradas. El sentido de nuestro homenaje descansa, sin embargo, en la jerarquía intelectual de sus colaboradores.

Ni el Dr. Franceschi, ni el Dr. Capello, ni el Dr. Ramos necesitan, en su carácter de profesores de la casa, una presentación de circunstancias. Tampoco la necesita el consejero cien-

tífico de la Legación de Alemania, Dr. Wilhelm Keiper, cuya actividad de educacionista no es menos notoria que su afición y competencia en estos estudios. ¿La precisa Alfonso Reyes, nuestro invariable embajador y legado de lo espiritual, siempre tan cercano a nosotros, y particularmente a quienes nos ocupamos de esta revista? También Augusto L. Mayer ha colaborado, antes de ahora, en estos mismos cuadernos (1). Tratándose de la iconografía de Goethe, ninguna palabra más autorizada que la de este experto en artes plásticas, ex-conservador de la antigua Pinacoteca de Munich, director de la revista *Pantheon* y autor, entre otros trabajos similares, de la ya clásica *Historia de la pintura española*.

Muy a pesar nuestro, por insuperable limitación del espacio, no nos ha sido posible incluir totalmente el extenso estudio que sobre la sabiduría de Goethe el Dr. Max Golde dedica a VERBUM. Dos puntos de muy vivo interés — *Goethe y el príncipe* y *Goethe y la antigüedad* — han debido ser postergados. Creemos, no obstante, haber incluido lo esencial. El Dr. Golde es uno de los más agudos conocedores de la personalidad espiritual de Goethe, sobre la que ha compuesto ciertos y repetidos estudios. Es autor, verbigracia, de un matizado paralelo entre el *savoir-vivre* de los franceses y la *Lebensweisheit* o *sagesse de vie* goethiana. Profesor de la Universidad de Berlín y discípulo del famoso filólogo Meyer-Lübke, el profesor Golde acaba de tomar participación activa y destacada en varias de las recientes conmemoraciones europeas y americanas. A este propósito ha colaborado en revistas de París, Berlín y Los Angeles.

Títulos no menos personales coinciden en M. Fernand Baldensperger. Profesor en la Sorbona y miembro del Instituto, M. Baldensperger es en la actualidad el más ilustre de los maestros franceses en materia de literatura comparada. Ocioso detallar aquí la lista de sus trabajos críticos. Baste recordar sólo uno de sus libros, por lo demás bien conocido entre los estudiosos de las letras europeas: *Goethe en Francia*.

(1) Aludimos a su notable estudio *Goya romántico*, publicado con motivo del primer centenario de ese pintor. VERBUM, N.º 71, págs. 55 - 69. Buenos Aires, 1928.

La rica bibliografía de Arturo Farinelli, en su doble aspecto de romanista y germanista, no es ajena a los alumnos que frecuentan en nuestra casa las diversas literaturas registradas en los programas. Aún se recuerdan sus lecciones en Buenos Aires, en 1927, y ya en otras oportunidades VERBUM dió acogida a páginas suyas (1). Erudito y lírico al mismo tiempo, su artículo sobre la pasión romana de Goethe tiene también ese acento personal, siempre manifiesto en tantas investigaciones sobre el mismo poeta. El profesor Farinelli dirige actualmente la Petrarca-Haus de Colonia, el gran instituto itálico en Alemania. Ha representado a su país en las últimas celebraciones, encabezando, entre otras, la peregrinación a Weimar de sus colegas los intelectuales italianos. Uno de sus más recientes trabajos sobre estos temas es la edición y comentario del viaje del padre de Goethe por la Península. El primer ejemplar de este diario de viaje fué oficialmente ofrecido por el gobierno de Italia al gobierno de Alemania, con motivo del centenario. La ceremonia de la entrega efectuóse en Roma, en el Capitolio, el día 2 de abril próximo pasado. La oración conmemorativa estuvo a cargo del profesor Farinelli.

Demasiado reciente es la visita del profesor Karl Vossler y su actividad como lingüista y crítico literario está ya suficientemente difundida entre nosotros para que tengamos que insistir al respecto. En cambio, debemos expresar nuestra gratitud al sabio catedrático de la Universidad de Munich, cuya deferencia nos ha permitido abrir y clausurar este número recordatorio con autorizadas palabras suyas. Primero con su *Salutación*, auguralmente enviada desde su patria, y luego con su discurso sobre la personalidad lírica de Goethe.

Antes de terminar esta crónica, queremos señalar nuestro agradecimiento a la Legación de Alemania y a las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras.

Útil y grata nos ha sido, asimismo, la colaboración del profesor Curt José Hurvitz y la de la señorita Ana Luisa

(1) *La vida universitaria en Italia*, VERBUM, N.º 64, págs. 97-112, Buenos Aires, 1925. En esta misma revista se han publicado, además, en el cuaderno dedicado a Beethoven, diversos pasajes del estudio de Farinelli sobre el citado músico, VERBUM, N.º 68, págs. 19-27, Buenos Aires, 1927.

Fuchs, distinguida alumna de esta casa. Particular reconocimiento debemos al Secretario de redacción de VERBVM, señor Vicente Guillermo Domblide.

Para que la última palabra de este cuaderno sea también una palabra cordial, a todos, conjuntamente, damos aquí las gracias.

## · EXPLICIT

Queda así, en su sencillez — en su sencillez que es su decoro — cumplido nuestro homenaje. Acaso sea menos duro retomar ahora la tarea cotidiana, acaso el entusiasmo, tantas veces perdido, vuelva a dignificarla. Por muy laicas que parezcan, estas conmemoraciones en las que se evoca una excelsa figura humana corporalmente anonadada, conservan siempre, en lo recóndito, algo que es religiosidad y es liturgia. En el centenario de la muerte de Goethe — apenas primera centuria de su gloria — hagamos votos, aunque sea desde el fondo de nuestro estricto rincón universitario, para que la humanidad contemporánea, ahita de materialismo y ejemplarmente castigada por haber olvidado la parte del Espíritu, vuelva a recuperar, bajo la oportuna advocación del hombre-poeta, su perdida alma lírica.

Que el voto sea ferviente. Poco importa que no se parezca a una oración. Ya será mucho si se parece a un canto — a un canto del propio Goethe :

“¡BIEN GUARDADO ESTA AHORA EL TESORO!  
 ¡EL ESPLENDIDO CUERPO SE HA LIBERADO PARA SIEMPRE!  
 INCONTRASTABLE REPOSA EN EL MARMOL,  
 PERO AUN ALIENTA EN NUESTROS CORAZONES  
 Y EN ELLOS SEGUIRA TRABAJANDO.  
 ¡TORNAD, TORNAD. PUES. A LA VIDA!  
 BUSCAD EN ELLA LA SAGRADA SERIEDAD DEL VIVIR,  
 PORQUE SOLO LA SERIEDAD,  
 LA SAGRADA SERIEDAD DEL VIVIR,  
 TRUECA LA VIDA EN ETERNIDAD.”

Himno del coro juvenil en las honras póstumas descriptas en el libro VIII, capítulo VIII, de los *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*.

ESTE NÚMERO DE  
"VERBUM",  
CUADERNO RECORDATORIO  
COMPUESTO EN LOS TALLERES DE LA  
COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,  
TERMINÓSE DE IMPRIMIR EN  
LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL  
AÑO GOETHIANO.  
BUENOS AIRES,  
1932